Obras de H. Taine, que se hallan de venta en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA

LOS ORIGENES
DE LA
FRANCIA CONTEMPORANEA
por H. TAINE

Tomo I.—El Antiguo régimen.
» II.—La Revolución. 1.° La Anarquía.
» III.— » 2.° La Conquista jacobina.
» IV.— » 3.° El Gobierno revolucionario
» V.—El Régimen moderno. 1.°
» VI.— » 2.°

El Arte en Grecia, 3 ptas.
El ideal en el Arte, 3 ptas.
Filosofía del Arte, 3 ptas.
Florencia, 3 ptas.
Milán, 3 ptas.
Nápoles, 3 ptas.
Roma (2 tomos), 6 ptas.
Venecia, 3 ptas.
Historia de la literatura inglesa (5 tomos), 34 ptas.
La Inglaterra, 7 ptas.
Notas sobre París, 6 ptas.
Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LOS ORÍGENES
DE LA
FRANCIA CONTEMPORANEA

TOMO IV

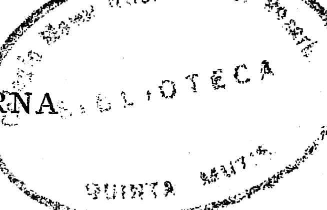
POR

H. TAINE
DE LA ACADEMIA FRANCESA

LA REVOLUCION
TOMO III
EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

TRADUCCIÓN POR
LUIS DE TERAN
Profesor en el Ateneo de Madrid.





MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
LOPEZ DE HOYOS, 6
(esquina á Serrano, 114)

2688

ES PROPIEDAD

12-VI-80

R.02698

8988—Imp. de Gabriel L. Horno, San Bernardo, 92.—Teléfono 1922.

LOS ORÍGENES DE LA FRANCIA CONTEMPORÁNEA

EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

LIBRO PRIMERO

El establecimiento del gobierno revolucionario.

CAPITULO PRIMERO

I. Debilidad de los gobiernos anteriores.—Energía del nuevo gobierno.—Dogmas é instintos absolutistas del jacobino.—II. Contraste entre sus palabras y sus actos.—La Constitución de Junio de 1793.—Promesas de libertad.—III. Las asambleas primarias.—Proporción de los ausentes.—Unanimidad de los votantes.—Sus motivos para aceptar la Constitución.—Presión ejercida sobre los votos.—Elección de los delegados.—IV. Llegan á París.—Precauciones contra ellos. — Coacción y seducción.—V. Hacen profesión de fe jacobina.—Su papel en la fiesta del 10 de Agosto.—Su exaltación.—VI. Manejos de la Montagne.—La velada del 11 de Agosto en los jacobinos.—La sesión del 12 de Agosto en la Convención.—Los delegados toman la iniciativa del Terror.—Consagración popular de la dictadura jacobina.—VII. Efecto de esta maniobra.—Extensión y manifiesto de la insurrección departamental.—Número reducido de los girondinos.—Tibieza de sus partidarios.—Escrúpulos de los diputados fugitivos y de las administraciones insurrectas.—No erigen gobierno central.—Dejan en manos de la Convención la autoridad militar.—Progreso fatal de sus concesiones.—Los departamentos se retractan uno á uno.—Palinodia de las autoridades comprometidas.—Efecto de los hábitos

administrativos.—Desfallecimientos é ilusiones de los moderados.—Carácter opuesto de los jacobinos.—VIII. Las últimas resistencias locales.—Ortodoxia política de las ciudades insurrectas.—Para someterse no estipulan más que una condición.—Razones de Estado para concederla.—Razones de partido para rechazarla.—IX. Castigo de las ciudades rebeldes.—Burdeos.—Marsella.—Lyon.—Tolón.—X. Aniquilamiento del partido girondino.—Proscripción de los diputados de la derecha.—Prisión de los 73.—Ejecución de los 21.—Suplicio, suicidio ó fuga de los otros.—XI. Institución del gobierno revolucionario.—Su principio, su objeto, sus procedimientos, sus instrumentos, su mecanismo.—El Comité de Salud pública.—Subordinación de la Convención y del ministerio.—Empleo del Comité de Seguridad general y del Tribunal revolucionario.—Centralización administrativa.—Representantes en misión, agentes nacionales y comités revolucionarios.—Ley de lesa majestad.—Restauración y agravación de las instituciones de la antigua monarquía.

I

Hasta aquí la debilidad del gobierno legal era extraña. Durante cuatro años, fuera el que fuese, le han desobedecido en todas partes y constantemente. Durante cuatro años, fuera el que fuese, no se ha atrevido á hacerse obedecer por la fuerza. Reclutados en la clase culta y cortés, los gobernantes aportaban al poder los prejuicios y la sensibilidad del siglo: bajo el imperio del dogma reinante, atendían á los deseos de la multitud, y, creyendo demasiado en los derechos del hombre, creían demasiado poco en los derechos del magistrado; además, por humanidad, tenían horror á la sangre, y no queriendo reprimir, se dejaban manejar. Así es como, desde el 1.° de Mayo de 1789 al 2 de Junio de 1793, han legislado ó administrado, á través de miles de motines, casi todos impunes, y su Constitución, obra malsana de la teoría y del miedo, no ha hecho sino transformar la anarquía espontánea en anarquía legal. Deliberadamente y por desconfianza de la autoridad, han enervado el mando, reducido al rey al estado de maniquí decorativo, casi aniquilado al poder central: de alto á abajo de la jerarquía, el superior ha perdido su ascendiente sobre el imperio, el ministro sobre los departamentos, el departamento sobre los distritos, el distrito sobre las comarcas; en todos los servicios, el jefe, elegido por los subordinados, ha caído bajo la dependencia de éstos. De esta suerte, se ha formado una facción que ha concluído por convertirse en un partido; bajo sus clamores, bajo sus amenazas y bajo sus picas, en París y en provincias, en las elecciones y en el Parlamento, las mayorías se han callado, las minorías han votado, decretando y reinando, la Asamblea legislativa ha sido purgada, el rey destronado, la Convención mutilada. Ninguna de las guarniciones de la ciudadela central, realistas, constitucionales, girondinos, ha sabido defenderse, rehacer el instrumento ejecutivo, sacar la espada, servirse de ella en la calle; al primer ataque, á veces á la primera intimación, todos han rendido las armas, y ahora la ciudadela, con las otras fortalezas públicas, está ocupada por los jacobinos.

Esta vez los ocupantes son de diferente especie. De la masa, pacífica de costumbres y civilizada de corazón, la Revolución ha sacado y puesto aparte á los hombres bastante fanáticos, ó bastante brutales, ó bastante perversos por haber perdido todo respeto al prójimo; he aquí la nueva guarnición: sectarios cegados por su dogma, matadores endurecidos por su oficio, ambiciosos que se agarran á sus puestos. Estas gentes no tienen escrúpulos en lo concerniente á la vida y á

la propiedad humanas; porque, como se ha visto, han arreglado la teoría para su uso y han hecho que la soberanía del pueblo se convierta en su propia soberanía. Según el jacobino, la cosa pública es suya, y, á sus ojos, la cosa pública comprende todas las cosas privadas, cuerpos y bienes, almas y conciencias; así es, que todo le pertenece: por el mero hecho de ser jacobino, se considera legítimamente zar y papa. Poco le importa la voluntad real de los franceses vivientes; su mandato no procede de un voto; desciende de más alto, se lo han conferido la Verdad, la Razón y la Virtud. Unico ilustrado y único patriota, es el único digno de mandar, y su imperioso orgullo juzga que toda resistencia es un crimen. Si la mayoría protesta, es por imbecilidad ó corrupción; en ambos casos merece ser castigada, y se la castigará.

Y desde el principio no ha hecho otra cosa el jacobino: insurrecciones y usurpaciones, robos y asesinatos, atentados contra los particulares, contra los magistrados, contra las Asambleas, contra la ley, contra el Estado, no hay violencia que no haya cometido; por instinto, se ha conducido siempre como soberano; ya lo era de simple particular y clubista; no ha de dejar de serlo, ahora que la autoridad legal le pertenece; tanto más cuanto que, si flaquea, se siente perdido, y que, para salvarse del cadalso, no tiene otro refugio que la dictadura. Un hombre así no se dejará echar como sus predecesores; por el contrario, se hará obedecer, cueste lo que cueste; no vacilará en restaurar el poder central y el instrumento ejecutivo; reconstruirá la antigua máquina y la manejará más rudamente, más despóticamente, con mayor desprecio de los derechos privados y de las libertades públicas que Luis XIV y Napoleón.

II

Sin embargo, tiene que poner de acuerdo sus actos próximos con sus palabras recientes, y, á primera vista, la operación parece difícil; porque las palabras que ha pronunciado condenan de antemano los actos que medita. Ayer, exageraba los derechos de los gobernados, hasta suprimir todos los de los gobernantes; mañana, va á exagerar los derechos de los gobernantes hasta suprimir los de los gobernados. A oirle, el pueblo es el único soberano, y tratará al pueblo como esclavo. A oirle, el gobierno no es más que un lacayo, y dará al gobierno las prerrogativas de un sultán. Hace poco denunciaba el menor ejercicio de la autoridad pública como un crimen; ahora va á castigar como un crimen la menor resistencia á la autoridad pública. ¿Qué hacer para justificar semejante cambio, y de qué manera negar los principios sobre los que se ha fundado la propia usurpación? Se guarda bien de negarlos: esto sería exasperar á las provincias ya rebeladas; por el contrario, los proclama á más y mejor; gracias á esta maniobra, la muchedumbre ignorante, viendo que le presentan siempre el mismo frasco, creerá que le siguen sirviendo el mismo licor, y le harán beber la tiranía con la etiqueta de la libertad. Etiquetas, muestras, palabrerías y mentiras de charlatán, las prodigarán durante seis meses para desfigurar la nueva droga; peor para el público, si más adelante le parece amarga; antes ó después, la tragará de grado ó por fuerza, porque, en el intervalo, se han preparado los instrumentos con que se la introducirán en el gaznate.

Para empezar, forjan aprisa la Constitución durante tanto tiempo esperada y tantas veces prometida: Declaración de los Derechos del hombre en treinta y cinco artículos, Acta constitucional en ciento veinticuatro artículos, principios políticos é instituciones de toda especie, electorales, legislativas, ejecutivas, administrativas, judiciales, financieras y militares; en tres semanas queda todo decretado á paso de carga.

Por de contado, los nuevos constituyentes no se proponen fabricar un instrumento eficaz y que sirva; esto es lo que menos les importa. ¿No escribió Herault de Sechelles, el ponente, en 7 de Junio, pidiendo que «le procurasen enseguida las leyes de propios, de las que tenía necesidad urgente», muy urgente, puesto que debía entregar la Constitución dentro de la semana? Semejante dato basta para calificar á los obreros y á la obra; es una obra de muestra y de reclamo; en cuanto á los obreros, los unos, políticos sagaces, no tienen otro objeto, y quieren suministrar al público palabras, no cosas; los otros, oradores de abstracciones ó simples charlatanes, no saben distinguir las cosas de las palabras, y creen hacer leyes cuando alinean frases. En esta tarea no hay dificultad alguna: las frases están hechas por adelantado. «Que los maquinadores de sistemas antipopulares, dice el ponente, combinen penosamente sus proyectos. A los franceses les basta con descender á sus corazones; en ellos leen la república.» Redactado con arreglo al *Contrato Social*, con reminiscencias griegas y latinas, el proyecto resume, «en estilo lapidario», los aforismos en boga, los dogmas y prescripciones matemáticas de Rousseau, «los axiomas de la Razón y las primeras consecuencias de estos axiomas»; en una palabra, la Constitución rectilínea que todo estudiante perpetra al salir del colegio.

Como un anuncio colocado á la puerta de un nuevo almacén, aquélla promete á los clientes todo lo bueno y apetecible que se pueda imaginar. ¿Queréis derechos y libertades? Aquí los tenéis todos y todas. Jamás se ha declarado más expresamente que el gobierno es la criatura, el servidor y el instrumento de los gobernados: no está instituido sino «para garantizarles el disfrute de sus derechos naturales é imprescriptibles». Jamás se ha limitado más estrictamente su mandato: «El derecho de manifestar el pensamiento y las opiniones, ya por medio de la prensa, ya por cualquier otro medio, el derecho de reunirse pacíficamente, el libre ejercicio de los cultos, no pueden vedarse.» Jamás se ha puesto á los ciudadanos más en guardia contra los excesos de la autoridad pública. «La ley debe proteger la libertad pública é individual contra la opresión de los que gobiernan... Los delitos de los mandatarios del pueblo y de sus agentes, no deben nunca quedar impunes... Que todo individuo que usurpe la soberanía sea al momento ejecutado por los hombres libres... Todo acto ejercido contra un hombre, fuera de los casos y sin las formas que la ley determina, es arbitrario y tiránico; aquel contra el que se quiera ejercer la violencia tiene el derecho de rechazarla con la fuerza... Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y *para cada porción del pueblo*, el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes.»

A los derechos civiles, el generoso legislador ha unido los derechos políticos, y ha multiplicado las precauciones para mantener á los gobernantes en la dependencia del pueblo.

En primer lugar, el pueblo es quien los nombra, y por elección directa ó casi directa; en sus asambleas

primarias elige los diputados, los funcionarios municipales, los jueces de paz y los electores de segundo grado; á su vez éstos, en las asambleas secundarias, eligen los administradores de distrito y de departamento, los árbitros civiles, los jueces de lo criminal, los jueces de casación y los ochenta y cuatro candidatos, entre los que el Cuerpo Legislador debe elegir el Consejo ejecutivo.

En segundo lugar, los poderes, cualesquiera que sean, no se confieren nunca sino por una duración muy limitada: el mandato es de un año para los diputados, para los electores de segundo grado, para los árbitros civiles, para los jueces de todo orden y de toda especie; en cuanto á los municipios y á las administraciones de departamento y de distrito, se renuevan anualmente por mitad. De suerte, que cada año, en 1.° de Mayo, la fuente de la autoridad vuelve á empezar á correr, y en sus asambleas primarias, espontáneamente formadas, el pueblo mantiene ó cambia á su antojo su personal de empleados.

En tercer lugar, hasta cuando los empleados se encuentran en funciones, el pueblo puede, si le place, convertirse en colaborador de aquéllos; le han proporcionado los medios de «deliberar» con sus diputados. Sobre las cuestiones de oportunidad y de mediana importancia, sobre los asuntos del año, los diputados decretan; pero en cuanto á los objetos de interés general, importante y permanente, no hacen más que proponer, y especialmente si se trata de declarar la guerra, la decisión se reserva al pueblo. Tiene su veto suspensivo, después definitivo, y usa de él como le conviene. A este efecto, por sí mismo, se reúne extraordinariamente en asambleas primarias, y para que se constituya una de estas asambleas, basta que lo reclame la quinta parte de los ciudadanos que tienen voto. Una vez convocada, se vota sobre el proyecto del Cuerpo Legislativo. Si al cabo de cuarenta días, en la mitad de los departamentos más uno, ha dicho que no la décima parte de las asambleas primarias, hay veto suspensivo. Entonces se convoca á todas las asambleas primarias de la República, y si la mayoría de aquéllas vota en contra, hay veto definitivo. El mismo procedimiento se observa para reformar la Constitución establecida.

En todo esto, el plan de los montañeses aventaja al de los girondinos; jamás se ha concedido una parte tan escasa á los gobernantes y tan amplia á los gobernados; los jacobinos profesan hacia la iniciativa popular un respeto que llega hasta el escrúpulo. Según ellos, es preciso que el pueblo sea soberano de hecho, en permanencia, sin interregno, que pueda intervenir en todos los asuntos graves, que conserve, no solamente el derecho, sino la facultad de imponer su voluntad á sus mandatarios.

Con mayor razón se le ha de atender en lo que respecta á las instituciones que le dan en este momento. Por esto la Convención, para remate de su obra, convoca, el 24 de Junio, á las asambleas primarias, y somete á su ratificación el documento constitucional que ha preparado.

III

De que la ratificación se otorgue, no hay duda alguna; de antemano se ha combinado todo para obtenerla, y para obtenerla tal como se la quiere, espontánea en apariencia y casi unánime.

A la verdad, las asambleas primarias no están nada nutridas; no acude á la votación sino la tercera parte de los electores en las ciudades, y la cuarta, ó menos, en los campos: aleccionados por la experiencia de las asambleas precedentes, saben demasiado bien cómo se celebran tales asambleas, cómo reina en ellas la facción jacobina, de qué manera lleva la comedia electoral, con qué amenazas y violencias reduce á los disidentes al papel de comparsas ó de alabarderos.

Sin embargo, constitúyense la mayor parte de las asambleas, y se cuentan unas siete mil: es porque cada cantón contiene su grupito de jacobinos. Con ellos van las personas cándidas que todavía creen en las declaraciones oficiales: á sus ojos, debe aceptarse una Constitución que garantice los derechos privados é instituye las libertades públicas, cualquiera que sea la mano que la presente, tanto más, cuanto que los usurpadores ofrecen dimitir. En efecto, la Convención acaba de declarar solemnemente que, una vez adoptada la Constitución, se convocará de nuevo al pueblo para que elija «una nueva Asamblea nacional, una nueva representación investida de una confianza más reciente y más inmediata», lo que permitirá á los electores, si bien les parece, confirmar á los diputados honrados y excluir á los pillos reinantes. Con esto, aun en los departamentos sublevados, el grueso de la población girondina se resigna á votar, después de muchas vacilaciones, tardíamente; en Lyon no lo hacen hasta el 30 de Julio. Muchos constitucionales ó neutros han hecho lo mismo, los unos por horror de la guerra civil y por espíritu de conciliación, los otros por temor de la persecución y para que no se les tache de realismo; una concesión más; á fuerza de docilidad, se conseguirá tal vez quitar todo pretexto á las violencias de la Montaña. En esto se engañan muchos, y, desde el principio, pueden ver una vez más de qué modo entienden los jacobinos la libertad electoral. Por de pronto, á todos los inscritos, y especialmente á los sospechosos, se les intima para que voten, y voten que sí; «en caso contrario, dice un periódico jacobino, darán la justa medida de la opinión que se debe tener de sus sentimientos, y no podrán ya quejarse de una sospecha que se encontrará tan bien fundada». Acuden, pues, «muy humildes y muy sufridos»; sin embargo, se les trata mal, se les vuelve la espalda, se les relega á un rincón de la sala ó cerca de las puertas, se les insulta abiertamente. Así acogidos, claro es que se mantendrán acoquinados y no aventurarán la menor objeción.

En Maçon, por ejemplo, «algunos aristócratas murmuraban en voz baja; pero no se atrevían á decir que no». En efecto; la imprudencia sería extrema. En Montbrison, á «seis particulares que niegan su voto», se les denuncia al juzgado del cantón, y un representante pide contra ellos á la Convención «medidas severas». En Nogent-sur-Seine, á tres administradores, culpables del mismo delito, se les destituye; á los pocos meses el delito se convertirá en crimen capital; habrá gentes guillotinadas «por haber votado contra la Constitución de 1793».

Casi todos presintieron este peligro; por esto, en casi todas las asambleas primarias, la aceptación es unánime ó poco menos. En Rouen no se encuentran más que veintiséis que se opongan; en Caen, centro de la protesta girondina, catorce; en Reims, dos; en Troyes, Besançon, Limoges y París, ni uno; en quince departamentos, el número de los oposicionistas varía de cinco á uno; no se encuentra ninguno en el Var; ¿puede darse un concierto más edificante? Solamente la co-

muna de Saint-Donan, en un apartado distrito de las costas del Norte, se atreve á pedir la restauración del clero y del hijo de Capeto.

Todas las otras votan unánimes; han comprendido el secreto del plebiscito; no es un sufragio sincero lo que se las pide: se las impone una manifestación jacobina. Efectivamente; la operación emprendida por el club local ha sido dirigida por el club local; ha llamado á la votación, nombra la mesa, presenta las mociones, redacta el acta, y los representantes en misión, los comisarios del gobierno añaden, al peso de su autoridad local, el peso de la autoridad central. En la Asamblea de Maçon, «á cada artículo, han dirigido un discurso al pueblo; el discurso era seguido de innumerables aplausos y de gritos redoblados: ¡Viva la República! ¡Viva la Constitución! ¡Viva el pueblo francés!» Cuidado con los tibios que no hacen coro: se les obliga á votar «en voz alta é inteligible»; están obligados á gritar al unísono, á firmar el enfático mensaje con que la jacobinería del lugar envía á la convención su reconocimiento, y á dar el voto al patriota saliente designado por la asamblea primaria para llevar el acta á París.

IV

El primer acto de la comedia ha terminado, y empieza el segundo.

La facción no ha convocado sin objeto en París á los delegados de las asambles primarias. Estos, como las asambleas primarias, deben ser para ella útiles de gobierno, instrumentos de dictadura, y ahora se trata de acomodarles á tal empleo.

A la verdad, no es seguro que todos consientan en prestarse á ello. Porque de los siete mil comisarios, algunos, nombrados por asambleas recalcitrantes, llevan, en lugar de una adhesión, una negativa; otros, más numerosos, tienen el encargo de presentar objeciones y señalar lagunas; seguramente, los enviados de los departamentos girondinos reclamarán el indulto y la vuelta de sus representantes desterrados; en fin, gran número de delegados, que han aceptado la Constitución de buena fe, desean que se aplique cuanto antes, y que la Convención, con arreglo á su promesa, abdique, para ceder el puesto á una nueva asamblea.

Importa reprimir desde luego todos estos asomos de independencia ó de oposición; á este efecto, un decreto de la Convención «autoriza al Comité de seguridad general para que «prenda á los comisarios sospechosos»; el Comité vigilará especialmente á los que, «encargados de una misión particular, quisieran celebrar asambleas, conquistar á sus colegas é invitarles á gestiones contrarias á su mandato». Previamente, y antes de que se les admita en París, se examinará su jacobinismo, como un fardo en la aduana, por los agentes especiales del Cuerpo ejecutivo, especialmente por Estanismo Maillard, el famoso juez de Septiembre, por sus sesenta y ocho ganapanes con bigotes y arrastradores de sable á cincos francos al día. «En todos los caminos, á quince y treinta leguas de la capital», se registra á los delegados; les abren las maletas y las cartas. En las puertas de París encuentran «inspectores», apostados por la comuna, bajo el pretexto de protegerlos contra los ladrones y las mujeres públicas. Allí se apoderan de ellos, los llevan á la alcaldía, los entregan boletas de alojamiento, y un piquete de gendarmería los conduce, uno á uno, á sus prescritos do-

micilios. Helos aquí convertidos en borregos numerados. Que los disidentes no traten de escapar y formar rancho aparte; á uno de éstos, que va á la Convención á pedir una sala para él y sus partidarios, le reciben de una manera terrible: le llaman intrigante, le acusan de haber querido defender al traidor Custino, anotan su nombre y sus cualidades, le amenazan con un proceso; el desdichado orador deja hablar de la Abadía; debe felicitarse de no ir á dormir en ella aquella misma noche. Después de esto, es seguro que no volverá á tomar la palabra y que sus colegas tendrán la boca cerrada, tanto más cuanto que ven que el tribunal revolucionario está en sesión permanente en la plaza de la Revolución, la guillotina está montada y trabaja, que un reciente decreto de la Commune ordena á los jefes de policía «la más activa vigilancia» y prescribe á la fuerza armada «patrullas continuas», que el 2 de Agosto han sido encarcelados más de quinientos jóvenes. Los descontentos, si los hay, no tardan en percatarse de que ni el lugar ni el momento son buenos para protestar.

En cuanto á los otros, ya jacobinos, la facción se encarga de hacerles más jacobinos todavía. Perdidos en el inmenso París, todos estos provincianos tienen necesidad de que se les guíe, tanto en lo moral como en lo físico; conviene ejercer con ellos «la virtud más dulce de los republicanos, la hospitalidad en toda su dlenitud». Por esto, noventa y seis descamisados, elegidos por las secciones, les esperan en la alcaldía para ser sus acompañantes, sus pilotos, para distribuirlos la boleta de alojamiento, instalarlos, para aleccionarlos como en otro tiempo los federados de 1792, para impedir que hagan malas amistades, para llevarlos á todas las reuniones efervescentes, para cuidar de que

su patriotismo exaltado tome pronto el tinte jacobino parisiense.

Se prohibe á los teatros que ofendan los ojos y los oídos de aquellos con la representación de obras «contrarias al espíritu de la Revolución». Orden de representar tres veces por semana «tragedias republicanas, tales como *Bruto, Guillermo Tell, Cayo Graco* y otras obras dramáticas, adecuadas para mantener los principios de igualdad y de libertad». Las representaciones son gratuitas una vez á la semana, y los alejandrinos de María Chenier resuenan en la escena, para edificar á los delegados que se amontonan en los palcos á expensas del Estado.

Al día siguiente, conducidos en rebaños á las tribunas de la Convención, vuelven á presenciar la misma tragedia, clásica y sencilla, declamatoria y sangrienta; solamente que ésta no es fingida, sino real, y los parlamentos están en prosa en vez de estar en verso. Rodeados de alborotadores á sueldo, nuestros provincianos aplauden, gritan y se exaltan como la víspera, á la señal que les dan los de la clac y los habituados concurrentes.

Otras veces, el procurador síndico Lhuillier les convoca en el Obispado «para que fraternicen con las autoridades del departamento de París», la sección de la Fraternidad les llama á sus asambleas cotidianas, la sociedad de los jacobinos les presta, por la mañana, su vasta sala y los admite á sus sesiones de por la noche.

Así acaparados, no respiran en París sino el aire jacobino. Muchos de ellos eran á su llegada «personas sencillas y tranquilas»; pero, descentrados y sometidos sin preservativo al contagio, contraen prontamente la fiebre revolucionaria. De igual suerte, en un *revi-*

vol americano, bajo un régimen continuo de predicaciones, de gritos, de cantos, de sacudidas nerviosas, los tibios y los indiferentes no tardan en alocarse á su vez, y deliran al unísono de los agitados.

V

El 7 de Agosto se da el golpe final. Conducidos por el departamento y por el municipio, numerosos delegados acuden á la barra de la Convención á hacer su profesión de fe jacobina. «Pronto, dicen, se buscará á orillas del Sena la fangosa charca que quería sepultarnos. Aunque tengan que sucumbir de despecho los realistas y los intrigantes, viviremos y moriremos montañeses.» Aplausos y abrazos.

Desde aquí se trasladan á los Jacobinos, y uno de ellos propone un mensaje redactado de antemano: trátase de justificar el 31 de Mayo, y el 2 de Junio, «de aclarar la vista» de la Francia provinciana, de declarar «la guerra á los federalistas».

«¡Perezcan los infames libelistas que han calumniado á París!... Aquí no tenemos más que un sentimiento; todas nuestras almas están confundidas... No formamos aquí más que una enorme y terrible montaña que va á vomitar sus fuegos sobre todos los realistas y sostenes de la tiranía.» Aplausos y gritos. Robespierre les declara que acaban de salvar la patria.

Al día siguiente, 8 de Agosto, se presenta el mensaje en la Convención, y, á propuesta de Robespierre, la Convención decreta que se envíe á los ejércitos, á las potencias extranjeras, á todos los municipios. Nuevos aplausos, nuevos abrazos y nuevos gritos.

El 9 de Agosto, por orden de la Convención, los delegados se congregan en el jardín de las Tullerías, y, divididos en tantos grupos como departamentos hay, estudian el programa de David, para penetrarse del papel que les está asignado en la fiesta del día siguiente.

Rara fiesta y que expresa bien el espíritu del tiempo: es una especie de ópera que las autoridades públicas desempeñan en la calle, con carros de triunfo, incensarios, altares, un arca de la alianza, urnas mortuorias y los demás oropeles clásicos; por divinidades, estátuas de barro que representan la Naturaleza, la Libertad, el Pueblo en traje de Hércules; nada más que abstracciones personificadas, como se pintan en un techo de teatro; nada espontáneo y sincero; actores á quienes su conciencia dice que no son sino actores, rinden culto á símbolos que no son sino símbolos, y, en este desfile mecánico, las invocaciones, los apóstrofes, los gestos, las posturas, están regulados como por un maestro de baile. Para un espíritu que gusta de lo verdadero, aquello parece una charada ejecutada por autómatas.

Pero la cosa es colosal, está calculada para conmover la imaginación y para exaltar el orgullo mediante la excitación física de todos los sentidos. En este grandioso aparato, los delegados se embriagan con su papel, porque, evidentemente, su papel es el primero: representan á veintiséis millones de franceses; la ceremonia no tiene otro objeto que glorificar con ellos el voto nacional de que son portadores. En la plaza de la Bastilla, en donde la gigantesca efigie de la Naturaleza derrama por sus dos pechos «el agua regeneradora», el presidente Herault, después de haber hecho «libaciones» y saludado á la nueva diosa, pasa la copa

á los ochenta y siete decanos de edad de los ochenta y siete departamentos; cada uno de ellos, «llamado al son del tambor y de la trompeta», acude á beber á su vez, y, cuando ha bebido, los cañones hacen salvas como para un rey; después, cuando ha depositado la copa el último, hay una descarga general. Entonces el cortejo se pone en marcha, y, en el desfile, los delegados conservan su puesto de honor. Los decanos de edad, teniendo en una mano una rama de olivo y en la otra una pica con una banderola que lleva el nombre del departamento correspondiente, van «unidos entre sí por una ligera cinta tricolor», y rodean á la Convención, como para indicar que la nación mantiene y dirige á sus representantes legales. Tras ellos, los otros siete mil delegados, llevando también ramas de olivo, forman un segundo cuerpo distinto, el mayor de todos, y en ellos se concentran todas las miradas. Porque, tras ellos, ya no hay «ninguna división de personas ni de funcionarios», todo va confundido y mezclado, consejo ejecutivo, municipio, jueces, diseminados al azar, y en virtud de la igualdad, abogados en la multitud; en cada estación, merced á sus insignias, los delegados son los más visibles de los oficiantes. En la última, la del Campo de Marte, solos con la Convención, suben la escalinata que conduce al altar de la patria; arriba, el de más edad permanece en pie al lado del presidente de la Convención; así escalonados, los siete mil que rodean á los setecientos cincuenta forman «la verdadera Montaña Santa». Vese entonces en lo alto del estrado, al presidente volverse hacia los ochenta y siete decanos de edad; les confía el arca que contiene el documento constitucional y el recuento de votos; ellos, por su parte, le entregan sus picas, que reúne en un solo haz, símbolo de la unidad y de la individualidad nacionales. Al llegar á este punto elévanse de todas partes grandes aclamaciones, los cañones hacen salvas; «diríase que el cielo y la tierra responden para celebrar la época más grande de la especie humana».

Ciertamente, los delegados se encuentran fuera de sí; la máquina nerviosa, tendida hasta el exceso, vibra con demasiada fuerza. Ya, en la plaza de la Bastilla, varios hablaban al Universo; algunos, «penetrados de su espíritu profético», prometían á la Constitución la eternidad. Se sienten «renacer con el género humano», se consideran como las criaturas de un nuevo mundo; la historia se consuma en ellos, el porvenir está en sus manos; se creen dioses sobre la tierra. En este estado de crisis, su razón, como una balanza desequilibrada, se encuentra á merced de cualquiera cosa; bajo el impulso de los fabricantes de entusiasmo, van á experimentar un brusco cambio. Consideraban á la Constitución como una panacea, y van á relegarla como una droga peligrosa en aquel cofre que llaman arca. Acaban de proclamar la libertad del pueblo, y van á perpetrar la dictadura de la Convención.

IV

Por supuesto, es preciso que el cambio parezca espontáneo y que no se vea en él la mano de los gobernantes; según la costumbre de los usurpadores, la Convención va á simular la reserva y el desinterés.

En consecuencia, al día siguiente, 11 de Agosto, en cuanto abre la sesión, se deja decir que «su misión se ha cumplido»; á propuesta de Lacroix, partidario de

Danton, decreta que en el plazo más breve se realizará el censo de la población y de los electores, á fin de convocar cuanto antes las asambleas primarias; acoge con transporte á los delegados que le llevan el arca constitucional; se pone en pie ante aquella arca santa, tolera que los delegados la dirijan exhortaciones y la instruyan respecto de sus deberes.

Pero por la noche, en los Jacobinos, Robespierre, después de un largo y vago discurso sobre los peligros públicos, sobre los conspiradores, sobre los traidores, lanza de repente la frase decisiva: «*Iba á escapárseme la más importante de mis reflexiones...* La proposición que se ha presentado esta mañana no tiende sino á que los miembros depurados de la Convención actual sean sustituídos por *los enviados de Pitt y Coburgo.*» Palabras terribles en boca del hombre de principios; son comprendidas al instante por los agitadores grandes y pequeños, por los mil quinientos jacobinos escogidos que llenan la sala.

«¡No, no!» exclama toda la Sociedad.

A los delegados les arrastra el entusiasmo general. «Pido, dice uno de ellos, que la Convención no se separe antes de que termine la guerra.»

He aquí, por fin, la famosa moción, desde hace mucho tiempo tan deseada y esperada; ahora las calumnias de los girondinos van á caer por tierra, está probado que la Convención no quiere eternizarse, que no tiene ambición. Si permanece en el poder es porque la mantienen en él; los delegados del pueblo la obligan á ello. Más aún, ellos son los que van á trazarla su línea de conducta.

Al día siguiente, 12 de Agosto, con un celo de neófitos entran en la sala de sesiones, en tan gran número, que la Asamblea, no pudiendo ya deliberar, se amontona á la izquierda y les cede todo el lado derecho para que lo ocupen y «lo purifiquen».

Todos los materiales de incendio acumulados en ellos desde hace quince dias prenden fuego y estallan; son más furiosos que los más arrebatados jacobinos; repiten en la barra las extravagancias de Rosa Lacombe y de los clubs; van más allá del programa que les ha trazado la Montaña. «Ya no es tiempo de deliberar, grita su orador, hay que obrar. Que el pueblo se levanta en masa, sólo él puede aniquilar á sus enemigos... Pedimos que se detenga á todos los hombres sospechosos, que se les arroje á las fronteras, seguidos de la masa terrible de los descamisados.

»Allí, en primera fila, combatirán por la libertad que ultrajan desde hace cuatro años ó serán inmolados por el cañón de los tiranos... Las mujeres, los niños, los viejos y los imposibilitados... quedarán como rehenes en poder de las mujeres y de los hijos de los descamisados.»

Danton aprovecha el momento; con su lucidez habitual halla la frase que define la situación: «Los diputados de las asambleas primarias, dice, acaban de ejercer contra nosotros la *iniciativa del Terror.*»

Además, traduce en medidas prácticas las absurdas mociones de los energúmenos: «Levantarse en masa, sí, pero con orden», llamando en primer término á los hombres de dieciocho á veinticinco años; prender á todos los sospechosos, sí, pero no llevarlos al enemigo; «serían en nuestros ejércitos más peligrosos que útiles; encarcelémosles, serán nuestros rehenes.»

En fin, idea un empleo para los delegados, inútiles ya en París, y que pueden servir en provincias; hagamos de ellos «unas especies de representantes encargados de excitar á los ciudadanos... Que de concierto

con los buenos ciudadanos y las autoridades constituídas, se encarguen de hacer el inventario de los granos y de las armas, del reclutamiento de hombres, y que el Comité de Salud pública dirija este sublime movimiento... Todos van á jurar que, al volver á sus hogares, darán este impulso á sus conciudadanos.»

Aplusos generales, todos los delegados gritan: «¡Lo juramos!» Toda la sala se pone en pie, todos los hombres de las tribunas agitan sus sombreros y juran también.

La jugada está hecha; un simulacro de voto popular ha autorizado la política, el personal, el principio y hasta el mismo nombre del Terror. En cuanto á los instrumentos de la operación, ya no sirven más que para volver á su puesto. Relégase á cada uno de los comisarios, cuyas reclamaciones é ingerencias podría aún temer la Montaña, á su agujero departamental; allí son sus agentes y delegados. Ya no se habla de poner en vigor la Constitución; no era más que un aparato, una engañifa para pescar en agua turbia: concluída la pesca, se coloca el aparato en un lugar de la sala, en un pequeño monumento cuyo dibujo proporciona David. Ahora, dice Danton, «la Convención debe penetrarse de toda su dignidad, puesto que acaba de revestirse de toda la fuerza nacional.»

En otros términos: la astucia remata lo que la violencia había empezado; por los atentados de Mayo y de Junio, la Asamblea soberana había perdido su legitimidad; por las maniobras de Julio y Agosto, ha recobrado la apariencia de aquélla. Los montañeses continúan teniendo encadenada á la Convención, pero la ha devuelto el prestigio para explotarlo en provecho suyo.

VII

Al mismo tiempo, y con los mismos manejos, han desarmado casi á sus adversarios.

Ante las nuevas del 31 de Mayo y del 2 de Junio, estalló un grito de indignación entre los republicanos de la clase culta, en aquella generación que, educada por los filósofos, creía sinceramente en los derechos del hombre; protestaron sesenta y nueve administraciones de departamentos, y en casi todas las poblaciones del Oeste, del Mediodía, del Este y del Centro, en Caen, Alençon, Evreux, Rennes, Brest, Lorient, Nantes y Limoges, en Burdeos, Tolosa, Montpellier, Nimes y Marsella, en Lyon, Grenoble, Clermont, Sous-le-Saunier, Besançon, Macon y Dijon, los ciudadanos, reunidos en sus secciones, provocaron ó apagaron, con sus aclamaciones, los enérgicos decretos de sus administradores. Administradores y ciudadanos, todos declaraban que, no siendo ya libre la Convención, los decretos de ésta, desde el 31 de Mayo, carecían de fuerza de ley, que las tropas departamentales iban á marchar sobre París para libertarla de sus opresores.

En varios lugares, se había pasado de las palabras á los actos. Ya, antes de fines de Mayo, Marsella y Lyon habían empuñado las armas y sometido á sus jacobinos locales. Después del 2 de Junio, Normandía, Bretaña, Gard, Jura, Tolosa, Burdeos y Caen, levantaron también tropas. En Marsella, Burdeos y Caen, [...]epresentantes, detenidos ó vigilados de cerca, [...], no [...]considerados como rehenes. En Nantes, los ma- [...]ar fide[...] puta[...]dos populares y los guardias nacionales, que,

seis dias antes, habían rechazado tan valientemente al ejército vendeano, se atrevían á más; limitaban los poderes de la Convención y condenaban su ingerencia; según ellos, el envío de representantes era «una usurpación, un atentado contra la soberanía nacional»; los representantes estaban nombrados «para hacer leyes, y no para ejecutarlas; para preparar una Constitución y ordenar todos los poderes públicos, y no para confundirlos y ejercerlos todos juntos; para proteger y sostener los poderes intermedios que el pueblo delega, y no para invadirlos y aniquilarlos».

Con mayor audacia todavía, Montpellier ordenaba á todos los representantes que marcharan á las cabezas de distrito de sus departamentos respectivos, para esperar el juicio de un jurado nacional. En suma: en virtud del dogma democrático, «no se veía ya en la Convención», mutilada y degradada, sino «procuradores» intrusos; intimábase «á los obreros del pueblo á volver á la obediencia y tener en cuenta lo que les ordenaba su amo» legítimo; la nación retiraba el mandato á sus empleados de la capital, y los declaraba usurpadores si persistían en no someter su soberanía prestada á la «soberanía imprescriptible».

A esta estocada á fondo, la Montaña acaba de responder con otra; también ella rinde culto á los principios y se autoriza con la voluntad popular. Con la súbita fabricación de una Constitución ultrademocrática, con la convocatoria de las asambleas primarias, con la ratificación que el pueblo congregado da á su obra, con el llamamiento de los delegados á París, con el asentimiento de estos delegados convertidos, fascinados ó forzados, se disculpa y se justifica; desvaprece las acusaciones de los girondinos, les arrebata la popularidad que creían haber adquirido.

Desde este momento, el terreno sobre el que edificaban los disidentes se agrieta, los materiales que amontonaban se desmoronan, la argamasa se deshace antes de estar hecha, y la incurable debilidad del partido se manifiesta á la luz del día.

Desde luego, tanto en los departamentos como en París, el partido carece de raíces. Desde hace tres años, las personas sensatas, de posición, ocupadas, que no son políticas ni por gusto ni por oficio, las nueve décimas partes de los electores, se abstienen en las elecciones, y en esta gran masa los girondinos no tienen partidarios. Por confesión propia, permanece afecta á las instituciones de 1791 que aquéllos han derribado; si los estima es en calidad de «locos extremadamente honrados». Y aun esta estimación tiene una mezcla de aversión; les censura los violentos decretos que han promulgado de acuerdo con la Montaña: persecuciones, confiscaciones, injusticias y crueldades de toda especie; ve siempre sobre sus manos la sangre del rey; también ellos son regicidas, anticatólicos, anticristianos, destructores y niveladores.

Sin duda, lo son menos que la Montaña; por esto, al principio de la insurrección provincial, muchos fuldenses y hasta realistas les siguen á las asambleas de sección y protestan con ellos. Pero la mayoría no pasa de aquí y vuelve á caer prontamente en su inercia habitual. No está de acuerdo con sus jefes; sus preferencias sordas chocan con su programa confesado, ya no tiene confianza en ellos; no los quiere sino á medias; sus simpatías recientes están amortiguadas por sus rencores antiguos; por lo tanto, en lugar de voluntades, no tiene más que veleidades. No hay con qué formar fidelidades estables y abnegaciones épicas. Los diputados girondinos, que se esparcen por las provin-

cias, pensaban que todo departamento iba á sublevarse y á formar contra la Montaña una Vendée republicana; no encuentran en todas partes sino una aprobación muelle y votos especulativos.

Queda, para apoyarles, lo selecto del partido republicano, letrado ó semi-letrados, razonadores honrados y de buena fe, que, penetrados de los dogmas en boga, han tomado el catecismo filosófico á la letra y en serio. Jueces elegidos, administradores de departamento, de distrito y de municipio, comandantes y oficiales de la Guardia nacional, presidentes y secretarios de secciones, ocupan casi todos los puestos que confiere la autoridad local, y por esto su protesta, casi unánime, ha parecido al pronto la voz de Francia. De hecho no es más que el grito desesperado de un Estado Mayor sin ejército. Nombrado bajo la consabida presión electoral, tienen el grado, el empleo y el título, pero no el crédito y la influencia; no les siguen sino aquellos que los eligieron: una décima parte de la población, una minoría de sectarios.

Y aun en esta minoría hay muchos tibios. En la mayor parte de los hombres, entre la convicción y la acción la distancia es grande; los hábitos adquiridos, la pereza, el miedo y el egoísmo llenan todo el intervalo. Por mucho que se crea en las abstracciones del *Contrato social*, no se mueve uno fácilmente por un fin abstracto.

En el momento de ir á marchar se sienten inquietudes, parece que el camino que hay que seguir es muy peligroso y muy obscuro; se vacila, se retrasa el paso, se siente uno casero, se teme el aventurarse mucho y demasiado lejos. Aquel que dió de buen grado palabras, da con menos gusto dinero; el otro que paga con su bolsa, no está dispuesto á pagar con su persona, y

esto es cierto, tanto respecto de los girondinos como de los fuldenses. «En Marsella, dice un diputado, en Burdeos, en casi todas las poblaciones principales, el propietario, lento, negligente, tímido, no podía resolverse á dejar por un instante su casa; encargaba la cosa á mercenarios.» Solamente los federados de la Mayena, del Ille-et-Vilaine, y sobre todo del Finisterre, eran «jóvenes muy cultos, muy al tanto de la causa que iban á sostener». En Normandía, el comité central, á falta de nada mejor, se ve obligado á reclutar sus soldados, especialmente sus artilleros, entre los vagabundos y pillastres, que huirán al primer cañonazo. En Caen, habiendo convocado Wimpffen á los ocho batallones de la Guardia nacional y pedido hombres de buena voluntad, diez y siete salen de filas y se presentan; al día siguiente, una requisición oficial no obtiene más que ciento treinta combatientes; salvo Vire, que proporciona una veintena de hombres, las otras poblaciones niegan su contingente. En suma: el ejército de marcha no se forma, ó no marcha, ó se detiene en las primeras etapas, el de Evreux antes de Vernon, el de Marsella en los muros de Avignon.

De otra parte, en su calidad de personas honradas y lógicas, los sublevados tienen escrúpulos y limitan ellos mismos su sublevación. A su cabeza, los diputados fugitivos se creerían culpables de usurpación, si, como la Montaña en París, se constituyeran en Caen en asamblea soberana: dar testimonio sobre el 31 de Mayo y el 2 de Junio, exhortar al pueblo, ser elocuentes, á esto se reducen, según ellos, su derecho y su deber. Carecen de condición legal para apoderarse del poder ejecutivo; á los magistrados locales, á los elegidos de las secciones, mejor todavía, al Comité del departamento, pertenece mandar en el departamen-

to. En cuanto á ellos, instalados en la intendencia, imprimen circulares, escriben cartas, y, muy correctamente, esperan que el pueblo soberano, su comitente, les reintegre en sus puestos. El pueblo ha sido ultrajado en las personas de ellos; al pueblo corresponde vengar el ultraje; puesto que aprueba á sus mandatarios, debe devolverles sus cargos; puesto que es el amo de la casa, está obligado á hacer que prevalezca su autoridad en la casa.

En cuanto á los comités departamentales, cierto es que, en su primer arrebato, pensaron en formar una nueva Convención en Bourges, ya con el llamamiento de los diputados suplentes, ya con la convocatoria de una Comisión nacional de ciento setenta miembros. Pero el tiempo falta, no se tienen los medios de ejecución, el proyecto queda en suspenso, como una amenaza vana; al cabo de quince días se disipa en humo; los departamentos no llegan sino á federarse por grupos; no tratan ya de erigir un gobierno central, y con esto se condenan á sucumbir uno tras otro, en detalle, cada cual en su casa.

Peor aún; por conciencia y patriotismo preparan su propia derrota; se abstienen de requerir ejércitos y desguarnecer la frontera; no discuten á la Convención el derecho de proveer, como lo entienda, á la defensa nacional. Lyon deja pasar convoyes de balas que más adelante servirán para cañonear á sus defensores. Las autoridades del Puy-de-Dôme concluyen por enviar contra la Vendée al batallón que habían organizado contra la Montaña. Burdeos va á entregar á los representantes Chateau-Trompette sus provisiones de guerra, y sin decir una palabra, con perfecta docilidad, los dos batallones bordeleses que custodian Blaye se dejarán desalojar por dos batallones jacobinos.

De antemano, con esta manera de entender la insurrección, se está seguro de ser vencido.

Así es, que los insurrectos tienen conciencia de su actitud falsa; siente vagamente que al reconocer la autoridad militar de la Convención, reconocen su autoridad plena; insensiblemente, se deslizan por esa pendiente, de concesiones en concesiones, hasta la obediencia completa. Desde el 16 de Junio, en Lyon, «se comienza á sentir que no hay que romper con la Convención». Cinco semanas después, las autoridades constituídas de Lyon reconocen solemnemente «á la Convención como el único punto central y de unión de todos los ciudadanos franceses y republicanos», y declaran «que todos los decretos emanados de ella concernientes al interés general de la República deben ser ejecutados». En consecuencia, en Lyon y en los otros departamentos, las administraciones convocan á las asambleas primarias, como la Convención lo ha prescrito. En consecuencia, las asambleas primarias votan la Constitución que la Convención ha propuesto. En consecuencia, los delegados de las asambleas primarias van á París, como la Convención lo ha ordenado.

Desde este momento, la causa girondina está perdida; unos cuantos cañonazos, en Vernan y en Avignon dispersan á las dos únicas columnas armadas que se hayan puesto en marcha. En cada departamento, los jacobinos, alentados por los representantes, levantan la cabeza; en todas partes el club del lugar inclina la sumisión á las administraciones; en todas partes las administraciones anulan sus derechos, se excusan y piden perdón. A medida que un departamento se retracta, los otros, intimidados por su deserción, están más dispuestos á retractarse. El 9 de Julio, son ya

cuarenta y nueve los sometidos. Varios declaran que se les ha caído la venda de los ojos, aprueban los decretos del 31 de Mayo y del 2 de Junio, y proveen á su seguridad demostrando celo. La administración de Calvados significa á los federados bretones «que habiendo aceptado la Constitución, no puede ya tolerarlos en la ciudad de Caen»; los envía á sus casas, hace secretamente las paces con la Montaña, no se lo advierte á los diputados, huéspedes suyos, sino tres días después, y su manera de prevenirlos es muy sencilla; fija á su puerta el decreto que los coloca fuera de la ley.

Disfrazados de soldados, parten aquéllos con los federados bretones; en el camino, pueden apreciar los verdaderos sentimientos de aquel pueblo al que creían imbuído de sus derechos y provisto de iniciativa política. Los pretendidos ciudadanos y republicanos con quienes tienen que entendérselas son, en suma, antiguos súbditos de Luis XVI y futuros súbditos de Napoleón, es decir, administradores y administrados, disciplinados de corazón y subordinados por instinto, teniendo necesidad de un gobierno, como los borregos tienen necesidad de un pastor y de un perro de guarda, aceptando ó sufriendo al pastor y al perro, con tal de que tenga el aspecto y el tono del empleo, aun cuando el pastor sea un carnicero y el perro sea un lobo. Evitar el aislamiento, reunirse cuanto antes con el nucleo grande, constituir siempre cuerpo, por lo tanto, seguir el impulso que viene de arriba y reúne á los individuos dispersos, tal es el instinto del rebaño.

En el batallón de los federados se empieza á decir que, una vez aceptada la Constitución y reconocida la Convención, no se puede proteger á los diputados á los que aquélla acaba de poner fuera de la ley: «esto

sería constituirse en facción». Los diputados tienen que separarse del batallón, y en reducido pelotón continúa su marcha aparte. Como son diez y nueve, resueltos y bien armados, las autoridades de los pueblecillos por donde pasan no se oponen á ello; habría que librar una batalla, y esto es superior al celo de un funcionario; por lo demás, la gente del pueblo les mira con indiferencia, ó hasta con simpatía. Pero se trata de retenerlos, á veces de sorprenderlos, porque hay contra ellos una orden de prisión, y todo magistrado local se cree obligado á hacer oficio de gendarme. Bajo esta red administrativa, con cuyas mallas se encuentran en todas partes, los proscritos no tienen otro remedio que esconderse en agujeros y huir por mar.

Al llegar á Burdeos, encuentran á otros corderos que se preparan para el matadero. El alcalde Saige predica la conciliación y la paciencia: rechaza los servicios de cuatro á cinco mil jóvenes, de tres mil granaderos de la guardia nacional, voluntarios que se habían constituído en club contra el club jacobino; los invita á disolverse, envía á París una diputación suplicante, para obtener que la Convención olvide «un instante de error, y perdone á hermanos extraviados».

«Confiábase, dice un testigo ocular, en que una pronta sumisión calmaría el resentimiento de los tiranos y que tendrían ó afectarían la generosidad de perdonar á una ciudad que se había señalado más que otra alguna durante la Revolución.» Hasta el final, los bordeleses conservarán las mismas ilusiones y darán pruebas de la misma docilidad. Cuando Tallier, con sus mil ochocientos campesinos y bandidos, entre en Burdeos, los doce mil hombres de la guardia nacional, armados, equipados, uniformados, saldrán á recibirle

con coronas de roble; sufrirán en silencio «su arenga furibunda é insultante»; los jefes se dejarán arrancar sus ramas de encina, sus escarapelas y sus charreteras; los batallones se dejarán disolver; de vuelta á sus casas, jefes y soldados escucharán, con la cabeza baja, la proclama que prescribe «á todos los habitantes, sin distinción, que depositen las armas, en un plazo de treinta y seis horas, bajo pena de muerte, en las fortificaciones de Chateau-Trompette, y, antes de expirar el plazo, quedarán entregados treinta mil fusiles, las espadas, las pistolas y hasta los cortaplumas».

Aquí, como en París, el 20 de Junio, el 10 de Agosto el 2 de Septiembre, el 31 de Mayo y el 2 de Junio, como en provincias y en París, en todos los movimientos decisivos de la Revolución, los hábitos de subordinación y de dulzura, impresos por la monarquía administrativa y por la civilización secular, han embotado en el hombre la previsión del peligro, el instinto militante, la facultad de no contar sino con uno mismo, la voluntad de ayudarse y de salvarse á uno mismo. Infaliblemente, cuando la anarquía lleva á una nación al estado de naturaleza, los animales domésticos son devorados por las bestias feroces. Suéltanse éstas y en seguida se declara su natural.

VIII

Si los hombres de la Montaña hubieran sido hombres de Estado, ó solamente hombres de sentido, se habrían mostrado humanos, si no por humanidad, á lo menos por interés; porque, en aquella Francia tan poco republicana, necesitábase el concurso de todos

los republicanos para fundar la república, y por sus principios, su cultura, su rango social, su número, los girondinos eran lo selecto y la fuerza, la savia y la flor del partido.

Que la Montaña persiga á muerte á los insurrectos de la Lozère y de la Vendée, se comprende: han enarbolado la bandera blanca, reciben jefes é instrucciones de Coblentz y de Londres. Pero ni Burdeos, ni Marsella, ni Lyon son realistas, ni se alían con el extranjero. «¡Rebeldes nosotros!, escriben los lyoneses; nunca ha flotado entre nosotros otra bandera que la tricolor; la bandera blanca, símbolo de la rebelión, no se ha mostrado nunca en nuestras murallas. ¡Realistas nosotros! Los gritos de ¡viva la República! se hacen así en todas partes, y, por un movimiento espontáneo, en la sesión del 2 de Julio, prestamos todos el juramento de acometer contra cualquiera que propusiese un rey... Vuestros representantes os dicen que somos antirrevolucionarios, y hemos aceptado la Constitución. Os dicen que protegemos á los emigrados, y les hemos ofrecido entregarles á cuantos nos pudieron señalar. Os dicen que nuestras calles están llenas de sacerdotes refractarios, y ni siquiera hemos puesto en libertad á treinta y dos sacerdotes que fueron encarcelados por el anterior municipio, sin formación de causa, ni ninguna denuncia, y sí únicamente por ser sacerdotes.» Así, pues, en Lyon, los presuntos aristócratas eran, no solamente republicanos, sino demócratas y radicales, fieles al régimen establecido, sometidos á las peores leyes revolucionarias; y la actitud era análoga en Burdeos, en Marsella, en el mismo Tolón.

Mas aún: resignábanse á los atentados del 31 de Mayo y del 2 de Junio; no se discutían ya las usurpa-

ciones de París; no se exigía ya la vuelta de los diputados excluídos. El 2 de Agosto en Burdeos, el 30 de Julio en Lyon, dimitía la Comisión extraordinaria de salud pública; no había ya, frente á la Convención, ninguna asamblea rival. El 24 de Julio, Lyon la reconocía solemnemente la autoridad central y suprema, y no reivindicaba ya sus franquicias municipales.

Mas aún: en ostensible testimonio de ortodoxia política, el Consejo general del departamento prescribía para el 10 de Agosto una fiesta cívica análoga á la de París; ya bloqueados, los lyoneses no se permitían ningún acto hostil; el 3 de Agosto, salían para fraternizar con las primeras tropas enviadas contra ellos; concedían todo, salvo un punto que no podían abandonar sin perderse ellos mismos, la seguridad de no ser entregados sin defensa á la arbitrariedad ilimitada de sus tiranos locales, á los despojos, á las proscripciones, á las venganzas; de su canalla jacobina. En suma: en Marsella, en Burdeos, sobre todo en Lyon y en Tolón, las secciones no se alzaron sino por eso: por un esfuerzo brusco y espontáneo, el pueblo apartó el cuchillo que un puñado de bribones le ponía al cuello; no quiso y no quería ser *septembrizado*, nada más; con tal de que no se les entregara, atados de pies y manos, en poder de los matadores, abría las puertas. A este precio mínimo, la Montaña podía, antes de fines de Julio, terminar la guerra civil; no tenía más que seguir el ejemplo de Roberto Sindet, el cual en Coreux, patria de Buzot, en Caen, patria de Carlota Corday y sede central de los girondinos fugitivos, restableció la obediencia, con la moderación que demostró y con las promesas que había cumplido. Seguramente, los procedimientos que habían pacificado la provincia más comprometida lo hubieran hecho en las otras, y, con

esta política, sin asestar golpe alguno, uníanse en torno de París, la capital del Centro, la capital del Sudoeste y la capital del Mediodía.

Por el contrario, obstinándose en imponerles la dominación de sus maratistas, se corría el riesgo de arrojarlos en brazos del enemigo. Antes que caer de nuevo en poder de los bandidos que la saquearon y la diezmaron, Tolón, hambrienta, iba á recibir á los ingleses dentro de sus murallas y á entregarles el gran arsenal del Sur. No menos hambrienta, Burdeos podía dejarse tentar hasta pedir la ayuda de otra flota inglesa. En unas cuantas marchas, el ejército piamontés llegaba á Lyon; Francia quedaba dividida en dos pedazos, el Mediodía separado del Norte; y este proyecto de sublevar al Mediodía contra el Norte, se lo proponía á los aliados el más perspicaz de sus consejeros. Si se hubiera seguido su plan, probablemente la patria estaba perdida.

En todo caso, era peligroso llevar á los insurrectos á la desesperación, porque, entre la dictadura sin freno de sus asesinos triunfantes y los tiros del ejército sitiador, no podían vacilar unos hombres de corazón; más valía batirse en los baluartes que dejarse atar para la guillotina; acorralados contra el cadalso, su único recurso era defenderse á todo trance.

Así, por sus exigencias, la Montaña se condenaba á poner varios sitios ó bloqueos de varios meses, á desguarnecer el Var y la Saboya, á agotar sus arsenales, á emplear contra franceses cien mil soldados con las municiones de que tan necesitada estaba Francia contra el extranjero, y esto en los momentos en que el extranjero se apoderaba de Valenciennes y de Mayenza, en que treinta mil realistas se levantaban en armas en la Lozère, en que el gran ejército vendeano sitiaba

á Nantes, en que cada nuevo foco de incendio amenazaba confundirse con la incendiada frontera y con el permanente incendio de las comarcas católicas.

Con un cubo de agua fría arrojado á tiempo, la Montaña podía apagar la hoguera que había encendido en las grandes ciudades republicanas; de otro modo, no le quedaba otra cosa que dejarla crecer, atizarla con sus propias manos, á riesgo de abrasar la patria, sin otra esperanza que sofocar el incendio bajo un montón de ruinas, sin otro fin que reinar sobre vencidos, sobre cautivos y sobre muertos.

Pero precisamente, tal es el fin del jacobino; porque no se contenta sino con una sumisión sin límites; quiere reinar á toda costa, á discreción, por cualquier medio, sobre cualquier resto. Déspota por instinto y por intuición, su dogma lo ha consagrado rey; lo es de derecho natural y divino, como era Felipe II de España, bendecido por el Santo Oficio. Por esto no puede abandonar la menor parcela de su autoridad, sin invalidar el principio, ni tratar con rebeldes si no se rinden á discreción; por el solo hecho de haberse rebelado contra el soberano legítimo son traidores y foragidos. ¡Y qué foragidos, peores que los falsos hermanos que, en los momentos en que la secta, después de tres años de espera y de esfuerzos, subía por fin al poder, se han opuesto á su advenimiento! En Nimes, Tolosa, Burdeos, Tolón, Lyon, no solamente ha evitado ó contenido el golpe de mano que la capital había sufrido, sino que ha derribado á los agresores, cerrado el club, desarmado á los energúmenos, prendido á los principales maratistas; más aún, en Tolón y en Lyon, cinco ó seis asesinos ó promovedores de asesinatos, Chalier y Riard, Jassand, Sylvestre y Lemaille, llevados ante los tribunales, han sido condenados y ejecutados á consecuencia de un proceso llevado con todas las formalidades.

He aquí el crimen inexpiable, porque en este proceso, la Montaña es la encausada; los principios de Sylvestre y de Chalier son los suyos; lo que ella ha hecho en París, lo han intentado ellos en provincias; si son culpables, lo es también ella; no puede tolerar el castigo de aquéllos sin consentir en el propio. Es preciso, pues, que los proclame héroes y mártires, que canonice su memoria, que vengue su suplicio, que persiga y reanude sus atentados, que restaure á sus cómplices, que los haga omnipotentes, que doblegue á cada ciudad rebelde bajo el dominio de su populacho y de sus malhechores. Poco importa que los jacobinos estén en minoría, que en Burdeos no tengan más que cuatro secciones de veintiocho, que en Marsella no posean sino cinco de treinta y dos, que en Lyon no puedan contar sino mil quinientos fieles. Los sufragios no se cuentan, se pesan; porque el derecho se funda, no en el número, sino en el patriotismo, y el pueblo soberano no se compone más que de descamisados. Tanto peor para las ciudades en que es tan numerosa la mayoría antirrevolucionaria; son más peligrosas: bajo sus demostraciones republicanas se oculta la hostilidad de los antiguos partidos y de las clases sospechochosas, moderados, fuldenses y realistas, comerciantes, hombres de ley, rentistas y petimetres.

IX

En efecto; sometidos ó rebeldes, se los aplasta. Son declarados traidores á la patria, no solamente los miembros de los comités departamentales, sino, en

Burdeos, todos los que han «concurrido ó se han adherido á los actos de la Comisión de salud pública», en Lyon, todos los administradores, funcionarios, empleados civiles ó militares que han «convocado ó tolerado el congreso de Rhone-et-Loire», más aún, á todo individuo cuyo hijo, ó empleado, ó criado, ó hasta obrero habitual, haya empuñado las armas ó contribuído á los medios de resistencia», es decir, la guardia nacional entera, que está armada, y casi toda la población que ha proporcionado dinero ó votado en sus secciones.

En virtud de este decreto quedan «fuera de la ley», es decir, aptos para ser guillotinados mediante simple comprobación de identidad, y confiscados sus bienes. En consecuencia, en Burdeos, en donde no se ha disparado un tiro, el alcalde Saige, principal autor de la sumisión, es llevado inmediatamente al cadalso, sin formación de causa, y le siguen otras ochocientas ochenta y una personas, en medio del sombrío silencio de un pueblo consternado; préndese en una noche á doscientos comerciantes; son encarceladas más de mil quinientas personas; se pone á contribución á todas las gentes acomodadas, aun aquellas contra las que no se han podido encontrar quejas políticas; se perciben nueve millones de multas impuestas á «los ricos egoístas». Tal, acusado «de negligencia y de moderantismo», paga veinte mil francos por «no haberse enganchado al carro de la Revolución». Tal otro, «convicto de haber manifestado su desprecio por su sección y por los pobres al dar treinta libras al mes», es tasado en un millón doscientas mil libras, y las nuevas autoridades, un alcalde ladrón, doce pillastres que componen el Comité revolucionario, trafican con los bienes y las vidas.

En Marsella, dice Danton, «se trata de dar una gran lección á la aristocracia mercantil»; debemos «mostrarnos tan terribles con los comerciantes como con los nobles y los curas»; se destierra á doce mil y sus bienes se sacan á la venta. Desde el primer día, la guillotina trabaja mucho; pero al representante Freron le parece lenta y encuentra el medio de acelerarla. «La Comisión militante que hemos establecido en el puesto del Tribunal revolucionario, escribe él mismo, camina á un paso espantoso contra los conspiradores... Caen como el granizo, bajo la espada de la ley. Catorce han pagado ya con sus cabezas sus infames traiciones. Mañana, van á ser guillotinados diez y seis, casi todos jefes de legión, notarios, seccionarios, miembros del tribunal popular; mañana bailan también la carmañola tres comerciantes». Hombres y cosas, preciso es que todo perezca; quiere demoler la ciudad y propone cegar el puerto. Contenido á duras penas, se contenta con destruir «las guaridas de la aristocracia», dos iglesias, la sala de conciertos, las casas circundantes y veintitrés edificios en donde estuvieron instaladas las secciones rebeldes.

En Lyon, para aumentar el botín, los representantes, con vagas promesas, han cuidado de tranquilizar á los industriales y á los comerciantes; éstos han vuelto á abrir sus tiendas; los géneros valiosos, los libros de ingresos, las carteras, han salido de sus escondites. En cuanto se ha mostrado la presa, se apoderan de ella; y forman «el cuadro de todas las propiedades pertenecientes á los ricos y á los contrarrevolucionarios, se les confiscaba en beneficio de los patriotas de la ciudad»; se impone por añadidura una tasa de seis millones, pagada en el término de una semana por aquellos á quienes la confiscación ha respetado toda-

via; se proclama en principio que lo superfluo de cada particular es el patrimonio de los descamisados, y que todo lo que conserve sobre lo estrictamente necesario es un robo que comete en detrimento de la nación. Según esta regla, una racha universal y prolongada durante seis meses pone todas las fortunas de una ciudad de ciento veinte mil almas en manos de los ganapanes.

Al mismo tiempo, se guillotina, se fusila, se ametralla; oficialmente, la comisión revolucionaria confiesa mil seiscientas ochenta y dos muertes en cinco meses, y, secretamente, un satélite de Robespierre declara seis mil. Unos herradores son condenados á muerte por haber herrado los caballos de la caballería lyonesa; unos bomberos, por haber apagado el fuego producido por las bombas republicanas; una viuda, por haber pagado la contribución de guerra durante el sitio; unas revendedoras de pescado, por haber faltado al respeto á los patriotas. «Es una *septembrizada*» organizada, legal, y que dura; los autores se encuentran tan poseídos de la cosa, que en su correspondencia pública estampan la palabra.

En Tolón, es peor: se mata á montones, casi al azar. Aunque los habitantes más comprometidos, en número de cuatro mil, se han refugiado en los barcos ingleses, toda la ciudad, al decir de los representantes, es culpable. Habiendo salido cuatrocientos obreros de la marina al encuentro de Freron, éste observa que aquéllos han trabajado durante la ocupación inglesa, y los hace matar en el acto. Se ordena «á los buenos ciudadanos que acudan al Campo de Marte bajo pena de la vida»; llegaron en número de tres mil. Freron, á caballo, rodeado de cañones y de tropas, se presenta con un centenar de maratistas, antiguos cómplices de

Lemaille, Sylvestre y otros asesinos notorios; son sus auxiliares y consejeros locales; les dice que elijan en la multitud, á su antojo, según su rencor ó su capricho: á todos los designados se les coloca en fila á lo largo de una pared y son fusilados *in continenti*. Al otro día y los siguientes se repite la operación; Freron escribe el 16 mismo que van ya fusilados seiscientos tolonenses. «Se continuará fusilando, añade en otra carta, hasta que no queden ya traidores.» Después, durante los tres meses que siguen, la guillotina despacha á mil ochocientas personas; once muchachas suben juntas al cadalso para celebrar una fiesta republicana; á un anciano de noventa y cuatro años le conducen al suplicio en una silla de manos; y de veintiocho mil habitantes, la población desciende á seis ó siete mil.

Todo esto no basta; es preciso que las dos ciudades que se han atrevido á sostener un sitio desaparezcan del suelo francés. La Convención decreta que «la ciudad de Lyon será destruída, todo lo que fué habitado por ricos será demolido, no quedará más que la casa del pobre, las moradas de los patriotas asesinados ó proscriptos, los edificios especialmente empleados en la industria, los monumentos consagrados á la humanidad y la instrucción pública».

Igualmente, en Tolon, «las casas del interior serán arrasadas, no se conservará más que los establecimientos necesarios al servicio de la guerra y de la marina, de las subsistencias y de las provisiones». En consecuencia, doce mil albañiles son requeridos en el Var y en los departamentos para arrasar á Tolon.

En Lyon, catorce mil obreros echan abajo el castillo de Pierrelucine, las magníficas casas de la plaza Bellecour, las del muelle Saint-Clair, las de las calles

de Flandres y de Bourgneuf, y otra porción; la operación cuesta cuatrocientas mil libras por década; en seis meses la República gasta quince millones en destruir trescientos ó cuatrocientos millones de valores pertenecientes á la República. Desde los mongoles de los siglos v y XIII, no se habían visto destrozos tan enormes y tan locos, un furor tal contra las obras más útiles de la industria y de la civilización humanas.

Todavía se comprende la cosa en los mongoles, que eran nómadas; querían hacer de la tierra una gran estepa. Pero demoler una ciudad de la que se conservan el arsenal y el puerto, destruir á los jefes de la industria y sus casas en una ciudad en la que se pretende conservar á los obreros y las manufacturas, guardar la fuente, cuyo arroyo se suprime, un proyecto tan absurdo no puede caber sino en el cerebro de un jacobino. Su espíritu se encuentra tan exaltado y es tan corto, que no siente las contradicciones; en él se encuentra la estupidez feroz del bárbaro con la idea fija del inquisidor; no hay lugar en la tierra sino para él y los ortodoxos de su especie. Con énfasis, inepto y siniestro, decreta el exterminio de los heréticos: no solamente sus monumentos y sus hogares serán aniquilados con sus personas, sino que se abolirán sus últimos vestigios y sus mismos nombres quedarán borrados de la memoria de los hombres.

«Se suprimirá el nombre de Tolon; este municipio llevará en adelante el nombre de Puerto de la Montaña.»

«El nombre de Lyon será borrado del cuadro de las poblaciones de la República; la reunión de las casas conservadas llevará en adelante el nombre de Villa Emancipada. Sobre las ruinas de Lyon se elevará una columna..., con esta inscripción: *Lyon hizo la guerra á la libertad. Lyon no existe ya.*»

X

No se ha de respetar en París á los jefes de la insurrección ó del partido, diputados, generales ó ministros; al contrario, importa rematar el yugo de la Convención, sofocar los murmullos de la derecha, imponer silencio á Ducos, Bayer-Fonfrede, Vernier, Conhey, que hablan y protestan todavía. Por esto se lanzan todas las semanas, desde lo alto de la Montaña, mandamientos de prisión ó de muerte, que hieren en la mayoría, como tiros disparados sobre una muchedumbre. Mandamientos de prisión, el 15 de Junio, contra Duchâtel, el 17 contra Barbaroux, el 23 contra Brissot, el 8 de Julio contra Deverité y Condorcet, el 14 contra Lanze-Deperret y Fauchet, el 30 contra Duprat menor, Vallée y Mainvielle, el 2 de Agosto contra Ranger, Brunel y Carra; Carra, Lanze-Deperret y Fauchet, presentes en las sesiones, son detenidos allí mismo; es una advertencia sensible y física; nada hay más eficaz para domar á los indómitos.

Decretos de acusación: el 18 de Julio contra Constard, el 28 de Julio contra Gensonné, La Source, Vergniaud, Mollevant, Gardien, Frangeneuve, Fauchet, Baillean, Valazé, Cussy, Meillan, y todos saben que el tribunal ante el que han de comparecer es la sala de espera de la guillotina.

Sentencias condenatorias: el 12 de Julio contra Birotteau, el 28 de Julio contra Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salle, Louvet, Berogocing, Petion, Guadet, Chasset, Chamban, Lidon, Valady, Defermon, Kerveleyan, Larivière, Rabaut-Saint-Etienne,

Lesage; declarados traidores y puestos fuera de la ley, se les llevará sin formación de causa al patíbulo.

En fin, el 3 de Octubre, una gran redada aprisiona en sus bancos, en la Asamblea misma, á todos los que todavía parecen capaces de alguna independencia; previamente, el ponente del Comité de seguridad general, Amar, ha hecho cerrar las puertas de la sala; después, tras una alocución declamatoria y calumniosa que dura dos horas, lee dos listas de proscripción; cuarenta y cinco diputados más ó menos salientes de la Gironda serán llevados en el acto al tribunal revolucionario; otros setenta y tres, que firmaron protestas secretas contra el 31 de Mayo y el 2 de Junio, serán encarcelados. No hay discusión; la mayoría ni siquiera se atreve á opinar. Algunos de los proscriptos tratan de disculparse; pero los otros se niegan á escucharlos. Solamente los montañeses tienen la palabra, y no se sirven de ella sino para aumentar las listas, cada cual según sus enemistades personales. Levasseur hace que se incluya á Viger; Du Roy hace incluir á Richon. Al llamamiento por sus nombres, todos los desgraciados presentes acuden dócilmente «á colocarse en el recinto de la barra, como corderos destinados á la carnicería»; y allí los dividen en dos bandos; de un lado los setenta y tres, del otro los diez ó doce que, con los girondinos ya encarcelados, proporcionarán el número sacramental y popular, los veintidós traidores cuyo suplicio es una necesidad para la imaginación jacobina; á la izquierda, la hornada de la cárcel; á la derecha, la hornada del cadalso.

Para el que tenga intenciones de imitarles ó de defenderlos, la manera de tratarlos es una lección suficiente.

A través de las vociferaciones y las injurias de las

comadres apostadas en el camino, los setenta y tres son conducidos á la prevención de la alcaldía, ya llena; allí pasan la noche, de pie ó sobre bancos, casi sin poder respirar. Al día siguiente, los amontonan en la cárcel de los asesinos y ladrones, en la Force, en el sexto piso, bajo los techos; aquel granero es tan estrecho, que sus camas se tocan, y dos diputados, faltos de cama, duermen en el suelo. Al pie de la escalera y bajo las claraboyas que sirven de ventanas, hay dos pocilgas; unas letrinas comunes al final de la habitación, concluyen de envenenar el aire ya viciado por el amontonamiento humano; las camas son sacos de paja llenos de gusanos; impónese á los representantes el rancho de los presidiarios. Todavía pueden darse por satisfechos, porque Amar ha tachado de conspiración su hábito de silencio, y otros montañeses querían enviarlos á ser ellos también, al tribunal revolucionario; por lo menos, queda convenido que el Comité de seguridad general examinará el proceso de los detenidos, y conservará siempre el derecho de designar entre ellos nuevos culpables. Durante diez meses, viven así bajo el cuchillo, y todos los días pueden esperarse el ir á sumarse con los veintidós en la plaza de la Revolución.

En cuanto á estos últimos, no se trata de juzgarlos, sino de matarlos, y un simulacro de proceso es un asesinato judicial; por acta de acusación, no se presentan contra ellos sino chismes de club; les acusan de haber querido restablecer la monarquía, de estar de acuerdo con Pitt y Coburg, de haber sublevado la Vendée; le imputan la traición de Dumouriez, el asesinato de Le Peletier, el asesinato de Marat, y falsos testigos, elegidos entre sus enemigos personales, acuden á repetir como un tema convenido la misma fábula mal hilva-

nada; la falta de pruebas es tal, que se ven obligados á cerrar el proceso cuanto antes. «¿Hacen falta tantas ceremonias, escribe Herbert, para condenar á unos bandidos, juzgados ya por el pueblo?» Sobre todo, se cuidan bien de concederles la palabra; la lógica de Guadet, la elocuencia de Vergniaud podrían desbaratarlo todo en el último momento; por esto un decreto súbito permite al tribunal cerrar los debates, cuando los jurados se encuentren suficientemente ilustrados. Estos lo están desde la séptima audiencia, y la sentencia de muerte cae de improviso sobre los acusados que no han podido defenderse. Uno de ellos, Valazé, se clava un puñal en el pecho, y al día siguiente, en treinta y ocho minutos, la cuchilla nacional corta las veinte cabezas que quedan.

Más expeditivo aún es el procedimiento contra los acusados que se han sustraído á la causa: Gorsas, detenido en París el 8 de Octubre, es guillotinado el mismo día; Birotteau, detenido en Burdeos el 24 de Octubre, sube al cadalso dentro de las veinticuatro horas. Los otros, avisados como lobos, vagan como nómadas, disfrazados, de escondrijo en escondrijo, prendidos uno tras otro, no les queda más que la elección entre diversos géneros de muerte. Chambon muere defendiéndose; Sidon, después de haberse defendido, se levanta la tapa de los sesos; Condorcet se envenena en el cuerpo de guardia de Bourg-la-Reine; Roland se atraviesa su espada en una carretera; Clavière se da de puñaladas en su prisión; encuéntrase á Rebecqui ahogado en el puerto de Marsella, á Petion y Buzot medio comidos por los lobos en una lancha de Saint-Emilion; Valady es ejecutado en Perigueux, Dechezean en Rochefort, Grangeneuve, Guadet, Salle y Barbaroux en Burdeos; Constard, Cussy, Rabant Saint-

Etienne, Bernard, Masuger y Lebrun en París. Los mismos que dimitieron en el mes de Enero de 1793, Kersaint y Manuel, pagan con su vida el crimen de haberse sentado en la derecha, y, por supuesto, Mme. Roland, que pasa por alma de partido, es guillotinada una de las primeras.

De los ciento ochenta girondinos que dirigían la Convención, ciento cuarenta han perecido, ó están en la cárcel, ó han huído bajo una sentencia de muerte. Después de tal poda ó semejante ejemplo, los diputados que quedan no pueden por menos de ser dóciles; ni en el poder central, encontrará resistencia la Montaña; su despotismo se ha establecido en la práctica; no le falta más que proclamarlo en la ley.

XI

El 24 de Agosto, á propuesta de Basire, la Convención decreta «que Francia está en revolución hasta que se haya reconocido su independencia». Esto significa que el período de las frases hipócritas ha terminado, que la Constitución no era más que una engañifa, que los charlatanes que hicieron ostentación de ella no la necesitan ya, que las libertades privadas y públicas, locales y parlamentarias, están abolidas, que el gobierno es arbitrario y absoluto, que ninguna institución, ley, principio, dogma ó precedente garantiza ya contra él los derechos del individuo ni los del pueblo, que todos los bienes y todas las vidas están á su merced, que ya no hay derechos del hombre.

Seis semanas después, cuando, con la proscripción de los sesenta y siete y la prisión de los sesenta y tres, la obediencia de la Convención está asegurada, todo

esto se pregona en la tribuna descarada y oficialmente. «En las circunstancias en que se encuentra la República, dice Saint-Just, la Constitución no puede estatablecerse; se convertiría en la garantía de los ataques contra la libertad, porque carecería de la fuerza necesaria para reprimirlos.» No se trata ya de gobernar, «según las máximas de paz y de justicia naturales». Estas máximas son buenas entre amigos de la libertad; «pero no entre patriotas. Aquéllos están fuera de la ley, excluídos del pacto social, son esclavos rebelados, á los que hay que castigar ó subyugar, y entre ellos hay que poner á los indiferentes.

«Tenéis que castigar á todo el que es pasivo en la República y no hace nada por ella»; porque su inercia es una traición y le coloca en el número de los enemigos públicos. Ahora bien; «entre el pueblo y sus enemigos no hay nada de común más que la espada; hay que gobernar por el acero á los que no pueden serlo por la justicia»; hay que «comprimir» á la mayoría monárquica ó neutra; «la República no estará fundada hasta el día en que los descamisados, únicos representantes de la nación, únicos ciudadanos, *reinen por derecho de conquista*».

El régimen, cuyo proyecto ofrece Saint-Just, es aquel por el que una oligarquía de invasores se instala y se mantiene en una nación subyugada. Por este régimen, en Grecia, diez mil espartanos, después de la invasión dórica, dominaron sobre trescientos mil ilotas y periqueos. Por este régimen, en Inglaterra, sesenta mil normandos, después de la batalla de Hastings, dominaron sobre dos millones de sajones. Por este régimen, en Irlanda, después de la batalla de Bogne, doscientos mil ingleses protestantes dominaron sobre un millón de irlandeses católicos. Por este

régimen, los trescientos mil jacobinos de Francia podrán dominar sobre los seis ó siete millones de girondinos, fuldenses, realistas ó indiferentes.

Esto es muy sencillo y consiste en mantener sumido al pueblo en la extrema debilidad y en el extremo terror. A este efecto, se le desarma, se le tiene vigilado, se le prohibe toda acción común, se le muestra el hacha siempre levantada y la cárcel siempre abierta, se le arruina y se le diezma.

Desde hace seis meses, todos estos rigores se decretan y practican, desarme de los sospechosos, tasas sobre los ricos, máxima contra los comerciantes, requisiciones sobre los propietarios, detenciones en masa, juicios expiditivos, sentencias de muerte arbitrarias, suplicios ostensibles y multiplicados. Desde hace seis meses, todos los instrumentos de ejecución están fabricados y operan: Comité de Salud pública, Comité de Seguridad general, procónsules ambulantes provistos de poderes ilimitados, comités locales autorizados para tasar y encarcelar á quien se les antoje, ejército revolucionario, tribunal revolucionario. Pero, falta de acuerdo interno y de impulso central, la máquina no funciona sino á medias, y su acción no es ni bastante directa, ni bastante universal, ni bastante fuerte.

«Estáis demasiado lejos de todos los atentados, dice Saint-Just; es preciso que la espada de la ley se pasee por todas partes con rapidez, y que vuestro brazo esté en todas partes presente para contener el crimen... Los ministros confiesan que no hallan sino inercia y negligencia pasados sus primeros y segundos subordinados.»

«En todos los agentes del gobierno, añade Billaud-Varenne, la apatía es igual... Las autoridades secundarias, que son los puntos de apoyo de la Revolución,

no sirven más que para entorpecerla»; los decretos transmitidos por la vía administrativa llegan tarde y se aplican con tibieza. «Os falta esa fuerza coactiva, que es el principio de la existencia, del movimiento y de la ejecución... Todo buen gobierno debe tener un centro de voluntad y palancas que de él dependan... Es preciso que todas las emanaciones de la fuerza pública sean exclusivamente tomadas en la fuente.»

«En el gobierno ordinario, dice por fin Couthon, al pueblo pertenece el derecho de elegir; no podéis privárselo. En el gobierno extraordinario, del centro deben partir todos los impulsos, de la Convención deben venir las elecciones... Perjudicaríais al pueblo confiándole el derecho de elegir los funcionarios públicos, porque le expondríais á nombrar á hombres que le traicionarían.»

En consecuencia, las máximas constitucionales de 1789 ceden el puesto á las máximas contrarias; en lugar de someter el gobierno al pueblo, se somete el pueblo al gobierno. Bajo nombres revolucionarios, la jerarquía del antiguo régimen queda restablecida, y en adelante los poderes, bastante más sensibles que los del antiguo régimen, cesan de ser delegados de abajo arriba para serlo de arriba abajo.

En el pináculo, un comité de doce miembros, semejante al antiguo Consejo del rey, ejerce la monarquía colectiva. De nombre, la autoridad está por igual repartida entre los doce; de hecho, se concentra en unas manos. Varios no tienen más que un oficio subalterno, entre otros Barere, orador ó redactor siempre dispuesto, secretario ó portavoz oficial; otros hombres especialistas, Jeambon-Saint-André, Lindet, sobre todo Prieur de la Côte d'Or y Carnot, se acantonan cada uno en su departamento especial: Marina, Guerra, Sub-

sistencias. Los que se llaman «hombres de Estado», Robespierre, Conthon, Saint-Just, Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, son los verdaderos soberanos y dan la dirección del conjunto. A la verdad, su mandato debe renovarse cada mes; pero no puede dejar de serlo: en el estado en que se encuentra la Convención, su voto, adquirido de antemano, es una formalidad casi vana. Más sometida que el Parlamento de Luis XIV, adopta sin discusión los decretos que el Comité de Salud pública le aporta ya hechos; no es más que un gabinete de registro, menos que esto; porque ha renunciado al derecho de formar por sí mismo sus propias comisiones interiores; se lo ha encargado al Comité de Salud pública, y vota en bloque las listas de nombres que le dan. Como es natural, el Comité no ha puesto más que á sus fieles ó á sus criaturas; así, todo el poder legislativo y parlamentario le pertenece.

En cuanto al poder ejecutivo y administrativo, los ministros se han convertido en empleados del mismo Comité; «acuden todos los días, á horas fijas, á recibir sus decretos y sus órdenes»; le someten «la lista motivada de todos los agentes» que mandan á los departamentos y al extranjero; acuden á él para los menores detalles; son unos escribientes, simples máquinas ó maniquíes, tan nulos, que al fin se les quitará hasta el título, y para el comisario de relaciones exteriores» se irá á buscar á un ex maestro de escuela, clubista inepto, tertuliano de billar y de garito, apenas capaz de leer los documentos que le llevan á firmar al café, en donde se pasa la vida.

Así, del segundo poder del Estado, el Comité se ha hecho una escuadra de criados, y del primero, un auditorio de alabarderos.

Para mantenerlos en el deber, tiene dos manos.

La una, la derecha, que agarra á las gentes por el cuello y de improviso, es el Comité de Seguridad general, compuesto de montañeses probados, Panis, Le Bas, Jeoffroy, Amar, David, Vadier, Lebon, Ruhl, La Vicomterie, todos presentados, es decir, nombrados por él, adeptos y subalternos suyos. Son sus lugartenientes de policía, y van, una vez á la semana, á trabajar con él, como en otro tiempo los Sartine, los Lenoir, con el inspector general. Súbitamente detenido, el hombre á quien el conciliábulo ha juzgado sospechoso, cualquiera que sea, representante, ministro, general, se encuentra al día siguiente bajo los cerrojos de una de las diez nuevas bastillas.

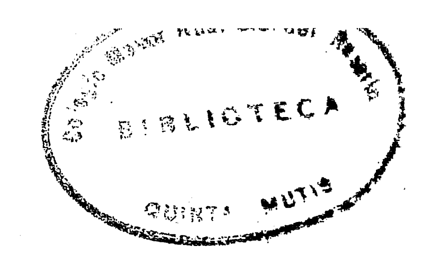
Allí, la otra mano le agarra por el cuello; es el tribunal revolucionario, tribunal de excepción, semejante á las comisiones extraordinarias del antiguo régimen, pero mucho más terrible. Asistido por sus policías, el Comité de Salud pública ha escogido por sí mismo los diez y seis jueces, los sesenta jurados, y los ha escogido entre los más serviles, ó los más brutales, ó los más furiosamente fanáticos: Fouquier-Tinville, Hermann, Dumas, Payan, Coffinhal, Fleuriot-Sescot; bajo éstos, sacerdotes apóstatas, nobles renegados, artistas fracasados, artesanos que apenas saben escribir; un idiota, como Janney; un sordo, como Leroy-Dix-Aôut; sus nombres y cualidades dicen bastante; son asesinos con patente y á sueldo; á los mismos jurados se les abona diez y ocho francos diarios, para que tomen más á pechos su tarea. Esta tarea consiste en condenar sin pruebas, casi sin interrogatorio, aprisa, por hornadas, todo lo que el Comité de Salud pública les envía, hasta los montañeses más reconocidos: Danton, el inventor del tribunal, no tardará en comprenderlo.

Con estos dos instrumentos de gobierno, el Comité tiene amenazadas á todas las cabezas, y las cabezas, para no caer, se inclinan, tanto en provincias como en París.

Es que, tanto en provincias como en París, con la mutilación de la jerarquía local y con la introducción de nuevas autoridades, la voluntad omnipotente del Comité se encuentra presente en todas partes y en todo momento. Directa ó indirectamente, «todas las medidas de gobierno y de seguridad pública, todo lo relativo á las personas y á la policía general é interior, todos los cuerpos constituidos y todos los funcionarios públicos están bajo su inspección»; excuso decir si están expuestos á su guillotina. Para suprimir por adelantado todo asomo de inercia administrativa, ha quitado á las administraciones de departamento demasiado poderosas, demasiado consideradas, «demasiado inclinadas al federalismo», su preeminencia departamental y «su influencia política»; las ha reducido á la repartición de impuestos, á la inspección de caminos y canales; las depura; depura también las administraciones de distrito y los municipios. Para suprimir de antemano toda posibilidad de oposición popular, ha suprimido las sesiones de las secciones á dos por semana; instala en ellas, mediante dos francos al día por individuo, una mayoría de descamisados, y suspende «hasta nueva orden» las elecciones municipales. En fin, para mandar en persona, nombra hombres suyos, al principio comisarios ó representantes, especie de intendentes temporales, que envía á cada departamento con poderes sin límites; después agentes nacionales, especie de subdelegados permanentes, con los que, cerca de cada distrito ó municipio, reemplaza á los procuradores síndicos.

A este ejército de funcionarios añadid, en cada población de importancia, un Comité revolucionario con tres ó cinco francos diarios á cada miembro encargado de aplicar las sentencias y obligado á rendir cuentas; nunca se lanzó desde arriba una red tan universal y tan tupida para envolver y mantener cautivos á veintiséis millones de hombres.

Tal es la Constitución de hecho con que los jacobinos sustituyen á su Constitución de muestra. Al arsenal de la monarquía, que han destruído, han ido á buscar las instituciones más despóticas, centralización de poderes, consejo del rey, lugartenientes de policía, tribunales de excepción, intendentes y subdelegados; han desenterrado la antigua ley romana de lesa majestad, y han bruñido las antiguas espadas, enmohecidas por la civilización, á fin de llevarlas á todas las gargantas; ahora las manejan á través de las libertades, los bienes, las vidas y las conciencias. Esto se llama «el gobierno revolucionario». Según las declaraciones oficiales, debe durar hasta la paz; en el pensamiento de los verdaderos jacobinos ha de durar hasta que todos los franceses estén «regenerados», según la fórmula.


BIBLIOTECA QUINTA MUTIS

LIBRO SEGUNDO

El programa jacobino.

CAPITULO PRIMERO

I. Programa del partido jacobino.—II. Concepción de la sociedad.—El contrato social.—El Estado propietario de las cosas.—Confiscaciones y secuestros.—El Estado propietario de los individuos.—Requisición de personas para el servicio civil y para el servicio militar.—El Estado filántropo, pedagogo, teólogo, moralista, censor, director de ideas y sentimientos íntimos.—III. Objeto del Estado: la regeneración del hombre.—Restauración del hombre natural.—Formación del hombre social.—Magnitud de la empresa.—Para ejecutarla, el empleo de la fuerza es un derecho y un deber.—IV. Las dos deformaciones del hombre natural.—La religión positiva.—Proscripción del culto ortodoxo.—Medidas contra el rey y los nobles.—V. La desigualdad social.—VI. Condiciones requeridas para la formación del ciudadano.—Proyecto para suprimir la indigencia.—VII. Represión del egoísmo.—VIII. Formación de los espíritus y de las almas.—La religión civil.—La educación nacional.—Refundición y reducción de la naturaleza humana con arreglo al tipo jacobino.

I

No hay nada más peligroso que una idea general en espíritus estrechos y vacíos; como están vacíos, la idea no encuentra en ellos ningún conocimiento que le

ponga obstáculos; como son estrechos, no tarda en ocuparlos por completo. Desde este punto no se pertenecen, están dominados por la idea; ésta obra en ellos y por ellos; en el sentido propio de la palabra, el hombre está poseído. Algo que no es él, un parásito monstruoso, un pensamiento extraño y desproporcionado vive en él, se desarrolla y engendra voluntades maléficas. Brotan éstas fatalmente, una á una y bajo la presión de las circunstancias, primeramente las consecuencias anárquicas, ahora las consecuencias despóticas. Llegado al poder, el jacobino aporta con él su idea fija; tanto en el gobierno como en la oposición, esta idea es fecunda, y la omnipotente fórmula desarrolla en un nuevo terreno la serie pululante de sus múltiples anillos.

II

Sigamos este desarrollo interno, y remontémonos, con el jacobino, á los principios, al pacto primordial, á la institución de la sociedad. No hay más que una sociedad justa, la que está fundada en «el contrato social», y «las cláusulas de este contrato, bien entendidas, se reducen todas á una sola: la pertenencia total de todo individuo, con todos sus derechos, á la comunidad». No hay excepción ni reserva. Nada de lo que era ó tenía antes le pertenece ya en propiedad; lo que en adelante es ó tenga, no lo posee sino por delegación. Sus bienes y su persona son ahora una porción de la cosa pública; si los posee, es de segunda mano. No es sino el depositario, el administrador, nada más. «Como la naturaleza da á cada hombre un poder absoluto sobre todos sus miembros, el pacto social da al cuerpo social un poder absoluto sobre todos los suyos.»

Soberano omnipotente, propietario universal, el Estado ejerce á discreción sus ilimitados derechos sobre las personas y las cosas; en consecuencia, nosotros, sus representantes, ponemos la mano sobre las personas y las cosas; son nuestras, puesto que son de él.

Hemos confiscado los bienes del clero, confiscamos los bienes de los emigrados, de los guillotinados, de los deportados; hay cientos de millones; los contaremos más adelante, puesto que la lista sigue abierta y va en aumento.

En virtud del mismo derecho, disponemos de las personas como de las cosas. Decretamos el reclutamiento en masa, y lo que es más raro, lo efectuamos, por lo menos en varios puntos del territorio y durante los primeros meses; en Vendée y en los departamentos del Norte y Este, comprende toda la población masculina y válida, todos los hombres hasta los cincuenta años, á los que se envía por rebaños contra el enemigo. Se recluta después á una generación entera, todos los jóvenes de diez y ocho á veinticinco años, casi un millón de hombres; al que falta al llamamiento, se le califica de desertor, sus bienes son confiscados y sus padres castigados.

Para armar, vestir, calzar, equipar á nuestros reclutas, necesitamos obreros; convocamos á los armeros, herreros, sastres, zapateros, bajo pena de prisión al que no venga.

El servicio civil no es menos importante que el servicio militar, y también para proveerle se emplean los mismos procedimientos.

Tal es ahora la condición de todos los franceses y de todas las francesas, puesto que se obliga á las ma-

dres á que lleven á sus hijas á las sesiones de las sociedades populares, á las fiestas republicanas, á vestirlas de diosas antiguas para pasearlas en público. Penetramos en las familias, declaran los jacobinos, somos pedagogos, filántropos, teólogos, moralistas. Imponemos á la fuerza nuestra religión y nuestro culto, nuestra moral y nuestras costumbres. Dictamos al individuo ideas y sentimientos, le prescribimos sus afectos y sus creencias, y rehacemos, con arreglo á un tipo preconcebido, su inteligencia, su conciencia y su corazón.

III

No hay nada de arbitrario en esta operación, porque el modelo está trazado de antemano. Si el Estado es omnipotente, es «para regenerar á los hombres», y la teoría que le confiere sus derechos le asigna al mismo tiempo su objeto.

¿En qué consiste esta regeneración del hombre?

Considerad á un animal en estado doméstico, el perro ó el caballo. Flaco, golpeado, atado, por cada mil explotados y sobrecargados hay uno que le vaya bien y muera de buen trato; y en todos, gordos ó flacos, el alma sufre aún más todavía que el cuerpo. Un respeto supersticioso les doblega bajo su carga, les hace arrastrarse ante su amo. Serviles, perezosos, golosos, débiles, incapaces de resistir las intemperies, si han adquirido los miserables talentos de la esclavitud, han contraído sus máculas, sus necesidades y sus vicios. Una costra de hábitos ineptos é inclinaciones perversas, una especie de ser ficticio y yuxtapuesto ha cubierto en ellos la primitiva naturaleza.

Y de otra parte, la mejor porción de su naturaleza primera no ha podido desarrollarse, falta de empleo. Separados unos de otros, no han adquirido el sentimiento de la comunidad, no saben, como sus hermanos de las sábanas, ayudarse unos á otros y subordinar el interés del individuo al interés del rebaño. Cada cual tira para sí, nadie se cuida de los demás, todos son egoístas, los instintos sociales han abortado.

Tal es el hombre hoy, una criatura desfigurada á la que hay que restaurar, una criatura inacabada á la que hay que perfeccionar. Así, nuestra tarea es doble: tenemos que demoler y tenemos que construir, haremos primero el hombre natural para crear enseguida el hombre social.

La empresa es ardua, y sentimos la inmensidad de la misma. «Es preciso, dice Billand-Varennes, *sanear* en cierto modo al pueblo, al que se quiere devolver á la libertad, puesto que hay que destruir antiguos prejuicios, cambiar antiguas costumbres, perfeccionar afecciones depravadas, retringir necesidades superfluas, extirpar vicios inveterados».

Pero la empresa es sublime, porque se trata de «realizar los deseos de la naturaleza, de cumplir los destinos de la humanidad, de mantener las promesas de la filosofía».

«Queremos, dice Robespierre, sustituir la moral al egoísmo, la probidad al honor, los principios á las costumbres, los deberes á las conveniencias, el imperio de la razón á la tiranía de la moda, el desprecio del vicio al desprecio de la desgracia, la dignidad á la insolencia, la grandeza de alma á la vanidad, el amor de la gloria al amor del dinero, las personas honradas á los compañeros alegres, el mérito á la intriga, el genio al ingenio, el encanto de la felicidad al tedio de la

voluptuosidad, la grandeza del hombre á la pequeñez de los pueblos, un pueblo magnánimo, poderoso, feliz, á un pueblo amable, frívolo y miserable, es decir, todas las virtudes y todos los milagros de la república á todos los vicios y á todas las ridiculeces de la monarquía.» Haremos esto, todo esto, cueste lo que cueste. Poco importa la generación viviente: trabajamos por las generaciones futuras. «El hombre obligado á aislarse del mundo y de sí mismo pone su esperanza en el porvenir y estrecha contra su corazón á la posteridad inocente de los males presentes.» Sacrifica á su obra su vida y la vida ajena. «El día en que me convenza, escribe Saint-Just, de que es imposible dar al pueblo francés costumbres dulces, enérgicas, sensibles, inexorables para la tiranía y la injusticia, me apuñalaré.»

«Lo que he hecho en el Mediodía, lo haré en el Norte, dice Bandot: los haré patriotas, ó morirán ó moriré.»

«Haremos un cementerio de Francia, dice Carrier, antes que no regenerarla á nuestra manera.»

En vano espíritus ciegos ó corazones depravados querrían protestar; protestan porque son ciegos ó depravados. En vano alegaría el individuo sus derechos individuales; ya no los tiene; por el contrato social que es obligatorio y único valedero, ha renunciado á todo su ser; no habiéndose reservado nada, «nada tiene que reclamar». Sin duda, hay algunos que se resisten, porque en ellos persiste aún el vicio contraído y el hábito nuevo recubre aún el instinto original. Si se desatara al caballo de la noria, seguiría dando vueltas; si se soltase al perro del titiritero, seguiría teniéndose sobre sus patas traseras; para volverles á sus actitudes naturales, habría que sacudirlos rudamente. De igual manera, habrá que sacudir al hombre para volverlo

á su actitud normal. Pero, en esto, no tenemos escrúpulos, porque no le doblegamos, le erguimos; según la frase de Rousseau, «le obligamos á ser libre»; le conferimos el mayor de los bienes que puede recibir una criatura humana; le volvemos á la naturaleza y le llevamos á la justicia. Por esto, ahora que está advertido, si se obstina en resistir, se hace criminal y digno de todos los castigos, porque se declara rebelde y perjuro, enemigo de la humanidad y traidor al pacto social.

IV

Comencemos por figurarnos al hombre natural; ciertamente, hoy cuesta trabajo reconocerlo: no se parece en nada al ser artificial que encontramos en su lugar, á la criatura deformada por un régimen inmemorial de exacción y de fraude, prensado en hereditario arnés de supersticiones y objeciones, cegada por su religión y maniatada á fuerza de prestigios, explotada por su gobierno y encaminada á fuerza de golpes, siempre empleada contra razón y contra naturaleza, cualquiera que sea su puesto, alto ó bajo, cualquiera que sea su comedero, lleno ó vacío, dedicada unas veces á tareas serviles, como el embrutecido caballo que, con los ojos vendados, dé vueltas á la noria, ocupada otras en ostentaciones fútiles, como el perro sabio que, engalanado con oropeles, despliega sus gracias en público. Pero suprimid con el pensamiento los oropeles, las vendas, las ligaduras, los departamentos de la clase social, y veréis aparecer un hombre nuevo, que es el hombre primitivo, intacto y sano de espíritu, de alma y de cuerpo.

En este estado se encuentra libre de prejuicios, no está rodeado de mentiras, no es ni judío, ni protestante, ni católico: si trata de concebir el conjunto del universo y el principio de las cosas, no se dejará engañar por una pretendida revelación; no escuchará más que á su razón; puede ser que á veces se haga ateo, pero casi siempre será deísta.

En este estado no pertenece á ninguna jerarquía, no es noble ni plebeyo, obrero ni patrono, propietario ni proletario, inferior ni superior. Independientes unos de otros, todos son iguales, y, si convienen asociarse entre sí, su buen sentido estipulará como primer artículo el mantenimiento de la igualdad primordial.

He aquí el hombre que la naturaleza ha hecho, que la historia ha deshecho y que la Revolución debe rehacer. Hay que trabajar con fuerza sobre las dos envolturas que le tienen sujeto, sobre la religión positiva que comprime y falsea su inteligencia, sobre la desigualdad social que falsea y mutila su voluntad; porque á cada golpe que se aseste, se rompe una ligadura, y á cada ligadura que se rompe, se restituye un movimiento á los miembros paralizados.

Sigamos el progreso de la operación libertadora.

Estudia con la institución eclesiástica; la Asamblea Constituyente, siempre tímida, no supo tomar sino medidas á medias; abrió la corteza, no se atrevió á llevar el hacha hasta el espesor del tronco. Confiscación de los bienes del clero, disolución de las órdenes religiosas, represión de la autoridad del papa, á esto se redujo su obra; quiso establecer una Iglesia nueva y transformar los sacerdotes en funcionarios juramentados del Estado; nada más. ¡Como si el catolicismo, aun administrativo, dejara de ser catolicismo! ¡Como si el árbol maléfico, una vez marcado con el sello

público, hubiera de perder su malignidad! No se ha destruído la antigua oficina de las mentiras, se ha abierto otra á su lado, de suerte que en vez de una hay dos. Con ó sin su etiqueta social, funciona en todas las comunas de Francia, y, como en el pasado, distribuye impunemente su droga al público. He aquí lo que justamente no podemos tolerar.

A la verdad, tenemos que guardar las apariencias, y, en palabras, decretaremos de nuevo la libertad de cultos. Pero, de hecho y en la práctica, destruiremos la oficina é impediremos la venta de la droga; ya no habrá culto católico en Francia, ni un bautismo, ni una confesión, ni un matrimonio, ni una extremaunción, ni una misa: nadie predicará ú oirá un sermón, nadie administrará ó recibirá un sacramento, aun á escondidas, y con la prisión ó el cadalso en perspectiva.

A este efecto, procederemos con orden. Para la Iglesia que se dice ortodoxa, nada de miramientos: sus miembros, habiéndose negado al juramento, están fuera de la ley: exclúyese uno de una sociedad cuando se repudia el pacto: han perdido su calidad de ciudadanos, se han convertido en simples extranjeros vigilados por la policía; y, como propagan en torno de ellos, la desafección y la desobediencia, no son ni siquiera extranjeros, sino sediciosos, enemigos disfrazados, los autores de una Vendée, difusa y oculta; no tenemos necesidad de perseguirles como á charlatanes, basta castigarles como á rebeldes. En este concepto, hemos expulsado ya de Francia á los eclesiásticos no juramentados, unos cuarenta mil sacerdotes; no toleramos en suelo francés sino á los sexagenarios y á los enfermos, y en situación de detenidos y de reclusos; pena de muerte contra ellos, si no acuden á amontonarse en la


COLEGIO MAYOR DE NTRA.

cárcel de su distrito; pena de muerte contra los desterrados que vuelvan; pena de muerte contra los que oculten á sacerdotes. Por consiguiente, á falta de clero ortodoxo, no habrá culto ortodoxo; la más peligrosa de las dos fábricas de superstición queda cerrada. A fin de reprimir mejor la venta del venenoso género, castigamos tanto á los que lo piden, como á los que lo proporcionan, y perseguimos, no solamente á los pastores, sino también á los fanáticos del rebaño; si no con los autores de la rebelión eclesiástica, con los cómplices. Ahora bien; gracias al cisma, los conocemos de antemano, y, en cada comuna, está formada su lista. Llamamos fanáticos á todos los que rechazan el ministerio del sacerdote juramentado, á los burgueses que le llaman intruso, á los religiosos que no se confiesan con él, á los campesinos que no asisten á su misa, á las viejas que no besan su patena, á los padres que no le emplean para el bautizo de sus hijos. Todos estos y quienes los tratan, allegados, amigos, huéspedes, visitantes, cualesquiera que sean, hombres ó mujeres, son sediciosos de alma, y, por lo tanto, sospechosos. Les quitamos sus derechos electorales, les privamos de sus pensiones, les cargamos con tasas especiales, les internamos en sus casas, les encarcelamos á miles, les guillotinamos á cientos; poco á poco, el que quede se descorazonará y renunciará á practicar un culto impracticable.

Quedan los tibios, la multitud borreguil apegada á sus ritos irá á buscarlos en donde se encuentren, y, como son los mismos en la Iglesia autorizada que en la Iglesia refractaria, en vez de ir al sacerdote insumiso, irá al sacerdote sometido. Pero irá sin celo, sin confianza, á menudo hasta con desconfianza, preguntándose si aquellos ritos, administrados por un excomulgado, no

son de mala ley. Semejante Iglesia no es sólida y nos bastará un empujón para echarla abajo. Desacreditaremos con toda nuestra fuerza á los más constitucionales; les obligaremos, por decreto, á bendecir el matrimonio de sus hermanos apóstatas; emplearemos el terror y la prisión para obligarles á que se casen ellos mismos; no les daremos tregua hasta que no hayan entrado en la vida civil, unos declarándose impostores, otros dimitiendo sus puestos. Privado de conductores, con estas deserciones voluntarias ó forzadas, el rebaño católico se dejará fácilmente llevar fuera del redil, y, para quitarle la tentación de volver á él, derribaremos el antiguo cercado. En las comunas, en donde somos los amos, haremos que nos pidan, los jacobinos del lugar, la abolición del culto, y nuestros representantes lo abolirán por un acto de autoridad en los otros caminos. Cerraremos las iglesias, derribaremos los campanarios, fundiremos las campanas, enviaremos los vasos sagrados á la Casa de la Moneda, romperemos las imágenes, profanaremos las reliquias, prohibiremos los entierros religiosos, impondremos el entierro civil, prescribiremos el descanso de la década y el trabajo del domingo. Nada de excepciones, puesto que toda religión positiva es madre del error; proscribiremos todos los cultos; exigiremos de los ministros protestantes una abjuración legítima; prohibiremos á los judíos practicar sus ceremonias; haremos «un auto de fe de todos los libros y signos del culto de Moisés». Pero la católica es la peor de todas las máquinas de engaños, la más hostil á la naturaleza por el celibato de los curas, la más contraria á la razón por lo absurdo de sus dogmas, la más opuesta á la institución democrática, puesto que en ella los poderes se delegan de alto á abajo, la más apercibida contra la auto-

ridad civil, puesto que su jefe está fuera de Francia. Sobre ella, pues, hay que encarnizarse; hasta después de Termidor, prolongaremos contra ella la persecución, pequeña y grande; hasta el Consulado, deportaremos y fusilaremos á sacerdotes, renovaremos contra los fanáticos las leyes del Terror. Obligaremos al pueblo al culto decadario; le perseguiremos con nuestra propaganda hasta en la mesa; cambiaremos los días de mercado para que ningún fiel pueda comprar pescado en día de vigilia.

Nada nos importa tanto como esta guerra contra el catolismo; ningún artículo de nuestro programa se ejecutará con tanta insistencia y perseverancia; es que se trata de la verdad: nosotros somos sus depositarios, sus campeones, sus ministros, y jamás servidores de la verdad habrán aplicado la fuerza con tanto detalle y constancia en la extirpación del error.

V

Al lado de la superstición hay otro monstruo que combatir, y de este lado también la Asamblea Constituyente comenzó el ataque. Pero de este lado también se detuvo después de dos ó tres débiles golpes. Prohibición de los escudos de armas, de los títulos de nobleza y de los nombres de tierras, abolición sin indemnización de las rentas que el señor percibía á título de antiguo propietario de las personas, permiso de rescatar á precio discutido los otros derechos feudales, limitación del poder real, he aquí todo lo que ha hecho por restablecer la igualdad natural, esto no es nada; con usurpadores y tiranos se debe proceder de otra manera, porque su privilegio es por sí solo un atentado contra los derechos del hombre. En consecuencia, hemos destronado al rey y le hemos cortado la cabeza; hemos suprimido sin indemnización toda la renta feudal, incluso los derechos que los señores percibían á título de propietarios terratenientes y bailíos sencillos; hemos entregado sus personas y sus bienes á las reivindicaciones y á los rencores de las jaquerías locales; los hemos obligado á emigrar; les encarcelaremos si se quedan; les guillotinaremos si vuelven. Educados en hábitos de supremacía y persuadidos de que son de otra especie que el común de los hombres, su prejuicio de raza es incorregible; son incapaces de entrar en una sociedad de iguales; es menester aniquilarlos, ó por lo menos, tenerlos sujetos.

Por el solo hecho de haber vivido, son culpables; porque han predominado, mandado sin derecho, y contra todos los derechos han abusado del hombre, habiendo gozado de su rango, justo es que ahora lo sufran. Privilegiados al revés, serán tratados como las gentes sin profesión lo eran bajo su reinado, recogidos por la policía con sus familias, expedidos al centro, encarcelados á montones, ejecutados en masa, por lo menos expulsados de París, de los puertos y de las plazas fuertes, internados, obligados á presentarse diariamente en la alcaldía, privados de los derechos políticos, excluídos de las funciones públicas, «de las sociedades populares, de los comités de vigilancia, de las asamblas de comuna y de sección». Todavía somos indulgentes, puesto que marcados de infamia deberíamos asimilarlos á los presidiarios, y encadenarlos, hacerles trabajar en las carreteras. «La justicia condena á los enemigos del pueblo y á los partidarios de la tiranía á una esclavitud eterna.»

Pero esto no basta; porque además de la aristocra-

cia de la sangre, hay otras á las que la Asamblea Constituyente no ha tocado, especialmente la aristocracia del dinero.

De todas las soberanías, la que el rico ejerce sobre los pobres es la más pesada. En efecto; no solamente con desprecio de la igualdad consume más que en parte en el producto del trabajo común, y consume sin producir, sino que también, con desprecio de la libertad, puede á su antojo fijar los salarios, y, con desprecio de la humanidad, los fija siempre lo más bajos que puede. Entre él y los necesitados no se hacen más que contratos inicuos. Unico detentador de la tierra, del capital y de todas las cosas necesarias á la vida, impone sus condiciones, que los otros, desprovistos de fuerza, se ven obligados á aceptar, so pena de morirse de hambre; explota á su merced necesidades que no pueden esperar, y se aprovecha de su monopolio para mantener á los indigentes en la indigencia.

Por esto, escribe Saint-Just, «la opulencia es una infamia».

«Es preciso, dice Robespierre, que el más rico de los franceses no tenga más de tres mil libras de renta.» Más allá de lo estrictamente necesario no hay propiedad legítima; tenemos derecho á apoderarnos de lo superfluo allí donde se encuentre, no solamente hoy, porque hoy lo necesitamos para el Estado y para los pobres, sino en todo tiempo, porque lo superfluo en todo tiempo confiere al poseedor un ascendiente en los contratos, una autoridad sobre los salarios, un poder arbitrario sobre las subsistencias; en suma, una supremacía de condición peor que la preeminencia de la sangre. Así, no solamente combatimos á los nobles, sino también á los burgueses ricos ó acomodados, á los propietarios y capitalistas. Desde luego, y por el solo

juego de las nuevas instituciones, impedimos que el rentista se lleve, como de costumbre, la mejor parte de los frutos del trabajo ajeno; los zánganos no se comerán ya cada año la miel de las abejas. Para llegar á esto no hay más que dejar obrar á los asignados y al curso obligatorio. Con la depreciación del papel moneda, el propietario ó capitalista ocioso ve fundirse la renta entre sus manos; no toca más que valores nominales. A primero de año, su inquilino le entrega en realidad el importe de un medio alquiler, en vez del alquiler entero; en primero de Marzo, su campesino cumple con él con un saco de grano; el efecto es el mismo que si hubiéramos redactado de nuevo todos los contratos y reducido á la mitad, á una cuarta parte y á menos el interés del dinero prestado, el alquiler de las casas, el de las tierras.

Mientras que la renta del rentista se evapora, su capital se derrumba, y nosotros coadyuvamos á ello de la mejor manera. Si tiene créditos sobre antiguos organismos ó establecimientos civiles ó religiosos, cualesquiera que sean, países de estados, congregaciones, instituciones, hospitales, le retiramos su garantía especial, convertimos sus títulos en una renta sobre el Estado; asociamos, de grado ó por fuerza, su fortuna privada á la fortuna pública, le arrastramos á la bancarrota universal, hacia la que llevamos á todos los acreedores de la República.

Además, para arruinarlos tenemos medios más directos y más rápidos. Si es emigrado, y hay emigrados por cientos de miles, confiscamos sus bienes; si es guillotinado ó deportado, y hay guillotinados ó deportados por miles de docenas, confiscamos sus bienes; si es «enemigo reconocido de la Revolución», y «todos los ricos hacen votos por la contrarrevolución», se-

cuestramos sus bienes, percibimos el usufructo de ellos hasta la paz, tendremos la propiedad de los mismos después de la guerra; usufructo y propiedad, en todos estos casos el Estado hereda; á lo más concedemos á veces un socorro momentáneo á la familia; ésta ni siquiera tiene derecho á alimentos.

Imposible desarraigar mejor las fortunas; en cuanto á las que no derribamos de un golpe, lo hacemos por parcelas, y contra ellas tenemos dos hachas.

De un lado decretamos en principio el impuesto progresivo, y sobre esta base establecemos el impuesto forzoso; separamos, en la renta, lo necesario de lo excedente; limitamos lo necesario á un millar de francos por cabeza; según que el excedente es mayor ó menor, tomamos el cuarto, el tercio, la mitad, y pasando de nueve mil francos, el total; sobre su escasa reserva alimenticia, la familia más opulenta no conservará sino 4.500 francos de renta.

De otro lado, con las tasas revolucionarias, cortamos en vivo en los capitales; nuestros comités y nuestros procónsules de provincia toman arbitrariamente lo que les conviene, trescientos, quinientos, y hasta mil doscientos francos, sobre tal banquero, comerciante ó burgués, sobre tal ciudad, y pagaderas dentro de la semana; tanto peor para la persona tasada si no tiene la suma ó no puede procurársela; la declaramos sospechosa, la encarcelamos, sus bienes son secuestrados, el Estado disfruta de ellos.

En todo caso, hasta cuando paga, la obligamos á que ponga en nuestras manos sus especies de oro y plata, unas veces contra asignados, otras gratuitamente; en adelante, el numerario debe circular, y los metales preciosos están en requisición; cada cual entregará lo que tenga de plata. Y que á nadie se le ocu-

rra ocultar nada; todo tesoro «que se haya descubierto oculto en el suelo, en las bodegas, en las posadas, en los tubos de las chimeneas y en otros lugares secretos», queda adjudicado al Estado, con prima de una vigésima parte en asignados para el denunciador.

Como además del numerario y de los metales preciosos, requeriremos la ropa blanca, las camas, los trajes, las provisiones, los vinos y demás, puede imaginarse el estado de una morada, sobre todo cuando hayamos habitado en ella; es como si hubiera pasado por allí el incendio; el capital-mueble ha perecido de igual suerte que el otro.

Ahora que están destruídos ambos, es preciso impedir que se rehagan. A este efecto, abolimos en principio el derecho de testar; prescribimos en toda herencia la repartición igual y forzosa; consideramos á los bastardos con los mismos derechos que los hijos legitimos; admitimos la representación hasta el infinito, «para multiplicar los herederos y dividir las herencias»; reducimos la parte disponible á un décimo en línea directa, y al sexto en línea colateral; prohibimos que se dé nada á las personas cuya renta exceda de mil quintales de trigo; establecemos la adopción, «institución admisible» y republicana por esencia, «puesto que conduce sin crisis á la división de las grandes propiedades». Ya en la Legislativa, decía un diputado que «la igualdad de los derechos no puede sostenerse sino por una tendencia continua hacia la nivelación de las fortunas». Hemos provisto á esto en lo presente y proveeremos en lo por venir. No quedará nada de las excrecencias que chupaban la savia de la planta humana; con algunos bruscos cortes, las hemos amputado, y la máquina lenta que instalamos á perpetuidad, cortará de raíz las últimas fibras si logran retoñar.

VI

Con esta restauración del hombre natural, hemos preparado el advenimiento del hombre social. Trátase ahora de formar al ciudadano, y esto no es posible sino con la nivelación de las condiciones; en una sociedad bien constituida «no tiene que haber ricos ni pobres»; hemos destruído la opulencia que corrompe; nos queda por suprimir la indigencia que degrada. Bajo la tiranía de las cosas, tan pesada como la tiranía de los hombres, el hombre se envilece; no se hará jamás un ciudadano de un hombre condenado á ser lacayo, mercenario ó mendigo, á no pensar que en sí y en su subsistencia diaria, á solicitar vanamente trabajo, á pasar doce horas al día en un oficio manual, á vivir como bestia de carga y á morir en el hospital. Preciso es que tenga su pan, su techo y todas las cosas indispensables para la vida, que trabaje sin exceso, ansiedad ni coacción, «que viva independiente, que se respete, que tenga una mujer propia, hijos sanos y robustos». La comunidad debe garantizarle el bienestar, la seguridad, la certeza de no ayunar, si se pone enfermo, y de no dejar, si muere, á su familia en el abandono.

«No basta, dice Barere, con sangrar al comercio rico, con demoler las grandes fortunas, preciso es también hacer que desparezca del suelo de la República... la esclavitud de la miseria.» No más mendigos, «no más limosnas; no más hospitales».

«Los desgraciados, dice Saint-Just, son las potencias de la tierra, tienen derecho á hablar como amos á los

gobiernos que los descuidan; tienen derecho á la beneficencia nacional...» «En una democracia que se organiza todo debe tender á elevar á cada ciudadano por encima de la primera necesidad, mediante el trabajo si es válido, con la educación si es niño, con el socorro si es inválido ó anciano.»

Y jamás hubo momento tan propicio. «Rica de dominios, la República cuenta, para el mejoramiento de la suerte de los ciudadanos poco afortunados, con los millones que los ricos contaban para la contrarrevolución... Los que quisieron asesinar á la libertad la han enriquecido...»

«Los bienes de los conspiradores están aquí para todos los desgraciados.»

Que el pobre los tome con toda tranquilidad de conciencia; no es una limosna, sino una «indemnización» lo que le damos; atendemos á su dignidad proveyendo á su bienestar, y le aliviamos sin humillarle. «Dejamos las obras de caridad para las monarquías; esa manera insolente y vil de administrar los socorros no conviene sino á esclavos y amos; la sustituímos con la manera amplia y grande de los trabajos nacionales abiertos en todo el territorio de la República.»

De otra parte, formamos en cada municipio la «lista de los ciudadanos sin propiedad alguna», y «la lista de los bienes nacionales no vendidos»; dividimos estos bienes en pequeños lotes; los distribuímos, «bajo forma de ventas nacionales», á los indigentes válidos; damos, «á título de arrendamiento», una fanega á todo cabeza de familia que tenga menos de una fanega de tierra; «atraemos así á todos los ciudadanos á la propiedad y á la patria; restituímos á la tierra brazos robustos y familias perdidas ó relajadas en los talleres y en las ciudades».

Para los labradores ó artesanos viejos ó enfermos, para las madres, mujeres y viudas indigentes de artesanos ó labradores, abrimos en cada departamento su «libro mayor de la Beneficencia nacional»; inscribimos en él, por cada mil habitantes, cuatro labradores, dos artesanos, cinco mujeres, madres ó viudas; cada uno de los inscritos cobrará una pensión del Estado, como un soldado inválido; los inválidos del trabajo son tan respetables como los de la guerra.

Además de estos privilegiados de la pobreza, atendemos á toda la clase pobre, no solamente á los un millón trescientos mil indigentes que hay en Francia, sino también á todos los que, no teniendo casi medios, viven al día del trabajo de sus manos. Hemos decretado que el Tesoro público, mediante un impuesto sobre las grandes fortunas, «proporcionará á cada comuna ó sección los fondos necesarios para proporcionar el precio del pan á la tasa de los salarios». Nuestros representantes de provincias imponen á los ricos la obligación «de albergar, alimentar y vestir á todos los ciudadanos enfermos, ancianos, indigentes, huérfanos de cantones respectivos». Por el decreto sobre el acaparamiento y con el establecimiento del máximo ponemos al alcance de los pobres todos los objetos de primera necesidad. Les pagamos cuarenta sueldos al día para ser miembros de las asambleas de sección, y tres francos al día para ser miembros de los comités de vigilancia. Reclutamos entre ellos el ejército revolucionario; elegimos de entre ellos á los innumerables guardias de los secuestros; de esta manera, los descamisados entran á miles en los servicios públicos.

En fin, he aquí á los miserables sacados de la miseria: cada uno de ellos tendrá ahora su campo, su sueldo ó su pensión; «en una república bien ordenada nadie carece de alguna propiedad». En adelante, entre los particulares, la diferencia de bienestar será pequeña; del máximo al mínimo no habrá más que un grado, y se encontrará en todas las casas, poco más ó menos, el mismo ajuar, un ajuar reducido y sencillo, el del modesto propietario rural, del labrador acomodado, del artesano maestro, el de Rousseau en Montmorin, y el del vicario saboyano, el de Duplay, el carpintero que alberga á Robespierre. Concluyó la servidumbre; «no puede haber más que un compromiso de atenciones y reconocimiento entre el hombre que trabaja y el que le emplea».

«El que trabaja para un ciudadano es de su familia y come con él.»

Con esta transformación de las condiciones bajas en condiciones medias, devolvemos la dignidad á las almas, y del proletario, del lacayo, del peón, comenzamos á desprender el ciudadano.

VII

Dos obstáculos impiden desarrollarse al civismo, y el primero es el egoísmo. Mientras que el ciudadano prefiere la comunidad á sí mismo, el egoísta se prefiere á la comunidad; no piensa más que en su interés propio; no tiene en cuenta las necesidades públicas; no ve los derechos superiores, que están por cima de su derecho particular; supone que su propiedad es suya, sin restricciones ni condiciones; se olvida de que si le está permitido usar de ella, no puede hacerlo nunca con detrimento de otro. Así hacen ahora, hasta en la clase media y baja, los poseedores de objetos necesarios para la vida. Cuanto más crece la necesidad, tan-

to más elevan los precios de aquellos objetos; pronto no se contentan con venderlos sino á un precio exorbitante; peor aún, dejan de venderlos, y amontonan sus productos ó sus mercancías, con la esperanza de que esperando, venderán más caro todavía. Con esto, especulan con las necesidados ajenas, empeoran la miseria general, se convierten en enemigos públicos. Enemigos públicos lo son hoy casi todos los agricultores, industriales y comerciantes, lo mismo los pequeños que los grandes, especialmente los vinateros, los panaderos y los carniceros. «Todos los comerciantes son esencialmente contrarrevolucionarios y venderían su patria por algunos sueldos de beneficio.»

No toleraremos este robo legal. Puesto que «la agricultura no ha hecho nada por la libertad y no ha tratado sino de acrecentar sus beneficios, la vigilaremos, y si es preciso, la administraremos». Puesto que «el comercio se ha convertido en una especie de tirano avaro», puesto que «se ha paralizado á sí mismo», y que, «por una especie de despecho antirrevolucionario, ha descuidado la fabricación, la manipulación y el envío de diversas materias», desenmascararemos «los cálculos de su bárbara aritmética, le purgaremos de la levadura aristocrática y corruptora que le atormenta». Hacemos del acaparamiento «un crimen capital»; llamamos acaparador «al que sustrae de la circulación mercancías ó géneros de primera necesidad» y «los tiene encerrados en un lugar cualquiera, sin ponerlos á la venta diaria y públicamente». Pena de muerte contra él si en un plazo de ocho días no ha hecho una declaración ó si ha hecho una declaración falsa. Pena de muerte para el particular que guarda en su casa mayor cantidad de pan de la que necesita para su subsistencia. Pena de muerte contra el agricultor que no lleve semanalmente sus granos al mercado. Pena de muerte contra el comerciante que no anuncie el contenido de su almacén ó no tenga su tienda abierta. Pena de muerte contra el industrial que no justifique la manipulación diaria de sus materias laborables.

En cuanto á los precios, intervenimos entre el comprador y el vendedor; para todos los objetos que de cerca ó de lejos sirvan para alimentar, calzar y vestir á los hombres, fijamos una tasa y encarcelaremos al que ofrezca ó pida más. Poco importa que á ese precio el comerciante ó el industrial no gane; si después del establecimiento del máximo cierra su manufactura ó abandona su comercio, le declaramos sospechoso; le encadenamos á su oficio, le obligamos á perder.

He aquí el modo de cortar las uñas á las aves de rapiña, grandes y pequeñas. Pero las uñas vuelven á crecer, y tal vez en lugar de cortárselas valdría más arrancárselas por completo. Ya han pensado en ello algunos de los nuestros; «estableceríanse en cada departamento almacenes nacionales, en donde los agricultores, los propietarios y los industriales estuvieran obligados á depositar, á un precio moderado que recibirían en el acto, el excedente de su consumo de toda especie de mercancías. La nación distribuiría estas mismas mercancías á los comerciantes al por mayor, reservándose un beneficio de diez por ciento; el beneficio del comerciante al por mayor se fijaría en un ocho por ciento, y el del detallista en un doce por ciento». De esta suerte, los agricultores, los industriales y los comerciantes se convertirían todos en dependientes del Estado; no pudiendo ganar mucho, no tendrían tentaciones de ganar demasiado; cesarían de ser avaros y pronto dejarían de ser egoístas.

En el fondo, puesto que el egoísmo es el vicio capital y la propiedad individual es su alimento, ¿por qué no suprimir la propiedad individual? Nuestros lógicos extremos, con Babeut á la cabeza, llegan hasta ahí, y Saint-Just parece de esta opinión. No se trata de decretar la ley agraria; la nación se reservaría el suelo y repartiría entre los individuos, no las tierras, sino los arriendos. Al final de este principio, se entrará en un orden de cosas en que el Estado, único propietario terrateniente, único capitalista, único industrial, único comerciante, teniendo á todos los franceses á sueldo y á su servicio, asignaría á cada uno su tarea con arreglo á sus aptitudes y distribuiría á cada uno su ración con arreglo á sus necesidades.

Estos diversos planes por concluir flotan en una bruma lejana, pero su objeto común aparece ya en plena luz. «Todo lo que tiende á concentrar las pasiones humanas en la abyección del yo personal debe ser rechazado ó reprimido»; se trata de destruir los intereses particulares, de quitar al individuo los motivos y los medios de aislarse, de suprimir las preocupaciones y las ambiciones, por las que se constituye centro á expensas del verdadero centro; en una palabra, de desligarle de sí mismo para ligarle por entero al Estado.

Por esto, además del egoísmo estrecho por el que el individuo se prefiere á la comunidad, perseguiremos el egoísmo ensanchado, por el que el individuo prefiere á la comunidad el grupo de que forma parte. Sin ningún pretexto no debe separarse del todo; á ningún precio se le puede permitir que se forme una patria chica en la grande, porque roba á la grande todo el amor que pone en la pequeña. Nada hay peor que el federalismo político, civil, religioso, doméstico; le combatimos bajo todas sus formas. En esto, la Asamblea Constituyente abrió el camino, puesto que disolvió los principales grupos históricos ó naturales, por los que algunos hombres se separaban de la masa y formaban grupo aparte, provincias, clero, nobleza, parlamentos, órdenes religiosas y gremios de oficios. Nosotros rematamos su obra, destruímos las iglesias, suprimimos las corporaciones literarias ó científicas, las instituciones de enseñanza ó de beneficencia, y hasta las compañías financieras. Proscribimos «el espíritu de localidad», departamental ó comunal; encontramos «odioso y contrario á todos los principios que unos municipios sean ricos y otros pobres, que el uno tenga bienes patrimoniales inmensos y el otro solamente deudas». Atribuímos esos bienes á la nación y ponemos esas deudas á cargo de la nación. Tomamos el trigo de las comarcas y de los departamentos ricos para nutrir á las comarcas y á los departamentos pobres. Hacemos á expensas del Estado los puentes, los caminos y los canales de cada distrito; «centralizamos de una manera amplia y opulenta el trabajo del pueblo francés». No queremos intereses, recuerdos, idiomas y patriotismos locales. Entre los individuos no debe subsistir más que un lazo, el que los une al cuerpo social; todos los otros los rompemos; deshacemos el más tenaz de todos: la familia.

A este efecto, asimilamos el matrimonio á los contratos ordinarios; le hacemos frágil y precario, todo lo semejante posible á la misión libre y pasajera de los sexos; quedará disuelto á voluntad de las dos partes, y hasta de una sola de las partes, al cabo de un mes de formalidades y de prueba; si los esposos llevan separados de hecho seis meses, el divorcio se pronunciará sin ninguna prueba ni plazo; los esposos divorcia-

COLEGIO MAYOR DE NTRA. S. BIBLIOTECA

dos podrán volverse á casar juntos. De otra parte, suprimimos la autoridad marital; puesto que los esposos son iguales, cada uno de ellos tiene derechos iguales sobre los bienes comunes y los bienes del otro; quitamos al marido la administración; la hacemos «común» á los dos esposos. Abolimos «el poder paternal»; «es engañar á la naturaleza el establecer sus derechos por la coacción... Cuidados y protección, he aquí todos los derechos de los padres». El padre no dirige ya la educación de sus hijos; el Estado se encarga de ella. El padre ya no es dueño de sus bienes; la cantidad de que dispone para donación ó testamento es ínfima; prescribimos la participación igual y forzosa.

Para remate, predicamos la adopción, borramos la bastardía, conferimos á los hijos del amor libre ó de la voluntad arbitraria los mismos derechos que á los hijos legítimos. En suma; rompemos el círculo cerrado, el grupo exclusivo, el organismo aristocrático que, bajo el nombre de familia, habían formado el egoísmo y el orgullo.

Con esto no se dispersan ya en grupos vagabundos las afecciones y las obediencias; los malos soportes, á los que se agarraban como hiedras, castas, iglesias, corporaciones, provincias, comunas ó familias, quedan destruídos; sobre este suelo nivelado, solamente el Estado permanece en pie, y es el único que ofrece un punto de agarre; todas esas hiedras trepadoras van á enlazarse en un solo haz en torno del gran pilar central.

VIII

No las permitamos extraviarse; conduzcámoslas, dirijamos los espíritus y las almas, y para esto envolvamos al hombre con nuestras doctrinas. Necesita ideas de conjunto, con las prácticas diarias que se derivan; necesita una teoría que le explique el origen la naturaleza de los seres, que le asigne un puesto y un papel en el mundo, que le enseñe sus deberes, que regule su vida, que le fije sus días de trabajo y sus días de reposo, que se imprima en él mediante conmemoraciones, fiestas y ritos, con un catecismo y un calendario. Hasta aquí, el poder encargado de este empleo ha sido la religión, interpretada y servida por la Iglesia; ahora será la Razón, interpretada y servida por el Estado.

Varios de los nuestros, discípulos de los enciclopedistas, hacen de la Razón una divinidad y le rinden un culto; pero, manifiestamente, personifican una abstracción; su diosa improvisada no es más que un fantasma alegórico; ninguno ve en ella la causa inteligente del mundo; en el fondo del corazón, niegan esa causa suprema, y su pretendida religión no es más que la irreligión sostenible ó disimulada.

Apartamos el ateísmo, no solamente como falso, sino también, y sobre todo, como disolvente y malsano. Queremos una religión efectiva, consoladora y fortificante; ésta es la religión natural, la cual es social tanto como verdadera. «Sin ella, como ha dicho Juan Jacobo, es imposible ser buen ciudadano... La existencia de la divinidad, la vida futura, la santidad del con-

trato social y de las leyes», he aquí todos sus dogmas; «no se puede obligar á nadie á creerlos; pero el que se atreva á decir que no los cree, se alza contra el pueblo francés, el género humano y la naturaleza». En consecuencia, decretamos que «el pueblo francés reconoce la existencia del Ser supremo y la inmortalidad del alma».

Importa ahora implantar en los corazones esta religión completamente filosófica. La introducimos en el estado civil, quitamos el calendario á la Iglesia, la purgamos de todas las imágenes cristianas; hacemos comenzar la era nueva con el advenimiento de la República; dividimos el año con arreglo al sistema métrico; nombramos á los meses según la vicisitudes de las estaciones; «sustituímos en todo las visiones de la ignorancia con las realidades de la razón, el prestigio sacerdotal con las verdades de la naturaleza», la semana por la década, el domingo por el décadi, las fiestas eclesiásticas por las fiestas laicas. Cada décadi, mediante una pompa solemne y sabiamente compuesta, hacemos penetrar en la inteligencia popular una de las altas verdades que son nuestros artículos de fe; glorificamos, por orden de fechas, la Naturaleza, la Verdad, la Justicia, la Libertad, la Igualdad, el Pueblo, la Desgracia, el Género humano, la República, la Posteridad, la Gloria, el Amor de la Patria, el Heroísmo y las otras Virtudes. Celebramos además las grandes jornadas de la Revolución, la toma de la Bastilla, la caída del Trono, el suplicio del tirano, la expulsión de los girondinos. También nosotros tenemos nuestros aniversarios, nuestros santos, nuestras mártires, nuestras reliquias, las reliquias de Chalier y de Marat, nuestras procesiones, nuestros oficios, nuestro ritual, y el vasto aparato de ornamentos sensibles, con los

que se manifiesta y se propaga un dogma. Pero el nuestro, en vez de extraviar á los hombres hacia un cielo imaginario, los lleva hacia la patria viviente, y tanto con nuestras ceremonias como con nuestro dogma, practicamos el civismo.

Si importa predicarlo á los adultos, importa aún más enseñarlo á los niños: porque los niños son más fáciles de modelar que los adultos. Sobre estas almas todavía flexibles tenemos toda nuestra influencia, y, mediante la educación nacional, «nos apoderamos de la generación que nace». Nada más necesario y nada más legítimo. «La patria, dice Robespierre, tiene derecho á educar á sus hijos; no puede confiar este depósito al orgullo de las familias, ni á los prejuicios de los particulares, alimentos eternos de la aristocracia y de un federalismo doméstico que achica las almas al aislarlas. Queremos que *la educación sea común é igual para todos los franceses*, y le imprimimos un gran carácter, análogo á la naturaleza de nuestro gobierno y á la sublimidad de los destinos de nuestra República. No se trata ya de formar señores *(messieurs)*, sino ciudadanos». Obligamos á los preceptores y á las institutrices á que presenten un certificado de civismo, es decir, de jacobinismo. Cerramos su escuela si enseñan «máximas ó preceptos contrarios á la moral revolucionaria», es decir, conformes con la moral cristiana. Los niños aprenderán á leer en la declaración de los derechos y la Constitución de 1793. Se redactarán manuales ó catecismos republicanos. «Se les dará á conocer los rasgos de virtud que más honran á los hombres libres, y particularmente de los rasgos de la Revolución francesa más adecuados para elevar el alma y hacerlos dignos de la igualdad y de la libertad.» Se alabará ó se justificará ante ellos el 14 de Julio, el 10 de Agosto,

el 2 de Septiembre, el 21 de Enero, el 31 de Mayo. Se les llevará á las sesiones en los municipios, de los tribunales, y «sobre todo, de las sociedades populares; en estas puras fuentes beberán el conocimiento de sus derechos, de sus deberes, de las leyes, de la moral republicana», y á su entrada en el mundo, se encontrarán instruídos de todas las buenas máximas.

Además de sus opiniones políticas, regularemos sus hábitos prácticos. Aplicamos en grande el plan de educación trazado por Juan Jacobo. No queremos petimetres letrados; en el ejército, los tales se agotan en la primera campaña; necesitamos jóvenes capaces de resistir las privaciones y la fatiga, endurecidos como Emilio, «por un oficio penoso» y por los ejercicios del cuerpo.

Sobre esta parte de la educación no tenemos aún sino proyectos; pero la concordancia de los esbozos basta para manifestar el sentido y el alcance de nuestro principio. «Todos los niños, sin distinción y sin excepción, dice Le Peletier de Saint-Fargeau, los varones de cinco á doce años, las hembras de cinco á once, son educados en común á expensas de la Repúlica; todos, bajo la santa ley de la igualdad, recibirán los mismos trajes, el mismo alimento, la misma educación, los mismos cuidados», en los internados distribuídos por cantón y conteniendo cada uno de cuatrocientos á seiscientos alumnos. Los alumnos estarán sujetos todos los días y en todos los instantes al yugo de una regla exacta... Dormirán en cama dura, su alimento será sano, pero frugal; su traje cómodo, pero grosero». Nada de criados; los niños se sirven á sí mismos, y además, sirven á los ancianos y á los enfermos alojados con ellos ó cerca de ellos. «En el empleo del día, el trabajo manual será la principal ocupación, todo lo

demás será accesorio.» Las muchachas aprenderán á hilar, á coser, á lavar; los muchachos serán pastores, labradores, obreros; Saint-Just, precisa todavía más. «A los varones se les educará desde los cinco hasta los los dieciséis años para la patria. Vestirán de lienzo en todas las estaciones. Se acostarán sobre esteras y dormirán ocho horas. Comerán en común y no vivirán más que de raíces, frutas, legumbres, leche, pan y agua. No comerán carne hasta los dieciséis años cumplidos... Desde los diez hasta los diecisés años, su educación será militar y agrícola. Estarán distribuídos en compañías de sesenta; seis compañías forman un batallón; los niños de un distrito constituirán una legión. Se reunirán todos los años en la cabeza de distristo y harán todos los ejercicios de infantería en campos preparados expresamente; aprenderán también las maniobras de caballería y todas las evoluciones militares». A partir de los dieciséis años «entrarán en las artes», en casa de un labrador, artesano, comerciante ó fabricante que se convierta en «su maestro», y con el que están obligados á permanecer hasta los veintiún años, «bajo pena de ser privados del derechos de ciudanía durante toda su vida... Todos los niños llevarán el mismo traje hasta los dieciséis años; desde los dieciséis hasta los veintiuno llevarán traje de obrero; desde los veintiuno á los veintiséis el uniforme de soldado, si no son magistrados».

Ya con un ejemplo brillante, hacemos visibles las consecuencias de la teoría; fundamos la Escuela de Marte; elegimos en cada distrito seis jóvenes de dieciséis á diecisiete años y medio «entre los hijos de los descamisados»; les llamamos á París «para que reciban, mediante una educación revolucionaria, todos los conocimientos y las costumbres de un soldado repu-

blicano. Se harán á la fraternidad, á la disciplina, á la frugalidad, á las buenas costumbres, al amor de la patria y al odio á los reyes». Colocamos á esos tres ó cuatro mil jóvenes en los Arenales, «en un recinto de empalizadas, cuyos intervalos están guardados por caballos de frisa y por centinelas». Los alojamos bajo la tienda; los alimentamos de pan negro, de tocino rancio y de agua avinagrada; les ejercitamos en el manejo de las armas; les hacemos formar en las fiestas nacionales; les caldeamos con arengas patrióticas.

Suponed á todos los franceses salidos de una escuela semejante; los hábitos adquiridos por el adolescente persistirán en el adulto, y se encontrará en cada adulto la sobriedad, la energía, el patriotismo de un espartano ó de un romano.

Ya bajo la presión de nuestros decretos, el civismo entra en las costumbres, y signos manifiestos anuncian en todas partes la regeneración pública. «El pueblo francés, dice Robespierre, parece haberse adelantado en dos años al resto de la especie humana; hasta se podría considerarle, en medio de ella, como una especie diferente. En Europa, un labrador, un artesano, es un animal educado para los placeres de un noble; en Francia, los nobles tratan de transformarse en labradores y en artesanos, y ni siquiera pueden obtener ese honor.» Gradualmente, todas las prácticas de la vida corriente toman el giro democrático. Prohibición á los detenidos ricos de procurarse comodidades particulares; comen con los detenidos pobres la misma pitanza en la misma cazuela. Orden á los panaderos de no fabricar más que una calidad de pan, el pan moreno, llamado pan de la igualdad, y para recibir la ración todos tienen que formar cola. En los días de fiesta, cada particular baja sus provisiones y come en

familia con sus vecinos, en la calle. El décadi, todos cantan juntos y danzan mezclados en el templo del Ser Supremo. Los decretos de la Convención y las disposiciones de los representantes imponen á las mujeres la escarapela republicana; el espíritu público y el ejemplo imponen á los hombres el aspecto y la indumentaria de los descamisados; hasta los petimetres llevan bigotes, cabellos largos, gorro frigio, carmañola y zuecos ó zapatones. Nadie dice ya á nadie señor ó señora; ciudadano ó ciudadana son los únicos títulos permitidos, y el tuteo es de reglamento. Una familiaridad ruda reemplaza á la cortesanía monárquica; todos se abordan como iguales y camaradas. No hay más que un tono, un estilo, un lenguaje; las fórmulas revolucionarias forman el tejido, tanto de los discursos como de los escritos, y parece que los hombres no pueden ya pensar sino con nuestras ideas y nuestras frases. Los mismos nombres se han transformado, nombres de meses y de días, nombres de lugares y de monumentos, nombres de bautismo y de familia: Saint-Denis se ha convertido en Franciada; Pedro Gaspar, en Anaxágoras, Antonio Luis, en Bruto; Leroi, el diputado, se llama Laboy; Leroy, el jurado, se llama Diez de Agosto.

A fuerza de modificar así lo externo, llegamos á lo interior, y por el civismo de afuera preparamos el civismo íntimo. Ambos son obligatorios, pero el segundo más todavía que el primero; porque es «el principio fundamental, el resorte esencial que sostiene y pone en movimiento al gobierno democrático y popular». Es imposible aplicar el contrato social si cada cual no observa fielmente la primera cláusula, que es la entrega total de sí mismo á la comunidad; es preciso, pues, que cada cual se entregue por entero, no sola-

mente de hecho, sino también de corazón, y se consagre al bien público; y el bien público es la regeneración del hombre, tal como la hemos definido. Así, el verdadero ciudadano es el que marcha con nosotros. En él, como en nosotros, las verdades abstractas de la filosofía mandan á la conciencia y gobiernan la voluntad. Parte de nuestros dogmas y los sigue hasta el fin; saca las consecuencias que nosotros sacamos, aprueba todos nuestros actos, recita nuestro símbolo, observa nuestra disciplina, es jacobino creyente y práctico, jacobino ortodoxo, sin mancha ó sospecha de herejía ó de cisma. Jamás se inclina á la izquierda, hacia la exageración, ni á la derecha, hacia la indulgencia; sin precipitación ni lentitud, camina por el sendero estrecho, escarpado, rectilíneo que le hemos trazado: es el sendero de la razón; puesto que no hay más que una razón, no hay más que un sendero. Que nadie se aparte de él: hay abismos á ambos lados. Sigamos á nuestros guías, á los hombres de principios, á los puros, sobre todo, á Couthon, á Saint Just, á Robespierre; son ejemplares de elección, todos vaciados en el verdadero molde; y en este molde cívico y rígido debemos refundir á todos los franceses.

CAPITULO II

I. Concepción retrógrada del Estado.—Analogía de esta idea y de la idea antigua.—Diferencia del mundo antiguo y del mundo moderno.—Cambio en las circunstancias.—II. Cambio en las almas.—La conciencia y sus orígenes cristianos.—El honor y sus origenes feudales.—El individuo se niega hoy darse por entero.—Sus motivos. —Carácter de elección y cualidad del mandatario.—III. Origen y naturaleza del Estado moderno.—Sus funciones, sus derechos, sus límites.—IV. Siente tentaciones de predominar.—Precedentes y razones que alega.—V. El interés común directo.—Dos razones en favor de la libertad.—Carácter individual del hombre en general.—Complicación adquirida del hombre moderno.—VI. El interés común indirecto.—Consiste en el empleo más económico y más productivo de las fuerzas espontáneas.—Diferencia entre el trabajo voluntario y el trabajo impuesto.—Las fuentes espontáneas de la acción humana.—Motivos para dejarlas en manos de sus propietarios.—Extensión del dominio privado.—Los particulares pueden extenderle á voluntad.—El dominio del Estado es la porción á la que renuncian.—Funciones obligatorias del Estado.—Funciones facultativas del Estado.—VII. La fabricación de los útiles sociales.—Aplicación del mismo principio.—Cómo se forman en todo género los trabajadores útiles.—La condición necesaria y suficiente en el respeto de las fuerzas espontáneas.—Obligación para el Estado de respetarlas.—Fin del patriotismo.—Fin de las otras voluntades generosas.—Efecto destructor del sistema jacobino.—VIII. Comparación entre éste y otros despotismos.—Felipe II y Luis XIV.—Cronwell y Federico II.—Pedro el Grande y los sultanes.—Proporción de la masa que levantan y de las fuerzas de que disponen.—Desproporción de la masa que los jacobinos quieren levantar y de las fuerzas de que disponen.—Inepcia de su empresa.—Carácter de su gobierno.—Carácter requerido en sus jefes.

I

Construcción lógica de un tipo humano reducido, esfuerzo para adaptar á él al individuo viviente, ingerencia de la autoridad pública en todos los actos de la vida privada, coacción ejercida sobre el trabajo, los cambios y la propiedad, sobre la familia y la educación, sobre la religión, las costumbres y los sentimientos, sacrificio de los particulares á la comunidad, omnipotencia del Estado, tal es la concepción jacobina. No hay nada más retrógrado, porque pretende volver al hombre moderno á una forma social, por la que ha pasado y ha abandonado hace diez y ocho siglos.

Durante el período histórico que ha precedido al nuestro, y especialmente en las antiguas ciudades griegas ó latinas, en Roma y en Esparta, que los jacobinos toman por modelos, la sociedad humana estaba tallada por el patrón de un ejército ó de un convento. En un convento y en un ejército, reina una idea absorbente: á toda costa, el fraile quiere agradar á Dios; á toda costa, el soldado quiere alcanzar la victoria; por esto renuncia á las otras voluntades y se somete por completo, el fraile á la regla y el soldado á la disciplina. De igual suerte, en el mundo antiguo, eran soberanas dos preocupaciones. En primer lugar, la ciudad tenía sus socios fundadores y protectores; en este concepto, les tributaba un culto minucioso y asiduo; la omisión del menor rito podía ofenderles y perder á la ciudad. En segundo lugar, la guerra era incesante, y el derecho de la guerra, atroz; si la ciudad era tomada, cada cual podía esperar la muerte, la mutilación, la venta, ó la venta de su mujer y sus hijos al mejor postor. En suma: cuando se representa como una ciudad bajo su acrópolis de templos, en su fortificado recinto, entre sus odiados y amenazadores vecinos, se la encuentra semejante á la institución de los caballeros de San Juan sobre su roca de Rodas ó de Malta; es una hermandad religiosa y militar en un campamento, en rededor de una iglesia.

En semejantes condiciones no hay puesto para la libertad; los creencias públicas son demasiado imperiosas; las peligros públicos son demasiado grandes. Bajo su presión y su obsesión, el individuo abdica en provecho de la humanidad; ésta se apodera de todo el hombre, porque, para subsistir, necesita de todo el hombre. En adelante nadie puede desarrollarse aparte y por sí; nadie puede obrar ni pensar sino en un marco fijo. Hase trazado un tipo, si no por la lógica, al menos por la tradición; cada vida y cada porción de cada vida deben atenerse á él; de otra suerte, la salud pública está comprometida: una relajación en la educación gimnástica debilita al ejército; un transeunte que niega á las efigies de los dioses la libación acostumbrada atrae sobre la ciudad la cólera celeste. En consecuencia, para reprimir los extravíos, el Estado, amo absoluto, ejerce una jurisdicción sin límites; no hay de independiente en el individuo ninguna parcela reservada, ni un rincón amparado contra la mano de los poderes públicos, ni sus bienes, ni sus hijos, ni su persona, ni sus opiniones, ni su conciencia. Si en los días de voto es miembro del soberano, es súbdito todo el resto del año, y hasta en su fuero íntimo. A este efecto, Roma tenía dos censores; uno de los arcontas de Atenas era inquisidor de la fe; Sócrates fué condenado á muerte «por no creer en los dioses en que creía la ciudad».

En el fondo, no solamente en Grecia y en Roma, sino en Egipto, en China, en la India, en Persia, en Judea, en Méjico, en Perú, en todas las civilizaciones de primer orden, el principio de las sociedades humanas es también el de las sociedades animales; el individuo pertenece á su comunidad, como la abeja á su colmena, como la hormiga al hormiguero; no es más que un órgano en un organismo. Bajo diversas formas y con diversas aplicaciones, lo que prevalece es el socialismo autoritario.

Todo lo contrario sucede en el mundo moderno: lo que en otro tiempo era la regla se ha convertido en la excepción, y el sistema antiguo no sobrevive sino en asociaciones temporales, como un ejército, ó en asociaciones parciales, como un convento. Gradualmente el individuo se ha desprendido, y, de siglo en siglo, ha ensanchado su dominio: es que las dos cadenas que la sujetaban á la comunidad se han roto ó aflojado.

En primer lugar, los poderes públicos han dejado de ser una gendarmería en rededor de un culto. Por la institución del cristianismo, la sociedad civil y la sociedad religiosa se han convertido en dos imperios distintos, y el mismo Cristo separó las dos jurisdicciones: «Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.» De otra parte, gracias al establecimiento del protestantismo, la gran Iglesia cristiana se ha dividido en varias sectas, que, no habiendo podido destruirse, se han visto obligadas á vivir juntas, de tal manera, que el Estado, aun cuando prefiriera una, ha tenido que tolerar las otras. En fin, con el desarrollo del protestantismo, de la filosofía y de las ciencias, las creencias especulativas se han multiplicado; actualmente hay casi tantas como espíritus pensantes, y como los espíritus que piensan son cada vez más numerosos, las

opiniones son cada vez más numerosas: de donde se sigue que, si el Estado impusiera una, pondría en su contra á una infinidad de otras; lo que le induce, si es prudente, primeramente á permanecer neutral, después á reconocer que no tiene títulos para intervenir.

En segundo lugar, la guerra se ha hecho menos frecuente y menos maligna, porque los hombres no tienen tantos motivos para hacérsela, ni los mismos motivos para extremarla. En otro tiempo era la fuente principal de la riqueza: por la violencia se adquirían esclavos, súbditos, tributarios; se les explotaba, se gozaba á voluntad de su trabajo forzoso. Nada semejante ocurre hoy; ya no se piensa en procurarse ganado humano; se ha descubierto que es el más incómodo, el menos productivo y el más peligroso de todos. Con el trabajo libre y con las máquinas, se llega más pronto y más seguramente al bienestar; el gran objeto no es conquistar, sino producir y cambiar. De día en día, el hombre avanza más en las carreras civiles y sufre más difícilmente que se le cierre el paso; si consiente todavía en ser soldado, no es para invadir, sino para precaverse contra la invasión. Mientras tanto, por la complicación de los útiles, la guerra, al hacerse más sabia, se ha hecho más costosa; el Estado no puede ya, sin arruinarse, prolongar el servicio militar de todos los hombres válidos, sin poner demasiadas trabas á la industria libre que, con el impuesto, provee á los gastos de aquél; por poco previsor que sea, atiende á los intereses civiles, hasta en su interés militar.

Así, de las dos redes en las que envolvía toda la vida humana, la primera se ha roto, y la segunda ha aflojado sus mallas; no hay ya razón para conferir á la comunidad la omnipotencia; el individuo no tiene ya necesidad de entregarse por entero; puede, sin incon-

COLEGIO MAYOR DE NTRA. S. BIBLIOTECA

veniente, reservarse una parte de sí mismo, y ahora, si le hacéis firmar un contrato social, estad seguros de que se reservará su parte.

II

En efecto; no solamente las circunstancias exteriores son diferentes, sino que el fondo del alma ha cambiado, y se ha desarrollado en el hombre moderno un sentimiento que repugna al contrato antiguo.

Sin duda, en situaciones excesivas y bajo la coacción de una necesidad brutal, podré á veces poner mi firma en blanco, de una manera indeterminada y temporal. Pero jamás, si comprendo el sentido exacto de las palabras, firmaré de buena fe el abandono total y permanente de mí mismo; esto sería *contra la conciencia y contra el honor,* y estas dos cosas no se enajenan. Mi honor y mi conciencia deben salir de mis manos; soy su único depositario y guardián; no los entregaría sino á mi padre.

Hay aquí dos nuevas palabras, que expresan dos ideas desconocidas de los antiguos, una y otra de sentido profundo y de alcance infinito. Por ellas, como un vástago que se aisla del tronco y pone aparte su raíz propia, el individuo se ha separado de la comunidad primitiva, grupo, familia, casta ó ciudad, en la que vivía indistinto y confundido; ha dejado de ser un órgano ó un apéndice; se ha convertido en una persona.

La primera de estas ideas es de origen cristiano; la segunda, de origen feudal; y ambas, puestas extremo con extremo, miden la distancia enorme que separa un alma antigua de un alma moderna.

Sólo en presencia de Dios el cristiano ha sentido

fundirse en él, como cera, todos los lazos que mezclaban su vida con la vida de su grupo; se encuentra cara á cara con el Juez, y ese Juez infalible ve las almas tales como son, no confusamente y en montón, sino distintamente, una á una. En su tribunal, ninguna es solidaria de otra; cada una no responde más que de sí; solamente se le imputan sus actos. Pero estos actos son de una consecuencia infinita; porque ella misma, rescatada por la sangre de un Dios, es de un valor infinito; por consiguiente, según que haya ó no haya aprovechado el sacrificio divino, su recompensa ó su pena será infinita, en el Juicio final se abre para ellas una eternidad de suplicios ó de delicias. Ante este interés desmesurado, todos los otros desaparecen; en adelante, el gran asunto es justificarse, no ante los hombres, sino ante Dios, y, diariamente, se celebra el trágico diálogo en el que el Juez interroga y el pecador responde.

Por este diálogo, que ha durado diez y ocho siglos, y que todavía dura, la conciencia se ha afinado, y el hombre ha concebido la justicia absoluta. Que resida en un amo Todopoderoso, ó que subsista en sí misma á la manera de las verdades matemáticas, esto no quita nada á su santidad, ni, por lo tanto, á su autoridad. Ordena con tono superior, y lo que ordena debe cumplirse, cueste lo que cueste; hay deberes estrictos, á los que todo hombre está rigurosamente obligado. Ningún compromiso le dispensa de ellos; si falta porque ha adquirido compromisos contrarios, no por esto es menos culpable, y, además, es culpable de haberse comprometido; era un delito el comprometerse á delitos. Así, su falta le aparece como doble, y el aguijón interior le hiere dos veces en lugar de una. Por esto, cuanto más delicada es una conciencia, tanta mayor

repugnancia tiene á comprometerse; de antemano rechaza todo pacto que pueda conducirla á obrar mal, y niega á los hombres el derecho de imponerle remordimientos.

Al mismo tiempo ha surgido otro sentimiento no menos precioso, y más vivaz, más humano, más eficaz todavía. Solo en su castillo, á la cabeza de su mesnada, el jefe feudal no podía contar sino consigo, porque entonces no había fuerza pública. Era preciso que se protegiera á sí mismo, y se protegiera bien; en aquel mundo anárquico y militar, el que toleraba la menor usurpación, el que dejaba impune la menor apariencia de insulto, pasaba por débil ó por cobarde, y en seguida se convertía en una presa; estaba obligado á ser altivo, bajo pena de muerte. Y creed que no le costaba trabajo serlo. Propietario universal y soberano casi absoluto, sin iguales ni semejantes en su dominio, es una criatura única, de especie superior, fuera de proporción con las otras. Con esto murmura su monólogo continuo durante las largas horas de soledad sombría, y este monólogo ha durado nueve siglos. Por consiguiente, su persona y todas las dependencias de su persona, se hacen inviolables á sus ojos; antes que dejarse usurpar una parcela, se arriesgará á sacrificarlo todo. El orgullo exaltado es el mejor centinela para montar la guardia en torno de un derecho; porque hace esta guardia, no solamente á fin de preservar el derecho, sino también, y sobre todo, para satisfacerse; el hombre se ha imaginado el carácter que conviene á su rango y se le impone como una consigna. Desde este momento, no solamente se hace respetar por los demás, sino que se respeta á sí mismo, tiene el sentimiento del honor: es su amor propio generoso, por el que se considera como una criatura noble y se prohibe las acciones bajas. En el discernimiento de estas acciones le ocurrirá engañarse; á veces, la moda ó la vanidad le llevarán demasiado lejos ó le conducirán de través hacia las puerilidades ó hacia las locuras; colocará mal su puntillo de honor. Pero, en suma, gracias á éste se mantendrá en pie hasta bajo la monarquía absoluta, bajo Felipe II en España, bajo Luis XIV en Francia, bajo Federico II en Prusia. Del barón feudal al gentilhombre de corte y al caballero moderno, la tradición persiste y descenderá de escalón en escalón hasta el fondo de la sociedad; hoy, todo hombre de corazón, el campesino, el burgués, el obrero, tiene su honor como el noble.

Tales son hoy las dos ideas dominantes de nuestra moral europea; por la una, el individuo se ha reconocido deberes de los que nada puede excluirle; por la otra, se ha atribuído derechos de los que nada puede privarle; sobre estas dos raíces nuestra civilización ha vegetado y vegeta. Considérese la profundidad y la extensión del campo histórico en que se asientan y se juzgará si son fuertes. Considérese la altura y el crecimiento indefinido del árbol que alimentan y se juzgará si son sanas. Allí donde una ú otra han faltado, en China, en el imperio romano, en el Islam, la savia se ha detenido; el árbol se ha marchitado ó caído. Por ellas el nuestro vive y crece siempre; suministran la substancia á sus más nobles ramas, á sus mejores frutos; el retoño humano es más ó menos bello, según que su jugo la llegue más ó menos puro, y ellas son las que quiere cortar el hacha jacobina. Al hombre moderno, que no es ni un chino, ni un antiguo, ni un musulmán, ni un bárbaro, ni un salvaje; al hombre formado por la educación cristiana y refugiado en su conciencia como en un santuario, al hombre formado

por la educación feudal y resguardado en su honor como en un castillo, es á quien el nuevo contrato social ordena entregar su santuario y su castillo.

Y, en esta democracia fundada sobre la preponderancia del número, ¿á quién se exige que los entregue? En teoría, á la comunidad, es decir, á una muchedumbre en donde el impulso anónimo sustituye al juicio individual, en donde la acción se hace impersonal, porque es colectiva; en donde nadie se siente responsable; en donde yo ruedo como un grano de arena en un torbellino de polvo; en donde todos los atentados se justifican de antemano por la razón de Estado. En la práctica, á la pluralidad de los votos contados por cabeza; á una mayoría que, sobrexcitada por la lucha, abusará de su victoria para violentar á la minoría, de la que yo puedo ser; á una mayoría provisional que, pronto ó tarde, será reemplazada por otra, de suerte que si yo oprimo hoy, estoy seguro de ser oprimido mañana; más precisamente todavía, á seiscientos ó setecientos diputados entre los que no hay uno que yo esté llamado á elegir. Para elegir á este mandatario único, no tengo más que un voto entre diez mil, y no contribuyo á nombrarle sino en una diezmilésima parte; para nombrar á los otros no contribuyo ni siquiera en eso.

A menudo he votado por el candidato derrotado; entonces me representa el que no he querido por representante. Cuando he votado por el elegido, por lo general es á falta de cosa mejor, y porque su concurrente me parecía peor. Á él mismo, por lo general también, no lo he visto sino al vuelo; apenas si sé de él el color de su traje, el timbre de su voz, su manera de ponerse la mano sobre el corazón. No le conozco sino por su profesión de fe, enfática y vaga, por de-

clamaciones de periódico, por rumores de salón, de café ó de calle. Sus títulos para mi confianza son de los menos auténticos y de los más ligeros; nada me prueba su honradez ni su competencia; no tiene diploma como el preceptor; no me lo garantiza su corporación como el médico, el sacerdote ó el hombre de ley; con certificados tan nulos como los suyos, dudaría en tomar un criado. Tanto más, cuanto que la clase en que casi siempre me veo obligado á tomarlo es la de los políticos, clase sospechosa, sobre todo en país de sufragio universal; porque no se recluta entre los hombres más independientes, los más capaces y los más honrados, sino entre los intrigantes y los charlatanes; éstos, habiendo fracasado, por falta de merecimientos, en las carreras particulares, en donde se es vigilado cuidadosamente y juzgado muy de cerca, se han lanzado por las vías en donde la falta de escrúpulo y de reserva es una fuerza en vez de ser una debilidad; ante su indelicadeza y su descaro, la carrera pública se ha abierto de par en par.

Tal es el augusto personaje en cuyas manos, según la teoría, debo abdicar mi voluntad; ciertamente, si me fuera preciso renunciar á mí mismo, arriesgaría menos poniéndome á merced de un rey ó de una aristocracia, aunque fuesen hereditarios, porque entonces mis representantes me estarían al menos recomendados por su rango visible y por su probable competencia. Por naturaleza y por estructura, la democracia es el régimen en que el individuo concede á sus representantes la menor cantidad de confianza y deferencia; por esto es el régimen en que debe conferirles la menor cantidad de poder. En todas partes la conciencia y el deber le prescriben conservar para sí alguna porción de su independencia; pero en ninguna cederá

tampoco de ella. Si, en toda constitución moderna, debe ser limitado el dominio del Estado, en la democracia moderna es donde debe ser más restringido.

III

Tratemos de reconocer sus límites. Después del tumulto de las invasiones y de la conquista, en lo más fuerte de la descomposición social, entre los combates diarios que sostenían las fuerzas particulares, se ha elevado en cada sociedad europea *una fuerza pública*, y esta fuerza, que se ha mantenido durante siglos, sigue enhiesta todavía hoy. Cómo se ha constituído, por qué violencias primitivas, á través de qué accidentes y conflictos, en qué manos se encuentra ahora, si es á perpetuidad ó por tiempo, según qué reglas se transmite, si es por herencia ó por elección, esto no es más que de un interés secundario; lo importante es su oficio y la manera de cumplirlo. Por esencia, es un espadón sacado de la vaina y levantado en medio de pequeños cuchillos con los que los particulares se degollaban en otros tiempos unos á otros. Bajo esa amenaza los cuchillos han vuelto á sus fundas; se han inmovilizado, se han inutilizado puesto que han criado moho: ahora, salvo los malhechores, todo el mundo ha perdido la costumbre y el deseo de servirse de aquellas armas, y, en adelante, en la sociedad pacificada, la espada pública es tan temible, que toda resistencia particular cede ante ella.

Dos intereses la han forjado: necesitábase una así, por de pronto, contra otras espadas semejantes que las otras sociedades blandían en la frontera, después contra los aceros que las malas pasiones no cesan nunca

de afilar en el interior. Se ha deseado estar defendido contra los enemigos de fuera, contra los asesinos y los ladrones de dentro, y lentamente, penosamente, tras muchos tanteos y ensayos, el concurso hereditario de las voluntades persistentes han fabricado la única arma capaz de proteger eficazmente las propiedades y las vidas. Mientras que no sirva sino para esto, yo soy el deudor del Estado que la empuña: me da la seguridad que sin él no tendría; á cambio la debo, por mi parte alícuota, los medios de mantener su arma, y quien goza de un servicio está obligado á pagarle. Hay, pues, entre él y yo, si no un contrato expreso, por lo menos un compromiso tácito, análogo al que liga á un hijo con sus padres, á un creyente con su Iglesia, y, por ambas partes, nuestro compromiso es preciso. El promete velar por mi seguridad, en el exterior y el interior; yo prometo proporcionarle los medios, y estos medios son mi respeto y mi reconocimiento, mi celo de ciudadano, mi servicio de recluta, mis subsidios de contribuyente, en suma, lo que necesita para sostener un ejército, una marina y una diplomacia, tribunales de lo civil y tribunales de lo criminal, una gendarmería y una policía, una agencia central y agencias locales, un cuerpo armonioso de órganos cuyos alimentos, substancia y sangre son mi obediencia y mi fidelidad. Esta fidelidad y esta obediencia, rico ó pobre, católico, protestante, judío ó librepensador, monárquico ó republicano, individualista ó socialista, lo que sea, las debo en honor y en conciencia, porque he recibido lo equivalente; me satisface mucho no ser ni conquistado, ni asesinado, ni robado; reembolso al Estado, lo justo, por lo que gasta en contener los apetitos brutales, los fanatismos homicidas, toda una jauría, de la que más ó menos pronto

sería preso, si aquél no me amparase constantemente con su vigilante protección. Cuando me reclama desembolsos, no me quita lo mío, recobra lo suyo, y en este concepto puede legítimamente hacerme pagar á la fuerza.

Pero esto es á condición de que no exija más de su crédito, y exige más si sobrepasa su primera consigna, si emprende, por añadidura, una obra física ó moral que no la pido, si se hace sectario, moralista, filántropo ó pedagogo, si se dedica á propagar, en su dominio ó fuera de él, un dogma religioso ó filosófico, una forma política ó social. Porque entonces, al pacto primitivo añade un nuevo artículo, y para este artículo el consentimiento no es unánime y seguro como para el pacto. Todos aceptamos el que se nos defienda contra la violencia y el fraude; fuera de esto, y en casi todos los puntos, las voluntades difieren. Yo tengo mi religión, mis opiniones, mis costumbres, mis maneras, mi modo propio de comprender el universo y practicar la vida; esto es precisamente lo que constituye mi persona, lo que el honor y la conciencia me prohiben enajenar, lo que el Estado me ha prometido garantizar. Así, cuando con su artículo adicional intenta arreglarlas á su gusto, si su gusto no es el mío, falta á su compromiso primordial, y en vez de protegerme, me oprime. Aun cuando toda la mayoría fuese suya, aun cuando todos los votantes menos uno estuviesen de acuerdo para conferirle esa nueva función, aunque no hubiera más que un disidente, éste se vería lastimado, y de dos maneras.

En primer lugar, y en todos los casos, el Estado, para realizar su nueva tarea, exige de él un aumento de subsidios y de servicios; porque todo empleo suplementario entraña gastos suplementarios; los hay inscriptos en el presupuesto, cuando el Estado se encarga de ocupar á los obreros ó de emplear á los artistas, de hacer caridad, de dar educación. A los gastos de dinero añadid los gastos de vidas, si emprende una guerra de generosidad ó de propaganda. Ahora bien, á todos estos gastos que desaprueba, la minoría contribuye, como la mayoría que los aprueba; tanto peor para el recluta y el contribuyente si son del grupo descontento; quieras que no, la mano del recaudador registra los bolsillos del contribuyente, y la mano del gendarme se pone sobre el hombro del recluta. En segundo lugar, y en muchas circunstancias, no solamente el Estado me toma injustamente más del crédito, sino que se sirve del dinero que me arranca para aplicarme injustamente nuevas exacciones; este es el caso cuando me impone su teología ó su filosofía, cuando me prescribe ó me prohibe un culto, cuando pretende reglamentar mis hábitos y costumbres, limitar mi trabajo ó mi gasto, dirigir la educación de mis hijos, fijar la tasa de mis mercancías ó de mi salario. Porque entonces, para apoyar sus órdenes ó sus prohibiciones, dicta contra los recalcitrantes penas ligeras ó graves, desde la incapacidad política ó civil, hasta la multa, la cárcel, el destierro y la guillotina. En otros términos: con el dinero que no le debo y que me roba, paga la persecución con que me aflige: me veo reducido á dejar que saque de mi bolsillo el salario de mis inquisidores, de mi carcelero y de mi verdugo. No se podría imaginar opresión más irritante.

Tengamos cuidado con las expansiones del Estado, y no toleremos que sea más que un perro de guardia; mientras que los otros huéspedes de la casa dejaban embotar sus dientes y sus uñas, sus colmillos se han hecho formidables; hoy es colosal, y sólo él tiene hoy

el hábito de las batallas. Fortalezcámosle ampliamente contra los lobos; pero que no toque nunca á sus comensales pacíficos; el apetito le vendrá comiendo; no tardando, será, á su vez, un lobo, el más devorador de los lobos, en la casa. Importa tenerle atado en su sitio con cadena.

IV

Demos la vuelta á su recinto; es amplio, y, por sus ángulos, penetra en casi todos los rincones de la vida privada. En efecto; cada dominio privado, físico ó moral, ofrece lugar á la intrusión de sus vecinos, y para permanecer intacto reclama la mediación superior de un tercer árbitro. Adquirir, poseer, vender, dar, legar, contratar, ser marido ó mujer, padre, madre ó hijo, amo ó criado, empleado ó patrón, cada una de estas acciones ó situaciones comporta derechos limitados por derechos contiguos y contrarios, y el Estado es el que establece el límite entre ellos. No lo ha creado; mas, para reconocerlo, lo traza, y, por lo tanto, hace leyes civiles, que aplica por medio de sus tribunales y gendarmes, para que cada cual pague lo que deba. Hele aquí, pues, regulador y fiscalizador, no solamente de la propiedad privada, sino también de la familia y de la vida doméstica; su autoridad se ha introducido legitimamente en el círculo reservado, en donde se guarnecía la voluntad individual, y con arreglo al procedimiento de los poderes, una vez pisado el círculo, tiende á ocuparlo por completo.

A este efecto, alega un nuevo principio. Constituído en persona moral, como una iglesia, una universidad,

una sociedad caritativa ó sabia, ¿no está llamado, como todo organismo fundado á perpetuidad, á extender sus miradas á lo lejos y á lo ancho, y preferir á los intereses particulares, que son efímeros, el interés común, que es eterno? ¿No es este el fin superior al que se deben subordinar todos los otros? ¿Hay que sacrificar este interés supremo á dos instintos, que á menudo son irrazonables y que á veces son peligrosos, á la conciencia que se desborda en locuras místicas, al honor que llega en sus arrebatos hasta á los duelos homicidas? No, ciertamente; y desde luego, en sus más grandes obras, cuando el Estado reglamenta como legislador el matrimonio, las herencias y los testamentos, el respeto á las voluntades individuales no es su guía único; no se contenta con obligar á cada uno á pagar sus deudas, incluso las tácitas, involuntarias é innatas; hace entrar en la cuenta el interés público; calcula los empujes futuros, los efectos de masa y de conjunto, manifiestamente, cuando permite ó prohibe el divorcio, cuando favorece ó suprime las substituciones, lo hace con la mira de alguna ventaja política, económica ó social, para depurar ó consolidar la unión de los sexos, para implantar en la familia los hábitos de disciplina ó los sentimientos de afección, para inspirar á los hijos el espíritu de iniciativa ó el espíritu de concordia, para preparar á la nación un estado mayor de jefes naturales ó un ejército de pequeños propietarios; y, en todo esto, es autorizado por el asentimiento público. Siempre también con el asentimiento público, á más de su misión original, realiza otras, y á nadie le parece que usurpa, cuando acuña moneda, cuando prescribe los pesos y medidas, cuando establece cuarentenas, cuando, mediante indemnización, expropia á particulares por motivos de utili-

dad pública, cuando construye faros, puertos, diques, canales, caminos, cuando costea expediciones científicas, cuando funda museos y bibliotecas; á veces hasta se tolera que sostenga universidades, escuelas, iglesias, teatros, y, para justificar la nueva sangría que practica sobre las bolsas de los contribuyentes, no alega más que el interés común.

¿Por qué no tomaría igualmente á su cargo toda empresa útil para todos? ¿Por qué, cuando una obra es ventajosa para la comunidad, vacilaría en emprenderla, y por qué, cuando una obra es perjudicial para la comunidad, dejaría de prohibirla? Ahora bien; nótese que, en una sociedad humana, toda acción ú omisión individual, aun la más solidaria y la más íntima, es una pérdida ó una ganancia para la sociedad; si yo cuido mal mis bienes ó mi salud, mi inteligencia ó mi alma, arruino ó debilito en mí á un miembro de la comunidad, que no es rica, sana y fuerte, sino por la riqueza, la fuerza y la salud de sus miembros, de suerte, que desde este punto de vista todos mis actos particulares son bienes ó males públicos. ¿Por qué, pues, desde este punto de vista, tendría el Estado escrúpulos en prescribirme los unos y vedarme los otros? ¿Por qué, á fin de ejercer mejor ese derecho y cumplir mejor ese deber, no se convertiría en el emprendedor universal del trabajo y el distribuidor universal de los productos? ¿Por qué no ser el único agricultor, industrial y comerciante, el único propietario y gerente de Francia? Precisamente, porque esto sería contrario al interés de todos. Aquí, el segundo principio, el mismo que se lanzaba contra la independencia individual, se vuelve y, en vez de ser un adversario, se convierte en un campeón. Lejos de desencadenar al Estado, le pone al cuello una segunda

cadena, y consolida los claustros en los que el honor y la conciencia moderna han encerrado al guardián público.

V

En efecto; ¿en qué consiste el interés de todos? En el interés de cada uno; y lo que á cada cual interesa son las cosas cuya posesión le es agradable y la privación penosa. En vano se pondría de acuerdo el universo entero para desmentir esto; toda sensación es personal; mi sufrimiento y mi goce no pueden ser discutidos, como tampoco mi inclinación por las cosas que me procuran el segundo y mi repulsión por las que proporcionan el primero. No se puede, pues, definir arbitrariamente el interés de cada uno; independientemente del legislador y de hecho este interés existe; no hay sino comprobarle; comprobar lo que cada cual prefiere. Según las razas, los tiempos, los lugares y las circunstancias, las preferencias varían; pero entre las cosas cuya posesión es siempre deseada y la privación siempre temida, hay una, cuya posesión, deseada directamente y por sí misma, se hace por el progreso de la civilización, cada vez más grata, y cuya privación, temida directamente y por sí misma, se hace por el progreso de la civilización, cada vez más amarga, la cual es, para cada uno, la entera disposición de su ser, la plena posesión de su cuerpo y de sus bienes, la facultad de pensar, creer, rezar á su antojo; de asociarse á otros, y de obrar solo ó con esos otros en todo sentido y sin obstáculos, en suma libertad. Que esta libertad sea tan amplia como se pueda, he aquí, en todo tiempo, una de las grandes necesidades del hombre, y


COLEGIO MAYOR DE NTRA. S.

he aquí, en nuestros días, su necesidad mayor. Hay para esto dos razones, la una natural, la otra histórica.

Por naturaleza hay un individuo, es decir, un pequeño mundo distinto, un centro aparte en un círculo cerrado, un organismo suelto, completo en sí mismo, y que sufre cuando sus tendencias espontáneas son contrariadas por la intervención de una fuerza extraña. Por la historia ha llegado á ser un organismo complicado, en el que tres ó cuatro religiones, cinco ó seis civilizaciones, treinta siglos de cultura intensa han dejado su huella, en el que las adquisiciones se han combinado, en que las herencias se han cruzado, en que las particularidades se han acumulado de manera que han producido el más original y el más sensible de los seres; con la civilización creciente, su complicación va creciendo; por lo tanto, su originalidad se acentúa y su sensibilidad se aviva; de donde se sigue que, cuanto más se civiliza, tanto más repugna la coacción y la uniformidad. Hoy, cada uno de nosotros es el producto final y singular de una elaboración prodigiosa, cuyos pisos no se han superpuesto sino esta vez en este orden, una planta única en su especie, un individuo solitario, de esencia superior y delicada, que, teniendo una estructura innata y un tipo enajenable, no puede dar sino sus frutos propios.

Nada más contrario al interés de la encina que el que la atormenten para que dé las manzanas del manzano; nada más contrario al interés del manzano que el que le atormenten para que dé las bellotas de la encina; nada más contrario al interés de la encina, del manzano y de los otros árboles que el ser podados, forzados, para que vegeten todos con arreglo al modelo obligatorio que la imaginación corta y rígida de un

geómetra haya dibujado en un papel. Así, el primer interés de todos, está en ser violentados lo menos posible; si han establecido entre ellos una agencia de violencia es para que les preserve de otras violencias mayores, especialmente de las que el extranjero y los malhechores le impondrían. Hasta aquí, y no más lejos, su intervención les es provechosa; más allá, se convierte en uno de los males para cuyo impedimento se ha instituído. He aquí, si se provee al interés de todos, el único oficio del Estado: impedir la violencia, por lo tanto no violentar nunca sino para evitar violencias mayores, hacer que se respete á cada uno en su dominio físico y moral, no entrar en él sino para esto, retirarse en seguida, abstenerse de toda ingerencia indiscreta, más aún, y en cuanto se pueda, sin comprometer la seguridad pública, reducir sus antiguas exigencias, no requerir sino un mínimo de subsidios y de servicios, restringir gradualmente su acción, aún útil, no reservarse sino un mínimo de funciones, dejar á cada cual el máximo de iniciativa y de espacio, abandonar poco á poco sus monopolios, no hacer competencia á los particulares, dimitir las funciones que aquellos pueden desempeñar tan bien como él; y se ve que los límites que le asigna el interés común son precisamente los que le prescribían el deber y el derecho.

VI

Ahora, si se considera, no ya el interés directo, sino el interés indirecto de todos, si en vez de pensar en los hombres, se preocupa uno de sus obras, si se considera la sociedad humana como un taller material y es-

piritual cuya perfección estriba en ser el más económico y el más productivo, el mejor provisto y el mejor dirigido que se pueda, también desde este punto de vista, con este fin accesorio y subordinado, el dominio del Estado no es menos restringido; pocas nuevas funciones hay que atribuirle; casi todas las otras serán mejor desempeñadas por los individuos libres, por las sociedades naturales ó por las asociaciones voluntarias.

Mírese á un hombre que trabaja por su cuenta, agricultor, industrial ó comerciante, y véase con qué afán se dedica á su tarea. Es que su interés y su amor propio están comprometidos en ella; se trata de su bienestar y del bienestar de los suyos, de su capital, de su reputación, de su rango y de sus adelantos en el mundo; del otro lado están las penalidades, la ruina, la decadencia, la dependencia, la quiebra y el hospital. Ante semejante alternativa, se mantiene en guardia y se ingenia; piensa en su asunto, hasta durmiendo y comiendo; estudia, no de lejos, especulativamente, en montón, sino prácticamente, en detalle, con un cálculo incesante de las dificultades y los recursos, con un tacto tan exquisito é informaciones tan personales, que para cualquiér otro, al lado de él, sería insoluble el problema cotidiano que resuelve, porque ningún otro posee, como aquél, los elementos precisos. Con este ardor único y esta competencia singular, compárese la capacidad vulgar y la regularidad lánguida de un jefe administrativo, aunque sea experto y honrado. Está seguro de cobrar sus honorarios con tal de que cumpla regularmente su servicio, y lo hace regularmente, cuando llena sus horas de oficina. Que sus escritos sean correctos, que se conformen con los reglamentos y la tradición, no se le pide más; no necesita ir más allá ni atormentarse el cerebro. Si imagina una economía ó una mejora, no será él quien se beneficia, sino el público, ser anónimo y vago. Además, ¿para qué, puesto que la invención ó la reforma no pararían sino en un informe, y este informe iría á dormir á una carpeta? La máquina es demasiado vasta y demasiado complicada, tiene demasiados rodajes, demasiados «derechos antiguos y situaciones adquiridas», para ser reconstituída de nuevo y á voluntad, como una granja, un almacén, una máquina. Así es que se guarda bien de gastar sus facultades; no piensa en la máquina desde que sale de la oficina; la deja marchar con su andar automático, realizar tal cual, con demasiado gasto y harto escaso producto, su tarea rutinaria. Hasta en un país probo como Francia se ha calculado que una empresa, si es dirigida por el Estado, cuesta una cuarta parte más y produce una cuarta parte menos que si es dirigida por un particular. Por lo tanto, si se quitara el trabajo á los particulares para encargárselo al Estado, se tendría para la comunidad una pérdida considerable.

Ahora bien; esto es verdad para todo trabajo, espiritual ó material, no solamente en obras de agricultura, de industria y de comercio, sino también en obras de ciencia y de arte, de literatura y de filosofía, de caridad, de educación y de propaganda, no solamente cuando el motor es un sentimiento egoísta, como el interés personal y la vanidad vulgar, sino también cuando el motor es un sentimiento desinteresado, como la necesidad de descubrir la verdad ó de crear la belleza, la fe contagiosa ó la convicción comunicativa, el entusiasmo religioso ó la generosidad natural, el amor amplio ó el amor restringido, desde el que abarca á la humanidad entera hasta el que se concentra

en los amigos y los deudos. En ambos casos, el efecto es el mismo, porque la causa es la misma. Siempre, en el taller que dirige el individuo libre, la fuerza motriz es enorme, casi infinita, porque es una fuente viva, cuya agua, siempre corriente, trabaja á toda hora y no se agotará nunca. Incesantemente la madre piensa en su hijo, el sabio en su ciencia, el inventor en sus inventos, el filántropo en sus fundaciones, Faraday en la electricidad, Lesseps en su istmo, Stephensen en su locomotora, Pasteur en sus microbios, las Hermanitas de los Pobres en sus pobres. Mediante esta atención extraordinaria, el hombre saca de sus facultades todo el servicio posible, se convierte él mismo en un útil perfeccionado, y se procura otros; cada día, en la potente máquina que dirige y en la que es el primer mecanismo, disminuye los roces, aumenta el rendimiento, economiza, entretiene, repara, mejora, con una competencia y un resultado que nadie niega; en suma: fabrica de una manera superior. Pero esta fuente viva, que constituye la superioridad de la fábrica, no puede separarse del fabricante, porque es su corazón, su sentimiento más fuerte y más íntimo. No opera sino por él; fuera de sus manos, en manos extrañas, cesa de correr, de trabajar, de producir. En consecuencia, si se quiere producir bien y mucho, solamente á él hay que confiar el taller; él es el propietario residente, el motor, el director. En vano se trataría de transportar la fuente á otra parte; no se lograría más que tapar su salida natural, cerrarla sus canales convenientes, desviarla al azar, sin provecho, con pérdida, para que se pudra ó se seque. A lo más, con millones de cubos llenados por fuerza en los depósitos públicos, se llega á llenar penosamente, á medias, la gran cisterna artificial y central, cuyas aguas, bajas

y estancadas, no tendrán nunca abundancia é impulso para mover la enorme rueda pública, que substituye á las pequeñas ruedas particulares, y que debe realizar por sí sola toda la tarea de la nación.

Así, aun no viendo en los hombres sino fabricantes, aun tratándolos como simples productores de valores y servicios, aun no teniendo por fin sino el aprovisionamiento en la sociedad y el beneficio de los consumidores, el dominio privado comprende todas las empresas en las que los particulares, ya aislados, ya asociados, se encargan por interés personal y por gusto personal; esto basta para que las realicen mejor que el Estado. Por consiguiente, en el vasto campo de trabajo, deben elegir ellos mismos su parte; ellos mismos se fijarán por sí los límites. Pueden, pues, ensanchar su dominio todo lo que gusten, reducir indefinidamente el del Estado. Por el contrario, el Estado no puede pretender sino lo que aquéllos dejen; á medida que éstos avancen por su terreno dividido y de frontera dudosa, aquél tiene que retroceder, que cederles el puesto; cualquiera que sea el empleo, no sabe encargarse de él sino á falta de aquéllos, en su ausencia prolongada, por su renuncia probada. Por lo tanto, lo que le pertenece son los oficios que aquéllos no reivindicarán nunca y que siempre lo dejarán de buen grado, porque no poseen, y él sí, los útiles apropiados, el instrumento especial é indispensable, á saber, la fuerza armada: tal es la protección de la comunidad contra el extranjero, la protección de los particulares entre sí, la leva de soldados, la percepción de impuestos, la ejecución de las leyes, la justicia y la policía. También las tareas, cuya realización importa directamente á todos sin interesar á nadie; tal es la administración del suelo inocupado, de los bosques enormes, de

los rios, de la mar costera y de la vía pública; tal es la carga de gobernar los países dominados; tal es la comisión de elaborar y redactar las leyes, de acuñar moneda, de conferir la personalidad civil, de tratar en nombre de la comunidad, con los cuerpos locales ó especiales, departamentos, municipios, bancos, institutos, iglesias, universidades.

Añádanse, según las circunstancias, algunas colaboraciones facultativas y variables: unas veces subvenciones concedidas á útiles instituciones, para cuyo sostenimiento no bastan las suscripciones particulares; otras veces privilegios concedidos á compañías, á las cuales se les impone en cambio obligaciones equivalentes; á menudo precauciones de higiene, que no toman por negligencia los particulares; á veces ayudas provisionales que, sosteniendo ó despertando al hombre, le ponen un día en condiciones de no necesitar ayuda; en general, intervenciones discretas y poco sensibles en lo presente, pero de gran consecuencia en lo por venir, un Código de gran alcance, un conjunto de reglas coordinadas que, respetando la libertad de los individuos vivientes, preparan el bienestar de las generaciones venideras. Y nada más.

VII

También en esta preparación del bien futuro prevalece el mismo principio. De los productos preciosos, los más preciosos y primeros son, evidentemente, los útiles animados, es decir, los hombres, puesto que producen lo demás. Trátase, pues, de formar hombres, hombres capaces del trabajo físico, mental ó moral, el más productivo, el más perseverante, el más fruc-

tuoso y el mejor entendido. Ahora bien; ya sabemos con qué condición se forman. Es preciso, y basta que las fuentes vivas, acabadas de describir, corran en su lugar, cada una por su orificio natural y bajo la mano de su propietario. Con esta condición el chorro se hace más fuerte, porque el impulso adquirido acrecienta el impulso original; el que lo pone en movimiento se hace más hábil, porque se instruye en la práctica; los vecinos se hacen mejores obreros, porque les estimula el buen éxito de aquél y aplican sus descubrimientos. Así, por el hecho de que el Estado respete y haga respetar en manos de los individuos, desarrolla en ellos y en torno de ellos la voluntad y el talento de producir bien y mucho, la facultad y el deseo de producir mejor y más; en otros términos: todas las energías y capacidades diversas, cada cual en su género y su puesto, con toda la amplitud y toda la eficacia que comportan. Tal es su oficio, y su oficio único, primera cerca de las fuentes turbias y frías, como el amor de sí mismo y el amor propio, cuyo trabajo reclama vigilancia; después, y con mayor razón, cerca de las fuentes calientes y puras, cuya bondad no tiene mezcla, como los afectos de familia y las amistades particulares, cerca de las fuentes escasas y de calidad superior, como la pasión en lo bello, la necesidad de la verdad, el espíritu de asociación, el patriotismo y el amor de la humanidad, en fin, y con mayor razón todavía, cerca de las dos fuentes sagradas, las más saludables de todas, cerca de la conciencia que consagra al deber la voluntad, cerca del honor que une con el derecho la voluntad. Que no toque á esto, que haga lo dicho y nada más que lo dicho: su contención es tan necesaria como su vigilancia. Que monte la guardia en rededor, y, bajo esta guardia, verá formarse es-

pontáneamente, á cada momento y en cada lugar, justamente en el grado de que son susceptibles el momento y el lugar, á los trabajadores más laboriosos y más competentes, al agricultor, al industrial y al comerciante, al sabio y al artista, al inventor y al propagandista, al marido y á la esposa, al padre y á la madre, al patriota, al filántropo y á la hermana de la caridad.

Por el contrario, si, como nuestros jacobinos, trata de confiscar en su provecho todas las fuerzas naturales, si erige en soberano absoluto el afecto de que es objeto, si emprende la tarea de suprimir las otras pasiones y los otros intereses, si no tiene otra preocupación que la de la comunidad y del bien público, si quiere transformar á la fuerza á todos sus miembros en espartanos ó jesuitas, entonces, con gastos enormes, no solamente demuele las fuentes particulares y hace en todo el territorio incalculables destrozos, sino que seca, por añadidura, su fuente propia. Nosotros no queremos al Estado sino por los servicios que nos presta, y en proporción de esos servicios, en proporción de la seguridad que nos da y de la libertad que nos asegura, á título de bienhechor universal; cuando, intencionadamente, nos hiere en nuestros más queridos intereses y en nuestros más vivos afectos, cuando nos persigue hasta en nuestro honor y en nuestra conciencia, cuando se convierte en el malhechor universal, al cabo de un tiempo nuestro amor se convierte en odio. Si este régimen se mantiene, el patriotismo se empobrece, seca, después, tras él, una á una, las otras buenas fuentes; al fin, no se ve otra cosa en el país que administrados ó bandidos. Como en el Imperio Romano en el siglo IV, como en Italia en el siglo XVII, como en nuestros días en las provincias turcas, queda

un rebaño mal dirigido, seres limitados á la necesidad diaria y al instinto animal, indiferentes al bien público y á su interés lejano, caídos hasta olvidar sus propios inventos, á olvidar sus ciencias, sus artes, sus industrias, hasta convertirse, lo que es peor, en almas mentirosas y bajas, sin honor ni conciencia. Nada más destructor que la ingerencia ilimitada del Estado, aunque sea bueno y paternal; en el Paraguay, bajo la minuciosa disciplina de los jesuitas, los indios tenían «el aspecto de animales cogidos en el lazo». Trabajaban, comían, bebían, engendraban, á son de campana, bajo la inspección del vigilante, correctamente, mecánicamente; pero no tenían gusto de nada, ni siquiera les importaba la vida: habían hecho de ellos unos autómatas; por lo menos, lo fué por medios suaves, y antes no eran más que salvajes. Hoy, el jesuita revolucionario quiere transformar en autómatas á hombres, y por medios rudos.

COLEGIO MAYOR DE NTRA.

VIII

Varias cosas, en la historia europea, han pesado sobre la voluntad humana: despotismos casi tan rudos, pero nunca lo ha habido tan inepto, porque ninguno de ellos ha pretendido levantar una masa tan pesada con una palanca tan corta.

Y, además, por autoritario que fuera el déspota, su ingerencia era limitada. Cuando Felipe II quemaba á los herejes, perseguía á los moriscos y echaba á los judíos, cuando Luis XIX convertía á la fuerza á los protestantes, no violentaba más que á los disidentes, una vigésima parte de sus súbditos. Si Cronwell, llegado á protector, seguía siendo sectario y servidor obligado de

su ejército de sectarios, guardábase bien de imponer á las otras Iglesias la teología, los ritos y el régimen de su Iglesia; al contrario, reprimía las violencias de los fanáticos, protegía á los anabaptistas al igual de sus independientes, concedía á los presbiterianos cargos pagados y el ejercicio público de su culto, á los episcopales una amplia tolerancia y el ejercicio privado de su culto; sostenía las dos grandes universidades anglicanas, y permitía á los judíos construir una sinagoga.

En el siglo siguiente Federico II alistaba en su ejército á cuantos campesinos válidos podía sostener; tenía á cada uno veinte años en el servicio, bajo una disciplina peor que la esclavitud, con la perspectiva de una muerte casi segura, y, en su última guerra, hacía que muriese una sexta parte de sus súbditos varones; pero eran siervos, y el reclutamiento no alcanzaba á los burgueses. Tomaba, del bolsillo de los burgueses y de los otros bolsillos, todo el dinero que podía; hasta, en caso de necesidad, hacía moneda falsa y no pagaba á sus funcionarios; pero, bajo sus ojos, siempre abiertos, la administración era proba, la policía funcionaba bien, la justicia se administraba bien, la tolerancia era ilimitada y la libertad de escribir completa: el rey dejaba imprimir contra él los escritos más mordaces, y permitía que se vendieran hasta en Berlín. Un poco antes, en el gran Imperio del Este, Pedro el Grande, con el látigo en la mano, hacía que maniobrasen y bailasen á la europea sus osos moscovitas; pero eran osos, acostumbrados, de padre á hijo, al látigo y á la cadena; además, él seguía siendo el jefe ortodoxo de la religión de aquéllos, y no tocaba á su *mir*. En fin, en el otro extremo de Europa, y hasta fuera de Europa, en los siglos XV y XVII, el sultán ó el califa, Mahomet ú Omar, un turco brutal, un árabe fanático, que acaba de conquistar cristianos con la espada, ponía él mismo límites á su arbitrariedad; reducía á los vencidos al estado de tributarios y á la condición de inferiores diariamente humillados, pero autorizaba su culto, sus leyes civiles, sus usos domésticos; les dejaba sus instituciones, sus conventos y sus escuelas, y les permitía administrar su comunidad á su modo, bajo la jurisdicción de sus patriarcas ó de sus otros jefes nacionales.

Así, pues, cualquiera que fuera el tirano, no pretendía transformar al hombre por entero, ni someter á todos sus súbditos á la transformación. Por penetrante que fuera la tiranía, deteníase en el alma en cierto punto; más allá de su invasión, los sentimientos eran libres. Por envolvente que fuese la tiranía, no se abatía más que sobre una clase de hombres; fuera de su red, los otros hombres eran libres. Cuando hería á la vez todas las fibras sensibles, era en una minoría restringida, incapaz de defensa; en la mayoría capaz de defensa, respetaba las fibras principales, especialmente la más sensible, ésta ó aquélla, según los casos, ya la conciencia que une al hombre con su religión, ya el amor propio que une al hombre con su honor, ya la costumbre que une al hombre con sus hábitos particulares, con sus usos hereditarios, con sus maneras exteriores. Además, no rozaba sino con precaución y tacto las otras fibras muy sensibles, aquellas que le unen con su propiedad, con su bienestar, con su rango social. De esta manera, la prudencia atenuaba la resistencia, y la empresa, aunque nociva, no era absurda. Podían realizarla; bastaba para esto tener en la mano una fuerza igual á la resistencia que se provocaba.

Y de otra parte, se poseía esa fuerza. Tras el príncipe, para trabajar con él y contrapesar la resistencia ofrecida, había brazos, y brazos muy numerosos ó brazos muy robustos. Detrás de Felipe II ó Luis XIV, para impulsar ó consentir la opresión de los disidentes, había la mayoría católica, tan fanática ó tan poco liberal como su rey. Detrás de Felipe II, Luis XIV, Federico II y Pedro el Grande, para colaborar en casi todas las violencias, había la nación unánime, unida en torno del soberano por su título consagrado y por su derecho indiscutido, por la tradición y la costumbre, por el sentimiento preciso del deber y por la idea vaga del bien público. Por auxiliares, Pedro el Grande contaba con todos los hombres eminentes y cultos de su país; Cronwell tenía su ejército disciplinado y veinte veces victorioso; el califa ó sultán aportaba su pueblo privilegiado y militar. Con tales equipos, se levantan perfectamente masas pesadas; á menudo, hasta se las levanta para siempre. Hecha la operación, se establece una especie de equilibrio: mantenida por contrapesos permanentes, la masa permanece en el aire, y no se necesita más que un pequeño esfuerzo diario para impedirla que caiga.

Todo lo contrario ocurre en la empresa jacobina: á medida que se ejecuta, la teoría, más exigente, añade al bloque levantado bloques más pesados, y, al fin, bloques de un peso infinito. Al principio, el jacobino no atacaba más que á la monarquía, á la Iglesia, á la nobleza, á los parlamentos, á los privilegios, á la propiedad eclesiástica y feudal; en suma, á los organismos de la Edad Media; ahora ataca á instituciones mucho más antiguas y mucho más sólidas, á la religión positiva, á la propiedad y á la familia. Durante cuatro años se contentó con destruir; ahora quiere construir; no se trata solamente de abolir la religión positiva y suprimir la desigualdad social, de proscribir los dogmas revelados, las creencias hereditarias y el culto establecido, la primacía de rango y la superioridad de fortuna, la riqueza y la ociosidad, la cortesía y la elegancia; se necesita, además, fabricar al ciudadano, formar sentimientos nuevos, imponer al individuo la religión natural, la educación cívica, las costumbres igualitarias, las maneras jacobinas, la virtud espartana; en suma, no dejar en él nada que no esté prescrito, regulado y violentado. Desde este momento, la Revolución tiene en su contra, no solamente á los partidarios del antiguo régimen, sacerdotes, nobles, parlamentarios, monárquicos y católicos, sino también á todo hombre imbuído de la civilización europea, miembro de una familia regular y poseedor de un capital grande ó pequeño, propietarios de todo género, agricultores, industriales, comerciantes, artesanos, arrendatarios y hasta la mayor parte de los revolucionarios, quienes casi todos no quieren sufrir las violencias que ellos imponen, y no gustan de la camisa de fuerza sino puesta en otro. En este momento, el peso de las voluntades resistentes se hace incomensurable; sería más fácil levantar una montaña, y precisamente en este momento los jacobinos se han enajenado todas las fuerzas morales, con las que el ingeniero político obra sobre las voluntades.

No tienen tras ellos, como Felipe II y Luis XIV, la intolerancia de una mayoría enorme; porque, en lugar de quince ó veinte ortodoxos contra un hereje, su Iglesia cuenta apenas un ortodoxo contra quince ó veinte disidentes. No tienen tras sí, como los soberanos legítimos, la fidelidad tenaz de un pueblo entero, que sigue los pasos de su jefe por el prestigio de un derecho

hereditario y por la práctica de una obediencia antigua. Al contrario; reinan desde ayer y son intrusos, instalados primeramente por un golpe de Estado; después, por un simulacro de elección, habiendo arrancado ó estafado los sobres en que se amparan, tan habituados al fraude y á la violencia, que ha sometido á la mayoría por el motín, que ha sometido á los departamentos por las armas, y que, para dar á sus brutalidades la apariencia del derecho, improvisa sus espectáculos á gran orquesta, de una parte la súbita fabricación de una constitución de papel que envía á enmohecerse á los archivos, de otra parte la escandalosa comedia de un plebiscito forzado y falseado. Al frente de la facción, unos cuantos agitadores concentran en sus manos una autoridad sin límites; pero, por propia confesión, su autoridad es prestada; la Convención los delega; su título precario necesita renovarse todos los meses; un cambio de la mayoría puede dar al traste con ellos y con su obra; un motín del populacho, al que han acostumbrado al motín, puede dar al traste con ellos, con su obra y con la mayoría. Sobre sus propios partidarios no tienen más que un ascendiente discutido, limitado, efímero. No son jefes militares como Cronwell ó Napoleón, generales de un ejército que obedece sin examen, sino simples arengadores á merced de un auditorio que los juzga. En ese auditorio falta toda disciplina; en virtud de sus principios, cada jacobino es independiente. Si sigue á directores, lo hace á beneficio de inventario; como es él quien ha elegido, puede rectificar su elección; su confianza es intermitente, su fidelidad provisional, y, como su adhesión no es más que una preferencia, resérvase siempre el derecho de abandonar á sus favoritos del día como abandonó á sus favoritos de la víspera. En este auditorio, la subordinación es nula; el último de los demagogos, un vociferador subalterno, Hebert ó Jacobo Roux, aspira á salir de las filas, y se sobrepone á los charlatanes con puesto para apoderarse de él. Hasta con un ascendiente duradero y completo sobre una tropa organizada de partidarios dóciles, los jefes jacobinos serían siempre débiles, á falta de instrumentos seguros y suficientes; porque no tienen celosos fieles sino entre las probidades dudosas y las incapacidades notorias. En rededor de Cronwell, para aplicar su programa puritano, había el cogollo moral de la nación, un ejército de rigoristas de conciencia estrecha, más severos todavía consigo mismos que con los demás, que no se permitían ni un juramento ni un exceso de vino, que no se concedían ni un cuarto de hora de sensualidad, ni una hora de pereza, que se vedaban toda acción ú omisión sobre la que pudieran tener un escrúpulo, los más probos, los más moderados, los más laboriosos y los más constantes de los hombres, únicos capaces de fundar la moral práctica, de la que todavía viven hoy Inglaterra y los Estados Unidos. En rededor de Pedro el Grande, para aplicar su programa europeo, había el cogollo intelectual del país, un estado mayor de talentos importados y de semi-talentos nacionales, todos los hombres instruídos, extranjeros domiciliados y rusos indígenas, únicos capaces de organizar escuelas y establecimientos públicos, de instituir una gran administración central y regular, de distribuir los puestos según los servicios y el mérito, en suma, de construir en la nieve y en el lodo de la barbarie informe, el tibio invernadero en el que la civilización, trasplantada como un árbol exótico, vegete y se aclimate gradualmente. En rededor de Conthon, Saint-Just, Billand, Collot, Ro-

bespierre, si se exceptúa á los hombres especiales que se consagran, como Carnot, no á la utopía, sino á la patria, y que, bajo la librea del sistema, son servidores de Francia, no quedan, para aplicar el sistema jacobino, sino los sectarios lo suficiente limitados para no ver la tontería ó lo suficiente fanáticos para aceptar el horror, un conjunto de innominados que se han improvisado en estadistas, alocados por la desproporción entre sus facultades y su papel, espíritus en los que la educación es superficial, la competencia nula y la ambición ilimitada, conciencias pervertidas, ó callosas, ó muertas, extraviadas por el sofisma, ó endurecidas por el orgullo, ó muertas por el crimen, por la impunidad y por el triunfo.

Así, mientras que los otros déspotas, para levantar un peso mediano, apelan á lo selecto ó á la mayoría de la nación, utilizan las fuerzas más grandes del país, y alargan su palanca todo lo que pueden, los jacobinos, que quieren levantar un peso enorme, rechazan lo selecto y la mayoría de la nación, apartan de sí á las fuerzas más grandes del país, y acortan su palanca todo lo posible. No conservan en su mano sino el último cabo, el extremo grosero y rudo, el rincón de hierro que rechina, es decir, la fuerza física, la pesada mano del gendarme que cae sobre la espalda del sospechoso, los cerrojos que el carcelero echa sobre el detenido, los culatazos que los descamisados asestan á los riñones del burgués para hacerle andar derecho y de prisa, mejor todavía, el lanzazo del septembrista en el vientre del aristócrata, y la caída de la cuchilla sobre la cabeza metida en el medio círculo de la guillotina.

Tal es su única arma de gobierno, porque se han desprovisto de las otras. Están obligados á mostrar su arma, porque no es eficaz sino á condición de instalar perpetuamente en todas las imaginaciones su imagen sangrienta; si el rey negro ó el pachá quiere que todas las cabezas se inclinen á su paso, es preciso que marche escoltado por sus cortesanas. Están obligados á abusar de su arma, porque el terror se amortigua con el hábito y necesita avivarse con ejemplos; si el rey negro ó el pachá quiere mantener el terror por el que reina, necesita que, de día en día, lo agrave, que mate demasiado para matar bastante, que mate al minuto, sin proceso, en montón, indistintamente, casi al azar, por cualquier motivo, por una sospecha, á los inocentes con los culpables. Está perdido, y pierde á los suyos, en cuanto falta á esta regla; todo jacobino, como todo rey negro ó pachá, está obligado á observarla para ser y mantenerse jefe de su banda. Por esto los jefes de la secta, sus directores naturales y designados de antemano, son teóricos capaces de sacar las consecuencias, lo bastante ineptos para no comprender que su empresa es superior á sus fuerzas humanas, lo bastante listos para comprender que la fuerza bruta es su única arma, lo bastante inhumanos para emplearla sin escrúpulos y sin reservas, lo bastante desnaturalizados para prodigar la muerte á fin de imprimir el terror.



NTRA. SRA. DEL ROSARIO

LIBRO TERCERO

Los gobernantes.

CAPITULO PRIMERO

Psicología de los jefes jacobinos. — I. Marat. — Desproporción entre sus facultades y sus pretensiones. — El loco. — El delirio ambicioso. — La manía persecutoria. — La pesadilla fija. — La monomanía homicida. — II. Danton. — Amplitud de sus facultades. — Desproporción entre su condición y sus instintos. — El bárbaro. — Su obra. — Su desfallecimiento. — III. Robespierre. — Medianía de sus facultades. — Ausencia de ideas. — Estudio de frases. — Su amor propio. — Su infatuación. — Sus actitudes de víctima. — Sus novelas negras. — En qué se hace semejante á Marat. — En qué difiere. — El hipócrita convencido de su sinceridad. — La fiesta del Ser Supremo y la ley del 22 pradial. — Los exteriores y el interior de Robespierre y de la Revolución.

I

Tres hombres de los jacobinos, Marat, Danton, Robespierre, han merecido la preeminencia y poseído la autoridad; es porque, por la deformidad ó la deformación de su espíritu y de su corazón, han llenado las condiciones requeridas. De los tres, Marat es el más monstruoso; confina con el loco y ofrece los principales de éste: la exaltación furiosa, la sobrexcitación

continua, la actividad febril, el flujo inagotable de escritura, el automatismo del pensamiento y el tábano de la voluntad bajo la violencia y la dirección de la idea fija; además de esto, los síntomas físicos ordinarios, el insomnio, la tez plomiza, la sangre hirviente, la suciedad del traje y la persona; al final, y durante los últimos cinco meses, la desazón en todo el cuerpo. Salido de razas distintas, nacido de una sangre mezclada y turbada por revoluciones morales, lleva en sí un germen extraño: en lo físico es un aborto; en lo moral es un pretendiente que pretende los más grandes papeles. Desde la primera infancia su padre, místico, le ha destinado á ser un sabio; su madre, idealista, le ha preparado para ser un filósofo, y, por sí mismo, siempre ha marchado hacia esa doble cima. «A los cinco años, dice él, hubiera querido ser maestro de escuela, á los quince profesor, autor á los diez y ocho, genio creador á los veinte»; después, y hasta el fin, «apóstol y mártir de la humanidad. Desde mi más tierna edad me ha consumido el amor de la gloria, pasión que cambió de objeto durante los diversos períodos de mi vida, pero que no me ha abandonado un sólo instante». Durante treinta años ha rodado por Europa ó vegetado en París, como nómada ó subalterno, escritor silbado, sabio negado, filósofo ignorado, publicista de tercer orden, aspirante á todas las celebridades y á todas las grandezas, candidato perpetuo y perpetuamente rechazado; entre su ambición y sus facultades, la desproporción era excesiva. Desprovisto de talento, incapaz de crítica, mediocre de espíritu, no estaba hecho sino para enseñar una ciencia ó ejercer un arte, para ser un profesor ó un médico más ó menos afortunado, para seguir, con paradas, un camino tomado de antemano. Pero, dice, «he rechazado

siempre todo asunto con el que no pudiera prometerme... llegar á grandes resultados y ser original; porque no puedo decidirme á discurrir sobre un asunto ya tratado ni á trillar en las obras de los otros».

Sin embargo, cuando trata de inventar, copia ó se engaña. Su tratado *del Hombre* es una mezcolanza de lugares comunes, fisiológicos y morales, de lecturas mal digeridas, de nombres puestos uno tras otro como al azar, de suposiciones gratuitas, incoherentes, en que las doctrinas de los siglos XVII y XVIII se emparejan, sin producir más que frases huecas. «El alma y el cuerpo son substancias distintas, sin ninguna relación necesaria, y únicamente unidas entre sí por el fluído nervioso»; este fluído no es gelatinoso, porque los espirituosos que le renuevan no contienen gelatina; el alma es movida por él y le mueve; á este efecto, reside ella en «las meninges». Su *Optica* es la negación de la gran verdad ya encontrada por Newton desde hace un siglo y comprobada después por otro siglo de experimentos y de cálculos. Sobre el calor y la electricidad no aduce sino hipótesis ligeras y generalidades literarias; un día, introduce una aguja en un trozo de resina para hacerla conductor, y es pillado por el físico Charles en flagrante delito de supercheria científica. Ni siquiera se halla en condiciones de comprender á los grandes inventores contemporáneos suyos, Laplace, Monge, Lovoissier, Fourerog; al contrario, los difama, á manera de un revoltoso, usurpador de baja estofa, que, sin título alguno, quiere ocupar el puesto de las autoridades legítimas. En política, recoge la tontería en boga, el Contrato social fundado en el derecho natural, y la hace más tonta todavía, reanudando por su cuenta el razonamiento de los socialistas groseros, de los fisiólogos extravia-

dos en la moral, es decir, fundando el derecho en la necesidad física. «De las solas necesidades del hombre se derivan todos sus derechos... Cuando uno de aquéllos carece de todo, tiene el derecho de arrancar á otro lo superfluo de que goza. ¿Qué digo? Tiene el derecho de arrancarle lo necesario, y, antes que perecer de hambre, tiene el derecho de degollarle y devorar sus carnes palpitantes... Para conservar sus días, el hombre tiene el derecho de atentar á la propiedad, á la libertad, á la vida misma de sus semejantes. Para sustraerse á la opresión, tiene el derecho de oprimir, de encadenar y de matar. Para asegurar su felicidad, tiene derecho á todo.» Las consecuencias están vistas.

Pero cualesquiera que sean las circunstancias, escriba lo que escriba y haga lo que haga, él se admira siempre y siempre contra sentido, tan glorioso de su impotencia enciclopédica como de su daño social. Á creerle, ha hecho en la física descubrimientos inmortales: «No tienden nada menos que á cambiar la faz de la óptica... Hasta mí, los verdaderos colores primitivos eran desconocidos.» Es Newton y más aún. Antes de él «se ignoraba el puesto que el fluído eléctrico, considerado como agente universal, ocupa en la naturaleza... Yo lo he dado á conocer de manera que no quede duda alguna». En cuanto al fluído ígneo, «ese ser desconocido hasta mí, desprende la teoría de toda hipótesis, de toda conjetura, de todo razonamiento alambicado, le purgo de errores, le hago intuitivo, le pongo en un pequeño volumen que condena al olvido cuanto las sociedades sabias han publicado sobre esta materia». Antes de su tratado *del Hombre*, la relación de lo físico con la moral era incomprensible. «Descartes, Helvetius, Haller, Le Cat, Hume, Voltaire, Bonnat, hacían de esto un secreto impenetrable, un enigma.» El ha descifrado el enigma, ha fijado el lugar del alma, ha mostrado el intermediario por el que comunican el alma y el cuerpo. En las ciencias superiores, que tratan de la naturaleza en general, ó de la sociedad humana, ha ido hasta el fin. «Creo haber casi agotado todas las combinaciones del espíritu humano sobre la moral, la filosofía y la política.» No solamente ha encontrado la verdadera teoría del Estado, sino que él es hombre de Estado, práctico experto, capaz de prever el porvenir y forzarle. Predice, y siempre acierta, unas dos veces por semana; en los primeros días de la Convención, cuenta en su haber con «trescientas predicciones sobre los principales acontecimientos de la Revolución, justificadas por los hechos». Frente á los constituyentes que derriban y reconstruyen lentamente, él declara que lo llevaría todo á cabo en un momento. «Si fuera tribuno del pueblo y estuviera apoyado por unos miles de hombres determinados, respondo de que dentro de seis semanas la Constitución sería perfecta, la máquina política marcharía á maravilla, la nación sería libre y feliz, que en menos de un año estaría floreciente y sería terrible, y lo sería mientras que yo viviese.» En caso de necesidad, sería general de ejército, y general victorioso; con observar dos veces la manera que tienen de batirse los vendeanos, hallaría el medio de terminar la guerra «en el primer encuentro». «Si pudiera soportar el camino, me ofrecería para poner mis planes en ejecución; á la cabeza de un cierto número de tropas seguras, es fácil concluir, en un solo día, hasta con el último de los rebeldes. No soy ajeno al arte militar, y podría sin jactancia responder del triunfo.» Si hay dificultades, es porque no han escuchado su parecer; es

el gran médico político; desde los comienzos de la Revolución, su diagnóstico ha sido siempre seguro, su pronóstico infalible, su terapéutica eficaz, humana y saludable. Aparte la panacea, permitid que la admistre; solamente que para que opere bien ha de administrarla él mismo. Poned, pues, en sus manos la lanceta pública, á fin de que pueda practicar la sangría humanitaria. «Tal ha sido mi opinión, la he impreso en mis escritos, he puesto en ellos mi nombre y no me avergüenzo. Si no estáis á la altura de comprenderme, peor para vosotros.» En otros términos: á los ojos de Marat, único entre todos por la superioridad de su genio y de su carácter, es el único salvador.

Por semejantes signos, el médico reconocería al instante uno de esos locos lúcidos, á los que no se encierra, pero que son por esto más peligrosos; hasta diría el nombre técnico de la enfermedad; es el *delirio de grandezas*, bien conocido en los asilos. Dos predisposiciones: la perversión habitual del juicio y el exceso colosal de amor propio, son las fuentes de esta enfermedad, y en parte alguna han corrido tan abundantemente estas fuentes como en Marat. No ha habido hombre que, con una cultura tan varia, haya tenido el espíritu tan incurablemente erróneo. No ha habido hombre que, después de tantos abortos en la especulación y tantos fracasos en la práctica, haya concebido y conservado tan elevada idea de sí mismo. En él cada una de las dos fuentes dichas viene á engrosar á la otra: teniendo la facultad de no ver las cosas tales como son, puede atribuirse la virtud y el genio; persuadidos de que tienen genio y virtud, toman sus atentados por méritos, y sus errores por verdades. Desde este punto y espontáneamente, por su propio curso, la enfermedad se complica: al delirio de grandezas se

une la *manía persecutoria*. En efecto, unas verdades evidentes ó probadas, como las que él aporta, deberían, á primera vista, ser aceptadas; si no es así, es porque han intervenido los enemigos ó los envidiosos; manifiestamente, se ha conspirado contra él, y contra él no han cesado nunca las maquinaciones. Hubo al principio el complot de los filántropos: cuando el tratado *del Hombre* fué enviado de Amsterdam á París, «sintieron el golpe que asestaba yo á sus principios é hicieron detener el libro en la aduana». Vino en seguida el complot de los médicos: «calculaban con dolor lo grande de mis ganancias... Probaría, si fuese preciso, que han celebrado frecuentes asambleas para tomar los medios más eficaces de difamarme». Hubo, en fin, el complot de los académicos: «la indigna persecución que la Academia de Ciencias no ha dejado de hacerme durante diez años, cuando comprendió que mis descubrimientos sobre la luz echarían abajo sus seculares trabajos, y que no se me importaba entrar en su seno... ¿Creeríase que los charlatanes de esa corporación científica llegaran á despreciar mis descubrimientos ante Europa entera, á poner contra mí todas las sociedades sabias, á cerrarme todos los periódicos?» Naturalmente, el supuesto perseguido se defiende, es decir, ataca. Naturalmente, como es el agresor, le rechazan, le reprimen, y, después de haberse forjado enemigos imaginarios, se hace enemigos reales, sobre todo en política, en lo que, por principio, predica todos los días el motín y el homicidio. Naturalmente, en fin, es perseguido, sentenciado por el Chatelet, arrestado por la policía, obligado á huir y errar de retiro en retiro, á vivir meses enteros á la manera de una rata en «una cueva, en un subterráneo, en un calabozo sombrío», según sus propias expresiones. No es raro que

con este régimen, su sueño se haga más pesado, se cambie en *pesadilla fija;* no es raro que, en su espíritu trastornado, los objetos se trastornen, que hasta en pleno día no vea los hombres y las cosas sino en un espejo de aumento, que á veces cuando la enfermedad crónica se hace aguda, su médico le sangra para contener los accesos.

Pero el mal está hecho: en adelante los errores germinan en su cerebro como en su terreno propio; se ha instalado en la sinrazón, y cultiva el absurdo, hasta el físico y matemático. «Si se ahonda bien, dice, la contribución patriótica de la cuarta parte de la renta debe producir 4.860 millones, y tal vez produciría el doble»; con esa suma, Necker podrá armar 500.000 hombres, y Necker cuenta con esto para subyagar á Francia. Desde la toma de la Bastilla, «las dilapidaciones del municipio solamente ascienden á más de 200 millones; se calcula en más de dos millones lo que Bailly se ha metido en el bolsillo; lo que Molier (La Fayette) se ha metido en el suyo desde hace dos años es incalculable». En 15 de Noviembre de 1791, el levantamiento de los emigrados comprende, «por lo menos, 120.000 ex gentileshombres y partidarios, y soldados disciplinados, sin contar las fuerzas de los príncipes alemanes que deben juntarse á ellos». Por consiguiente, como sus colegas de manicomio, divaga incesantemente por lo horrible y por lo inmundo: el desfile de fantasmas atroces ó repugnantes ha comenzado. Según él, los sabios que no han querido admirarle son imbéciles, charlatanes y plagiarios. Laplace y Monge, simples «autómatas», no son sino máquinas de calcular; Lavoissier, «padre putativo de todos los descubrimientos que hacen ruido, no tiene una idea propia, roba á los otros sin comprenderlos y cambia de

sistema como de zapatos». Tomcroy, su discípulo y heraldo, es todavía de peor paño. Todos son malos. «Podría citar cien rasgos de infidelidad de los señores académicos de París, cien abusos de depósitos; habiéndoseles confiado una suma de 12.000 francos para buscar el medio de dirigir los globos, «se la han repartido entre ellos y se le han comido en la Rapee, en la Opera y con mujeres públicas»: en política, en donde los debates son combates, la cosa es peor: el Amigo del pueblo no puede tener por adversarios sino foragidos. ¡Qué estulticia alabar el valor y el desinterés de La Fayette! Si fué á América, fué por despecho amoroso, «rechazado por una mesalina»; guardó un parque de artillería, «como los mozos de cuerda guardan los equipajes; he aquí todas sus hazañas; además es un ladrón. También Bailly es un ladrón, y Malouet «un payaso». Necker ha formado «la horrible empresa de poner hambriento y envenenar al pueblo, se ha conquistado para siempre la execración de los franceses y el oprobio del género humano.» ¿Que es la Constituyente, sino un conjunto «de hombres rastreros, viles é ineptos»? «¡Infames legisladores, viles foragidos, monstruos sedientos de oro y sangre, trafican con el monarca de nuestras fortunas, de nuestros derechos, de nuestras libertades y de nuestras vidas!» «La segunda Legislatura no es menos podrida que la primera.» En la Convención, «Roland, el Gilles oficioso y el Pasquín falsario, es el jefe infame de los acaparadores». «Isnard es un juglar, Buzot un tartufo, Vergniaud un polizonte.» Cuando un perturbado ve en todas partes, en torno suyo, en el piso, en las paredes, en el techo, escorpiones, arañas, un hormiguero de insectos repugnantes y venenosos, no piensa más que en aplastarle, y la enfermedad mental entra en su úl-

timo período: en pos del delirio de grandezas, de la manía persecutoria y de la pesadilla fija, se ha declarado la *monomanía homicida.*

Desde los primeros meses de la Revolución se ha declarado en Marat; es que le era innata, la tenía inoculada de antemano; habíala contraído conscientemente y por principios; jamás la locura razonante se manifestó en un caso más neto. De una parte, partiendo de la necesidad física de los derechos del hombre, dedujo «que la sociedad debe á aquellos miembros suyos que no tienen propiedad alguna y cuyo trabajo basta apenas para sus necesidades, una subsistencia asegurada con que alimentarse, albergarse y vestirse convenientemente, con que cuidarse en sus enfermedades, en su vejez, y con que criar á sus hijos. Los que posean lo superfluo deben, por consiguiente, subvenir á las necesidades de los que carecen de lo necesario. En caso contrario, el ciudadano honrado, á quien la sociedad abandona en su miseria y en su desesperación, vuelve al estado natural, y tiene el derecho de reivindicar á mano armada lo que no ha podido enajenar sino para procurarse lo mejor. Toda autoridad que se oponga á esto es tiránica, y el juez que le condena á muerte es un cobarde asesino». Así, pues, los innumerables motivos que provoca la penuria están justificados, y como la penuria es permanente, el motín diario es legítimo. De otra parte, habiendo sentado como principio la soberanía del pueblo, deduce de ello «el derecho sagrado que tienen los comitentes para destituir á sus delegados», para echarles mano si prevarican, para mantenerlos en el deber por el temor, para retorcerles el cuello si tienen alguna vez la tentación de votar ó administrar mal. «Hay una verdad eterna, de la que es importante convencer á los hombres: la de que el

más mortal enemigo que el pueblo tiene que tener es el Gobierno.» «Todo ministro que permanece cuarenta y ocho horas en su puesto, cuando el gabinete no se encuentra en la imposibilidad de maquinar contra la patria, es sospechoso.» Alzaos, pues, los miserables de las ciudades y de los campos, obreros sin trabajo, gentes sin hogar que dormís bajo los puentes, vagabundos del camino, mendigos, desharrapados, y acudid á echar mano á vuestros infieles mandatarios. El 14 de Julio, el 5 y el 6 de Octubre, «el pueblo tenía el derecho, no solamente de ejecutar á algunos de los conspiradores, sino el de inmolarlos á todos, de pasar á cuchillo á todos los satélites reales conjurados para perdernos, y á la innumerable turba de los traidores á la patria, cualquiera que fuese su estado». No vayáis nunca á la Asamblea «sin llevar los bolsillos llenos de piedras destinadas á apedrear á los foragidos que tengan el descaro de predicar las máximas monárquicas». «No es la retirada de los ministros, sino sus cabezas lo que necesitamos, es la de todos los ministeriales de la Asamblea, es la de vuestro alcalde, de vuestro general, de casi todo el estado mayor, de la mayor parte de los ediles; es la de los principales agentes del Poder ejecutivo en el reino». ¿Para qué medias medidas como el saqueo del palacio de Castries? «Que vuestras venganzas sean razonadas. La muerte, la muerte; he aquí cuál debe ser el castigo de los traidores encarnizados en perderos; es lo único que les hiela de espanto... Imitad, pues, el ejemplo de vuestros implacables enemigos; no vayáis jamás sin armas, y, á fin de que no se os escapen por la dilación de las sentencias de la justicia, apuñalarles en el sitio ó levantarles la tapa de los sesos.» «Yo oigo á veinticinco millones de hombres exclamar al unísono: Si los

negros y los ministeriales gangrenados y archigangrenados son lo bastante temerarios para hacer que pase el proyecto de licenciamiento y de reconstitución del ejército, ciudadanos, elevad ochocientas horcas en el jardín de las Tullerías y colgad de ellas á todos los traidores de la patria, al infame Riquetti, conde de Mirabeau, el primero, al mismo tiempo que hagáis una vasta hoguera para asar á los ministros y sus sicarios.» Si el Amigo del pueblo pudiera reunir á dos mil hombres determinados «para salvar la patria», iría á arrancar el corazón del infernal Motier en medio de sus numerosos batallones de esclavos, iría á quemar en su palacio al monarca y sus acólitos, iría á empalar á los diputados en sus asientos y á sepultarlos bajo los escombros incendiados de su antro». Al primer cañonazo en la frontera «es indispensable que el pueblo cierre las puertas de todas las ciudades y que se deshaga sin vacilar de todos los curas sediciosos, de los funcionarios públicos contrarrevolucionarios, de los maquinadores conocidos y de sus cómplices». «Es prudente en los magistrados del pueblo fabricar constantemente una gran cantidad de cuchillos muy fuertes, de hoja corta y dos buenos filos, para armar con ellos á cada ciudadano bien conocido como amigo de la patria. Ahora bien; todo el arte de combatir con ese arma terrible consiste en hacerse del brazo izquierdo un escudo, envolviéndole en una manga de cualquier paño, abullonado, relleno de crin, y lanzarse sobre el enemigo con el brazo derecho armado con el acero.» Dadnos lo más pronto esos cuchillos, porque «¿qué medio nos queda hoy para dar fin á los males que nos abruman? No hay otro, lo repito, que las ejecuciones populares». He aquí el trono ya caído; pero «temed el dejaros llevar por la voz de una falsa

piedad... Nada de cuartel; os propongo diezmar á los miembros contrarrevolucionarios del Municipio, de los Juzgados, de los Departamentos y de la Asamblea nacional». En los comienzos, hubiera bastado un corto número de vidas; «se hubiera necesitado hacer que cayesen quinientas cabezas después en la toma de la Bastilla, y todo hubiera ido bien». Mas por imprevisión y timidez se ha dejado extender el mal, y cuanto más se extienda, tanto mayor debe ser la amputación. Con el seguro golpe de vista del cirujano, Marat da las dimensiones; ha hecho sus cálculos. En Septiembre de 1792, en el Concejo municipal, calcula aproximadamente en cuarenta mil el número de cabezas que hay que cortar. Seis semanas después, habiendo crecido prodigiosamente el absceso social, la cifra aumenta en proporción; pide doscientas setenta mil cabezas, siempre por humanidad, «para asegurar la tranquilidad pública», á condición de que le encarguen de esa operación, y de esa operación solamente, como justiciero sumario y temporal.

Salvo el último punto, le conceden todo lo demás; es lástima que no haya podido ver con sus ojos el perfecto cumplimiento de su programa, la hornadas del Tribunal revolucionario de París, las matanzas de Lyon y de Tolón, los ahogamientos de Nantes. Desde el principio hasta el fin, ha estado en el fiel de la Revolución, lúcido á fuerza de ceguedad, gracias á su lógica de loco, gracias á la concordancia de su enfermedad particular con la enfermedad pública, gracias á la precocidad de su delirio pleno entre los otros delirios incompletos y tardíos, el único inmutable, sin remordimientos, triunfante, subido del primer saldo á la cima aguda que sus rivales no se atreven á escalar ó no escalan sino á tientas.

II

No hay nada de loco en Danton; al contrario; no solamente tiene el espíritu sano, sino que posee la aptitud política, y en alto grado, en grado tal, que, en este concepto, ninguno de sus colaboradores ó de sus adversarios se le aproxima, y, entre los hombres de la Revolución, solamente Mirabeau le ha igualado ó aventajado. Es un genio original, espontáneo, y no como la mayor parte de sus contemporáneos, un teórico razonador y plumígero, es decir, un fanático pedante, una criatura ficticia y fabricada por los libros, un caballo de noria que anda con orejeras y da vueltas sin salida en un círculo cerrado. Su libre juicio no está entorpecido por los prejuicios abstractos: no aporta un contrato social, como Rousseau, ni un arte social, como Sieyes; de los principios ó combinaciones de gabinete se ha apartado por instinto, tal vez también por desprecio: no los necesitaba, no hubiera sabido qué hacer con ellos. Los sistemas son muletas para uso de los impotentes, y él está válido; las fórmulas son anteojos para uso de los miopes, y él tiene buena vista. «Había leído y meditado poco, dice Garat, un testigo letrado y filósofo; no sabía casi nada, y no tenía el orgullo de adivinar nada; pero *miraba y veía*. Su capacidad natural, que era muy grande y que no estaba llena de nada, cerrábase naturalmente á las nociones vagas, complicadas y falsas, y se abría naturalmente á todas las nociones de experiencia cuya verdad era manifiesta...» Por lo tanto, «su golpe de vista sobre los hombres y las cosas, pronto, claro, imparcial y verdadero, tenía la prudencia sólida y práctica». Representarse exactamente las voluntades divergentes ó concordantes, superficiales ó profundas, actuales ó posibles de los diferentes partidos y de los veintiséis millones de almas, calcular con exactitud la fuerza de las resistencias probables y la fuerza de los poderes disponibles, percibir y aprovechar el momento decisivo que es único, combinar los medios de ejecución, encontrar los hombres de acción, medir el efecto producido, prever los contratiempos próximos y lejanos, no arrepentirse y no obstinarse, aceptar los crímenes en proporción de su eficacia política, sortear los obstáculos demasiado fuertes, detenerse ó contemporizar, aun á despecho de las máximas que se pregonan, no considerar las cosas y los hombres sino á la manera de un mecánico, constructor de máquinas y calculador de fuerzas, he aquí las facultades de que da prueba el 10 de Agosto, el 2 de Septiembre, durante la dictadura efectiva que se ha arrogado entre el 10 de Agosto y el 21 de Septiembre, después en la Convención, en el primer Comité de Salud pública, en 31 de Mayo y 2 de Junio: se le ha visto en funciones. Hasta el fin, á despecho de sus partidarios, ha tratado de aumentar ó por lo menos no disminuir las fuerzas que el gobierno podía emplear. A través de las vociferaciones de los clubs que exigían el exterminio de los prusianos, la captura del rey de Prusia, el derrumbamiento de todos los tronos y la ejecución de Luis XVI, ha negociado la retirada casi pacífica de Brunswick, ha trabajado en separar á Prusia de la coalición, ha querido cambiar la guerra de propaganda en una guerra de interés, ha hecho que la Convención decrete que «Francia no se inmiscuiría en manera alguna en los gobiernos de las otras potencias», ha obtenido la alianza de Suecia, ha puesto las bases del tratado

de Basilea, ha pensado en salvar al rey (1). A través de las desconfianzas y los ataques de los girondinos que quieren deshonrarle y perderle, se obstina en tenderles la mano, no les declara la guerra sino porque le niegan la paz, y se esfuerza en preservarlos cuando están caídos. En medio de tantos charlatanes y escritorzuelos cuya lógica es verbal ó cuyo furor es ciego, que no son sino máquinas de frases ó de asesinato, su inteligencia, siempre amplia y flexible, va derecha á los hechos, no para desfigurarlos y retorcerlos, sino para someterse y adaptarse á ellos y comprenderlos. Con un espíritu de esta calidad, se va lejos, por cualquier camino: no queda sino elegirle. También Man-

(1) Relato del conde Teodoro de Lameth, coronel, diputado en la Legislativa. Durante la Legislativa conoció mucho á Danton; después de las matanzas de Septiembre se refugió en Suiza y estaba inscripto en la lista de los emigrados. Un mes antes de la muerte del rey, quiso intentar un supremo esfuerzo y fué á París. «Fuí derechamente á casa de Danton y, sin nombrarme, insistí para ser recibido en el acto. Al fin me hicieron entrar y encontré á Danton en el baño.—¿Usted aquí?—exclamó.—¿Pero no sabe usted que con una palabra puedo hacer que le guillotinen?—Danton,—le dije—usted es un gran criminal, pero hay infamias de las que no es usted capaz, entre otras, la de denunciarme.—¿Viene usted á salvar al rey? - Sí.»

La conversación se hizo en este punto muy amistosa y confiada.

«—Consiento—dijo Danton—en intentar salvar al rey, pero necesito un millón para comprar los votos necesarios, y lo necesito de aquí á ocho días. Le prevengo que, si no puedo salvarle la vida, votaré su muerte. Quiero salvar su cabeza, pero no perder la mía.»

M. de Lameth se puso á gestionar, vió al embajador de España, hizo que hablasen á Pitt, quien se negó.

Danton, como lo había anunciado, votó la muerte; después facilitó ó toleró la vuelta de M. de Lameth á Suiza.

(Este relato me lo ha transmitido M..., quien lo oyó de labios del conde Teodoro de Lameth.)

drin, en el antiguo régimen, fué, en un género parecido, un hombre superior; solamente que, por camino, eligió la carretera.

Entre el demagogo y el bandido, la semejanza es íntima: ambos son jefes de banda, y cada uno de ellos necesita una ocasión para formarla; Danton, para formar la suya, necesitaba la Revolución. «Sin nacimiento, sin protección, sin fortuna, encontrando los puertos ocupados y el foro de París inabordable, hecho abogado después de esfuerzos», vagó y esperó largo tiempo en el arroyo y en los cafés, como hoy sus semejantes en las cervecerías. En el café de la Ecole, el dueño, un buen hombre, con peluca redonda, traje gris y la servilleta al brazo, circulaba sonriendo alrededor de las mesas, y su hija permanecía en el fondo como señorita de mostrador. Danton habló con ella, y la pidió en matrimonio; para lograrlo, tuvo que formarse una posición, comprar una plaza de abogado en el Consejo del Rey, buscar en su pequeña ciudad natal personas responsables y prestamistas. Una vez casado, albergado en el triste pasaje del Comercio, «cargado de deudas más que de causas», conjurado en una profesión sedentaria, en la que eran de rigor la asiduidad, la corrección, el tono moderado, el estilo decente y el aspecto irreprochable, confinado en un menaje estrecho que, sin la ayuda de un luis adelantado cada semana por el suegro, no hubiera podido comer, sus gustos amplios, sus necesidades alternativas de fogosidad y de indolencia, sus apetitos de goce y de dominación, sus rudos y violentos instintos de expansión, de iniciativa y de acción, se sublevaron. No es apto para la rutina apacible de nuestras carreras civiles; lo que le conviene, no es la disciplina regular de una vieja sociedad que dura, sino la tumultuosa

brutalidad de una sociedad que se deshace, ó sea una sociedad que se hace. Por temperamento y por carácter, es un *bárbaro,* y un bárbaro nacido para mandar á sus semejantes, como tal caudillo del siglo VI ó tal barón del siglo X. Un coloso con cabeza de «tártaro» marcada por la viruela, es una fealdad trágica y terrible, una cara convulsionada de perro de presa gruñendo, unos ojuelos hundidos bajo los enormes pliegues de una frente amenazadora que es nueva, una voz tonante, ademanes de luchador, una superabundancia y una ebullición de sangre, de cólera y de energía, los desbordamientos de una fuerza que parece ilimitada como las de la naturaleza, una declamación desenfrenada, parecida á los mugidos de un toro, y cuyos estallidos llegan á través de las ventanas hasta á cincuenta pasos en la calle, imágenes desmedidas, un énfasis sincero, estremecimientos y gritos de indignación, de venganza, de patriotismo, capaces de despertar los instintos feroces en el alma más pacífica y los instintos generosos en el alma más empedernida; juramentos y palabrotas; un cinismo, no monótono y querido como el de Hebert, sino espontáneo; crudezas enormes y dignas de Rabelais, un fondo de sensualidad jovial, maneras cordiales y familiares, un tono de franqueza y de compañerismo; en suma, el interior y el exterior más adecuados para captarse la confianza y las simpatías de una plebe galaica y parisiense, todo concurre á componer «su popularidad infusa y práctica» y á hacer de él «un gran señor de los descamisados». Con tales disposiciones para desempeñar un papel, se sienten grandes deseos de desempeñarle, en cuanto el teatro se abre, cualquiera que sea el teatro, sucio y fangoso, cualesquiera que sean los actores, ganapanes y mujeres perdidas, cualesquiera que sea

el papel, innoble, asesino, y, finalmente, mortal para quien lo toma.

Para resistir á la tentación, necesitaríanse las repugnancias que la cultura fina ó profunda desarrolla en los sentidos y en el alma; y en Danton faltan estas repugnancias. Ni en lo físico ni en lo moral las tiene: puede abrazar á Marat, fraternizar con borrachos, felicitar á septembristas, contestar en estilo de cochero á las injurias de las mujeres de la calle, vivir de igual á igual con canallas, ladrones y escapados de justicia, con Carra, Westermann, Huguenson y Rossignol, con los foragidos probados, á los que envía á los departamentos después del 2 de Septiembre. «¡Eh, p...! ¿creéis que se va á enviar á señoritas? Necesítanse barrenderos para trabajar en la basura; no hay que taparse las narices cuando vienen á reclamar el salario; hay que pagarles bien, alentarles y consentir sus modales. Danton se acomoda á los vicios, no tiene escrúpulos; deja arañar y tomar. Él mismo ha tomado, tanto para dar como para guardar, tanto para sostener su papel como para gozar de él, pronto á gastar contra la corte el dinero de la corte, probablemente con risa interior y sardónica, con esa risa que se adivina en el campesino de blusa cuando acaba de engañar á un propietario de levita, con esa risa que los antiguos historiadores describen en el franco cuando se embolsaba de oro romano, para hacer mejor la guerra á Roma. En el terreno plebeyo, la planta no ha prendido; en nuestro jardín moderno, es el mismo que en el bosque antiguo; su savia intacta ha conservado la rudeza primitiva, y no produce los buenos frutos de nuestra civilización, el sentido moral, el bueno y la conciencia. Danton no tiene ni el respeto de sí mismo, ni el respeto ajeno; los límites precisos y delicados que circuns-

criben la persona humana, le parecen un convencionalismo de legistas y de salones; como un Clodoveo los pisotea, y, como un Clodoveo con facultades iguales, con expedientes análogos, con una banda peor se lanza á través de la sociedad vacilante, para demolerla y reconstruirla en su provecho.

Desde el origen, ha comprendido el carácter propio y el procedimiento normal de la Revolución, es decir, el empleo de la brutalidad popular; en 1788 figuraba ya en los motines. Desde el origen ha comprendido el objeto final y el efecto definitivo de la Revolución, es decir, la dictadura de la minoría violenta; al día siguiente del 14 de Julio de 1789, ha fundado en un barrio una pequeña república independiente, agresiva y dominadora, centro de la fracción, asilo de hijos perdidos, punto de cita de energúmenos, pandemonium de todos los cerebros incendiados y de todos los granujas disponibles, visionarios y gentes de puños, charlatanes de periódico ó de plazuela, asesinos de gabinete ó de plaza pública, Camilo Desmoulins, Freron, Hebert, Chaumette, Clootz, Theroigne, Marat, y, en ese Estado más que jacobino, modelo anticipado del que se establecerá más adelante, reina, como reinará más adelante, presidente perpetuo del distrito, jefe del batallón, orador del club, maquinador de los golpes de mano. Allí, la usurpación es la regla; no se reconoce ninguna autoridad legal; se desafía al rey, á los ministros, á los jueces, á la Asamblea, al municipio, al alcalde, al comandante de la guardia nacional. Por la naturaleza y por los principios se han puesto por encima de las leyes: el distrito toma á Marat bajo su protección, pone dos centinelas á su puerta para protegerle de la persecución, y resiste en armas á la fuerza armada encargada de ejecutar el mandamiento de prisión. Más aún, en nombre de París, «primer centinela de la nación», se pretende gobernar á Francia. Danton acaba de declarar en la Asamblea nacional que los ciudadanos de París son los representantes naturales de los ochenta y tres departamentos, y la invita, á requerimiento de aquéllos, que anule un decreto dado.

Aquí está hecho el pensamiento jacobino; con su golpe de vista superior, Danton lo ha penetrado hasta el fondo y lo ha proclamado en términos propios; ahora, para aplicarlo en grande, no tiene más que pasar del teatro pequeño al grande, de los Cordeleros al Municipio, al Ministerio, al Comité de Salud pública, y en todos estos teatros, desempeña el mismo papel con el mismo objeto y los mismos efectos. Un despotismo instituído por la conquista y mantenido por el temor, el despotismo de la plebe jacobina y parisiense; he aquí su fin y sus indicios: él es quien adaptando los medios al fin y el fin á los medios, dirige las grandes jornadas y provoca las medidas decisivas de la Revolución, el 10 de Agosto, el 2 de Septiembre, el 31 de Mayo, el 2 de Junio, el decreto que forma en cada gran ciudad un ejército de descamisados asalariados «para tener á los aristócratas bajo sus picas», el decreto que en cada Municipio en donde los granos están caros, tasa á los ricos para poner el precio del pan al alcance de los pobres, el decreto que concede á los obreros cuarenta suses por sesión para asistir á las asambleas de sección, la institución del Tribunal revolucionario, la proposición «de erigir el Comité de Salud pública en gobierno provisional», la proclamación del Terror, la aplicación del celo jacobino á obras efectivas, el empleo de siete mil delegados de las asambleas primarias enviados á sus lugares para que sean allí los

agentes del reclutamiento y del armamento universales, las palabras ardientes que lanzan á toda la juventud á la frontera, las mociones sensatas que militan el alistamiento en masa de los hombres de diecicho á veinte años, y que ponen fin á las escandalosas carmañolas cantadas y bailadas en la misma sala de la Convención. Para edificar la máquina, ha preparado el terrero, fundido el metal, forjado las grandes piezas, limado las rebabas, dibujado el motor central, ajustado los rodajes secundarios, dado el primer impulso y el movimiento final, fabricado la coraza que proteja la obra contra el extranjero y contra los choques de afuera. La máquina es suya; ¿por qué después que la ha construído no se encarga de maniobrarla?

Porque si era capaz de construirla, no lo es de manejarla. En los días de crisis, puede arrimar el hombro, arrebatar las voluntades de una asamblea ó de una muchedumbre; tener á sus órdenes, durante algunas semanas, un Comité ejecutivo. Pero el trabajo regular, asiduo, le repugna; no está hecho para las escrituras, para los papelotes y la rutina de una tarea administrativa. No será nunca hombre de política y de oficina, como Robespierre y Billaud, lector minucioso de informes diarios, anotador de listas mortuorias, profesor de abstracciones decorativas, mentor en frío, inquisidor aplicado y convencido, sobre todo, no será nunca verdugo metódico. De una parte, no tiene en los ojos el velo gris de la teoría; ve á los hombres, no á través del contrato social, como una suma de unidades aritméticas, sino tales como lo son en efecto, vivientes, sufrientes, sobre todo á los que conoce, cada cual con su fisonomía y su gesto. Ante este espectáculo, las entrañas se conmueven cuando se tiene entrañas, y él las tiene; tiene igualmente corazón, una amplia y viva sensibilidad, la sensibilidad del hombre de carne y sangre en quien subsisten todos los instintos primitivos, los buenos al lado de los malos, al que la cultura no ha secado, que ha podido hacer y dejar hacer las matanzas de Septiembre, pero que no se resigna á practicar con sus manos, todos los días, á ciegas, la muerte sistemática é ilimitada. Ya en Septiembre, «cubriendo su piedad con sus rugidos», sustrajo ó arrancó á los asesinos varias vidas ilustres. Cuando el hacha se acerca á los girondinos, se pone «enfermo de dolor» y de desesperación. «No podré salvarlos, exclamaba, y gruesas lágrimas corrían á lo largo de su rostro.» De otra parte, no tiene ante los ojos la espesa venda de la incapacidad y de la imprevisión. Ha visto el vicio interior del sistema, el suicidio inevitable y próximo de la Revolución. «Los girondinos nos han obligado á echarnos en el *sans-culottismo* que los ha devorado, que nos devorará á todos, que se devorará á sí mismo.» «Dejad hacer á Robespierre y Saint-Just; pronto no habrá en Francia más que una Tebaida con una veintena de trapenses políticos.» Al final ve más claro todavía: «En tal día hice instituir el Tribunal revolucionario; pido por ello perdón á Dios y á los hombres. En las revoluciones la autoridad para en los más criminales. Vale más ser un pobre pescador que gobernar á los hombres.»

Pero ha pretendido gobernarlos, ha construído la nueva máquina de gobierno, y, sorda á sus gritos, su máquina funciona con arreglo á la estructura y al impulso que le han dado. Yérguese ante él la siniestra máquina, con su enorme rueda que pesa sobre Francia entera, con su engranaje de hierro, cuyos múltiples hierros comprimen cada porción de cada vida, con su cortante de acero que incesantemente cae y

vuelve á caer; su juego, que se acelera, exige cada día una mayor previsión en vidas humanas, y sus proveedores están obligados á ser tan insensibles, tan estúpidos como ella. Danton no puede serlo, no quiere serlo. Se aparta, se distrae, goza, olvida; supone que los cortacabezas profesionales consentirán, tal vez, en olvidarle; ciertamente, no le atacarán. Pero se atreverían... «A mí no se me toca: soy el arco.» Poniéndose en lo peor, prefiero «ser guillotinado que guillotinador».

Al decir ó pensar esto, se halla maduro para el cadalso.

III

Aun con la firme resolución de seguir siendo el corta-cabezas en jefe, no sería el representante perfecto de la Revolución. Esta es un bandidaje, pero filosófico; el robo y el asesinato están incluídos en sus dogmas, pero como un cuchillo en su estuche; lo que hay que ostentar en público es el estuche brillante y bonito, no el cuchillo cortante y sangriento. Danton, como Marat, muestra demasiado abiertamente el cuchillo. Nada más que con ver á Marat, grasiento y sucio, con su cara de sapo lívido, con sus ojos redondos, relucientes y fijos, con su aplomo de iluminado y el furor monótono de su paroxismo continuo, se subleva el sentido común: no se toma por guía á un maníaco homicida. Nada más que con ver á Danton, con sus palabras de mozo de cuerda y su voz que parece una campana de arrebato, con su cara de cíclope y sus gestos de exterminador, el sentido humanitario se espanta; no se confía uno sin repugnancia á un carnicero político. La

Revolución necesita otro intérprete, adornado como ella, de exterior especioso, y tal es Robespierre, con su aspecto irreprochable, con sus cabellos bien empolvados, con sus costumbres correctas, su tono dogmático, su estilo estudiado. Ningún espíritu, por su mediocridad y su insuficiencia, se ha encontrado tan conforme con el espíritu de su tiempo; á la inversa del hombre de Estado, él flota en el vacío, entre abstracciones, siempre encaramado en los principios, incapaz de descender de ellos, y poner el pie en lo práctico. «Ese p..., decía Danton, no es ni siquiera capaz de cocer un huevo.» «Las vagas generalidades de su predicación, escribe otro contemporáneo, no conducen de ordinario á ninguna medida, á ningún proyecto de ley. Combatía todo, no proponía nada, y el secreto de su política concordaba perfectamente con la impotencia de su espíritu y la nulidad de sus concepciones legislativas.» Cuando ha devanado el hilo de su escolástica revolucionaria, ha terminado. En materia de hacienda y de arte militar, no sabe nada y no se aventura á nada, salvo para denigrar ó calumniar á Carnot y á Cambón, que saben y se arriesgan. En política exterior, su discurso sobre el estado de Europa es una amplificación de escolar; cuando expone los planes del ministerio inglés, llega al colmo de la tontería quimérica; quítense las frases de autor, y no es un jefe de gobierno el que habla, sino el portero de los jacobinos. Carece de toda idea justa y precisa sobre la Francia contemporánea: en vez de hombres, ve veintiséis millones de autómatas, á los que basta con colocarlos bien para que marchen de acuerdo y sin choques; en efecto, son buenos por naturaleza, y, después de la pequeña depuración necesaria, todos van á ser buenos; así es que su voluntad colectiva es «la voz de

la razón y del interés público». Por esto en cuanto se hallan reunidos son discretos. «Sería menester, si fuese posible, que la Asamblea de los delegados del pueblo deliberase en presencia del pueblo entero»; por lo menos, el Cuerpo legislativo debía reunirse «en un edificio vasto y majestuoso, abierto á doce mil espectadores». Nótese que, desde hace cuatro años, en la Constituyente, en la Legislativa, en la Convención, en el Ayuntamiento, en los jacobinos, en todos los lugares en que se ha encontrado Robespierre, las tribunas no han cesado de vociferar; al choque de una experiencia tan palpable y tan presente, todo espíritu se abriría; el suyo permanece cerrado, por el prejuicio ó por el interés; la verdad, aun la física, no tienen acceso en él, ya porque es incapaz de comprenderla, ya porque tiene necesidad de excluirla. Es, pues, obtuso ó charlatán, y, en realidad, es las dos cosas, porque ambas se funden para formar un espíritu vacío é hinchado que, por estar lleno de palabras, se cree lleno de ideas, goza con sus frases y se engaña á sí mismo para regentar á otros.

Tal es su carácter y su papel; en la Revolución, que es una tragedia artificial y declamatoria, ese papel es el primero. Al final, Marat y Danton son borrados ó se borran, y Robespierre solo en la escena atrae todas las miradas.

Si se quiere comprenderle, hay que mirarle en su puesto y entre sus alrededores. En el último estadio de una vegetación intelectual que concluye, sobre la rama terminal del siglo XVIII, es el supremo retoño y el fruto seco del espíritu clásico. De la filosofía agotada, no ha conservado más que el residuo muerto, de las fórmulas aprendidas, las fórmulas de Rousseau, de Mably, de Reynal, sobre «el pueblo, la naturaleza, la

razón, la libertad, los tiranos, los facciosos, la virtud, la moral», un vocabulario hecho de expresiones demasiado amplias, cuyo sentido, ya mal fijado en los maestros, se evapora en manos del discípulo. Nunca trata de fijar el sentido; sus escritos y su discurso no son sino cartas de sentencias, abstractas y vagas; ni un hecho preciso y pleno; ni un detalle individual y característico, nada que hable á los ojos y que evoque una figura viviente, ninguna observación personal y propia, ninguna impresión neta, franca y de primera mano. Diríase que, por sí mismo, no ha visto nada, que no puede ni quiere ver nada, que se han interpuesto para siempre, entre él y el objeto, ideas postizas; las combina por el procedimiento lógico, y simula el pensamiento ausente con una jerga prestada; nada más. A su lado los otros jacobinos hablan también esta jerga de escuela, pero nadie la espeta tan largamente y tan complacientemente como él. Durante horas, se va á tientas tras él, entre las sombras indeterminadas de la política especulativa, entre la fría niebla de las generalidades didácticas, y á través de tantas soflamas incoloras, se trata en vano de percibir algo: nada queda entre los dedos. Entonces, pregúntase uno con asombro lo que ha dicho y por qué habla; la respuesta es que no ha dicho nada y que habla por hablar, como sectario ante los sectarios; ni el que predica ni su auditorio se cansarán jamás, el uno de dar vueltas, el otro de verlas dar, á la manivela de los dogmas. Y tanto mejor si está vacía; cuanto más vacía esté, tanto más fácilmente y más deprisa gira. Peor aún: en la palabra vacía, introduce el sentido contrario; lo que entiende por grandes palabras, justicia, humanidad, son derribos de cabezas. Esto hacía un inquisidor cuando descubría en un texto del Evan-

gelio la orden de quemar á los herejes. Mediante esta perversión extrema, el individuo que nos ocupa llega á falsear su propio instrumento mental; en adelante puede usarlo á su antojo, al antojo de sus pasiones, creer que sirve á la verdad cuando á ellos sirve.

Ahora su primera pasión es la vanidad literaria. Jamás jefe de partido, de secta ó de gobierno fué, ni aun en el momento decisivo, tan incurablemente retórico y mal retórico, enfático y campanudo. La víspera del 9 Termidor, cuando se trata de vencer ó perecer, lleva á la tribuna un discurso de relumbrón, escrito y rescrito, pulimentado y repulimentado, lleno de adornos buscados y de frases de efecto, revestido, á fuerza de tiempo y de trabajo, de todo el barniz académico, con la ornamentación obligada de antítesis simétricas, de períodos seguidos, de exclamaciones, preterìciones, apóstrofes y otras figuras del oficio. En el más célebre y más importante de sus informes, ha contado veinticuatro prosopopeyas, imitadas de Rousseau y del clasicismo, varias muy prolongadas, unas dirigidas á muertos, á Bruto, al joven Barra, otras á personajes ausentes, á las mujeres francesas, otras, en fin, á un sustantivo abstracto, como la libertad, la amistad; con inquebrantable convicción y contentamiento íntimo, se juzga orador. No hay un asunto verdadero en su elocuencia industriosa; nada más que recetas, y las recetas son un arte gastado, lugares comunes griegos y latinos, Sócrates y su cicuta, Bruto y su puñal, metáforas clásicas, «las antorchas de la discordia y las naves del Estado», alianzas de palabras y esfuerzos de estilo, como hace un retórico en los bancos de su colegio, á veces un gran tono de bravura, como hace falta en una ostentación pública, á menudo una melodía de flauta, porque en aquel tiempo se debe tener el corazón sensible; en suma: los procedimientos de Marmontel en su *Belisario*, ó de Thomas en sus *Elogios*, todos tomados de Juan Jacobo, pero de calidad inferior, como de una voz agria y débil que se tendiera para imitar una voz llena y fuerte, especie de parodia voluntaria y tanto más chocante cuanto que aquí la palabra conduce á la acción, cuanto que el Trissotin sentimental y declamador es jefe del Estado, cuanto que sus elegancias elaboradas en el gabinete son pistoletazos dirigidos á gusto contra pechos vivientes, y cuanto que con un epíteto hábilmente colocado hace guillotinar á un hombre. El contraste es demasiado fuerte entre su papel y su talento. Con este talento mezquino y falso, ningún empleo le convenía menos que el de gobernar á los hombres; además, había otro, señalado de antemano, y al que, en una sociedad tranquila, se hubiera atenido. Suprimid la Revolución, y probablemente Marat hubiera acabado en un asilo; había probabilidades para que Danton fuera un filibustero del foro, malandrín ó bravo en algún asunto sucio, y hubiera, finalmente, sido encarcelado y tal vez ahorcado. Al contrario, Robespierre hubiera continuado como empezó, abogado aplicado, ocupado y considerado, miembro de la Academia de Arras, premiado en concursos, autor de elogios literarios, de tratados morales, de libros filantrópicos; su pequeña lámpara, encendida, como cien otras de calibre igual, en el foco de la nueva filantropía, hubiera brillado moderadamente, sin quemar á nadie, y esparcido en un círculo provinciano su luz vulgar, proporcionada al poco aceite que contenía su vaso estrecho.

Pero la Revolución se llevó á la Asamblea Constituyente, y, durante largo tiempo, en aquel gran teatro sufrió su amor propio cruelmente. Desde la primera

adolescencia, el suyo había padecido, y, lastimado ya, era más sensible. Huérfano, pobre, protegido de su obispo, con una beca de gracia en el colegio de Luis el Grande, pasante luego con Brissot, fracasado al fin en su triste calle de Rapporteurs, sobre legajos de asuntos baladíes, en compañía de una hermana poco amable, tomó por maestro de filosofía, de política y de estilo á Rousseau, al que vió una vez y al que estudió constantemente. Probablemente, como hombres jóvenes de su condición, se figuró para sí mismo un papel análogo, y á fin de salir de su situación publicó informes efectistas, concurrió á premios de Academias, leyó Memorias ante sus colegas de Arras. Tuvo un mediano éxito; una de sus arengas obtuvo una mención en el Almanaque de Artois; la Academia de Metz no le concedió sino el segundo premio, la de Amiens, ninguno; el crítico del *Mercurio* le hizo entrever que su estilo olía á provincia. En la Asamblea nacional, eclipsado por talentos grandes y espontáneos, permaneció largo tiempo en la sombra, y más de una vez por insistencia ó falta de tacto, se encontró en ridículo. Su cara angulosa y seca, «su voz sorda, monótona y ronca, su elocución fatigosa», «su acento artesiano», su actitud forzada, su afán de ponerse siempre de manifiesto y desarrollar lugares comunes, su voluntad visible de imponer á personas cultas, á agentes inteligentes, su intolerable fastidio, todo esto no era para que la Asamblea se mostrase indulgente con las faltas de sentido y de gusto que cometía.

Una vez, á propósito de los derechos del Consejo, dijo: «Es precisa una forma noble y sencilla que anuncie el derecho nacional y lleve al corazón de los pueblos el respeto á la ley; en consecuencia, en los decretos que se promulguen, después de las palabras, Luis por la gracia de Dios, etc., se deberá poner: «Pueblos, he aquí la ley que se os impone: que esta ley sea inviolable y sagrada para todos.» Al oir esto, un diputado gascón se levanta, y con su acento meridional, replica: «Señores, esa fórmula no vale nada; no necesitamos cánticos.» Risas generales; Robespierre se calla y padece: dos ó tres tropiezos de este género desesperan á un hombre como él.

No es que su tontería le parezca una tontería; jamás pedante, cogido y silbado en flagrante delito de pedantería, confesará que ha merecido los silbidos; al contrario, está convencido de que ha hablado como legislador, filósofo y moralista: tanto peor para los espíritus limitados y los corazones gastados que no le han comprendido. Rechazado á su interior, su vanidad dolorida busca en su interior un bálsamo; lo toma en donde lo encuentra, es decir, en la regularidad estéril de su moderación burguesa. Robespierre no tiene necesidades, como Danton; es sobrio, los sentidos no le atormentan; si cede á ellos, es lo menos posible y á regañadientes. En la calle de Santonge, en París, «durante siete meses, dice su secretario, no le he conocido más que una mujer, á la que trataba bastante mal... Muy á menudo no quería recibirla»; cuando trabaja, no hay que distraerle, y es naturalmente ordenado, laborioso, hombre de gabinete, hombre de casa, en el colegio escolar modelo, en su provincia abogado correcto, en la Asamblea diputado asiduo, en todas partes exento de tentaciones é incapaz de extravíos. «Irreprochable», he aquí la palabra que, desde su primera juventud, le repite una voz interior para consolarle de su obscuridad y de su espera; lo ha sido, lo es y lo será; él se lo dice, se lo dice á los demás, y sobre esta base se construye, de una pieza, su carácter.

No es á él á quien se reducirá, como á Desmoulins con comidas, como á Barnave con caricias, como á Mirabeau y Danton con dinero, como á los girondinos con el insinuante atractivo de la cortesía antigua y de la sociedad escogida, como á los dantonistas con el cebo de la vida amplia y de la licencia completa: es el incorruptible. Es el campeón intransigente del derecho. «Soy el único, ó casi el único, que no se deja corromper; el único, ó casi el único, que no transige con la injusticia; y poseo estos dos méritos superiores en supremo grado. Algunos otros tienen tal vez buenas costumbres, pero combaten ó faltan á los principios; otros profesan de boca los principios, pero no tienen buenas costumbres. Nadie, sin costumbres tan puras, es tan fiel á los principios; nadie une un culto tan rígido de la verdad á una práctica tan exacta de la virtud; soy el único.» ¿Qué hay más dulce que este monólogo silencioso? Desde el primer día, se le oye á la sordina, en los mensajes de Robespierre al tercer estado de Arras; en el último día, se le oye á plena voz en su gran discurso en la Convención; durante todo el intervalo, en cada uno de sus escritos, arengas ó informes, se le oye en exordios, paréntesis y peroraciones, y á través de las frases como un rumor continuo. A fuerza de deleitarse con esto, no puede escuchar otra cosa, y he aquí precisamente que los ecos de afuera vienen á sostener con su acompañamiento la cantata interior que se canta á sí mismo. A fines de la Constituyente, con la retirada ó la eliminación de los hombres casi capaces y competentes, llega á ser uno de los tenores de nombre en la escena política, y decididamente, en los Jacobinos, el tenor en boga. «Unico émulo del romano Fabricio», le escribe la sucursal de Marsella; «inmortal defensor de los derechos del pueblo, le escribía la

jacobinería de Bourges. En la exposición de 1791 hay dos retratos de él, uno con esta inscripción: el *Incorruptible*. Represéntase en el teatro Molière una obra de circunstancias, en la que «él abruma á Rohan y Condé con su lógica y su virtud». A su paso por Bapamne, los patriotas del lugar, los guardias nacionales y las autoridades en corporación acuden á saludar al gran hombre. La ciudad de Arras se ilumina á su llegada. Al cerrarse la Constituyente, el pueblo le aclama en la calle; le han puesto en la cabeza una corona de roble, quieren tirar de su coche, le llevan en triunfo á la calle de San Honorato, á casa de Duplay, el ebanista que le alberga. Allí, en una de esas familias en que la semiburguesía confina con el pueblo, entre almas nuevas sobre las que las ideas generales y las tiradas oratorias tienen decisiva influencia, ha encontrado adoradores, beben sus palabras; han formado de él la opinión que él tiene de sí mismo; para todos los de la casa, marido, mujer é hijas, es el gran patriota, el sabio infalible; noche y día formula oráculos, aspira una nube de incienso, es un dios casero. Para llegar hasta él, los creyentes hacen cola en el patio; admitidos uno á uno en el salón, se recogen antes ante sus retratos al lápiz, á la acuarela, ante sus pequeños bustos de barro rojo ó gris; después, á una señal de su mano, percibida á través de la puerta vidriera, penetran en el santuario en donde impera, un gabinete reservado en donde su busto principal, rodeado de versos y divisas, le sustituye cuando está ausente. Sus fieles se prosternan ante él, y las mujeres más todavía que los hombres. El día en que, ante la Convención, pronuncia su apología, «los pasillos están llenos de mujeres...; hay setecientas ú ochocientas en las tribunas, y doscientos hombres á lo más»; y ¡con

qué transporte le aplauden! «Es un sacerdote que tiene sus devotos». En los Jacobinos le escuchan con sollozos de enternecimiento, «con gritos y trepidaciones que amenazan la solidez de la sala». A un espectador que permanece frío, le miran, murmurando; se ve obligado á esquivarse, como un hereje acusado en una capilla en los momentos del culto.

A medida que los rayos de la Revolución menudean sobre las otras cabezas, Robespierre sube más arriba en la gloria de su apoteosis. Le escriben que es «el fundador de la República, el genio incorruptible que ve todo, desenmascara todo, al que no se puede engañar ni seducir, que tiene la energía de un espartano y la elocuencia de un ateniense, que ampara á la República con la égida de su elocuencia, que llena al mundo con su fama, que regenera al género humano, que su nombre es y será venerado en todos los siglos presentes y futuros, que es el Mesías que el eterno ha prometido para reformar todas las cosas». «Una popularidad enorme, dice Billaud-Varennes, una popularidad que, fundada en la Constituyente, no hizo sino aumentar durante la Legislativa, y luego más todavía, de tal modo que, en la Convención nacional, fué pronto el único en el que se fijaron todas las miradas... Con semejante ascendiente sobre la opinión pública..., con esa preponderancia irresistible, cuando llegó al Comité de salud pública era ya el ser más importante de Francia.» Al cabo de tres años, un coro que él ha formado y dirigido, mil voces al unísono la repiten infatigablemente en letanía, en credo cristiano, el himno en tres versículos que él ha compuesto en su propio honor y que diariamente la recita en voz baja, á veces en voz alta: «Solamente Robespierre ha encontrado la forma ideal del ciudadano. Solamente Robespierre la llena exactamente, sin excesos ni lagunas. Solamente Robespierre es digno y capaz de guiar la Revolución.» A tal grado, la infatuación fría equivale á la fiebre caliente, y Robespierre llega á las ideas, casi á las visiones de Marat.

Desde luego, á sus propios ojos, es, como Marat, un hombre perseguido, y, como Marat, se hace el «mártir», pero en actitud más sabia y más digna, con el aire resignado, enternecido, de una víctima pura que se ofrece y sube al cielo legando á los hombres el recuerdo imborrable de sus virtudes. «Yo concito contra mí todos los amores propios, aguzo mil puñales, me entrego á todos los odios... Estoy seguro de pagar con mi cabeza las verdades que acabo de decir, he hecho el sacrificio de mi vida, recibiré la muerte casi como un bien.» «El cielo me llama tal vez á trazar con mi sangre el camino que deba conducir á mi país á la dicha y la libertad; acepto con transporte este dulce y glorioso destino.» «No para vivir se declara la guerra á todos los tiranos, y, lo que es más peligroso todavía, á todos los malos... Cuanto más se apresuran por terminar mi carrera en la tierra, tanto más quiero yo apresurarme á llenarla de acciones útiles para la felicidad de mis semejantes.» «Todos los perversos me ultrajan; las acciones más indiferentes, las más legítimas en otros, son crímenes en mí. En cuanto me conoce un hombre le calumnian. Perdónase á otros sus fortunas; se hace un delito de mi celo. Quitadme mi conciencia, soy el más desgraciado de los hombres. Ni siquiera gozo de los derechos de ciudadano; ni siquiera me está permitido cumplir con los deberes de representante del pueblo... En cuanto á mí, si mi existencia parece á los enemigos de su país un obstáculo para sus odiosos proyectos, consiento en el sacrificio, si su espan-

toso imperio ha de durar todavía... Que corran al cadalso por el camino del crimen, y no por el de la virtud... Que me preparen la cicuta; la esperaré en estos asientos sagrados; legaré al menos á mi patria el ejemplo de un constante amor hacia ella, y á los enemigos de la humanidad el oprobio de mi muerte.»

Naturalmente, y siempre como Marat, no ve á su alrededor sino «perversos, intrigantes, traidores». Naturalmente, en él, como en Marat, el sentido común está pervertido, y, como Marat, cree en la primera impresión: «yo no necesito reflexionar, decía á Garat, siempre me atengo á mis primeras impresiones». Para él «las sospechas son las mejores razones», y contra sus sospechas nada prevalece, ni siquiera la evidencia palpable; el 4 de Septiembre de 1792, en una conversación íntima con Petión, apremiado á preguntas, concluye por decir: «Pues bien; creo que Brissot está en Brunswick.» Naturalmente, en fin, se forja, como Marat, novelas negras, pero menos improvisadas, de un absurdo menos grosero, más lentamente elaboradas y más industriosamente conservadas en su cerebro de razonador y de policíaco. «Evidentemente, dice á Garat, los girondinos conspiran.

»¿Y en dónde conspiran?

»En todas partes: en París, en toda Francia, en toda Europa. En París, Gensonné conspira en el barrio de San Antonio, yendo de tienda en tienda á decir á los tenderos que nosotros, los patriotas, queremos robar sus establecimientos. La Gironda tiene, desde hace tiempo, formado el proyecto de separarse de Francia para unirse á Inglaterra, y los jefes de su diputación son los autores de ese plan que quieren realizar á toda costa. Gensonné no lo oculta; dice á quien quiera oirle que no son los representantes de la nación, sino los plenipotenciarios de Gironda. Brissot conspira en su periódico que es un llamamiento á la guerra civil; se sabe que ha ido á Inglaterra, y se sabe por qué ha ido; no ignoramos sus relaciones intimas con el ministro de Estado, con ese Lebrun, que es de Lieja y hechura de la casa de Austria. El mejor amigo de Brissot es Clavière, y Clavière ha conspirado en todas partes. Rabaut, traidor, como protestante y filósofo que es, no ha tenido la habilidad de ocultarnos su correspondencia con el cortesano y traidor Montesquieu; hace seis meses que trabajan juntos para abrir Saboya y Francia á los piamonteses. Servan no ha sido nombrado general del ejército de los Pirineos sino para entregar las llaves de Francia á los españoles.» «¿No tiene usted duda alguna sobre lo que acaba de decir?» «*Ninguna*.»

Terrible seguridad, igual á la de Marat y de peor efecto; porque la lista de los conspiradores es en Robespierre más larga que en Marat. Política y social en el espíritu de Marat, no comprende más que á los aristócratas y á los ricos; teológica y moral en el espíritu de Robespierre, comprende, por añadidura, á los ateos y á la gente maleante, es decir, á casi todo su partido.

Es un Marat de temperamento tímido, contenido, hecho para la enseñanza y la abogacía, no para la iniciativa y el gobierno, que obra á su pesar, y que quiere ser el papa y no el dictador de la Revolución. Según él, no ha intervenido para nada en las jornadas de Septiembre. «Antes de que ocurrieran esos sucesos, había dejado de frecuentar el Consejo general... No iba allí.» No se le encargó de comisión alguna, porque no tenía influencia; no provocó la prisión y muerte de los girondinos. Unicamente se ha limitado á hablar

«con franqueza de algunos miembros de la comisión de los veintiuno»; en su calidad de «magistrado y en una asamblea municipal, ¿no estaba en el caso de explicarse libremente sobre los autores de una trama peligrosa?» Por lo demás, la comuna, «lejos de provocar los acontecimientos del 2 de Septiembre, hizo cuanto pudo para impedirlos». En fin, no ha perecido más que un inocente. «Esto es mucho sin duda. Ciudadanos, llorad este cruel error; lo hemos llorado mucho tiempo; pero que vuestro dolor tenga su término, como todas las cosas humanas.» Cuando el pueblo soberano, recobrando los poderes que ha delegado, ejerce su derecho, no nos queda más que inclinarnos. Además, es justo, sabio y bueno; «en todo lo que ha hecho..., todo es virtud y verdad, nada puede ser exceso, error ó crimen». A él le incumbe intervención, cuando sus verdaderos representantes están embarazados por la ley. «Que se reúna en sus secciones y venga á obligarnos á encarcelar á los diputados infieles.» Nada más lícito que semejante moción, y he aquí toda la parte que Robespierre tomó en 31 de Mayo. Es demasiado escrupuloso para hacer ú ordenar un acto ilegal; esto es bueno para los Danton, los Marat, para los hombres de moral relajada ó de cerebro caldeado; en cuanto á él no ha hecho más que ejecutar los decretos de la Convención, y la Convención siempre es libre. ¡Dictador él! El no es más que un diputado entre otros setecientos, y su autoridad, si la tiene, no es más que el ascendiente legítimo de la razón y de la virtud. ¡Homicida él! Si ha denunciado á unos conspiradores, la Convención es la que los ha llevado ante el Tribunal revolucionario, y el Tribunal revolucionario es el que los ha sentenciado. ¡Terrorista él! Si quiere simplificar el procedimiento, es para apresurar la absolución

de los inocentes, el castigo de los culpables y la depuración definitiva que pondrá para siempre á la orden del día la libertad y las buenas costumbres. Todo esto llega casi á creerlo antes de decirlo, y todo esto, después de que lo ha dicho, lo cree.

Cuando la naturaleza y la historia se conciertan para componer un personaje, lo consiguen mejor que la imaginación humana. Ni Molière, en su *Tartufo*, ni Shakespeare, en su *Ricardo III*, se han atrevido á sacar á escena al hipócrita convencido de su autoridad y al Caín que se cree Abel. Hele aquí en un escenario colosal, en presencia de cien mil espectadores, el 8 de Junio de 1794, en el día más hermoso de su gloria, en esa fiesta del Ser Supremo, que es el triunfo resonante de su doctrina y la consagración oficial de su pontificado. Hay en él dos personajes, como en la Revolución que representa: el uno, aparente, manifestado, externo; el otro, disimulado, íntimo, y el segundo recubierto por el primero. El primero, todo ostentación, forzado por el cerebro razonante, es tan ficticio como la farsa solemne que se desarrolla en torno suyo. Con arreglo al programa de David, el pueblo de comparsas, que desfila ante una montaña alegórica, hace los gestos indicados, lanza los gritos mandados bajo las miradas de Henriot y sus gendarmes, y á la hora dicha, experimenta las emociones prescritas. A las cinco de la mañana «amigos, hermanos, esposos, padres, hijos, se abrazan... El anciano, con los ojos humedecidos por las lágrimas de alegría, siente rejuvenecerse su alma». A las dos, en los estrados de césped de la santa Montaña, «todo se conmueve, todo se agita; aquí las madres estrechan á los hijos que amamantan; allí, cogiendo á sus hijos varones menores, los presentan en homenaje al Autor de la naturaleza; en el mismo

instante, y simultáneamente, los hijos mayores, llenos de ardor guerrero, levantan sus espadas y las ponen en manos de sus ancianos padres. Compartiendo el entusiasmo de sus hijos, los ancianos les abrazan y les echan la bendición paterna... Todos los hombres esparcidos por el Campo de la Reunión repetirán á coro el primer estribillo... Todas las mujeres esparcidas por el Campo de la Reunión repetirán á coro el segundo estribillo... Todos los franceses confundirán sus sentimientos en un abrazo fraternal». Un idilio llevado con batuta ante los símbolos morales y ante divinidades de cartón pintado, ¡nada más bello para el moralista de relumbrón, que no ha distinguido nunca lo falso de lo verdadero y cuya sensibilidad á flor de piel está tomada de los escritores públicos! «Por primera vez» su rostro irradia de alegría, y el entusiasmo del escritor se manifiesta, como siempre, en frases de libro: «He aquí la más interesante pasión de la comunidad. El universo está aquí reunido. ¡Oh naturaleza, qué sublime y delicioso es tu poder! ¡Cómo deben de palidecer los tiranos ante la idea de esta fiesta!» ¿No es él acaso el mejor ornamento de ella? ¿No ha sido elegido por unanimidad para presidir la Convención y dirigir la ceremonia? ¿No es el fundador del nuevo culto, del único culto puro que la moral y la razón pueden confesar en la tierra?

Con traje de gala de representante, pantalón de nankin, casaca azul, cinturón tricolor, sombrero de plumas, llevando en una mano un ramo de espigas y flores, va delante, al frente de la Convención, y oficia en el estrado: prende fuego al velo del ídolo que representa al Ateísmo, y en su lugar, de repente, por un mecanismo ingenioso, hace que aparezca la augusta estatua de la Sabiduría. Entonces habla, habla exhortando, apostrofando, predicando, elevando su alma al Ser supremo, ¡y con qué combinaciones oratorias! ¡Con qué desarrollo académico de párrafos efectistas! ¡Con qué estudiado equilibrio del adjetivo y el sustantivo! De aquellos períodos trenzados como para una distribución de premios ó para una oración fúnebre, de todas aquellas flores marchitas, se exhala un aroma de sacristía y de colegio; lo aspira con gusto, se embriaga con él. Sin duda, en aquel momento, está de buena fe, se admira sin vacilación y sin reserva; es á sus propios ojos, no solamente un gran escritor y un gran orador, sino también un gran hombre de Estado, un gran ciudadano: su conciencia artificial y teológica no le tributa sino elogios. Pero esperad un instante. Tras él se han manifestado la impaciencia y la antipatía: Lecointre le ha retado cara á cara; murmullos, injurias, y, lo que es peor, sarcasmos han llegado á sus oídos. ¡En semejante día y en tal lugar! ¡Contra el pontífice de la verdad, contra el apóstol de la virtud! ¿Cómo se han atrevido los incrédulos? Silencioso, lívido, se traga su rabia, y, perdiendo el equilibrio, se precipita, con los ojos cerrados, por el camino del homicidio; cueste lo que cueste, los incrédulos perecerán enseguida. Para ir más deprisa hay que escamotear sus cabezas, y como en el Comité de Salud pública, hasta aquel momento, todo se ha hecho en confianza», sólo con Couthon, sin advertir á sus colegas, redacta, lleva y hace que vote la Convención la terrible ley de pradial que pone á discreción todas las vidas.

En su apresuramiento cauteloso y torpe, ha pedido demasiado; reflexionando, cada cual teme por sí; se ve obligado á retroceder, á decir que se ha comprendido mal, á admitir una excepción para los representantes, por lo tanto, á envainar el cuchillo que ponía

ya en la garganta de sus adversarios. Pero no los ha soltado, los acecha, y, simulando la retirada, afectando renunciar, metido en su rincón, espera á que se desacrediten para saltar sobre ellos por segunda vez. No tardará, porque la máquina de exterminio que instaló el 22 pradial permanece en sus manos, y es preciso que funcione entre sus manos con arreglo á la estructura que él la ha dado, es decir, con vueltas aceleradas, casi al azar: para ellos lo odioso de la matanza en grande y á ciegas; él no solamente no se opone á ello, sino que, simulando abstenerse, lo empuja. Encerrado en su oficina particular de policía secreta, ordena prisiones, lanza á Hermann, su principal sabueso; prende por sí mismo, fabrica las grandes hornadas de la guillotina, á fin de «purgar y desembarazar las cárceles en un instante». «No soy yo, dirá más adelante; desde hace más de seis semanas, la imposibilidad de hacer el bien y contener el mal me ha obligado á abandonar en absoluto mis funciones de miembro del Comité de Salud pública.» Perder á sus adversarios con los crímenes que uno comete, con los que se les hace cometer y con los que se les imputa, con la misma pincelada blanquearse uno y ennegrecer á los otros, ¡qué voluptuosidad! Si hay momentos en que, en voz baja, la conciencia natural trata de murmurar, la conciencia adquirida y superpuesta interviene al punto para imponerle silencio y para disimular su rencor privado bajo pretextos públicos; después de todo, las personas guillotinadas eran aristócratas, y las que se han de guillotinar, inmorales; así, pues, el medio es bueno y el fin mejor; usando del medio como persiguiendo el fin, se ejerce un sacerdocio.

Tal es lo externo de la Revolución: una máscara especiosa; y tal es lo interno de la Revolución: una faz

hedionda; bajo el reinado nominal de una teoría humanitaria cuéntase la dictadura afectiva de pasiones malas y bajas; en su verdadero representante, como en sí misma, se ve la ferocidad á través de la filantropía, y del leguleyo salir el verdugo.

CAPITULO II

Los gobernantes.—I. La Convención.—El Llano.—La Montaña.—Rebajamiento de las almas.—Farsas que sufre la Convención.—II. Farsas que ejecuta.—Su servidumbre y su servilismo.—Su parte en los númenes.—III. El Comité de Salud pública.—Los hombres de negocios.—Carnot, Prieur de la Côte d'Or, Jeanbon-Saint-André.—Roberto Lindet.—IV. Los hombres de Estado.—Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, Robespierre, Couthon y Saint-Just.—En qué condiciones reinan.—Sus peligros.—Sus disensiones.—Presión del miedo y de la teoría.—V. Sus órganos oficiales.—Informes de Saint-Just y de Barere.—Calidad de los informadores y de los informes.—VI. Los representantes en misión.—Su omnipotencia.—Sus peligros y su terror.—Efecto de esta situación.—VII. La erupción de los instintos brutales.—Duquesnoy en Metz.—Dumont en Amiens.—Los borrachos.—Cusset, Baurbothe, Monestier, Bourdon de l'Oise, Dartigoazte.—VIII. La proximidad de la locura.—La pérdida del sentido común.—Fabre, Gaston, Guiter en el ejército de los Pirineos orientales.—Baudot, Lebas, Saint-Just, sus antecesores y sus sucesores en el ejército del Rhin.—La sobrexcitación furiosa.—Lebon en Arras y Carrier en Nantes.—IX. El progreso de los vicios.—La vanidad y la necesidad de gozar.—Collot d'Herbois, Isabeau, Tallien.—Los ladrones.—Tallien, Javogues, Rovere, Fouche.—Dos clases de crueldad.—La necesidad de probar la fuerza.—Saint-Just en el Paso de Calais y en Alsacia.—Collot d'Herbois en Lyon.—Presión de los representantes sobre los tribunales.—El placer de ver sufrir y morir.—Monestier, Fouche, Collot d'Herbois, Lebon y Carrier.

Sigamos al nuevo gobierno desde su primera fuente hasta sus últimas derivaciones, y tratemos de ver en funciones á los organismos y á sus individuos, por cuya

mediación se ejerce, asambleas, comités, delegados, administraciones y subordinados de toda especie. Como un hierro candente aplicado sobre carne viva, la situación imprime en sus frentes sus dos estigmas con profundidades y coloridos diversos; en vano tratan de cubrirlos: bajo las coronas que se otorgan y bajo los títulos con que se engalanan, se ve aparecer la marca del esclavo ó la señal del tirano.

I

En las Tullerías, en el salón del teatro, convertido en sala de sesiones, se sienta la Convención omnipotente; todos los días, con soberbio aparato, delibera; sus decretos, acogidos con ciega obediencia, espantan á Francia y trastornan á Europa. De lejos, su majestad es formidable, más augusta que la del Senado republicano de Roma. De cerca es otra cosa: sus soberanos indiscutibles son siervos que viven entre angustias, y con razón sobrada; porque en ninguna parte, ni aun en la cárcel, se está más coaccionado y menos seguro que en aquellos bancos. A partir de Junio de 1793, su recinto inviolable, el gran depósito oficial del que se deriva toda autoridad legal, se ha convertido en una especie de vivero en donde la red revolucionaria se sumerge á golpe seguro para sacar peces selectos, uno á uno ó por docenas, algunas veces en montón; primeramente los sesenta y siete diputados girondinos, ejecutados ó proscritos; después, los setenta y tres miembros de la derecha, arrebatados un día y metidos en la Force; luego jacobinos de nota: Ossalin, arrestado el 19 brumario; Basire, Chabot y Delaunay, procesados el 24 brumario; Fabre de Eglantine, detenido el 24

nivoso; Bernard, guillotinado el 3 pluvioso; Anacarsis Clootz, guillotinado el 4 germinal; Herault de Sechelles, Lacroix, Philippeaux, Camilo Desmoulins, Danton, guillotinados con otros cuatro el 10 germinal; Simond, guillotinado el 24 germinal; Osselin, guillotinado el 28 mesidor. Como es natural, los que quedan están advertidos y tienen cuidado. Al abrirse la sesión se les ve entrar en la sala con aire inquieto, «llenos de desconfianza», como animales á los que se empuja á un recinto y sospechan un lazo. «Cada cual, escribe un testigo, observa sus actos y sus palabras por temor de incurrir en falta; en efecto, nada era indiferente, el puesto en que se sentaban, una mirada, un gesto, un murmullo, una sonrisa.» Por esto, instintivamente, el rebaño se inclina hacia el lado más protegido, hacia la izquierda. «Todo afluía hacia la cumbre de la Montaña; el lado derecho estaba casi desierto... Varios no se fijaban en ninguna parte, y durante la sesión cambiaban frecuentemente de sitio, creyendo así engañar al espía y no ponerse mal con nadie. Los más prudentes no se sentaban nunca; permanecían fuera de los bancos, al pie de la tribuna, y en los momentos ruidosos se deslizaban furtivamente fuera de la sala.» La mayoría se refugia en sus comisiones; cada cual trata de hacerse olvidar, de permanecer invisible. Durante los cuatro meses que siguen al 2 de Junio, la Convención está en su mitad ó en sus tres cuartas partes vacía; la elección de presidente no reúne doscientos cincuenta votantes; no hay más que doscientos votos, cien votos, cincuenta votos para nombrar el Comité de Seguridad general; no hay más que cincuenta votantes para nombrar los jueces del tribunal revolucionario; hay menos de diez votos para nombrar á sus suplentes; no hay votante alguno para adoptar el decreto de acusación contra el diputado Dulaure. Ningún miembro se levanta en pro ni en contra; no hay votación»; sin embargo, el presidente declara que el decreto queda aprobado, y «el Pantano deja hacer». «Ranas de Charca», así los llamaban cuando, desde el centro, *croaban* contra la Montaña; ahora son todavía cuatrocientas cincuenta y tres veces más numerosos que los montañeses; pero deliberadamente se callan. Mas aunque se borran, aunque consientan todo sin pedir otra cosa que la vida, comprenden que ésta pende de un hilo. El más mudo de todos, Sieyes, denunciado en los jacobinos, no se libra sino merced á la protección de su zapatero, que se levanta y dice: «Conozco á ese Sieyes, no se ocupa para nada de política, siempre está con sus libros; yo le calzo y respondo de él.»

Por de contado, antes del 9 termidor, ninguno de ellos abrirá la boca; solamente los montañeses hablan, y siempre con arreglo á la consigna. Si Legendre, el admirador, el discípulo, el confidente íntimo de Danton, se atreve una vez á intervenir á propósito del decreto que envía á su amigo al cadalso, y pedir que Danton sea previamente oído, es para retractarse al punto; aquella misma noche, para mayor seguridad, declara en los Jacobinos «que se atiene á la sentencia del tribunal revolucionario», y para denunciar «á quien quisiera impedir la ejecución del derecho». ¿Acaso no le ha enseñado la lección el mismo Robespierre? ¡Nada más bello, ha dicho el gran moralista, nada más sublime que una asamblea que se purga á sí misma! Así, pues, la red que ha cogido ya tantas presas palpitantes no cesa en su trabajo, y ahora pesca en la izquierda lo mismo que en la derecha, y preferentemente en los bancos más altos de la Monta-

ña. Algún tiempo antes del 9 termidor, David, uno de los fieles de Robespierre, decía: «¿Quedaremos veinte de la Montaña?» Por entonces también, Legendre, Thuriot, Leonardo Bourdon, Tallien, Bourdon de l'Oise, y otros, tenían cada cual, y durante todo el día, un espía tras sí; treinta diputados van á ser proscritos, y se dicen los nombres al oído; con lo cual, otros sesenta no se acuestan, convencidos de que á la mañana siguiente irán á prenderlos en sus camas.

Con este régimen, prolongado durante meses, las almas se debilitan y se degradan. «Todo se empequeñecía para pasar bajo el yugo popular. Todo se hacía pueblo. Se abjuraba de los trajes, de los modales finos, de la elegancia, de la limpieza, de las comodidades de la vida, de la cortesía.» Visten mal y profieren palabrotas; tratan de parecerse á los montañeses descamisados que «juran y van vestidos como gentes de puerto», á Armonville, el cardador, que asiste á las sesiones con gorro de lana, á Cusset, el obrero, que está siempre borracho. Hay que ser Robespierre para permitirse una indumentaria cuidada; en los otros que no tienen su ascendiente, en los semisospechosos, ese resto del antiguo régimen sería peligroso. En la sesión, sobre todo, importa confundirse con la multitud, no hacerse notar por los ganapanes avinados de las tribunas. Hasta hay que gritar como ellos, figurar en sus farsas. Durante catorce meses, las diputaciones de las Sociedades populares acuden á recitar esas soflamas extravagantes ó vacías, y la Convención se ve obligada á aplaudir. Durante nueve meses, versificadores de plazuela y poetas de café acuden á las sesiones á cantar canciones de circunstancias, y la Convención se ve obligada á hacer coro. Durante seis semanas, los profanadores de iglesias andan á representar en la sala

sus payasadas, y la Convención se ve obligada, no solamente á tolerarlas, sino también á desempeñar en ellas un papel. Jamás en la Roma imperial, ni aun con Nerón y Heliogábalo, se degradó tanto un senado.

II

Mirad una de sus representaciones, la del 20, del 22 ó del 30 brumario; la mascarada se repite, y varias veces por semana, uniformemente, casi sin variaciones.

Una procesión de mujeres perdidas y de amigos de ellas llega á la puerta de la sala; están todavía «borrachos del aguardiente que han bebido en los cálices, después de haber comido macarrones asados en las patenas. Montados en asnos á los que han puesto casullas y á los que guían con estolas, se han ido parando delante de todas las tabernas, tendiendo un copón; el tabernero lo ha llenado de vino, y en cada estación han bebido tres veces, parodiando la misa, que dicen así en la calle, á su manera. Hecho esto, se han puesto las capas, las casullas, las dalmáticas y desfilan por la Convención. Varios llevan en angarillas ó cestos los candelabros, los cálices, las patenas de oro y plata, los relicarios; otros ostentan los estandartes, las cruces y los otros despojos eclesiásticos, mientras tanto la música toca la Carmañola. De pronto, todos arrojan sus disfraces; mitras, estolas, casullas vuelan por el aire, y dejan aparecer á los defensores de la patria vestidos con el uniforme nacional». Risas, clamores, entusiasmo; los más animados piden que se baile la Carmañola, la Convención accede y hasta hay dipu-

tados que toman parte en el baile con aquellas mujeres. Para remate, la Convención decreta que asistirá por la noche á la fiesta de la Razón, y lo hace en corporación. Detrás de la actriz de falda corta y gorro frigio que representa á la Libertad ó á la Razón, van los diputados, también con gorro frigio, riendo y cantando hasta un nuevo templo: es un templo de madera y cartón que se ha construído en el coro de Nuestra Señora. Se sientan en primera fila, y la Diosa, una antigua concurrente á las cenas del príncipe de Soubise, despliega ante ellos sus gracias de ópera. Se entona el himno á la libertad y, como por decreto, la Convención está obligada á cantarlo, supongo fundadamente que lo canta. Después se baila; por desgracia faltan los textos para decidir si la Convención bailó. Por lo menos asiste al baile y consagra con su presencia una orgía de especie única. «En la nave principal, los bailarines, casi sin pantalones, con el cuello y el pecho al aire, patean rugiendo la Carmañola. En las capillas las prostitutas, dando agudos gritos, establecen su lupanar. Encanallarse así, fraternizar con borrachos y perdidas, sufrir sus abrazos y sus eructos, es cosa dura hasta para los diputados dóciles. Más de la mitad se ha quedado en su casa, y no quiere ya ir á la Convención». Pero la Montaña los envía á buscar y el portero los trae: es preciso que cooperen, con su presencia y sus felicitaciones, á las profanaciones y apostasías que siguen; es preciso que aprueben y decreten lo que les horroriza, no solamente las tonterías y las locuras, sino los crímenes, el asesinato de inocentes, la muerte de sus amigos. Todo esto, lo hacen. «Por unanimidad y entre los más vivos aplausos», la izquierda, unida á la derecha, envía al cadalso á Danton, su jefe natural, el gran promotor y conductor de

la Revolución. «Por unanimidad y entre los más vivos aplausos», la derecha, unida á la izquierda, vota los peores decretos del gobierno revolucionario. «Por unanimidad», con gritos de admiración y de entusiasmo, con testimonios de simpatía apasionada por Collot d'Herbois, por Couthon y por Robespierre, la Convención, mediante reelecciones espontáneas y multiplicadas, mantiene en su puesto al gobierno homicida al que el Llano detesta, porque es homicida, y al que la Montaña detesta porque la diezma. Llano y Montaña, á fuerza de terror la mayoría y la minoría concluyen por consentir en su propio suicidio: el 22 pradial, toda la Convención ha tendido el cuello; el 8 thermidor, durante el primer cuarto de hora que siguió al discurso de Robespierre, lo ha vuelto á tender, y probablemente se dejaría degollar, si los cinco ó seis hombres designados ó nombrados por Robespierre, Bourdon de l'Oise, Vadier, Cambon, Billand, Panis, impulsados por el instinto animal de la conservación, no alzarán el brazo para detener el cuchillo. Unicamente el peligro apremiante, personal y mortal es lo que puede, en esas almas rebajadas, por un miedo mayor, sobreponerse á la inveterada costumbre del miedo. Más adelante, cuando se preguntó á Sieyes lo que había hecho en aquel tiempo, contestó: «Vivir». Efectivamente, él y los otros están reducidos á eso, y lo obtienen á toda costa; ¡á qué precio! Las notas secretas, todavía impregnadas de sus repugnancias diarias, sus apuntes íntimos lo dicen... «En el comité del 20 de Marzo, Paillasse, medio borracho, disertando sobre el plan de la guerra y examinando al ministro con interrogaciones y censuras. El desdichado ministro, sustrayéndose á las preguntas con una respuesta de café y el historial de las campañas. ¡Esos son los hombres

encargados de dirigir los asuntos y salvar la República! H..., en su distracción, tenía el aspecto de un granuja feliz que sonreía á la granujería de sus pensamientos.

Recit irrevocabile vulgus... Jusque datum sceleri.»—«¿Os calláis?»—«¿qué importa mi vaso de vino en este desbordamiento?» Sea, pero no ha hecho más que callarse, abstenerse. Ha votado, legislado, decretado, con la Convención unánime; ha colaborado no solamente con su presencia pasiva, sino también con su activa parte alícuota, en los actos del gobierno que ha elegido y entronizado, reelegido doce veces, aclamado cada semana, adulado todos los días, ayudado y autorizado hasta el fin en la obra de espoliación y de matanza. «Todo el mundo es culpable aquí, decía Carrier en la Convención, hasta la campanilla del presidente.» En vano han de repetirse que estaban obligados á obedecer, y bajo pena de muerte; al más puro de ellos, si todavía tiene conciencia, su conciencia le replica: «Tú también, á pesar tuyo, lo admito, menos que los otros, lo reconozco, has sido un terrorista, es decir, un bandido y un asesino.»

III

Cuando un hombre se hace esclavo, decía Homero, los dioses le quitan la mitad de su alma; lo mismo ocurre cuando un hombre se hace tirano. En el pabellón de Flora, al lado y encima de la Convención caída en la servidumbre, los doce reyes que se ha dado se reunen dos veces al día, y la manejan lo mismo que á Francia. Por supuesto que para ocupar ese cargo han dado garantías; no hay uno que no sea revolucionario

antiguo, regicida impenitente, fanático por esencia y déspota por principios; pero el espumoso vino de la omnipotencia no les ha embriagado á todos hasta el mismo grado. Tres ó cuatro, Roberto Lindet, Jeanbon Saint-André, Prieur de la Côte-d'Or y Carnot, se acantonan cada uno en un oficio útil y secundario; esto basta para preservarlos á medias. Hombres especialistas y encargados de un servicio necesario, quieren desde luego que este servicio se cumpla; por esto subordinan todo lo demás, incluso las exigencias de la teoría y los gritos de las calles. Ante todo se trata, para Lindet, de alimentar á los departamentos que no tienen trigo y á las ciudades que van á carecer de pan; para Prieur, de fabricar y enviar galletas, aguardiente, trajes, zapatos, pólvora y armas; para Jeanbon, de equipar barcos y disciplinar tripulaciones; para Carnot, de hacer planes de campaña y dirigir movimientos de ejércitos: tantos sacos de granos que suministrar para la quincena siguiente á tal población y que tomar de tales distritos; tantas raciones que confeccionar en la semana y que mandar en el mes á tal lugar de la frontera; tantos pescadores que transformar en artilleros ó gabieros y tantos barcos que poner á flote en el trimestre; tanta caballería, infantería, artillería que hacer marchar por tales caminos para llegar tal día á tal vado ó cual desfiladero, he aquí combinaciones precisas que purgan al espíritu de frases dogmáticas, que echan á segundo término la jerga revolucionaria, que mantienen á un hombre en el buen sentido y en la razón práctica; tanto más cuanto que tres de ellos, Jeanbon, ex capitán de la marina mercante, Prieur y Carnot, oficiales de ingenieros, son gentes del oficio y acuden al lugar para poner ellos mismos manos á la obra. Jeanbon, siem-

pre en misión por las costas, embarca en un navío de la flota que sale de Brest para salvar el gran convoy de América; Carnot, en Watignies, impone á Jourdan la maniobra decisiva, y, con el fusil en la mano, marcha con las columnas de asalto. Naturalmente, no tienen tiempo para ir á charlar á los Jacobinos ó intrigar en la Convención; Carnot vive en el Comité y en sus oficinas; no puede ir á comer con su mujer, toma un panecillo y una jarra de limonada, y trabaja dieciséis y dieciocho horas al día; Lindet, sobrecargado más que nadie, porque el hambre no espera, lee por sí todos los informes y pasa en ello los días y las noches; Jeanbon, con un pedazo de pan y un vaso de cerveza, escribe y dicta, hasta que, faltándole las fuerzas, se echa para dormir en un colchón puesto en el suelo. Naturalmente también, cuando les perturban y les rompen en sus manos sus instrumentos, no se ponen contentos; saben demasiado bien el valor de un buen instrumento, y para el servicio tal como lo entienden, se necesitan instrumentos eficaces, empleados competentes y laboriosos, asiduos á la oficina, no al club. Cuando un subordinado es de esta clase son leales con él, lo defienden, á veces con peligro de su propia vida, hasta incurrir en la enemistad de Robespierre. Cambon, que en su comité de Hacienda es también una especie de soberano, conserva en la Tesorería á cinco ó seis empleados que no han podido obtener su certificado de civismo, y á quienes los jacobinos denuncian incesantemente por seguir en sus puestos. Carnot salva y emplea á ingenieros eminentes, d'Arçon, Montalambert, Obentrain, todos nobles, varios antijacobinos, sin contar á muchos oficiales acusados á los que justifica, reintegra ó mantiene en sus puestos.

Con estos actos de valor y de humanidad, se alivian

de sus escrúpulos, á lo menos provisionalmente; además no son hombres de Estado sino por ocasión y fuerza mayor, más bien conducidos que conductores, terroristas de circunstancias y por necesidad más bien que por instinto y sistema. Si, de concierto con los otros diez, Prieur y Carnot ordenan el robo y el asesinato en grande, si firman á centenares órdenes que son asesinatos, es porque forman un organismo. Cuando todo el Comité delibera, están obligados, en cuanto á las resoluciones importantes, á someterse á la opinión de la mayoría, después de haber votado en contra. En cuanto á los derechos secundarios, cuando no ha habido deliberación común y previa, el único miembro responsable es el primer firmante; las firmas de los demás no son sino una «formalidad exigida por la ley». Y, en fin, ¿acaso la voluntad general, por lo menos la voluntad aparente, la única en que un gobierno puede apoyarse, no es ultrarevolucionaria?» En otros términos: ¿es que, en un Estado, cinco ó seis granujas que griten no deben ser escuchados mejor que cien personas honradas que se callan? Con este sofisma, por grosero que sea, pero de pura cepa jacobina, Carnot concluye por cegar su honor y su conciencia; intacto, por lo demás, y mucho más que sus colegas, sufre también su mutilación moral y mental; bajo el prestigio de su doctrina, logró decapitar en él á las dos mejores facultades humanas, la más útil, que es el sentido común, y la más elevada, que es el sentido moral.



IV

Si tal es el estrago en su alma recta, firme y sana, ¡cuál no será en los corazones corrompidos ó débiles, en los que predominan los malos instintos! Y nótese que no tienen el preservativo de Carnot y de los hombres de negocios. Se les llama «hombres de gobierno, revolucionarios propiamente dichos», y efectivamente ellos son los que tienen la dirección del conjunto. Son los constructores, los reguladores, los jefes reconocidos, sobre todo Billaud y Robespierre, que no sueltan un instante el motor central; el primero, político activo, encargado, con Collot, de hacer marchar á las autoridades constituídas; el segundo, teólogo, moralista, encargado de regentar la Convención; tras él, Couthon, su lugarteniente; Saint-Just, su discípulo; en medio de ellos, Barere, portavoz del Comité, simple instrumento, pero indispensable; bajo ellos, el Comité de Seguridad general, Voutrier, Arnard, Vaulland, Guffroy, Panis y otros.

Todos estos reinan, pero mirad en qué condiciones: «No reclame», decía Barere al autor de una ópera que acababa de ser suspendida: «en los tiempos que corren, no hay que llamar la atención. ¿No estamos todos al pie de la guillotina, *todos, empezando por mí?*» «No estábamos seguros, dice Prieur, de que á la hora siguiente nos encontrásemos ante el Tribunal revolucionario, para ir desde allí al cadalso.» Son súbditos tanto como déspotas. A la mesa del Comité, durante sus largas sesiones nocturnas, se sienta con ellos su soberana, una figura formidable, la Idea revolucionaria que les confiere el poder de matar, á condición de ejercerlo contra todos, incluso contra ellos mismos. «Hay que matar á los contrarrevolucionarios», y con este nombre están comprendidos todos los que, por acción, palabra ó sentimiento íntimo, por arrebato ó flojedad, por humanidad ó moderación, por egoísmo ó negligencia, por inercia, neutralidad ó indiferencia, no sirven ó sirven mal á la Revolución. De esta suerte, para que cualquiera de los reyes del día pase del Almanaque nacional á la lista mortuoria, basta con una inteligencia entre sus colegas. Ante semejante pensamiento, los once, sentados en torno de la mesa, se interrogan con la mirada, estremecidos. Se han oído palabras que no se olvidan. Varias veces Carnot ha dicho á Saint-Just: «Tú y Robespierre aspiráis á la dictadura.» Robespierre ha dicho á Carnot: «Te espero á la primera derrota.» Otro día Robespierre, enfurecido, ha gritado que «el Comité conspiraba contra él» y, volviéndose hacia Billand, ha exclamado: «¡Ya te he conocido!» Billand ha contestado: «También yo te conozco como un antirrevolucionario.» Así, pues, en el mismo Comité hay antirrevolucionarios y conspiradores; ¿cómo hacer para evitar este nombre, que es una sentencia de muerte? Silenciosamente, la figura fatal que impera en medio de ellos, la Erynnia, por la que reinan, ha emitido su oráculo, y todos los corazones lo oyen: «Serán conspiradores y antirrevolucionarios aquellos de vosotros que no quieran ser verdugos.»

V

Marchan así durante doce meses, impulsados por la teoría y por el miedo, á través del lago rojo que hacen y que de día en día es más profundo, juntos y solidarios, no atreviéndose á separarse del grupo, cada uno de ellos salpicado por la sangre que los pies del otro le echan al rostro. Muy pronto su vista se enturbia; ya no se guían, y la degradación de su palabra muestra el estupor de su pensamiento. Cuando un gobierno aporta y vomita en la tribuna decretos graves, comparece ante la nación, ante Europa y ante la Historia; si cuida de su propio honor, elige informadores que no sean indignos y les encarga que justifiquen en lo que puedan sus argumentos, deliberado y adoptado por el Consejo entero, el informe debe dar la medida de su capacidad y de su buen sentido. Léanse los informes presentados en nombre del Comité; pesad los considerandos, notad el tono, escuchad á los dos ponentes habituales: Saint-Just, que redacta los decretcs de proscripción particular ó general; Barere, que lo redacta todo indiferentemente, pero sobre todo, los anuncios militares y los decretos contra el extranjero; nunca ha habido personajes que, dirigiéndose á Francia y á la posteridad, hayan desvariado y mentido tanto.

El primero, rígido, encorbatado, ostentando su cabeza «como una custodia», más didáctico y más absoluto que el mismo Robespierre, acude á la tribuna á prescribir á los franceses la igualdad, la probidad, la frugalidad, las costumbres de Esparta, una choza con las voluptuosidades de la virtud; esto sienta bien al caballero

Saint-Just, en otro tiempo aspirante á una plaza de guardia de corps en casa del conde de Artois, ladrón doméstico de cubiertos de plata, que fué á vender y á comerse en París, en una calle de prostitutas; encarcelado seis meses á petición de su propia madre; autor de un poema lúbrico é inmundo. A la verdad, ahora es solemne, no se ríe, mata; pero, ¡con qué argumentos y qué estilo! Laubardemont el joven, los delatores y acusadores pagados de la Roma imperial deshonraron menos á la inteligencia humana; porque el hombre de Tiberio ó de Richelieu razonaba todavía, encadenaba, más ó menos hábilmente, razones plausibles. No hay concatenación alguna en Saint-Just; ninguna continuidad ni progreso en su rapsodia; como un instrumento desmesuradamente tendido y forzado, su espíritu no da sino notas falsas, ó sacudidas bruscas; la continuidad lógica, el arte, tan vulgar entonces, de desarrollar regularmente un tema hace tiempo ha desaparecido; no hace más que amontonar aforismos de efecto y axiomas dogmáticos. Cuando llega á los hechos no hay ya en su discurso sino falsedades de hecho; desfilan las imposturas manifiestamente, con tanto descaro como las de un charlatán de plazuela; ni siquiera se digna disfrazarlas con una sombra de verosimilitud; para los girondinos, para Danton, para Fabre de Eglantine, cualquier argumento le basta, por grosero que sea; todo es bueno para sus adversarios; con chismes de club y un catecismo del Santo Oficio está hecha su requisitoria. Así también su inteligencia no abarca nada; es un retórico sentencioso, un espíritu de acarreo, reducido por todo talento á raros relámpagos de imaginación sombría, discípulo de Robespierre, como Robespierre lo es de Rousseau, escolar exagerado de un escolar aplicado, siempre en los extre-

mos, furioso con cálculo, violentando deliberadamente las ideas y el lenguaje, instalado constantemente en la paradoja teatral y fúnebre, especie de visir con desplantes de moralista puro y salidas de pastor sensible. Da risa; pero la Convención no es capaz de experimentar sino miedo. Imperiosamente asestadas, sus frases caen de lo alto monótonamente sobre las cabezas inclinadas, y á los cinco ó seis golpes de este martilleo, los más sólidos quedan aterrados, estúpidos; ya no hay más que discutir: cuando en nombre del Comité afirma Saint-Just, hay que creerle; su disertación es un requerimiento de la fuerza, no una obra de la razón; ordena la obediencia, no tolera examen; lo que ha sacado de su bolsillo no es un informe: es una maza.

Otro es el tono del otro ponente Barere, el «arengador con privilegio», agradable gascón, listo y despierto, que bromea hasta en el Comité de Salud pública, se encuentra á gusto entre los asesinatos, y, hasta el fin, hablará del Terror «como de la cosa más sencilla é inocente». Jamás hubo hombre que menos le molestara su conciencia; es que tiene varias, la de la antevíspera, la de la víspera, la del día, la del siguiente, la del otro, y otras más, tantas como guste, siempre flexibles y manejables, al servicio del más fuerte contra el más débil, prestas á girar en el acto, al primer golpe de viento, pero concertadas entre sí y llevadas á una dirección constante por el instinto físico, único persistente en la criatura inmoral, hábil y ligera que circula alegremente entre las cosas, sin otro fin que el de conservarse y divertirse. En bata, por las mañanas recibe á la multitud de solicitantes, y con los modales «de un ministro petimetre», graciosamente toma las notas; primeramente las de las damas, «distribuyendo galanterías á las más bonitas»; promete, sonríe; luego, al volver á su gabinete, echa los papeles al fuego. «Ya está terminada mi correspondencia», dice. Dos veces por década, en su bonita casa de Clichy, con tres lindas mujeres más que fáciles, cena, se alegra, tiene complacencias y atenciones de protector amable; entra en las rivalidades de oficio de aquéllas, participa de los despechos de la belleza reinante, de los celos contra otra que acaba de inaugurar las pelucas rubias y pretende «dar el tono á la moda». En el acto manda venir al agente nacional, y le anuncia gravemente que aquel adorno, tomado de los guillotinados, es un signo de alianza antirrevolucionaria; al día siguiente, denuncia en el Consejo municipal y supresión de las pelucas; «Barere se sofocaba de risa cuando recordaba esta gracia». Gracia macabra y chiste de viajante de comercio: juega con el Terror. Igualmente juega con sus informes; y en este ejercicio improvisa, nunca se ve perplejo. «Cuando tenía que tratar algún asunto se acercaba á Robespierre, á Herault, á Saint-Just, escamoteaba á cada uno sus ideas, y subía en seguida á la tribuna; á éstos les sorprendía ver aparecer los propios pensamientos como en un fiel espejo.» Nadie, en el Comité ni en la Convención, le iguala su prontitud y facilidad; es que no necesita pensar para hablar; en él, la palabra es como un órgano independiente que funciona aparte, sin que el corazón indiferente y el cerebro vacío intervengan en su facundia. Naturalmente, no salen de esto sino frases hechas, la jerga corriente de los jacobinos, vulgaridades enfáticas y nauseabundas, metáforas del colegio y metáforas de carnicería. Bajo esta retórica no hay una idea, no hay ninguna facultad aplicable y jurídica. Cuando Bonaparte, que emplea á todo el mundo, incluso á Fouché, quiera emplear á Barere, no podrá sacar

nada de él, falto de fondo, sino un periodista de baja estofa, un espía ordinario, un agente provocador respecto á los jacobinos supervivientes, más adelante un escucha-puertas, un recogedor semanal de rumores publicos; hasta que concluye por no servir para este oficio, y le suprimen el sueldo; Napoleón, que no tiene tiempo que perder, le deja en seco. Semejante charlatán es el que, autorizado por el Comité de Salud pública, constituye ahora el verbo de Francia; á ese futuro espia y *borrego* del Imperio, á ese inventor chistoso de la conspiración de pelucas rubias, es á quien el gobierno envía á la tribuna para ser el heraldo de las victorias, el clarín sonoro del heroísmo militar y el proclamador de la guerra á muerte. El 7 pradial, en nombre del Comité, Barere propone el regreso al derecho salvaje: «En adelante no se dará cuartel á ningún prisionero inglés ni hannoviano»; el decreto está firmado por Carnot, y la Convención lo aprueba por unanimidad. Si se hubiera ejecutado, en represalias y según la proporción de los prisioneros, hubiese habido un inglés fusilado por cada tres franceses: el honor y la humanidad desaparecían de los campos; las hostilidades entre cristianos se convertían en exterminios como entre negros. Por fortuna, los soldados franceses sienten la nobleza de su profesión; á la orden de fusilar á los prisioneros contesta un bravo sargento: «No los fusilaremos; enviadlos á la Convención; si los representantes gustan de matar á un prisionero, pueden matarlo por sí mismos, y comérselo también, como salvajes que son.» Este sargento, hombre inculto, no estaba á la altura del Comité ni de Barere; y, sin embargo, Barere se ha excusado en una requisitoria de veintisiete páginas, con todos los circunloquios corrientes, mentiras y estulteces, diciendo

que «el leopardo británico ha pagado el asesinato de los representantes; que el gabinete de Londres acaba de armar á la pequeña Cecilia Renault, nueva Corday, contra Robespierre; que el inglés, naturalmente bárbaro, no puede desmentir su origen, que desciende de los cartagineses y de los fenicios; que en otro tiempo vendía pieles de animales y esclavos; que no ha cambiado su comercio; que antiguamente César, al desembarcar en aquel país, no encontró sino un pueblo feroz que se disputaba la posesión de los bosques con los lobos, y que amenazaba quemar á todas las embarcaciones que intentaban abordar; que sigue siendo el mismo». Una conferencia de orador de feria que, con palabras rimbombantes, recomienda las amputaciones amplias, un prospecto de feria tan grosero que no engaña á un pobre sargento: tal es la exposición de motivos en los que este gobierno apoya un decreto que se diría promulgado entre los pieles rojas; á la enormidad de los actos añade la degradación del lenguaje, y no encuentra sino inepcias para justificar atrocidades.

VI

Enviados por el Comité de Salud pública unos cien representantes, ya solos, ya asociados, en dos ó en tres, van y se suceden por provincias «con poderes ilimitados», para establecer, aplicar ó agravar el gobierno revolucionario, y sus proclamas dicen en seguida en qué consiste ese gobierno. «Bravos y vigorosos descamisados», escribe un diputado que deja su misión y anuncia á su sucesor, «parece que habéis deseado un buen representante que no se haya desviado nunca de

los principios, es decir, un verdadero montañés. He realizado vuestros deseos, y á este efecto tendréis entre vosotros al ciudadano Ingrand. Pensad, bravos descamisados, que con el ciudadano Ingrand podéis hacer todo, obtener todo, anular todo, juzgar todo, deportar todo, guillotinar todo y regenerar todo.» El representante llega á la población; al instante, todas las autoridades se inclinaron ante él; por la noche, con su sable y su penacho, arenga en la sociedad popular, atiza el foco del jacobino. Después, con arreglo á sus conocimientos personales, si es del país, con arreglo á las notas del Comité de Seguridad general, si es nuevo, elige á los cinco ó seis «más ardientes descamisados», los constituye en comité revolucionario, los instala permanentemente á su lado, y por las listas ó informes orales que le proporcionan, obra sin dilaciones.

Por de pronto, la depuración de todas las autoridades locales. Deben éstas tener siempre presente «que no hay nada exagerado para la causa del pueblo; el que no está penetrado de este principio, el que no le haya puesto en práctica, no puede permanecer en el puesto avanzado»; por consiguiente, en la sociedad popular, en el departamento, en el distrito, en el municipio, todos los hombres dudosos son excluídos, encarcelados; si se mantiene provisionalmente á algunos débiles, se les enseña rudamente su deber: «Tratarán, con patriotismo más celoso y más enérgico, de reparar el mal que han hecho al no hacer todo el bien que podían hacer.» A veces todo el personal administrativo desaparece de una manotada para ceder el puesto á otro. Considerando que «todo languidece en el Vaucluse y que un espantoso moderantismo paraliza las medidas más revolucionarias», Mignet, de una plumada nombra al secretario del departamento, al agente nacional, á los administradores y al consejo general del distrito, á los administradores, al consejo general y al agente nacional de Avignon, al presidente, al fiscal y al secretario del tribunal de lo criminal, al presidente, á los jueces, al comisario nacional y al secretario del tribunal civil, á los miembros del tribunal de comercio, á los jueces de paz, al recaudador del distrito, al administrador de correos, al jefe del escuadrón de la gendarmería. Y tened la seguridad de que los nuevos funcionarios funcionarán al instante, cada cual en su puesto. El procedimiento sumario, que ha barrido bruscamente á la primera fila de muñecos, va no menos bruscamente á instalar á la segunda. «El ciudano nombrado para desempeñar alguna de las funciones abajo indicadas, se encargará de su puesto *bajo pena de ser sospechoso*, previa la simple notificación de su nombramiento.»

Obediencia universal y pasiva de los administradores y de los administrados: ya no hay funcionarios elegidos é independientes; confirmados ó creados por el representante, todas las autoridades están en su mano; ninguna de ellas subsiste ó surge, sino por gracia de él; ninguna obra, sino por su consentimiento ó por su orden. Directamente ó por mediación de ellas, él requisiciona, secuestra ó confisca lo que bien le parece, tasa, encarcela, deporta ó decapita á quien se le antoja, y en su circunscripción es un bajá.

Pero es un bajá sujeto á la cadena. A partir de Diciembre de 1793, está obligado «á atenerse á las órdenes del Comité de Salud pública, y comunicar con él cada diez días». La circunscripción en que manda está «rigurosamente limitada»; «no tiene poder en los otros departamentos», y no se tolera que se eternice en su puesto. «En toda magistratura, es preciso compensar

la grandeza y la extensión del poder con la brevedad de su duración. Misiones demasiado prolongadas serían prontamente consideradas como patrimonios.» Por lo tanto, al cabo de dos ó tres meses, á veces al cabo de un mes, el hombre es llamado á París ó enviado á otra parte, en tono breve, absoluto, amenazador á veces, no como á un colega con quien se guardan atenciones, sino como un subordinado al que de pronto, arbitrariamente, se le destituye ó se le cambia de lugar, porque se le juzga insuficiente ó «gastado». Para mayor seguridad, á menudo un miembro del Comité, Couthon, Collot, Saint-Just, ó el próximo pariente de un miembro del Comité, Le Bas, Robespierre menor, va, en persona, á informarse; á veces simples agentes del Comité, elegidos fuera de la Convención, y sin personalidad, jovencillos como Rouselin, Julián de la Drume, reemplazan ó vigilan al representante, con poderes iguales á los suyos. Al mismo tiempo, desde arriba y del centro, le apremian y le dirigen, le eligen sus consejeros locales y sus directores de conciencia, le imponen destituciones, nombramientos, prisiones, ejecuciones; le aguijonean por el camino del terror y de los suplicios. Alrededor de él, emisarios pagados y vigilantes gratuitos escriben incesantemente á los Comités de Salud pública y de Seguridad general, á menudo para denunciarle, siempre para dar cuenta de su conducta, para juzgar las medidas que toma, para provocar las medidas que no toma.

Haga lo que hicere, no puede volver los ojos hacia París sin ver allí el peligro, un peligro mortal, que en los Comités, en la Convención, en los Jacobinos, se amontona ó va á amontonarse contra él como una tempestad. Brier, que en Valenciennes sitiado, mostró valor, á quien la Convención acaba de aclamar y de

nombrar para el Comité de Salud pública, se oye censurar por estar todavía vivo. «El que estaba en Valenciennes, cuando entró allí el enemigo, no contestará jamás á esta pregunta: «—¿Murió usted?» No tiene más remedio que reconocerse incapaz, rechazar el honor que la Convención le ha inferido equivocada, obscurecerse. Dubois de Crancé ha tomado Lyon, y, como recompensa de este servicio inmenso, es borrado de los jacobinos; porque no tomó la ciudad bastante pronto, le acusan de traición; dos días antes de la capitulación, el Comité de Salud pública le ha retirado los poderes; tres días después de la capitulación, el Comité de Salud pública le manda prender y traer á París escoltado. Si tales hombres, después de tales actos, son así tratados, ¿qué ocurrirá con otros? A raíz de la misión del joven Juliano, Carrier en Nantes, Isabeau y Tallien en Burdeos, sienten que sus cabezas no están seguras sobre sus hombros.

A raíz de la misión de Robespierre el joven, al Este y al Mediodía, Barrás, Freron, Bernaud des Saintes, se creen perdidos. Perdidos también Fouché, Rovere, Javogues, y otros muchos comprometidos por la fracción á que pertenecen ó han pertenecido, hebertistas, dantonistas, seguros de perecer si sus amigos del Comité sucumben, inciertos de vivir si sus amigos del Comité se mantienen, no sabiendo si sus cabezas serán entregadas á cambio de otras cabezas, atenidos á la más estrecha, á la más rigurosa, á la más constante ortodoxia, culpables y condenados, si su ortodoxia del día se convierte en la herejía del siguiente, todos amenazados, primeramente los ciento ochenta autómatas que, antes de la concentración del gobierno revolucionario, reinaran durante ocho meses en provincias, después, y, sobre todo, los cincuenta montañeses de

puños, fanáticos sin escrúpulos ó vividores autoritarios, que, en aquel momento, patean la materia humana, y se explayan en la arbitrariedad como un jabalí en el bosque, ó se revuelven en el escándalo como un cerdo en su pocilga.

No hay refugio para ellos sino provisional, y ningún refugio, ni aun provisional, sino en la obediencia y el celo, probados como el Comité quiere que se prueben, es decir, con el rigor. «Los comités lo han querido, dirá más adelante Mignet, el incendiario de Bedouin; los comités lo han hecho todo... Los agentes patriotas me conjuraban á que no me ablandase... Me quedaba por bajo del mandato más imperativo.» Igualmente el gran exterminador de Nantes, Carrier, á quien pedían que perdonase á los rebeldes que acudían, por ir á entregarse, decía: «¿Queréis que me haga guillotinar? No está en mi poder el salvar á esas gentes.» Y en otra ocasión: «Tengo órdenes; he de cumplirlas; no quiero que me corten la cabeza.»

Bajo pena de muerte, el representante delegado es terrorista como sus colegas de la Convención y del Comité de Salud pública, pero con mucha mayor conmoción de su máquina nerviosa y moral; porque no ejecuta como ellos en el papel, á distancia, contra categorías de seres abstractos, anónimos y vagos; no solamente percibe su obra con su inteligencia, sino también con la imaginación y los sentidos. Si es del país, como Le Carpentier, Barras, Lebon, Javogues, Couthon, Andrés Dumont y tantos otros, conoce á las familias que proscribe; los nombres no son para él reuniones de letras, sino recuerdos personales y evocaciones de figuras vivientes. En todos los casos es el espectador, el autor y el beneficiario de su propia dictadura; la vajilla y el dinero que confisca pasan ante

sus ojos, por sus propias manos; ve desfilar á los sospechosos que encarcela; está allí cuando su tribunal pronuncia sentencias de muerte; á menudo, la guillotina, á la que proporciona cabezas, trabaja bajo sus ventanas; se aloja en la casa de un emigrado; requisiciona los muebles, la vajilla, la bodega de los decapitados ó presos; se acuesta en la cama de éstos; bebe su vino; banquetea en gran compañía á su costa y en su puesto. Igual que un capitán de bandidos, que no mata ni roba con sus propias manos, hace robar y matar en su presencia, y goza substancialmente, no por procuración, sino en persona, de los buenos golpes que ha ordenado. A tal extremo y con tal proximidad de la acción física, la omnipotencia es un aire mefítico, al que ninguna salud resiste. Vuelto á las condiciones que le envenenaban en las regiones ó en los tiempos bárbaros, el hombre sufre enfermedades morales, de las que se le creía exento; retrograda hasta las extrañas podredumbres del Oriente y de la Edad Media; lepras olvidadas y que parecían extinguidas, pestes exóticas y á las que parecía cerrada la entrada de los países civilizados, reaparecen en su alma con sus costras y sus bubones.

VII

No parece, dice un testigo que conoció mucho á Mignet, sino que todo lo que hizo durante esos cinco ó seis años fuera el delirio de una enfermedad, después de la cual recobró el brillo de su vida y de su salud como si nada hubiera pasado. Y el mismo Mignet escribe: «Yo no estaba hecho para tales tempestades.» Esto es aplicable á todos, y desde luego á las naturalezas grose-

ras; la subordinación las hubiera comprimido; la dictadura las explaya y brotan los instintos brutales.

Mirad á Duquesnoy, especie de dogo siempre ladrando y mordiendo. Delegado en el ejército de la Moselle y de paso por Metz, manda llamar al fiscal Altenayer, le hace esperar tres horas y media en la antesala, y, cuando al fin le recibe, exclama: «—¿Quién eres? —El fiscal.—Tienes aspecto de obispo, has sido cura ó fraile, no puedes ser revolucionario... Vengo á Metz con poderes ilimitados. Aquí las cosas no andaban bien. Ya lo arreglaré yo todo; tanto en Metz como en Nancy haré fusilar á quinientos ó seiscientos dentro de quince días.» Igualmente se comporta en casa del general Bessieres, gobernador de la plaza; allí, al encontrar al segundo jefe, M. Cledat, un veterano, le mira de arriba abajo: «—Tienes un raro aspecto; ¿de dónde eres? Debes ser un mal republicano. Tienes cara del antiguo régimen.—Tengo el pelo blanco, pero soy un buen republicano: puede decírselo el general y también toda la población.—Déjame en paz y vete á la... ó te mando prender...» Lo mismo hace en la calle, donde echa mano á un transeunte porque no le gusta su cara; y, como el juez de paz Joly certificase el civismo de aquel hombre, se encara con Joly: «También tú eres un aristócrata, lo veo en tus ojos, no me engaño.» Y le arranca su medalla de juez y le manda á la cárcel. Mientras tanto, un incendio, prontamente extinguido, se ha declarado en los hornos de la manutención; funcionarios, burgueses, obreros campesinos, hasta los niños se han puesto á la cadena, y Duquesnoy acude á excitar el celo á su manera; á puñetazos y puntapiés cae sobre las personas con las que tropieza, insultándolas y amenazándolas por añadidura, y concluyendo por encarcelar en montón. Después, por

la noche, «considerando que durante el incendio no se ha presentado ninguna persona acomodada para contener el fuego, que no han acudido sino descamisados, tanto de la guarnición como del pueblo», Duquesnoy, «decreta un impuesto de 40.000 libras sobre los ricos que distribuirá entre los pobres.» Y todo lo dice y lo hace con juramentos y modales de patán.

Mirad á un tal Andrés Dumont, antiguo procurador de aldea, ahora rey de la Picardía y sultán de ocasión, «cara de negro blanco», á veces jovial, pero de ordinario rudo y duramente cínico, que maneja á sus prisioneras ó suplicantes como en una kermesse. Una mañana le espera una dama en la antesala, en medio de veinte descamisados, para solicitar la libertad de su marido. Dumont se presenta en bata, se sienta, escucha la súplica: «Siéntate, ciudadana.» La sienta sobre sus rodillas, la mete la mano en el pecho y dice: «No hubiera creído nunca que los senos de una ex marquesa se fundieran así bajo la mano de un representante del pueblo.» Grandes carcajadas de los descamisados, despide á la pobre mujer y no pone en libertad al marido; por la noche puede escribir á la Convención que realiza por sí mismo las investigaciones, y que examina de cerca á los aristócratas.

Para mantenerse en este grado de ardor revolucionario, es conveniente tener un poco de vino en la cabeza, y, á este efecto, los más toman sus precauciones. En Lyon, «los representantes enviados para asegurar la felicidad del pueblo», Albitte y Collot, mandan á la comisión de secuestros que les lleven doscientas botellas del mejor vino que puedan encontrar, y, además, quinientas botellas de vino tinto de Burdeos, de primera calidad, para su mesa. En tres meses, en la mesa de los representantes que asolan la Vendée,

se consumen mil novecientas setenta y cuatro botellas de vino, cogidas en las casas de los emigrados de la ciudad; «porque cuando se ha cooperado en la conservación de una comuna, se tiene derecho á beber por la República». Preside este desenfreno el representante Bourbotte; con él trinca Rossignol, ex obrero joyista, luego asesino de Septiembre, toda su vida crapuloso y ladrón, ahora general en jefe; con Rossignol, sus ayudantes generales, Grammont, ex cómico, y Hasard, que fué sacerdote; con ellos, Vadreran, buen «republicano», que viola á las mujeres, y las fusila cuando no se dejan violar; además, varias señoritas «brillantes» y sin duda traídas de París, de las que «la más bonita reparte las noches entre Rossignol y Bourbotte», mientras que las otras sirven á los inferiores: machos y hembras, todos se han instalado en un palacio de Fontenoy, en donde han empezado por romper los sellos, por confiscar en su provecho «los muebles, las joyas, los trajes y hasta las porcelanas». Mientras tanto, en Chantonnay el representante Bourdon de l'Oise bebe con el general Tuncq, se pone frenético cuando está borracho y manda prender á administradores patriotas, á los que alababa la víspera. Casi todos, como éste, tienen mal vino: Carrier, en Nantes; Petitjean, en Thiers; Disquemoy, en Arras; Cusset, en Thionville; Monestier, en Tarbes. En Thionville, Cusset, cuando está ebrio, da órdenes de «visir», órdenes que se ejecutan. En Tarbes, Monestier, «después de una gran comida, muy exaltado», arenga al Tribunal con arrebato; interroga por sí mismo al acusado, M. de Lassalles; le hace condenar á muerte, firma la orden de guillotinarle al momento, y M. de Lassalles es guillotinado aquella misma noche, á la luz de las antorchas. Al día siguiente, Monestier dice al presidente

del Tribunal: ¿Eh? anoche hemos dado un buen susto á ese pobre Lassalles.—¿Cómo un susto? Pero si fué ejecutado. Asombro de Monestier: no se acordaba ya de haber firmado la orden. En otros, el vino, además de los instintos sanguinarios, hace brotar los instintos inmundos. En Nimes, Boria, con uniforme de representante, con el alcalde Courbis, el juez Giret y prostitutas, ha bailado la farándula en torno de la guillotina. En Auch, uno de los peores tiranos del Mediodía, Dartigoeyte, siempre bebido, «vomita toda suerte de obscenidades á la cara de las mujeres que van á pedirle justicia»; «obliga, bajo pena de reclusión», á las madres á que lleven á sus hijas á la Sociedad popular para que escuchen sus discursos de lupanar: una noche, en el teatro, probablemente después de una orgía, apostrofa á todas las mujeres en el entreacto, lanza su vocabulario infecto, y, á manera de demostración ó conclusión práctica, termina por desnudarse ante ellas. Esta vez aparece el puro bruto: todo el traje que los siglos le habían tejido y con que la civilización le había vestido, cae por tierra; no queda más que el animal primitivo, el gorila feroz y lúbrico al que se creía domado, pero que subsiste indefinidamente en el hombre, y al que la dictadura, unida á la embriaguez, resucita más feo que en los primeros días.

VIII

Si se necesita la embriaguez para despertar al bruto, basta la dictadura para despertar al loco. En la mayor parte de los nuevos soberanos, el equilibrio mental está perturbado; entre lo que el hombre era y lo que es, la distancia es grande: antes abogadillo,

médico de aldea, regente de colegio, mocionario desconocido en un club local; ayer todavía no era en la Convención sino un votante entre setecientos cincuenta, y hoy vedle en un departamento, árbitro de todas las fortunas y de todas las libertades, dueño de quinientas mil vidas. Como una balanza sobre la que cae un peso desproporcionado, su razón se inclina violentamente del lado del orgullo. Algunos estiman que su competencia no tiene límites como sus poderes, y, recién llegados al ejército, quieren ser generales en jefe. «Declarad oficialmente, escribe Fabre al comité de Salud pública, que en adelante los generales no serán más que lugartenientes de los delegados de la Convención.» En espera de la declaración pedida, se arrogan de hecho el mando, y de hecho lo ejercen. «No reconozco ni generales ni particulares, dice á los oficiales Gaston, antiguo juez de paz; en cuanto al ministro, es un perro en un juego de bolos: sólo yo debo mandar aquí, y se me obedecerá.» «¿Para qué los generales? añade su colega Guiter; las mujeres de nuestros barrios saben tanto como ellos. Cálculos, combinaciones frías, tiendas, campamentos, reductos. Todo esto es inútil. Las irrupciones, el arma blanca: he aquí la única guerra que conviene á Francia.» Destituir, guillotinar, desorganizar, marchar adelante con los ojos cerrados, prodigar las vidas al azar, hacer derrotar al ejército, á veces hacerse matar ellos mismos: no saben otra cosa, y lo perderían todo si los efectos de su incapacidad y de su arrogancia no estuviesen atenuados por la abnegación de los oficiales y el entusiasmo de los soldados. El mismo espectáculo en Charleroy, en donde, por lo absurdo de sus órdenes, Saint-Just compromete al ejército, y marcha de allí creyéndose un gran hombre. El mismo espectáculo en

Alsacia, en donde Lacoste, Bandot, Ruamps, Soubrany, Milhaud, Saint-Just y Le Blas, con la extravagancia de sus rigores, hacen cuanto pueden para disolver al ejército, y se glorifican de ello. Instalación del tribunal revolucionario en el cuartel general, el soldado invitado á denunciar á sus oficiales, promesa de dinero y de secreto al delator, nada de careo entre él y el acusado, «nada de sumario, nada de escritura; un simple interrogatorio, del que no se toma nota; el acusado detenido á las ocho, juzgado á las nueve y fusilado á las diez.» Como es natural, bajo semejante régimen, nadie quiere mandar. Meusnier no consintió en ser general en jefe sino interinamente, y no cesaba de pedir que le reemplazasen; se negaba á dar orden ninguna; para hallarle un sucesor, los representantes se ven obligados á descender hasta un capitán de depósito, Cartene, lo suficiente audaz ó lo suficiente negado para tomar, con el diploma de general, un diploma de guillotina. Si tal es su presunción en asuntos militares, ¡cuál no ha de serlo en los civiles! Por este lado no hay ningún freno exterior; ningún ejército, español ó alemán, que pueda cogerles en flagrante delito de incapacidad ambiciosa y de inhábil intervención. Cualquiera que sea el instrumento social, justicia, administración, crédito, comercio, industria, agricultura, pueden dislocarle y romperle impunemente. No dejan de hacerlo, y por añadidura, en sus despachos, se jactan de los destrozos que hacen. También esto es de su misión; de otra manera, los tendrían por malos jacobinos, serían sospechosos; no reinan sino á condición de ser fatuos y demoledores; en ellos el trastorno del sentido común es una necesidad de oficio, y, con esa base de extravío obligatorio, pueden implantarse todos los delirios físicos.

En los que pueden ser examinados de cerca, no solamente está pervertido el juicio, sino que está afecto el aparato nervioso, y la excitación permanente, la agitación enfermiza, han comenzado. Considerad á un José Lebon, hijo de un cabo de vara, luego regente en los oratorios de Bearne, después párroco de Neuville-Vitasse, rechazado como intruso por lo escogido de sus feligreses, sin consideración, sin mobiliario. Dos años después se encuentra soberano de su provincia, y la cabeza le da vueltas; no es más que un cerebro de veintiocho años, poco sólido, sin lastre innato, ya quebrantado por la vanidad, la ambición, el rencor, la apostasía, el cambio de frente repentino, que le ha puesto en oposición con los más poderosos hábitos de su educación y con las mejores afecciones de su pasado; se desequilibra bajo la enormidad y la novedad de su grandeza. En traje de representante, con sombrero Enrique IV, plumero tricolor, escarapela y sable, Lebon reúne, á son de campana, á los vecinos en la iglesia, y desde el púlpito, en que predicó en un tiempo con sotana raída, les expresa su metamorfosis: «¡Quién hubiera creído que yo volvería aquí como representante del pueblo, con poderes ilimitados!» ¡Y que ante aquella majestad postiza todos se humillen, se doblegue y se callen! A un miembro del municipio de Cambray que, interpelado por él, no ha bajado los ojos; que le ha contestado secamente; que, á una pregunta formulada dos veces en los mismos términos, se ha atrevido á contestar dos veces en los mismos términos, le dice: «Cállate, estás faltando á la representación nacional.» Acto continuo destituye al hombre; le mete en la cárcel. Una noche, en el teatro, entra en un palco, y las señoras que están sentadas en la delantera no se levantan. Furioso sale, sube al escenario y, desenvainando su sable, recorre la escena con unos saltos, con unos gestos, con un aspecto de fiera escapada, que varias mujeres se ponen malas. «¡He ahí, ruge, esas petimetras que no se dignan molestarse por un representante de veinticinco millones de hombres! Antes, por un príncipe, todo el mundo se hubiera levantado, y esas no se mueven al verme á mí, un representante, *que soy más que un rey.*» La palabra está dicha; pero es un rey azorado, que no sueña más que con conspiraciones, y ve en plena calle, en pleno día, á los transeuntes maquinar contra él con palabras ó con signos. Al encontrarse en la calle Mayor de Arras á una joven con su madre, que hablan flamenco, la cosa le parece sospechosa. «¿A dónde vas?—pregunta á la joven.—¿Qué le importa á usted?—contesta ella, que no le conoce.» A la cárcel la madre y la hija. La menor palabra, un gesto, le ponen fuera de sí. Ciertamente, el rey de Arras y de Cambray no está lejos del delirio; con sus síntomas encerrarían á cualquiera en un manicomio.

Menos vanidoso, menos satisfecho de ostentar su soberanía, pero de peor índole y colocado en Nantes entre mayores peligros, Carrier, bajo la obsesión de ideas más sombrías, tiene la locura más furibunda y más continua. A veces sus accesos llegan á la alucinación. «Le he visto, dice un testigo, arrebatado por el calor con que peroraba en la tribuna para dominar las opiniones; le he visto cortar las bujías con su sable», como si fueran cabezas de aristócratas. Otra vez, en la mesa, después de haber dicho que Francia no puede sostener á su población, demasiado numerosa, y que se ha tomado el partido de segar lo sobrante, nobles, magistrados, curas, comerciantes, etc., se exalta, se cree en la acción, y exclama: «¡mata, mata!»

Hasta en ayunas y habitualmente no está sereno. Cuando los administradores del departamento acuden á hablarle, entreabren la puerta para ver en su cara si no está furioso. No solamente con los solicitantes, sino también con los funcionarios que van á despachar con él, no emplea más que injurias. Y todavía los tales se felicitan cuando son recibidos nada más que con injurias y palabrotas, puesto que á menudo empuña el sable y se sirve de él. Tiemblan el abordarle, y más aún el contradecirle. Llevado á su presencia el enviado del comité de Salud pública, Julián de la Drôme, cuida de ponerse á respetable distancia, y obra prudentemente al esquivar el primer movimiento, y más cuerdamente todavía cuando, á los gritos de Carrier, contesta con el único argumento de fuerza: «Si me haces perecer hoy, serás guillotinado dentro de ocho días.» Cuando tiene uno que habérselas con un perro rabioso, hay que ponerle el cuchillo al cuello. Ahora bien: en Carrier, como en un perro rabioso, el cerebro está lleno por completo de un sueño constante en el que no hay más que imágenes de muerte. Su continuo aullido concluye por un grito de angustia: «Creo que todos seremos guillotinados, unos tras otros.»

Tal es el estado mental al que conduce el empleo de los representantes delegados; más acá de Carrier, que se encuentra al final, los otros, menos próximos al final, palidecen bajo la visión lúgubre, que es el efecto inevitable de su obra y de su mandato. Al final de todas las fosas que abren, ven, ya abierta, su propia fosa; nada más tiene que hacer el enterrador que cavar al día, como obrero, y mientras tanto aprovecharse de su puesto; por lo menos, puede aturdirse con los goces del momento.

IX

Los más toman este partido por instinto, por cansancio y porque la ostentación acrecienta la autoridad. «Llevados en carrozas de seis caballos, rodeados de guardias, con mesas suntuosas de treinta cubiertos, comiendo á los acordes de la música con un cortejo de histriones, de cortesanos y de pretorianos», imprimen en la imaginación la idea de la omnipotencia, y los súbditos se inclinan tanto más cuanto mayor es el lujo de los amos. En Troyes, á la llegada del joven Rousselin, se hacen salvas, como para la entrada de un príncipe. Todo el vecindario de Nevers se pone en movimiento por el natalicio de una hija de Fouché; las autoridades civiles y militares acuden á felicitarle, y la guardia nacional está bajo las armas. En Lyon, «la representación de Codot d'Herbois se parece á la del Gran Turco. No se llega á su audiencia sino previas las solicitudes; una serie de habitaciones conduce á su sala de recepción; nadie se le acerca sino á quince pasos de distancia; dos guardias, con el fusil preparado, le custodian, mirando atentamente á los solicitantes.» Menos amenazador, pero menos imponente, es el aparato de que se rodean los representantes en Burdeos: tampoco á ellos se les aborda sino con un pasaporte del capitán de guardias, y á través de varias escuadras de centinelas. Uno de ellos, Isabeau, quien, después de haber guillotinado mucho, se ha hecho casi tratable, se deja adular, y como un duque de Richelieu llegado de Versalles, ensaya el papel de potentado popular con todas las ventajas del empleo. En el teatro, en su presencia, se representa un baile

«en el que unos pastores, con guirnaldas de flores, forman las palabras: Isabeau, Libertad, Igualdad.» Deja que su retrato corra de mano en mano, y se digna sonreir al artista que, bajo un grabado de circunstancias, ha puesto esta inscripción: «Acontecimiento ocurrido en tiempos de Isabeau, representante del pueblo.» «En las calles le saludan, le aplauden y le aclaman, gritando: ¡Viva Isabeau, viva el salvador de Burdeos, nuestro amigo, nuestro padre!» Tiene varios coches y suculenta mesa, con exquisito pan blanco, llamado «pan de los representantes», mientras que los campesinos viven de raíces, y los habitantes de Burdeos no tienen todos los días cuatro onzas de pan moreno.

La misma vida se dan los representantes en Lyon, en medio de una miseria igual. Entre tantos sátrapas ambulantes, el más descaradamente sensual es, á lo que me creo, Tallien, septembrista en París, guillotinador en Burdeos, pero aún más ladrón, y ladrón en beneficio del gaznate y del estómago; hijo del cocinero de un gran señor, tiene sin duda tradiciones de familia, porque su gobierno para él es una despensa en donde se come todo lo que puede comer y hacer dinero de lo demás. En este momento su favorita es Teresa Cabarrús, una mujer de mundo ó de medio mundo, á la que ha sacado de la cárcel en coche descubierto con correo y caballerizo; la pasea á su lado, á veces con gorro frigio y una pica en la mano, y exhibe por los pueblos á su diosa. Pero éste es el mejor de sus sentimientos, porque en el momento decisivo el peligro inminente de su querida le dará valor contra Robespierre, y la bella, que es una buena muchacha, le pide no asesinatos, sino perdones. Otros, galantes como él, pero con menos gusto, reclutan para sus placeres rudamente, ya porque el miedo someta el temor de las

mujeres á sus caprichos, ya porque el tesoro público provea á sus hábitos de cuerpo de guardia.

Algunos piensan además en lo práctico y en el porvenir: en primer término, Tallien, el rey de los ladrones, pero pródigo, y cuyos bolsillos rotos no se llenan sino para vaciarse; Javogues, que explota Montbrison; Ruvere, que por ochenta mil francos en asignados se hace adjudicar un terreno que vale quinientos mil en numerario; Fouché, que comienza en la Nievre la recolección de los doce ó catorce millones que tendrá más adelante, y tantos otros, pobres ó arruinados antes de la Revolución, que al salir de la Revolución se encontrarán ricos. El comité de Seguridad general, aunque informado, deja hacer. Hay que contemporizar con servidores útiles, y cuya tarea es ruda, semejante á la de los trabajadores de Septiembre; como á los trabajadores de Septiembre hay que tolerarles irregularidades y permitirles algunas dulzuras.

No bastaría esto para mantenerles en la obra, si no les retuviera un atractivo más poderoso. Para hombres civilizados de la especie corriente, el oficio de septembrista es al principio penoso; pero, después de un poco de práctica, sobre todo cuando el alma es tiránica, y cuando, bajo el manto de la teoría ó con pretexto del bien público, puede saciar sus instintos autoritarios, sus repugnancias ceden. Hay en el ejercicio del poder absoluto un goce extraordinario; en todo momento es fácil probar con actos que se es omnipotente; y el más probatorio de estos actos es el que consiste en destruir. Cuanto más completa, radical y pronta es la destrucción, tanto mayor es el sentimiento de la fuerza; cualquiera que sea el obstáculo, no se quiere retroceder ni detenerse; se rompen todas las barreras que los hombres llaman tener sentido, huma-

nidad, justicia, y gusta romperlas. Aplastar y domar se convierten en una voluptuosidad intensa, saboreada por el orgullo íntimo, en una humareda de holocausto que el déspota quema en su propio altar: es este sacrificio diario; es á la vez el ídolo y el sacerdote, y se ofrece víctimas para tener conciencia de su divinidad. Tal es Saint-Just, tanto más déspota cuanto que apoya su cualidad de representante delegado en su cualidad de miembro del Comité de Salud pública; para encontrar almas puestas al mismo tono que la suya hay que salir del mundo moderno, remontarse hasta un Calígula, buscar en Egipto, en el siglo X, un califa Haken. El también, como esos dos monstruos, pero con fórmulas distintas, se cree dios ó vicediós en la tierra, representante de un poder misterioso, ilimitado y supremo, que es el pueblo en sí; para representar dignamente este poder, hay que tener el alma de un acero. Tal es el alma de Saint-Just. Suponed un acero viviente, que sienta con arreglo á su temple y su estructura: le agradará ser blandido, tendrá necesidad de herir; no hay otra necesidad en Saint-Just. Silencioso, impasible, teniendo á los demás á distancia, tan imperioso como si la voluntad del pueblo unánime y la majestad de la razón transcendente residieran en él, parece haber reducido sus pasiones al deseo de romper y amedrentar. Orden de prender é incomunicar á todos los antiguos nobles, hombres y mujeres, de cuatro departamentos, en veinticuatro horas; orden á la burguesía de Strasburgo de entregar nueve millones en veinticuatro horas; fusilamientos expeditivos con razón y sin ella sobre los oficiales del ejército del Rhin: he aquí sus medidas. Tanto peor para los inocentes; el tiempo falta para discernirlos; «un ciego que busca un alfiler en un montón de polvo, coge el montón de

polvo». Y cualquiera que sea la orden, aunque no ejecutable, tanto peor para el que la reciba, para el capitán que, encargado por el representante de establecer tal batería en tal plazo, ha trabajado toda la noche con toda su fuerza, «con tantos hombres como el espacio podía contener». Como la batería no está dispuesta á la hora dicha, Saint-Just envía al capitán á la guillotina.

Iguales procedimientos emplea el ex comediante Collot d'Herbois, quien no ya en la casa, sino en la ciudad, representa el tirano de melodrama con todo el fausto del empleo. Una mañana, en Lyon, ha ordenado al tribunal revolucionario que prenda, interrogue y juzgue á un adolescente sospechoso, antes de terminar el día. «A las seis, estando Collot en la mesa celebrando una orgía con prostitutas y verdugos, entra uno de los jueces del tribunal; le dice que, tras una severa información, resulta que el joven es irreprochable, y que el tribunal se decide por la absolución. Collot, sin mirar al juez, alza la voz y le dice: «He ordenado que se castigue á ese hombre; quiero que perezca antes de que termine el día. Si se dejara á los inocentes, se escaparían demasiados culpables.» La alegría continuó, y una hora después el joven era fusilado.» Igual ocurre con los demás representantes, y hasta se indignan contra los jueces y los jurados cuando alguna cabeza escapa ó tarda en caer. Barrás y Freron mandan al tribunal revolucionario de París, al fiscal y al presidente del tribunal revolucionario de Marsella, porque de quinientos veintiocho presos no han hecho guillotinar sino á ciento sesenta y dos.

Cuando se ha bebido largo tiempo una bebida nauseabunda y fuerte, no solamente se acostumbra á ella el paladar, sino que á veces llega á gustarle. No tar-

da en querer otra más fuerte. Tal es, para ciertas imaginaciones, el espectáculo de la sangre humana: después de haberse habituado, se complacen en ella. Lequinio, Laiguelot y Lebon invitan á comer al verdugo. Fouché, con anteojo en mano, presencia desde su ventana una carnicería de doscientos lioneses. En Tolon, Freron en persona ordena y hace ejecutar ante su vista la primera gran matanza del campo de Marte. En la plaza de Arras, M. de Vielfort, ya puesto en la báscula, esperaba la caída de la cuchilla. Lebon aparece en el balcón del teatro; hace una señal al verdugo para que se detenga; abre el periódico, lee y comenta en alta voz, durante más de diez minutos, los triunfos de los ejércitos franceses, y luego, dirigiéndose al condenado, exclama: «Anda, bandido, á contar á tus iguales las noticias de nuestras victorias.» En Feuro, donde los fusilamientos se hacen en casa de M. du Rosier, en el parque, la hija de la casa, una joven, pide llorando á Javogues el perdón de su marido. «Sí, pequeña, contesta Javogues; mañana lo tendrás en tu casa.» En efecto; al día siguiente el marido es fusilado y enterrado en el parque. Evidentemente el oficio ha concluido por agradarles. Carrier confiesa abiertamente «el placer que experimenta al ver ejecutar á curas.» «Nunca me he reído tanto como cuando les veía hacer gestos al morir.» Esta es la suprema perversión de la naturaleza humana, la de un Domiciano que sigue en el rostro de sus condenados el efecto del suplicio; mejor aún, la de un negro que ríe á carcajadas al ver á un hombre empalado. Y esta alegría de contemplar las angustias de la muerte sangrienta, Carrier se la proporciona con niños. A pesar de las observaciones del tribunal revolucionario y las instancias del presidente Phelipes-Troujolly, firma, el

29 brumario del año 15, la orden de guillotinar, sin formación de causa, á veintisiete personas, de las cuales siete son mujeres, entre ellas cuatro hermanas: las señoritas de la Metayria, una de veintiocho años, otra de veintisiete, la tercera de veintiséis, la última de diez y siete. Dos días antes, á pesar de las observaciones del mismo tribunal y las observaciones del mismo presidente, ha firmado la orden de guillotinar á veinticuatro artesanos y labradores, entre ellos dos niños de catorce años y otros dos de trece; va en coche á la plaza de la ejecución y la sigue al detalle; ha podido oir á uno de los niños de trece años, ya atado en la báscula, pero que es demasiado pequeño, y no tiene bajo la cuchilla sino la parte superior de la cabeza, decir al ejecutor: «¿me harás mucho daño?» Adivínase sobre qué cayó el triángulo de acero. Carrier ha visto esto con sus ojos, y mientras que el ejecutor, horrorizado de sí mismo, muere poco después, á consecuencia de lo que ha hecho, Carrier pone á otro verdugo y continúa.



CAPITULO III

Los gobernantes (continuación).—I. El personal administrativo en París.—Composición del grupo en el cual se recluta.—Depuración en las asambleas de sección.—Depuración en las asambleas populares.—Presión del gobierno.—II. Calidad de los agitadores subalternos.—Cómo reinan en las asambleas de sección.—Cómo acaparan los puestos.—III. Un ministro de Estado.—Un comandante general.—El Municipio de París.—Un Comité revolucionario.—IV. El personal administrativo en provincias.—El jacobinismo menor en las ciudades departamentales que en París.—El jacobinismo menor en los campos que en las ciudades.—Nada de Comités revolucionarios en los pequeños Ayuntamientos.—Tibieza de los Municipios en las aldeas.—Los jacobinos son poco numerosos en las aldeas y pequeñas poblaciones.—Agentes dudosos y obligados en el personal de las poblaciones medias ó grandes.—Insuficiencia del personal reclutado en el lugar.—V. Importación de un personal de afuera.—Los jacobinos de París son enviados á provincias.—Los jacobinos de las poblaciones exaltadas van á las moderadas.—Resistencia de la opinión.—Diseminación y número ínfimo de los agentes verdaderamente jacobinos.—VI. Calidad del personal así formado.—Condición social de los agentes.—Su inepcia y mala conducta.—Embriaguez y rapiñas.—Los Comités y los Municipios en la Costa de Oro.—Dilapidaciones y concusiones.—Los comerciantes de gracias en Burdeos.—Los rompedores de sellos en Lyon.—Los adquiridores de bienes nacionales.—Las ventas de objetos muebles.—Fraudes.—Un acta en casa del alcalde de Strasburgo.—Las ventas de inmuebles.—El personal administrativo y las sociedades de compradores en Provenza.—El Comité revolucionario de Nantes.—VII. La fuerza armada, guardia nacional y gendarmería.—Su depuración y su composición.—Los ejércitos revolucionarios en París y en los departamentos.—

Calidad de las levas.—Su empleo.—Sus expediciones á los campos y á las ciudades.—Sus hazañas en los alrededores de París y en Lyon.—La compañía de los Marats, los húsares americanos y la legión germánica en Nantes.—Carácter general del gobierno revolucionario y del personal del Terror.

I

Para proporcionar á los soberanos locales los lugartenientes y agentes subordinados que necesitan, está el pueblo jacobino del lugar, y ya se sabe de qué gentes se compone: pervertidos de toda especie y de toda condición, sobre todo de la más baja; tenderos con deudas, obreros vividores y nómadas, subalternos envidiosos y venenosos, parroquianos eternos de café y de taberna, vagabundos de la calle y del campo, hombres del arroyo y mujeres de la acera; en suma, toda «la podredumbre antisocial», macho y hembra; en este amasijo, hay algunos energúmenos de buena fe, cuyo cerebro mezquino ha dado acceso á la teoría en boga; los otros, en mucho mayor número, son verdaderas aves de rapiña que explotan el régimen establecido y no han adoptado la fe revolucionaria sino porque ofrece un pasto á sus apetitos. En París son cinco ó seis mil, y, después de termidor, se les encuentra en número casi igual, unidos por los mismos apetitos en torno del mismo dogma, niveladores y terroristas, los unos porque «están en la miseria, los otros porque no tienen hábitos de trabajo», furiosos contra «los foragidos de puerta cochera, contra los ricachos y los detentadores de objetos de primera necesidad»; á su frente los más famosos bandidos políticos que han quedado: el famoso Drouel, quien, en la tribuna de la Convención, se ha declarado él mismo «bandolero»; Ja-



vogues, el ladrón de Montbrison y el «Nerón del Ain»; el borracho Cusset, bajá de Thionville; Bertrand, el amigo de Chalier, ex alcalde y verdugo de Lyon; Darthé, ex secretario de Lebon y verdugo de Arras; Rossignol y otros nueve septembristas de la Abadía y de los Carmes; en fin, el gran apóstol del comunismo autoritario, Babert, que, condenado á veinte años de cadena por falsedad en documento público, pasea por las calles de París sus ambiciones frustradas y sus bolsillos vacíos, en compañía de otros menesterosos que, si no suben de nuevo al trono por una nueva matanza, arrastrarán indefinidamente sus zapatos rotos por no poder comprar otros. En este bajo fondo de ignorancia y de vicios, es á donde el gobierno revolucionario va á buscar sus estados mayores y su personal.

Es imposible encontrarlos en otra parte. Porque la tarea diaria que se les impone, y la cual tienen que realizar con sus propias manos, es el robo y el asesinato; salvo los puros fanáticos, que son raros, solamente los brutos y los pillos tienen aptitud y gusto para semejante empleo. En París, como en provincias, se les va á buscar en donde se encuentran, en sus puntos de reunión, en los clubs ó sociedades populares. Hay una por lo menos en cada sección de París, en total cuarenta y ocho, unidas en torno del club central de la calle Saint-Honoré; cuarenta y ocho ligas de barrio formadas por los revoltosos de profesión, por los refractarios del ejército social, por todos los individuos, hombres ó mujeres que, inadecuados para la vida arreglada y el trabajo útil, sobre todo por los que el 31 de Mayo y el 2 de Junio ayudaron al municipio y á la Montaña á violentar la Convención. Reconocen que todos, en caso de contrarrevolución, serían

ahorcados, y sientan, «como verdad incontestable, que si dejan á un solo aristócrata, irán todos al patíbulo». Naturalmente están en guardia, y se estrechan contra sí; no admiten con ellos sino al que haya dado pruebas «el 10 de Agosto y el 31 de Mayo». Y como tras de sus jefes vencedores se han lanzado al municipio y á los comités revolucionarios, pueden, mediante los certificados de civismo, que conceden ó niegan arbitrariamente, excluir, no solamente de la vida política, sino también de la vida civil, á todos los hombres que no son de su círculo. «Ve, escribe Dauban á Danton; ve qué gentes obtienen fácilmente esos certificados: trapisondistas y granujas, como Roussin, Jourdan, Maillard, Vincent. Pregunta á todos esos personajes si han pagado una contribución patriótica, si pagan sus impuestos corrientes, si hacen donativos en su sección para los pobres, para los soldados voluntarios, y verás que no. El municipio da certificados de civismo á sus satélites, y los niega á los mejores ciudadanos.» El monopolio es patente, no se oculta, se hace oficial; «varias secciones acuerdan no dar certificados de civismo á los ciudadanos que no fuesen miembros de una sociedad popular». Y de mes en mes el rigor de las exclusiones va aumentando.

Entre ellos y las sociedades populares, la cosa es peor; porque «el afán de obtener puestos hace que se denuncien entre sí». Por consiguiente, en los jacobinos de la calle Saint-Honoré y en las sucursales de barrio, se depuran incesantemente y siempre en el mismo sentido, hasta quitar á su facción toda mezcla honrada y pasadera, hasta no conservar de sí mismos sino una minoría que empeora á cada selección. Tal, anuncia que en su club han echado ya á ochenta miembros sospechosos; otro, que en el suyo van á ex-

cluir á ciento. Los que quedan son la hez, y el club, mutilado por sí mismo, se reduce á un núcleo de charlatanes y perdidos.

A estas eliminaciones espontáneas, con las que se deteriora, añádase la presión incesante con la que el comité de Salud pública le acusa y le envilece. Cuanto más pesa y se concentra el gobierno revolucionario, tanto más serviles y sanguinarios han de ser los agentes que emplee. Pega á diestro y siniestro para advertirlos; encarcela ó decapita, en su propia clientela, por de pronto á los turbulentos, á los demagogos de segunda fila que se impacientan por no serlo de primera; á los audaces que sueñan con otro golpe de mano en las calles, Jauder, Roux, Vincens, Hebert, Momoro, á los agitadores de los Cordeleros y del municipio; después á los indulgentes que quisieran introducir un poco de discernimiento y de moderación en el Terror, Camilo Desmoulins, Danton y sus partidarios; en fin, á otros muchos, más ó menos dudosos, indisciplinados, comprometidos ó comprometedores, cansados ó excéntricos, desde Maillard hasta Charmette, desde Antonello hasta Chabot, desde Wostermann hasta Cloots. Cada uno de los proscriptos tenía su escuela, y, de pronto, toda esta escuela se ve obligada á cambiar de casaca; los que eran capaces de iniciativa se retraen, los que eran capaces de piedad se endurecen. Desde este momento, entre los jacobinos subalternos, las raíces de independencia, de humanidad, de lealtad, difíciles de extirpar hasta en un alma innoble ó cruel, son arrancadas hasta la última fibra, y el personal revolucionario, ya tan bajo, se degrada hasta hacerse digno del oficio que le dan. Partidarios de Hebert, oyentes de Charmette, compañeros de Wostermann, funcionarios de Rousin, colegas de Antonello, lectores asiduos de Camilo, admiradores y fieles de Danton, se ven obligados á renegar públicamente de su amigo ó jefe encarcelado, á aprobar el decreto que le envía al patíbulo, á aplaudir á sus calumniadores; tal juez ó jurado, partidario de Danton, ha tenido que tragarse su defensa y, sabiéndole inocente, declararle culpable; cuál otro, que ha comido veinte veces con Camilo Desmoulins, debe, no solamente guillotinarle, sino, por añadidura, guillotinar á su joven viuda.

Y en los comités revolucionarios, en las oficinas del comité de Seguridad general, en la oficina de Policía central, en el estado mayor de la fuerza armada, en el Tribunal revolucionario, el servicio á que están sujetos los jacobinos se hace cada día más pesado y más repugnante. Denunciar á vecinos; prender á colegas, á personas honradas y á las que por tales se conoce; coger cada día de las cárceles treinta, cincuenta, sesenta desgraciados que son el pasto cuotidiano de la guillotina, «amalgamarlos» al azar, juzgarlos en montón, condenarlos en masa; escoltar á mujeres de ochenta años y á muchachas de dieciséis hasta la cuchilla, ver caer las cabezas y trepidar los cuerpos; pensar en los medios de desembarazarse de los cadáveres, demasiado numerosos, y de disimular la sangre, demasiado visible: ¿de qué especie son las almas que pueden aceptar semejante tarea, y hacerla todos los días con la perspectiva de hacerla indefinidamente?

Fouquier-Tinville sucumbe una noche, al ir al comité de Salud pública; «se pone malo» en el Puente Nuevo, y dice: «Creo ver las sombras de los muertos que nos persiguen, sobre todo las de los patriotas á quienes he hecho guillotinar.» Y otro día: «Preferiría labrar la tierra á ser acusador público. Si pudiera,

presentaria mi dimisión.» A medida que se agrava el régimen, el gobierno, para tener instrumentos convenientes, se ve obligado á descender más abajo: ya no los encuentra sino en el último escalón, en germinal para renovar el municipio, en floreal para recomponer los ministerios, en pradial para recomponer el Tribunal revolucionario, de mes en mes para purgar y reconstituir los comités de barrio. En vano Robespierre, escribiendo y reescribiendo sus listas secretas, busca hombres capaces de sostener el sistema; siempre se encuentra con los mismos nombres, nombres de desconocidos, de ignorantes; un centenar de foragidos ó de imbéciles, entre ellos cuatro ó cinco déspotas y fanáticos de segunda fila, tan malhechores y tan limitados como él. El crisol depuratorio ha funcionado demasiado; se ha caldeado con exceso; han evaporado á la fuerza los elementos sanos ó medio sanos del licor primitivo; el resto ha fermentado y se ha agriado; no hay ya en el fondo del vaso sino un residuo de estupidez y de maldad, el extracto concentrado, corrosivo y burbujoso de la hez.

II

Tales son los soberanos subalternos que en París, durante catorce meses, disponen á su antojo de las personas, de las libertades y las vidas. En las asambleas de sección, que conservan todavía un simulacro de soberanía popular, reinan despóticamente y sin intervención. «Doce ó quince ciudadanos con gorro frigio, ilustrados ó no, se arrogan el derecho de decirlo y hacerlo todo, y si ocurre que otro individuo, cuyas intenciones son puras, quiere proponer medidas que cree

justas y que lo son efectivamente, ó estas medidas no son escuchadas, ó, si se escuchan, no es más que para que todos los miembros de la asamblea sean testigos del poco caso que se ha hecho de ellas. Son rechazadas por el solo hecho de que no las ha presentado alguno de aquellos hombres de gorro frigio, ó uno de los que están, como ellos, iniciados en los misterios de la sección.» «A veces, dice uno de estos individuos, no nos encontramos más que diez de la Sociedad en la Asamblea general; pero nos bastamos para hacer temblar á los demás. Cuando un ciudadano de la sección presenta una proposición que no nos conviene, nos levantamos todos, y gritamos que es un intrigante, un signatario de las antiguas peticiones constitucionales.» «Así es como imponemos silencio á los que no tienen el sentido de la sección.» La operación es tanto más fácil, cuanto que, desde el mes de Septiembre de 1793, la mayoría, compuesta de bestias de carga, anda á palos. En la sección de la casa comunal, casi todos los oyentes son albañiles; «excelentes patriotas, dice uno de los clubistas del barrio: votan siempre con nosotros; se les hace que hagan lo que se quiere». Muchos obreros, cocheros, carreteros y gentes de todos los oficios, ganan así sus cuarenta suses, y no piensan que se les pueda exigir nada más. Llegados al principio de la sesión, se hacen inscribir; después salen para «beber una botella», sin creerse obligados á escuchar la charla de sus oradores; al final vuelven, y con la garganta, con los pies, con las manos hacen todo el ruido requerido; después acuden á cobrar su paga. Con individuos de esta especie pronto se triunfa de los oposicionistas, ó más bien, toda oposición queda separada de antemano. «Los mejores ciudadanos se callan en las asambleas de sección, ó se abstienen de

ir; no son aquéllas sino garitas en donde se toman á cada instante las disposiciones más absurdas, las más injustas, las más impolíticas. Y además se arruina allí á los ciudadanos con gastos sin límites, que exceden de los impuestos ordinarios y de los gastos comunales, que son ya muy crecidos. Unas veces es una sala que un carpintero, un cerrajero, miembro del comité revolucionario, quiere que se construya, que se agrande ó que se embellezca, y hay que quererlo con él. Otras veces es un mal discurso, lleno de exageración y de impolítica, cuya impresión se reclama por tres, cuatro ó cinco mil ejemplares. Después, para colmar la medida; *nada de cuentas*, ó, si se presentan por fórmula, se prohibe impugnarlas, so pena de sospecha», etc. Propietarios y distribuidores del civismo, los doce agitadores no tienen más que entenderse para repartirse los beneficios, á cada cual según sus apetitos; en adelante, la codicia y la vanidad están á sus anchas para sumarse la cosa pública bajo el manto del interés público.

El pasto es inmenso, y se les llama desde arriba. «Me complazco, dice Henriot en una de sus órdenes del día, en advertir á mis compañeros de armas que todos los puestos están á disposición del gobierno. El gobierno actual, que es revolucionario, que tiene intenciones puras, que no quiere sino el bien de todos... va hasta á sus graneros á buscar á los hombres virtuosos... los pobres y puros descamisados.» Y hay con qué satisfacerles: treinta y cinco mil empleos públicos en la capital solamente, es algo; ya, antes del mes de Mayo de 1793, «la sociedad de los jacobinos se jactaba de haber colocado á nueve mil agentes en las administraciones», y desde el 2 de Junio, «los hombres virtuosos, los pobres y puros descamisados» salen á

montones «de sus graneros», de sus tugurios para atrapar cada uno lo que le dan. Sin hablar de las antiguas oficinas de guerra, de marina, de hacienda y de negocios extranjeros, en las que se instalan á cientos, en las que denuncian incesantemente á los empleados que quedan, y hacen vacantes para llenarlas, hay veinte nuevas administraciones que se reservan en propiedad. Comisarios de los bienes nacionales de la primera confiscación, comisarios de los bienes nacionales que provienen de los emigrados y de los condenados, comisarios para la requisición de caballos de lujo, comisarios de vestuario, comisarios para la recolección y fabricación de salitre, comisarios de acaparamientos, comisarios civiles en cada una de las cuarenta y ocho secciones, comisarios para la propaganda en los departamentos, comisarios de subsistencias y otros muchos; solamente en el departamento de subsistencias hay mil quinientos puestos en París, y todo esto está retribuído: he aquí ya un buen número de empleos aceptables. Pero los principales son los que ponen á discreción de sus ocupantes las libertades y las vidas; porque, por ese poder más que regio, se tiene lo demás, y tal es el poder de los hombres que componen los cuarenta y ocho comités revolucionarios, el Comité de Seguridad general, el municipio y el estado mayor de la fuerza armada. Son los resortes del Terror, designados ó aprobados todos ellos por la Sociedad central que se ha atribuído el monopolio del patriotismo y que, erigida en supremo concilio de la secta, no otorga el título de ortodoxia sino á los suyos.

Inmediatamente han tomado el tono y la arrogancia de la dictadura; «el orgullo ha subido al más alto grado... tal que, ayer sin empleo, era amable y honrado, se ha hecho altivo, insolente, porque, engañados por

la apariencia, sus conciudadanos le han nombrado comisario ó le han dado un empleo cualquiera.» En adelante, obra como un aya entre los infieles, y cuando manda, es ejecutivo. El 20 vendimiario del año 11, «por la noche», el Comité de la sección de las Picas manda llamar á M. Bellanger, arquitecto: le significan que necesitan su casa, al instante, para construir una nueva Bastilla. «Pero, dice, no tengo más bienes; hay en ella varios inquilinos; está adornada con modelos de arte: no sirve para ese uso.»—«Tu casa ó á la cárcel.»—«Pero habrá que pagar indemnizaciones á los inquilinos.»—«Tu casa ó á la cárcel; en cuanto á las indemnizaciones, tenemos alojamientos vacantes, en la Force ó en Santa Pelagia, para los inquilinos y para ti». Incontinenti, doce guardias del puesto van á ocupar el inmueble; conceden al propietario seis horas para mudarse. Instrumentos administrativos que funcionan tan bien necesitan ser atendidos cuidadosamente, y á este efecto, de vez en cuando los engrasan: el 20 de Julio de 1793, el gobierno concede veinte mil francos á cada uno de los cuarenta y ocho comités, y ocho mil francos al general Henriot «para los gastos de vigilancia de los manejos antirrevolucionarios»; el 7 de Agosto, cincuenta mil francos á los miembros sin fortuna de los cuarenta y ocho comités, trescientos mil francos al general Henriot «para desbaratar los complots y asegurar el triunfo de la libertad», cincuenta mil francos al alcalde «para descubrir las maquinaciones de los perversos»; el 10 de Septiembre, cuarenta mil francos al alcalde, al presidente y al procurador síndico del departamento, «para medidas de seguridad»; el 13 de Septiembre, trescientos mil francos al alcalde «para prevenir los esfuerzos de los perversos»; el 15 de Noviembre, cien

mil francos á las sociedades populares «porque son necesarias para la propagación de los buenos principios». Además de las gratificaciones y del sueldo fijo, hay las dulzuras del empleo. Henriot ha puesto á sus compañeros en el personal de vigilantes ó denunciadores á jefes, y, naturalmente, se aprovechan de su empleo para llenarse los bolsillos; so pretexto de incivismo, multiplican las visitas domiciliarias, piden dinero al amo de la casa ó le roban lo que les conviene. En el municipio y en los comités revolucionarios, todas las extorsiones pueden impunemente ejercerse y se ejercen. «Conozco, dice Guevremont, á dos ciudadanos que fueron encarcelados, sin que se les dijese el motivo, y que al cabo de tres semanas ó de un mes fueron puestos en libertad: ¿sabes cómo? Pagando el uno quince mil libras, y veinticinco mil el otro.» Desgraciado del imprudente que, no habiéndose ocupado nunca en los asuntos públicos, confía en su inocencia, despide al corredor oficioso y no negocia en seguida; por haber negado ú ofrecido demasiado tarde los cien mil escudos que le pedían, el notario Brichard pondrá la cabeza «en la ventana roja».

Y omito las rapiñas ordinarias, el vasto campo ofrecido á la concusión por los inventarios, los secuestros y las innumerables adjudicaciones, por la enormidad de los suministros, por la rapidez de las compras, por el derroche de los dos millones que, semanalmente, da el gobierno al municipio para aprovisionar la capital, por la requisición de los granos, que proporciona á mil quinientos hombres del ejército revolucionario la ocasión de saquear, hasta en Corbeil y Meaux, las fincas de la vecindad y llenarse las manos. Con el personal dicho, no hay nada asombroso en estos robos anónimos. Babeuf, el falsario en escritura pública, es

secretario de subsistencias en el municipio; Maillard, el septembrista de la Abadía, recibe ocho mil francos para dirigir, en las cuarenta y ocho secciones, á los noventa y seis observadores y conductores del espíritu público. Chretien, cuya vivienda sirve de punto de reunión á los pega-duro, se convierte en jurado con diez y ocho francos diarios en el Tribunal revolucionario, reina en el comité y dirige su acción con el sable alzado. Sada, el profesor del crimen, es ahora el oráculo de su barrio, y va, en nombre de la sección de las Picas, á leer mensajes en la Convención.

III

Examinemos de cerca algunas figuras; cuanto más de relieve están, tanto más la grandeza del oficio pone de manifiesto la indignidad del potentado. Hay uno, Buchot, señalado dos veces por Robespierre como «hombre probo, enérgico y capaz de las más importantes funciones». Nombrado por el comité de Salud pública «comisario de relaciones exteriores», es decir, ministro de Estado, se ha mantenido en ese elevado puesto durante cerca de seis meses. Es un maestro de escuela del Jura, recientemente llegado de su pueblo, y en el que «la ignorancia, las maneras innobles y estúpidas superan á cuanto se puede imaginar. Los jefes de sección han renunciado á trabajar con él; no los ve ni los llama. Nunca se le encuentra en su despacho, y cuando es indispensable pedirle la firma para alguna legalización, único acto al que ha reducido sus funciones, hay que ir á buscarle al café Hardy, en donde se pasa habitualmente el día». Por de contado, es envidioso y rencoroso, se venga de su

incapacidad sobre aquellos cuya competencia le hace sentir su ineptitud, los denuncia como moderados, logra por fin que se dé un mandamiento de prisión contra sus cuatro jefes de servicio, y, en la mañana del 9 termidor, con una sonrisa feroz, anuncia á uno de ellos, M. Miot, la buena nueva. Por desgracia, he aquí que, después de termidor, Buchot es destituído, y M. Miot ocupa su puesto. Con la cortesía diplomática, éste visita á su antecesor. Buchot, poco sensible á los cumplidos, piensa en seguida en lo práctico, y pide quedarse provisionalmente en sus habitaciones del ministerio. Concedido esto, da las gracias y dice á M. Miot que han hecho bien en nombrarle. «En cuanto á mí, es muy desagradable: me han hecho venir á París, me han hecho dejar mi situación en la provincia, y ahora me ponen en el arroyo.» Después de esto, con admirable descaro, pide al hombre á quien ha querido guillotinar una plaza de empleado en el ministerio. M. Miot trata de hacerle entender que no estaría bien que un ex ministro descendiera de tal manera. A Buchot le parece rara esta delicadeza, y, al ver el embarazo de M. Miot, concluye por decirle: «Si no me cree usted capaz de desempeñar un puesto de empleado, me contentaré con el de mozo de oficina.» Se ha juzgado á sí mismo en lo que vale.

Otro, cuyos actos ya conocemos, general en París de toda la fuerza armada, jefe de ciento diez mil hombres, aquel antiguo criado que, echado por robo, encerrado en Bicetre, alternativamente espía, matamoros de barraca de feria, consumero y septembrista, purgó la Convención el 2 de Junio; en suma, el famoso Henriot, hoy simple soldadote borracho. En este concepto, á pesar de sus connivencias con Hebert y sus cordeleros, le han respetado en el proceso de los exagerados.

Le han conservado como instrumento, sin duda porqué es de cortos alcances, brutal y manejable, más comprometido que nadie, terreno para todo, de imposible independencia, sin servicios en el ejército, sin prestigio con los verdaderos soldados, general intruso, de parada y calle, más populachero que el populacho. Con su palacio, su palco en la Ópera Cómica, sus caballos, su importancia en las fiestas y revistas, con sus orgías, sobre todo, está contento. Por la noche, de gran uniforme, escoltado por sus ayudantes, galopa hasta Choisy-sur-Seine, y allí, en la casa de un complaciente llamado Fanvel, con partidarios de Robespierre ó demagogos del lugar, hacen estragos: sablean los vinos del duque de Coigny, rompen los vasos, los platos y las botellas, van á meter ruido en los bailes públicos de los alrededores, derriban las puertas, rompen los bancos y las sillas, en una palabra, se divierten. Al día siguiente, cuando ha dormido la borrachera, dicta sus órdenes del día, verdaderas obras maestras, en las que la tontería del imbécil, la credulidad del tonto, el sentimentalismo del borracho, la charla del saltimbanqui y las tiradas aprendidas del filósofo de cincuenta francos diarios, se funden en una mixtura única, á la vez desagradable y picante, semejante á los licores pimentados que se sirven en las tabernas de baja estofa; pero tanto más apropiada á su auditorio, cuanto que contiene todos los ingredientes, todo el aguardiente de la Revolución.

Informa sobre las maniobras del extranjero y desarrolla las verdaderas causas de la penuria. He aquí algunos de estos documentos: «Ultimamente se ha encontrado una cantidad de panes en unos retretes; sobre esta infamia hay que interrogar á los Pitt, á los Coburgo y á todos los bandidos que quieran encadenar

la justicia, la razón y asesinar la filosofía.—El servicio general, el de costumbre.» «Se invita á los ministros y sectarios de cualquier culto á que no vuelvan á realizar, fuera de sus templos, ninguna ceremonia religiosa. Todo buen sectario será lo bastante prudente para mantener la ejecución de este derecho. El interior de un templo es lo suficiente grande para ofrecer su homenaje al Eterno, que no necesita un ceremonial ofensivo para todo hombre que piensa; según todos los sabios, un corazón puro es el mejor homenaje que la Divinidad puede desear.—El servicio general, el de costumbre.» «Invito á mis conciudadanos, á quienes la curiosidad lleva á los tribunales, á que realicen los servicios por sí mismos: es una tarea que todo buen ciudadano debe hacer donde se encuentre. En un país libre, la justicia no debe hacerse con picas y bayonetas, sino con la razón y la filosofía. Ellas deben vigilar la sociedad, deben depurarla proscribiendo á los malos. Cada cual debe aportar á la obra su pequeña porción filosófica, y con estas pequeñas porciones hacer un todo razonable, que redundará en beneficio de la sociedad. ¿Cuándo llegará ese deseado tiempo en que los funcionarios serán escasos, en que desaparecerán todos los malos sujetos, en que la sociedad entera no tendrá por funcionarios públicos sino la ley?—El servicio general, el de costumbre.» Todas las mañanas pontifica con el mismo estilo. Imaginad la escena: se está vistiendo Henriot en el palacio del Estado Mayor; hay una mesa de escribir, y tal vez una botella de aguardiente sobre la mesa; de un lado, el bocón, que, mientras que se pone el cinturón ó las botas, se enreda en su homilía humanitaria; del otro lado, el secretario, mudo, inquieto, que, sabiendo casi la ortografía, no se atreve á corregir demasiado las frases grotescas.

Del mismo cuño que el comandante general es el Municipio que se emplea; porque la hoja y el puño de la espada municipal, forjados en la fábrica jacobina, son poco más ó menos del mismo metal. Es curioso ver en sesión á los individuos que lo componen... A fines de Septiembre de 1793, uno de los veteranos de la filosofía liberal, de la economía política y de la Academia francesa, el anciano abate Morellet, arruinado por la Revolución, tiene necesidad de un certificado de civismo para cobrar la pequeña pensión de mil francos que la Asamblea Constituyente le concedió como recompensa de sus escritos, y el Municipio, que quiere informarse, le nombra tres examinadores. Naturalmente, hace cerca de ellos todas las gestiones previas. Primeramente escribe «un billete bien humilde, bien cívico», al presidente del Consejo general, Lubin hijo, ex aprendiz que, habiendo dejado las artes por la política, vive con su padre, carnicero, en la calle Saint-Honoré. Morellet entra en la carnicería, es admitido después de buena espera, encuentra á su juez en la cama y expone su causa. Después visita á Bernard, ex sacerdote, y saluda respetuosamente al ama de la casa, «una mujer bastante joven, pero muy fea y muy sucia.» Por último, lleva sus diez ó doce libros al más importante de los tres emisarios, Vialard, ex-peluquero de señoras»: éste es casi un colega, «porque, dice él, siempre me han gustado los mecanismos y presenté á la Academia de Ciencias tupé de mi invención». Pero el peticionario no se mostró en la calle el 10 de Agosto, ni el 2 de Septiembre, ni el 31 de Mayo: ¿cómo con estas muestras de tibieza concederle un certificado? Morellet no se retira; espera al omnipotente peluquero en el Ayuntamiento y le aborda varias veces al paso. El otro, «con más empaque y distracción que el ministro de la Guerra, más inabordable que se mostrase nunca con el más insignificante teniente de infantería», escuchándole apenas, y sin dejar de andar va á sentarse, y Morellet asiste á la fuerza á unas cuantas sesiones. Curiosas sesiones, á las que acuden delegaciones, voluntarios, aficionados patriotas á cantar y declamar; en las que todo el Consejo canta, en las que el presidente Lubin entona cinco ó seis veces la Marsellesa y el *Ça ira*. «Es chusco, decía una mujer del pueblo al lado de Morellet; es chusco que se pasen la sesión cantando. ¿Están aquí para eso?» No solamente para eso: después de los cánticos, los oradores de costumbre, y sobre todo, el peluquero de señoras, lanzan sus mociones de muerte. Son los hombres ostentosos. Los otros, que no hablan y apenas saben escribir, son los ejecutores. Tal es un tal Chalandon, miembro del Municipio, presidente del Comité revolucionario de la sección del *Hombre Arena*, y probablemente muy buen cazador de hombres, porque los «comités del gobierno le han concedido el derecho de vigilancia sobre toda la orilla derecha del Sena, y provisto de poderes extraordinarios, reina sobre la mitad de París.» Este exterminador es un zapatero remendón, colega en cueros, y en el Municipio de Simón, el preceptor y asesino del Delfín.

Bajo este admirable cuerpo municipal, tratemos de figurarnos, al menos con una muestra completa, á los cuarenta y ocho comités revolucionarios que están en su mano. Hay uno que no tiene de revolucionario sino sus apetitos: ni la teoría ni las convicciones le dirigen; durante los tres primeros años de la Revolución, ni ha trabajado, ni ha pensado en los asuntos públicos; si desde el 10 de Agosto, y sobre todo desde el 2 de Junio, se ocupa en ellos, es para vivir y engordar con los

mismos. De diez y ocho miembros, simultáneos ó sucesivos, del Comité del Gorro Frigio, catorce, antes del 10 de Agosto y sobre todo antes del 2 de Junio, eran desconocidos en el barrio y no habían tomado parte alguna en la Revolución. Los más importantes son tres pintores decoradores, arruinados y sin trabajo por la Revolución; un cerero, un vinagrero, un salitrero, un cerrajero. Con ellos hay dos criados de casa grande, un cochero, un ex gendarme echado de la gendarmería, un zapatero de portal, dos vendedores ambulantes y un ex vendedor de billetes de lotería sin domicilio, falsificador y, por confesión propia, perseguido por la justicia. Otros cuatro han sido echados de sus colocaciones por infidelidad, tres son borrachos conocidos, dos ni siquiera son franceses; y en esta selecta compañía, el jefe, el cerebro director es, como de costumbre, un hombre de ley, venal y desprestigiado, el ex notario Pigeot, excluído de su corporación por quiebra. El es, probablemente, quien ha imaginado la especulación que se va á leer. Desde el mes de Septiembre de 1793, teniendo vara alta para prender en el barrio, y hasta fuera del barrio, á quien mejor le parezca, el comité ha hecho una *razzia*, «trescientos padres de familia en cuatro meses», y ha llenado un antiguo cuartel que ocupa en la calle de Sèvres. En esta barraca reducida y malsana hay amontonados más de ciento veinte detenidos, á veces diez en el mismo cuarto, tres en la misma cama; y para gastos de vigilancia pagan trescientos francos diarios. Como estos gastos comprobados son de sesenta y dos francos, hay por este concepto, y sin contar las otras extorsiones ó concusiones que no son oficiales, doscientos treinta y ocho francos de beneficio para los honrados comitentes. Así viven en grande y se hacen servir «las

más espléndidas comidas» en cuanto se reúnen; «los escotes de diez ó doce libras no son nada para ellos». Pero en este opulento barrio de San Germán, tantos hombres y mujeres de dinero son un ganado al que hay que albergar convenientemente para sacarle mejor el jugo. En consecuencia, á fines de Marzo de 1794, para ensanchar su explotación, el comité alquila en la esquina del boulevard una gran casa con patio y jardín, y deposita en ella á la alta sociedad del barrio en habitaciones de dos piezas, á doce francos por día, lo que le produce unas ciento cincuenta mil libras al año; y como ha alquilado la casa en dos mil cuatrocientos francos, gana en la operación ciento cuarenta y siete mil seiscientas libras; á lo que hay que añadir otra porción de beneficios en dinero y en especies, derecho de entrada sobre los artículos de consumo, derechos de entrada y de salida sobre la correspondencia, contribuciones personales y gratificaciones recibidas de mano á mano. Un ganado acorralado no niega nada á sus guardianes, y éste menos que otro; porque si está explotado, está amparado, y sus guardianes le encuentran demasiado lucrativo para enviarle al matadero. Durante los seis últimos meses del Terror, de los ciento sesenta pensionistas del Comité del Gorro Frigio, únicamente dos han sido entregados para la guillotina. Unicamente el 7 y el 8 termidor, cuando el Comité de Salud pública emprende la tarea de desocupar las cárceles, es cuando se lleva al precioso rebaño y perturba la combinación tan bien concebida, tan bien llevada. Era demasiado buena, ha despertado envidias; tres meses después de termidor es denunciado el Comité del Gorro Frigio: diez son condenados á veinte años de cadena, puestos en la picota; entre otros, el ingenioso notario, en medio de los

gritos de alegría y de los insultos de la multitud. Sin embargo, no son peores; su codicia ha embotado su ferocidad; otros, menos hábiles para robar, se muestran más crueles para matar; y en todas partes, tanto en provincias como en París, en los comités revolucionarios pagados á tres y cinco francos al día por individuo, la calidad del personal es poco más ó menos la misma. Según las cuentas de pago que Barere tuvo en su mano, hay veintiún mil quinientos comités de esta clase en Francia.

IV

Si las leyes del 21 de Marzo y de 5 de Septiembre de 1793 se hubieran exactamente aplicado, en vez de veintiún mil quinientos comités revolucionarios hubiera habido cuarenta y cinco mil, compuestos de quinientos cuarenta mil miembros, con un coste de quinientos noventa y un millones al año. Esto hubiera constituído, por encima de la administración regular, ya dos veces más numerosa y dos veces más costosa que con el antiguo régimen, una administración postiza, que gastaría «en simple vigilancia» cien millones más que el total de los impuestos, cuya enormidad sublevó al pueblo contra el antiguo régimen. Por fortuna, la monstruosa planta no pudo vegetar sino á medias; ni la simiente jacobina ni el aire mefítico que necesitaba para germinar se encontraban en todas partes. «El pueblo de provincias, dice un contemporáneo, no estaba á la altura de la Revolución; oponía antiguas costumbres y una resistencia inerte á innovaciones que no comprendía.» «El labrador es estimable, escribe un representante delegado; pero es muy mal

patriota en general.» Efectivamente: de una parte, hay menos fango humano en las ciudades departamentales que en la gran sentina parisiense; y de otra parte, la población rural, preservada de los miasmas intelectuales, resiste mejor que la población urbana á las epidemias sociales. Menos infestadas de aventureros, menos fecundas en cerebros exaltados, las provincias suministran más difícilmente que la capital un personal de terroristas é inquisidores.

En los miles de Municipios que tienen menos de quinientos habitantes, en muchos otros lugares más poblados, pero apartados y puramente agrícolas, faltan individuos para formar un comité revolucionario. Están muy ocupadas las manos; las manos callosas no escriben corrientemente; nadie desea tomar la pluma, sobre todo para llevar un registro que quedará y que puede un día ser comprometedor. No es ya muy fácil formar el Municipio, encontrar alcalde, los otros dos funcionarios municipales y el agente nacional, requeridos por la ley; en los pequeños Municipios, ellos son los únicos agentes del gobierno revolucionario, y creo que, por lo general, su fervor jacobino no es grande. Consejero municipal, agente nacional ó alcalde, el verdadero campesino no es de ningún partido, ni monárquico ni republicano; sus ideas son demasiado escasas, demasiado limitadas y demasiado tontas para formarse una opinión política. De la Revolución no comprende sino lo que le llega á lo vivo, ó lo que todos los días ve á su alrededor, con sus propios ojos; 93 y 94 son y serán para él «el tiempo del mal papel y del gran espanto», nada más. Con sus hábitos de paciencia, sufre el régimen nuevo como sufrió el antiguo, soportando la carga que le ponen sobre los hombros. A menudo, no es alcalde ó agente nacional sino

á su pesar; le han obligado: bien hubiera querido dispensarse del trabajo. Porque, en los tiempos que corren, la misión es ardua: si ejecuta los decretos y sentencias, está seguro de crearse muchos enemigos; si no los ejecuta, está seguro de ir á la cárcel. Más le valdría estarse en su casa, como antes. Pero no puede elegir: una vez nombrado ó confirmado, no puede, so pena de hacerse sospechoso, negarse ni dimitir, y tiene que ser martillo para no ser yunque. Evidentemente, estos funcionarios involuntarios no son sino peones; tiran del carro revolucionario, poco más ó menos, como sus caballos, por requisición.

Por encima de los pequeños ayuntamientos, en los pueblos grandes que tienen un comité revolucionario, y en ciertas villas, los caballos enganchados hacen á veces como que tiran, pero no tiran por miedo de aplastar á alguien. En aquel tiempo, una villa, sobre todo cuando estaba aislada, situada en un país perdido y sin carreteras, constituía un pequeño mundo cerrado, mucho más cerrado que hoy, mucho menos accesible á las voces de París y á los impulsos de afuera; la opinión local era de un peso preponderante; conviven verdaderamente los vecinos; se tendría vergüenza en denunciar á un buen hombre al que se conoce desde hace veinte años; el ascendiente moral de las personas honradas basta provisionalmente para contener á la canalla. Si el alcalde ès republicano, lo es, sobre todo, en palabras; tal vez para ampararse, para amparar al pueblo, y porque hay que aullar con los lobos.

En otras localidades los exaltados y los granujas no han sido lo suficientemente numerosos para ocupar todos los puestos, y, á fin de llenar las vacantes, han empujado ó admitido en el personal nuevo á muy ma-

los jacobinos, tibios, indiferentes, hombres tímidos ó necesitados que aceptan el puesto como un refugio ó lo piden como un ganapán. «Ciudadanos, escribirá más adelante uno de éstos, fuí colocado en el Comité de Vigilancia de Aignay á la fuerza, fuí instalado por la fuerza.» Tres ó cuatro furibundos dominaban allí, y si se discutía con ellos, «no había más que amenazas... Siempre temblando, siempre temiendo: he aquí cómo ha pasado los diez y ocho meses que ha ejercido ese desdichado empleo.» En fin, en las ciudades medias ó grandes, el desconcierto de las distribuciones colectivas, la mezcolanza de los nombramientos improvisados y la brusca renovación del personal entero, han precipitado, quieras que no, á las administraciones á muchos pretendidos jacobinos que, en el fondo de su corazón, son girondinos ó fulgenses, pero que, por haber perorado mucho, se han señalado para los puestos por su facundia, y se encuentran al lado de los peores jacobinos en los peores empleos. Una vez instalado, el hombre se ve obligado á ejecutar, y muchos de los que ejecutan dejan entrever sus repugnancias; á lo mejor, no se puede obtener de ellos sino un servicio de autómata. «Antes de dirigirme al tribunal, dice un juez de Cambrai, me bebía un vaso grande de licor para darme fuerzas que me sostuvieran allí.» No salía de su casa sino para cumplir con su misión; dictado el fallo, volvía á encerrarse inmediatamente tapándose los oídos y los ojos. «Tenía que sentenciar con arreglo á la declaración del jurado; ¿qué podía hacer?» Nada más que ser ciego y sordo. «*Bebía*, procuraba ignorarlo todo, *hasta los nombres de los acusados.*» Decididamente, en ese personal local hay demasiados agentes débiles, poco celosos, sin entusiasmo, dudosos ó incluso secretamente hostiles; hay que sustituirlos por otros

enérgicos y seguros, y tomar éstos del único vivero en que se les encuentra. En cada departamento ó distrito ese vivero es la jacobinería de la cabeza de partido; desde allí se les enviará á los pueblos de la circunscripción. En Francia, el gran vivero central se encuentra en el jacobinismo de París; desde allí se les enviará á las ciudades de los departamentos.

V

En consecuencia, enjambres de langostas jacobinas se lanzan incesantemente de París á las provincias, y de cada una de las capitales á los campos. En esta nube de insectos destructores, los hay de diversas cataduras y varios tamaños: en primer término, los representantes delegados que van á mandar en los departamentos; en segundo, «los agentes políticos», que, puestos en observación en la vecindad de las fronteras, se encargan por añadidura, en la población en que residen, de dirigir la Sociedad popular y de hacer que marchen las administraciones. Además de esto, del club domiciliado en París, en la calle Saint-Honoré, parten descamisados escogidos que, autorizados ó delegados por el comité de Salud pública, van á Lyon, á Marsella, á Burdeos, á Troyes, á Rochefort, á Tonnerre y otros puntos, á desempeñar su oficio de misioneros entre los indígenas demasiado blandos, ó á componer los comités de acción y los tribunales de exterminio que cuesta trabajo constituir en la localidad. A veces también, cuando una población tiene mala nota, la Sociedad popular de una ciudad más cuerda le envía sus delegados para ponerla á tono; por ejemplo: cuatro delegados del club de Metz llegan, sin avisar, á

Belfort; se unen al comité revolucionario de la localidad, y de un golpe, sin consultar al municipio ni á ninguna autoridad legal, redactan una lista «de moderados, de fanáticos y de egoístas», á los que imponen una contribución extraordinaria de ciento treinta y seis mil seiscientas diez y siete libras. Igualmente, sesenta delegados de los clubs de la Costa de Oro, del Alto Marne, de los Vosgos, de la Mosela, de Saona y Loire y del Monte Terrible, acuden, llamados por los representantes delegados y con el nombre de «propagandistas», á «regenerar la ciudad de Strasburgo.» Al mismo tiempo, en cada departamento, los jacobinos recorren el país para regentar á sus súbditos. Unas veces es el mismo representante quien gira la visita y pasea, de distrito en distrito, su dictadura ambulante. Otras veces es su secretario el que va á visitar una población secundaria. Otras es «una comisión de investigación y propaganda» la que, elegida por el club y «provista de plenos poderes», va, en nombre de los representantes, á trabajar, durante un mes, en todos los ayuntamientos del distrito. Otras, en fin, es el comité revolucionario que, «declarado central para todo el departamento», delega á tales ó cuales de sus miembros para que intervengan en los municipios sospechosos. Así desciende y se esparce el jacobinismo, desde el centro hasta los más lejanos ayuntamientos; en toda provincia incolora ó de color incierto, la administración importada ó impuesta para su mancha roja.

Pero no es más que una mancha superficial, porque los descamisados no quieren confiar los puestos sino á hombres de su especie; y en provincias, sobre todo en los campos, escasean tales hombres. Según la frase de un representante, hay «penuria de individuos.» En

COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA.

Maçon, Javogues no encuentra en el club sino «federales disfrazados»; «el pueblo, dice, no quiere abrir los ojos; creo que esta ceguera depende de lo físico del país, que es muy rico.» Como es natural, echa pestes y destituye; pero hasta en el comité revolucionario no se presentan á su elección sino candidatos dudosos; no sabe cómo arreglárselas para renovar las autoridades locales. Concluye por amenazar con llevarse afuera los establecimientos públicos de la ciudad, si se persiste en no proponerle más que malos patriotas. En Strasburgo, Couturier y Dentzel comprueban que, «mediante una condición sin ejemplo, han convenido todos los ciudadanos notables en rechazar obstinadamente el cargo de alcalde»; lo que les obliga á nombrar á un joven que no tiene la edad legal y que es extraño en el departamento. En Marsella, escriben los agentes, «á pesar de nuestros esfuerzos y del deseo ardiente que todos tenemos de republicanizar al pueblo marsellés, nuestros trabajos y nuestro celo son casi infructuosos. El espíritu público sigue siendo detestable en los propietarios, los artesanos, los jornaleros... El número de descontentos parece aumentar de día en día. Todos los municipios del Var y la mayor parte de los de este departamento nos son contrarios... Es una raza que habría que destruir; es un país que habría que colonizar de nuevo... Lo repito: el único medio de realizar la revolución en los departamentos federalizados, y sobre todo en éste, es dejar á todos los naturales en condiciones de llevar las armas; diseminarlos en los ejércitos, y sustituirlos por guarniciones, á las que se cuidaría de relevar á menudo.» En el otro extremo del territorio, en Alsacia, «los sentimientos republicanos están todavía en la cuna; el fanatismo es extremado é increíble; el espíritu de los habitantes, en

general, no es nada revolucionario... Unicamente el ejército revolucionario y la santa guillotina los curarán de su apestosa aristocracia; únicamente haciendo que caigan las cabezas culpables se cumplirán las leyes, porque casi todos los municipios de los campos están compuestos de individuos casi siempre afectos al antiguo régimen.»

Y en el resto de Francia la población, menos recalcitrante, no es más jacobina; allí donde el pueblo se muestra «humilde y sumiso», como en Lyon y en Burdeos, los observadores declaran que es por puro terror; allí donde la opinión parece exaltada, como en Rochefort y en Grenoble, dice que «es un ardor ficticio«. En Rochefort, el celo no se mantiene sino «por la presencia de cinco ó seis jacobinos de París». En Grenoble, el agente político Chapy, presidente del Club, escribe: «que está siempre en guardia, que se consume para mantener el espíritu público y fijarlo á la altura de las circunstancias; pero que está seguro de que si se descuidase un solo día, todo se vendría abajo». No hay más que moderados en Brest, Lila, Dunquerque; si tal departamento, por ejemplo el del Norte, se ha apresurado á aceptar la constitución montañesa, no hay en ello sino una falsa apariencia; «á todo no ha respondido más que una parte infinitamente pequeña de los habitantes». En Belfort, «en donde hay de mil á mil doscientos padres de familia, escribe un agente, solamente una sociedad popular, compuesta de treinta ó cuarenta miembros á lo sumo, mantiene y ordena el amor á la libertad». En Arras, «de los trescientos ó cuatrocientos miembros que componían la sociedad popular», la depuración de 1794 no deja más que «sesenta y tres, de los que hay ausente una docena». En Tolosa, «de los mil cuatrocientos

miembros que componían la sociedad popular», no quedan más, después de la depuración de 1793, que unos cuatrocientos, simples máquinas que diez ó doce intrigantes manejan á capricho. Con tantos esfuerzos para extenderse, los jacobinos no logran más que restringir su número. Son lo que siempre han sido, un pequeño feudalismo de bandidos sobrepuesto á la Francia conquistada. Si el terror que esparcen multiplica sus siervos, el horror que inspiran disminuye sus prosélitos, y su minoría es ínfima, porque como colaboradores no pueden tener sino á sus iguales.

VI

Así es que cuando se examina de cerca el personal definitivo y último de la administración revolucionaria, no se encuentra nada más, tanto en provincias como en París, que lo selecto del vicio y de la mala conducta, ó, por lo menos, de la ignorancia, de la estulticia y de la grosería. Desde luego, como su nombre lo indica, han de ser todos, y casi todos lo son, «descamisados», es decir, hombres sin rentas ni capital, que viven al día de su trabajo diario, confinados en las profesiones subalternas, en los pequeños negocios, en los oficios manuales, es decir, pertenecientes á los últimos peldaños de la escala social, y, por lo tanto, teniendo necesidad de un sueldo para poder ocuparse en los asuntos públicos; por esto se les abonan tres, cinco, seis, diez y hasta diez y ocho francos al día. En Grenoble, los representantes forman el municipio y el comité revolucionario con tres guanteros, dos hortelanos, un tabaquero, un perfumista, un tendero de comestibles, un posadero, un carpintero, un

zapatero, un albañil, y por agente nacional nombran á Teyssière, licorero. En Troyes, entre los individuos que ejercen autoridad hay un confitero, un tejedor, un sombrerero, un carpintero, un maestro de baile; el alcalde Cacher, que fué soldado raso en el regimiento de Vexin, era, cuando se le nombró, maestro de escuela rural. En Tolosa han elegido como presidente de la administración á Tarrain, vendedor de galletas; el comité revolucionario está presidido por Pejo, oficial de peluquero, y «el inspirador, el alma del club», es un portero, el portero de la cárcel. Ultimo rasgo, más significativo todavía: en Rochefort la sociedad popular tiene por presidente al verdugo. Si tal es el personal en las grandes poblaciones, ¿cuál podrá ser en las pequeñas, en los pueblos, en las aldeas?

Sería hacer demasiado honor á tales gentes el suponerlas convicciones y principios; no tienen más que odios; sobre todo, apetitos, y para saciarlos se aprovechan de sus cargos. En Troyes, «todos los comestibles están requeridos para servir la mesa de los veinticuatro descamisados» á quienes Bo ha encargado de depurar la Sociedad popular. En la provincia próxima, en Dijon, Bearne, Semur, Aignay, los jefes del municipio y del club se reúnen en la posada ó en la taberna. Vese en Dijon á «los diez ó doce hércules del patriotismo atravesar la población, cada cual con un cáliz debajo del brazo»: es su vaso para beber; cada cual lleva el suyo á la posada de la Montaña; allí banquetean frecuente y copiosamente, y entre dos vinos, «ponen á las gentes fuera de la ley». No hay nada más á propósito que la embriaguez para excitar la ferocidad. En Strasburgo, los sesenta bigotudos propagandistas albergados en el colegio, en donde se han instalado en permanencia, tienen un cocinero suministrado

por la ciudad, y se beben «los vinos selectos destinados á los defensores de la patria». Al salir de una de sus orgías acuden, sable en mano, á la Sociedad popular á votar y obligar á que se vote «la muerte de todos los detenidos encerrados en el seminario, que son más de setecientos, de todo rango y sexo, sin que previamente sean juzgados». Cuando un hombre quiera ser un buen degollador, debe empezar por emborracharse: así lo hicieron en París los trabajadores de Septiembre; como el gobierno revolucionario es un septembrista organizado, prolongado y permanente, sus agentes están obligados á beber mucho.

Por la misma razón, como se les presenta la ocasión y la tentación de robar, roban. Al principio, durante seis meses y hasta el decreto que los asigna un sueldo, los comités revolucionarios se «pagan con sus propias manos»; después, á su salario legal de tres y cinco francos al día, añaden lo que mejor les parece, porque ellos son los que perciben los impuestos extraordinarios, y á menudo, como en Montbrison, «sin recibos ni registros». El 16 frimario del año II, el Comité de Hacienda declaraba «que el Gobierno desconocía el cobro y el empleo de los impuestos extraordinarios, que la Tesorería nacional no había recibido cantidad alguna procedente de esos impuestos». A los dos años, á los cuatro años después, la contabilidad de los impuestos revolucionarios, de las contribuciones forzosas, de los llamados donativos voluntarios, es todavía un agujero sin fondo. En Villafranca, de ciento treinta y ocho mil francos recaudados, el tesorero del distrito no ha recibido más que cuarenta y dos mil; en Beaugenay, de más de quinientos mil, cincuenta mil; en la Reote, de quinientos mil por lo menos, veintidós mil seiscientos cincuenta. «Lo restante, escribe el recaudador de

Villafranca, ha sido dilapidado por el Comité de Vigilancia.» «Los recaudadores del impuesto, dice el agente nacional de Orleans, después de haber aterrorizado, se entregaban á orgías escandalosas, y construyen hoy palacios.» En cuanto á los gastos que justifican, casi siempre tienen por objeto «indemnizaciones á los miembros de los comités revolucionarios, indemnizaciones á los patriotas», gastos de reparación y conservación de las salas de sus sociedades populares, gastos de expediciones militares, socorros á su clientela de indigentes; de suerte que los trescientos ó cuatrocientos millones de oro y plata arrancados antes de fines de 1793; los cientos de millones en asignados arrancados en 1793 y 1794; en suma, el producto casi íntegro de todos los impuestos extraordinarios, se lo han comido los descamisados. En el festín público se han servido los primeros y se han servido copiosamente.

Segundo ingreso, tan considerable. Como tienen el derecho de disponer arbitrariamente de las fortunas, de las libertades y de las vidas, pueden traficar con ellas, y nada más ventajoso que semejante tráfico, tanto para los vendedores como para los compradores; sería maravilloso que no se estableciese. Todo hombre rico ó acomodado, es decir, todo hombre que está en condiciones de ser tasado, encarcelado y guillotinado, consiente de buen grado en negociar, en rescatarse y rescatar á los suyos. Si es prudente, paga antes de que se lo pidan, para que no le pidan demasiado; paga, después de la tasa, para obtener una disminución ó algún respiro, para que se le admita ó se le mantenga en la Sociedad popular. Cuando el peligro se acerca, paga para obtener ó renovar su certificado de civismo, para que le declaren sospechoso, para que

no sea denunciado como conspirador. Cuando ha sido denunciado, paga para que le arresten en su casa mejor que en la cárcel, para que no le traten con demasiada dureza en la cárcel, para tener tiempo de reunir sus documentos justificativos, para que su causa se posponga á las demás, para no ser inscripto en la próxima hornada del comité revolucionario. No hay uno de estos favores que no sea preciso: por lo tanto, se hacen constantemente ofertas de dinero, y los pillos que pululan en los comités revolucionarios no tienen más que abrir las manos para llenarse los bolsillos. Y el peligro á que se exponen es pequeño, porque no son fiscalizados sino por sus iguales, ó no son fiscalizados. Además, los hábiles saben garantizarse. Por ejemplo, en Burdeos, M. Juan Davilliers, socio de una gran casa de comercio, estaba detenido en su casa, bajo la guardia de cuatro descamisados, cuando el 8 brumario del año II uno le llama aparte y le dice «que está en peligro si no se interesa por las necesidades indispensables que originan los gastos secretos de la República». Un alto personaje, Lemoal, miembro del comité revolucionario y administrador del distrito, ha hablado de estas necesidades, juzgando que M. Davilliers debía contribuir á tales gastos con una suma de ciento cincuenta mil libras. En este momento llaman á la puerta; Lemoal entra; todas las personas presentes se esquivan, y Lemoal se limita á preguntar: «¿Consientes?—Yo no puedo disponer de los bienes de mis asociados.—Entonces irás á la cárcel.» Ante esta amenaza, el pobre hombre suscribe y entrega á Lemoal un pagaré de ciento cincuenta mil libras, pagadero á veinte días fecha al portador, y al cabo de dos semanas, á fuerza de reclamaciones, obtiene la libertad de salir y entrar. Mientras tanto, Lemoal ha reflexionado

y juzgado prudente cubrir su extorsión privada con una exacción pública; dice, pues, á M. Davilliers: «Es esencial que ahora dé usted, de una manera ostensible, otras ciento cincuenta mil libras para las necesidades de la República; yo le acompañaré á casa de los representantes.» De esta manera, habiendo sido desplumada la gallina oficialmente, nadie sospechará que lo fué antes en secreto, y además, los curiosos quedarán despistados por la confusión de dos cifras iguales. M. Davilliers pide consultar con sus socios, y éstos, que no están en la cárcel, se niegan. Por su parte, Lemoal quiere cobrar el importe de su crédito, y el desgraciado Davilliers, «lleno de terror por las detenciones nocturnas», viendo que Lemoal sigue en el pináculo, concluye por ejecutarse; entrega primeramente treinta mil libras, después cantidades á cuenta, en total cuarenta y un mil libras; en fin, agotados sus recursos, ruega, suplica para entrar en posesión de su pagaré. Entonces Lemoal, juzgando que la gallina está completamente desplumada, se suaviza; rompe, á la vista de su deudor, «la firma entera del pagaré», y, por consiguiente, sus propios recibos parciales, que están debajo; pero se guarda cuidadosamente lo restante del documento, porque, así mutilado, probaría, en caso de necesidad, que no ha cobrado nada, que por patriotismo quiso hacer contribuir á un comerciante, pero que, encontrándose insolvente, anuló, por humanidad, la promesa suscripta. He aquí cómo se toman precauciones al mismo tiempo de hacer el negocio.

Otros, menos listos, roban abiertamente, entre ellos el alcalde; los siete miembros del comité militar, apodados «los siete pecados capitales», y, sobre todo, su presidente Lecombe, que, con promesas de libertad,

arranca á ocho ó nueve acusados trescientas cincuenta y ocho mil libras. «Con estos manejos, escribe un jacobino rigorista, muchas personas fuera de la ley han vuelto á Burdeos pagando; entre las que han rescatado así la vida, las hay que no merecían perderla, y que, sin embargo, fueron amenazadas con el suplicio si no consentían en todo. Pero es difícil obtener pruebas materiales; esas personas hoy guardan silencio, temiendo, con denuncias francas, asociarse á la pena de esos traficantes de la justicia y no queriendo exponer de nuevo la vida que han salvado.» En suma, la gallina desplumada se calla para no llamar la atención y no atraerse el cuchillo; tanto más, cuanto que los que la despluman tienen en su mano el cuchillo, y podrían, si gritase, despacharla á escape. Hasta cuando no ha chillado la despachan á veces para sofocar sus gritos posibles. Esto ocurrió con el duque de Châtelet y otros. No hay más que un medio seguro de preservarse: el de pagar á sus patronos «gradualmente; pagarlos como á sirvientes, al mes, en una escala proporcionada á la actividad de la guillotina». En todo caso, los granujas están á gusto, porque este comercio de vidas y libertades no deja huellas, y continúa impunemente durante dos años, de un extremo de Francia á otro, entre el silencio concertado de los vendedores y los compradores.

Tercer ingreso, no menos amplio, pero más ostensible á la luz, y, por lo tanto, más tentador todavía. Una vez encarcelado el sospechoso, todo lo que lleva á la cárcel con él, todo lo que se deja en su casa, se convierte en una presa; porque con la insuficiencia, la precipitación y la irregularidad de los procedimientos, con la falta de vigilancia y las connivencias sabidas, las grandes aves de rapiña pueden libremente jugar

el pico y las garras. En Tolosa, en París y en otras partes, unos comisarios despojan á los prisioneros de todo objeto de valor; por consiguiente, en muchos casos el oro, la plata, los asignados y las joyas, que confisca el Tesoro, se quedan al pasar en manos de quienes los tomaron. En Poitiers, los siete granujas que constituyen la oligarquía reinante confesarán ellos mismos, después de Thermidor, que robaron los efectos de los detenidos. En Orange, «la ciudadana Viot, esposa del fiscal; las ciudadanas Fernex y Ragot, esposas de los dos jueces», acuden á elegir en el despojo de los acusados, y toman para sí los pendientes, la ropa blanca y los encajes. Pero lo que los acusados detenidos ó fugitivos pueden haber llevado consigo es poca cosa en comparación de lo que dejan á domicilio, es decir, en secuestro. Todos los edificios eclesiásticos y señoriales, castillos y palacios de Francia están ahí, con sus mobiliarios, y también la mayor parte de las buenas casas burguesas, muchas otras viviendas de menor importancia, pero bien amuebladas y abundantemente provistas por el ahorro provinciano; además de esto, casi todos los depósitos y almacenes de los grandes industriales y grandes comerciantes constituye un botín colosal, y tal como no se ha visto nunca; todos los objetos agradables de poseer amontonados, y los montones diseminados á centenares de miles en las veintiséis mil leguas cuadradas del territorio. No hay más propietario que la nación, personaje indeterminado, al que no se ve; entre el botín sin dueño y los conquistadores no hay otra barrera que los sellos, es decir, un mal pedazo de papel sujeto por dos obleas mal puestas y vagas. Nótese también que los guardianes del botín son los descamisados que le han conquistado, que son pobres, que esa profusión de ob-

COLEGIO MAYOR DE NTRA.

jetos útiles ó valiosos les hace sentir mejor la desnudez de su hogar, que sus mujeres quisieran arreglar la casa. Además, ¿no les han prometido, desde los primeros días de la Revolución, que los «cuarenta mil hoteles, palacios y castillos, los dos tercios de los bienes de Francia, serían el premio del valor?» En este mismo momento, ¿no autoriza sus apetitos el representante delegado? ¿No se ve á Albitte y Collot d'Herbois en Lyon, á Fouché en Nevers, á Javognes en Montbrisson, proclamar que los bienes de los antirrevolucionarios y lo superfluo de los ricos son del patrimonio de los descamisados? ¿No se lee en las proclamas de Monestier que los campesinos, «antes de partir, pueden medir, acotar las inmensas propiedades de sus señores, elegir, por decirlo así, la que, á su vuelta, acrecentará la propiedad de su choza... apoderarse de lo que perteneció al conde ó al marqués?» Nada tiene de particular, por lo tanto, que la frágil tira de papel, que protege los muebles secuestrados y las mercancías confiscadas, salte, á cada instante, bajo manos groseras y rapaces. Cuando, después de Thermidor, vuelva el amo á su casa, lo hará á menudo en una casa vacía. Y los robos son todavía más descarados en la ciudad que en el campo. En Valenciennes, los jefes jacobinos del municipio son conocidos con el nombre de «rompesellos y patriotas del robo». En Lyon, los maratistas, que se titulan «amigos de Chalier», son, por «confesión de los mismos jacobinos, bandidos, ladrones y foragidos». Según los tales, en esta ciudad, de ciento veinte mil almas, son ellos unos tres mil, y piensan «repartirse toda la fortuna lyonesa». Este enorme pastel les pertenece; no admiten que los extraños, los parisienses, vengan á hincar el diente, y quieren comérselo solos, hasta la última miga. En cuanto á «su

sistema», consiste «en vender la justicia, en negociar con las denuncias, en tener secuestradas á cuatro mil familias por lo menos», en poner en todas partes los sellos en las casas y en los almacenes, en no llamar á los interesados que pudieran fiscalizar sus operaciones, en expulsar á las mujeres, á los niños, á los criados que pudieran delatar sus robos, en no hacer inventario, en «dilapidarlo todo, de acuerdo con los administradores». A los representantes les es imposible reprimirlos. «Cogedlos infraganti; hay que cerrar los ojos, ó les hacéis que hablen á gritos de la opresión de los patriotas: es un sistema para que no se pueda perseguir á nadie... Hemos dado una orden prohibiendo que ninguna autoridad haga quitar los sellos sin nuestra autorización; y después de esta orden, han venido á forzar un almacén secuestrado, á romper las cerraduras y robar, hasta á nuestra vista, en nuestra propia casa. Y ¿quiénes eran los dilapidadores? Precisamente dos comisarios del comité, que vaciaban el almacén sin nuestra autorización, y hasta sin estar provistos de poderes por el comité.» Es un saqueo en regla y diario; empezó el 10 de Octubre de 1793, continuó después sin interrupción, y se ve que el 23 floreal del año 11, es decir, el 26 de Abril de 1794, después de doscientos trece días, dura aún.

Ultima fuente de ingresos, y la más amplia de todas. A través de las prevaricaciones de sus agentes, la República, habiendo robado inmensamente, ha podido, aunque robada á su vez, guardar mucho: en primer lugar, los objetos muebles muy difíciles de sustraer, los grandes lotes de mercancías, los grandes despojos de los palacios, de los castillos, de las abadías y de las iglesias; en segundo lugar, y sobre todo, los inmuebles, tierras y edificación. Para subvenir á sus necesi-

dades, pone todo esto á la venta, y el que quiera adquirir no tiene más que hacerlo; el último postor se convierte en propietario legal y á buena cuenta; á menudo la tala de un año liquida el precio de un bosque; á veces se puede pagar un castillo con revender las verjas del parque y el cinc de los tejados. Aquí es donde se pueden dar buenos golpes, y desde luego con los objetos de lujo y de arte. «La sola nomenclatura de estos objetos robados, destruídos ó estropeados, formaría varios volúmenes.» Y si los beneficios son grandes en las ventas mobiliarias, son mucho mayores aún en las ventas de inmuebles. Aquí, las manos ávidas se tienden sin pudor alguno; porque cada detenido, obligado á declarar, con su nombre y calidad, su fortuna, tal cual es ahora y tal como era antes de la Revolución, proporciona á las codicias locales un objeto preciso, conocido, cierto, directo y palpable. En Tolosa, dice un prisionero, «inscribían el detalle y el valor de cada objeto como para *una herencia*», y los comisarios que lo hacían, «nuestros asesinos, por adelantado y casi ante nuestros ojos, procedían á la partición, disputaban sobre la elección, comparaban el precio de la adjudicación con los medios de disminuirle, y hablaban de los beneficios de la reventa y de la cesión». En Provenza, en donde la madurez y la corrupción son más precoces que en otras partes, en donde el sentido y el alcance de la Revolución se han comprendido desde el principio, la cosa es peor todavía; en ninguna ha manifestado tan descaradamente su carácter íntimo el personal jacobino, y en ninguna parte, de 1789 á 1799, se ha sostenido tan bien ese carácter. En Tolon, los demagogos son, en el año V como en el año III, «obreros y empleados del arsenal, convertidos en amos por la delación y por el terror; detentadores gratuitos ó adquirentes á vil precio de los bienes nacionales; tenderos procedentes de todas partes y aprovisionados por todos los medios, á saber: el robo, la compra de efectos robados, las requisiciones cedidas ó vendidas». En Draguignan, en Brignoles, Vidauban y Frejus, en Marsella, después de Thermidor, los regresos intermitentes del terror restaurarán siempre en los cargos á los individuos que hacen dinero de todo y se entienden como ladrones de feria, acostumbrados á vivir á costa del público.

¿En qué mejores manos que en las de los patriotas pueden caer los bienes de los antirrevolucionarios? ¿Acaso, como dijo Marat, el apóstol, el mártir, el santo canonizado de la Revolución, no es el fin de ésta quitar la fortuna á los grandes para dársela á los pequeños?

VII

Quedan las últimas maniobras del sistema, las manos que agarran, la fuerza armada que opera corporalmente sobre los hombres y las cosas. A este efecto, se emplea, en primer lugar, la guardia nacional y la gendarmería ordinaria; por supuesto, que desde 1792 se ha seleccionado incesantemente á estas dos armas, hasta no dejar en ellas sino energúmenos y máquinas; sin embargo, á medida que el sistema se desarrolla, se continúa seleccionándolas. En Strasburgo, el 14 brumario, los representantes han destituído, prendido y mandado á Dijon á todo el estado mayor de la guardia nacional, para que sirva de rehén hasta la paz; á los tres días, considerando que la caballería se ha equipado y montado á su costa, la juzgan aristocráti-

ca, burguesa, sospechosa, se apoderan de sus caballos y arrestan á los oficiales. En Troyes, por la misma razón y no menos bruscamente, Rousselin, «comisario civil nacional», destituye de un golpe á todos los gendarmes, menos cuatro, y los sustituye con descamisados conocidos. Porque, en principio, los indigentes, los descamisados, son los únicos que tienen derecho á llevar las armas, y cuando un burgués presta servicio, no le confían más que una pica, que cuidan de quitársela en cuanto ha terminado.

Pero al lado de la fuerza armada ordinaria hay otra, aún más escogida y eficaz, «el ejército revolucionario», que el gobierno y los representantes, á partir del 5 de Septiembre de 1793, han formado en París y en la mayor parte de las grandes poblaciones. El de París monta seis mil hombres, con mil doscientos artilleros, y envía destacamentos á provincias, dos mil hombres á Lyon, doscientos á Troyes; Isabeau y Tallien tienen uno de tres mil hombres en Burdeos; Saliceti, Albitte y Gasparin, uno de dos mil en Marsella; Isoré y Duquesnoy, uno de mil en Lille; Javognes, uno de mil doscientos en Montbrison; otros, menos numerosos, y que tienen de doscientos á seiscientos hombres, están en Montius, Grenoble, Besançon, Belfort, Bourg, Dijon, Strasburgo, Tolosa, Auch, Nantes. Cuando, el 27 de Marzo de 1794, el Comité de Salud Pública, amenazado por Hebert, los haya disuelto como hebertistas, quedarán varios de ellos, á lo menos como núcleo, bajo diversas formas y denominaciones, ya que la administración local los conserve con el nombre de «guardas á sueldo», ya que los soldados, licenciados y sin empleo, se hagan, en razón de sus hazañas, conferir grados en la guardia nacional de su localidad; de esta manera continúan su servicio, que es indispensable, puesto que por ellos se ha establecido y dura el régimen. «El ejército revolucionario, dicen los decretos de institución, está destinado á reprimir á los antirrevolucionarios, á ejecutar, donde sea menester, las leyes revolucionarias y las medidas de salud pública», es decir, «á custodiar á los detenidos, á prender á los sospechosos, á derribar castillos, á quitar las campanas, á registrar las sacristías por los objetos de oro y plata, á apoderarse de los caballos y coches de lujo», á imprimir el terror físico. Con esto puede comprenderse de qué soldados se compondrá el ejército revolucionario.

Naturalmente, como se forma por alistamientos voluntarios, y como todos los candidatos han pasado por el escrutinio depuratorio de los clubs, no comprende sino ultrajacobinos. Naturalmente, como el sueldo es de cuarenta suses diarios, no comprende sino proletarios. Naturalmente, como la misión es tan repugnante como atroz, no comprende sino los ultrapervertidos.

Cuerpos y bienes, todo está á su discreción, y obran en consecuencia, primero en los campos, á donde van á visitar los graneros y las granjas. «Los de Grenoble, escribe el agente, hacen maravillas; han encontrado en un solo reducido municipio cuatrocientas medidas de trigo, mil doscientos huevos y seiscientas libras de manteca. Todo esto ha tomado prontamente el camino de Grenoble.» En los alrededores de París, la vanguardia de la tropa, armada de «hoces y bayonetas», se precipita en las alquerías; se apodera de los bueyes, de los corderos y de las aves; incendia las granjas, y vende el botín á los acaparadores. El 9 brumario, á las siete de la tarde, en Tigery, cerca de Corbeil, veinticinco hombres, «con sables y pistolas al cinto, la mayor parte con uniforme de guardias nacio-

nales, y que se llaman del ejército revolucionario», entran en casa de Gibbon, viejo labrador de setenta y un años; otros cincuenta, para que la expedición no sea perturbada, vigilan los alrededores. Su jefe, Turlot, ayudante del general Henriot, pregunta dónde está el amo: «En la cama.—Que le despierten.» El anciano se levanta.—«Entrega las armas.»—La mujer entrega una escopeta de caza, única arma en la casa. Al instante, la banda se arroja sobre el pobre hombre, «le golpea, le ata las manos, le mete la cabeza en un saco»; se hace la misma operación con la mujer, con los ocho criados y las dos criadas.—«Ahora, las llaves de los armarios; queremos ver si tienes flores de lis ó algún otro objeto vedado por la ley.» Le registran los bolsillos, le quitan las llaves, abren los armarios, se apoderan de toda la plata.—«Ya levantaremos acta de todo esto cuando estemos tranquilos en Meaux. Ahora, ¿dónde está tu dinero? Si no lo declaras, la guillotina está á la puerta; yo seré tu verdugo.» El anciano no se niega; pide solamente que le desaten; pero es más seguro tenerle atado «para hacerle cantar». Le llevan á la cocina, le ponen los pies «en un tronco ardiendo». Da un grito, señala un armario. Cogen lo que encuentran: «setenta y dos francos en numerario y de cinco á seis mil libras en asignados, que Gibbon acababa de recibir «por su trigo en requisición». En seguida rompen las puertas de la bodega, suben vino, se toman la cena de la casa, se emborrachan, y al fin, dejando á Gibbon con los pies quemados, agarrotado, así como á los otros cinco, se marchan bien seguros de no ser perseguidos.

En las ciudades, sobre todo en país federal, los robos se complican con otros atentados. En Lyon, mientras que se ha alojado en los cuarteles á las tropas regulares, alojan á domicilio al ejército revolucionario los dos mil granujas sanguinarios que llegan de París, y á los que su mismo general, Reensin, llama bandidos, alegando por excusa «que no se puede encontrar personas honradas que hagan este oficio». De qué manera tratan á sus patronos, es cosa que se adivina. Sus contemporáneos se deslizan sobre este punto, y por pudor ó asco evitan los detalles. Algunos usan simplemente de la fuerza bruta; otros se desembarazan con la guillotina del marido incómodo... En Nantes, donde con más furia rugió el aquelarre revolucionario, con directores de orquesta como Carrier y sus satélites de comité, se puede estar seguro de que sus ejecutantes son hombres escogidos.

Para mayor seguridad, algunos miembros del comité de Nantes toman directamente parte en la ejecución. Uno de ellos, Goullin, criollo de Santo Domingo, sensual y nervioso; otro, Grandmaison, antiguo maestro de armas, condenado é indultado antes de la revolución, por dos asesinatos; el tercero, Picard, matador de mujeres y niños. Manda el primero la *Compañía Marat*, cuyos miembros, desde el 5 primario, se jactan de tener los brazos cansados á fuerza de dar sablazos de plano á los prisioneros para hacerles andar hasta el Loire; sus oficiales acosan á Carrier para encargarse del ahogamiento, porque es lucrativo. Previamente, á los hombres y mujeres que van á morir, les quitan todas las ropas, incluso las camisas; sería lástima que los objetos de valor fuesen al fondo del agua con su propietario; los ahogadores se los reparten; con los cuatro ó cinco mil ahogados hubo de realizar buenos beneficios la *Compañía Marat*.

Grandmaison manda los *Húsares americanos*, tropa que se compone de negros y mulatos, bastante nume-

rosos en aquella población de armadores. Son los encargados de fusilar mujeres, de las que usan antes.

La tropa de Picard se llama la *Legión germánica*, formada por desertores ó mercenarios alemanes, y la comisión militar los emplea en el fusilamiento de mujeres vendeanas. Las ponen en fila ante los cadáveres de los días anteriores. Después, los alemanes registran á las muertas; otros las desnudan y «las ponen boca arriba».

Ha sido preciso, para encontrar obreros de esta obra, descender, no solamente hasta los últimos foragidos de Francia, sino también hasta brutos de raza y de lengua extranjeras; más bajo todavía, hasta brutos de raza inferior, degradados por la esclavitud y pervertidos por la licencia. Tal es, de arriba abajo de la escala, en todos los grados de la autoridad y la obediencia, el personal del gobierno revolucionario. Por su formación y su empleo, por sus costumbres y sus actos, evoca ante la memoria la imagen casi olvidada de sus predecesores, porque los ha tenido, en los siglos XIV, XVI y XVII. También en aquel tiempo la sociedad era á veces conquistada y sacudida por sus bárbaros: los nómadas peligrosos, los bandidos hechos soldados caían de pronto sobre una población industriosa y pacífica. Así hacían, en Francia, los Routiers y los Tard-venus; en Roma, el ejército del condestable de Borbón; en Flandes, las bandas del duque de Alba y del duque de Parma; en Westfalia y en Alsacia, los sicarios de Wallenstein y de Bernardo de Sajonia Weimar: vivían sobre una ciudad ó una provincia diez meses, quince meses, dos años, hasta agotarlas, como amos absolutos, usando y abusando á su antojo de las cosas y las personas. Pero eran bandidos francos; no se las daban de filósofos humanitarios.

Además, fuera del goce inmediato y personal, no pedían nada; no empleaban la fuerza bruta sino para calmar su codicia, su crueldad, su lujuria. A los estragos de sus apetitos particulares, estos otros añaden un destrozo más vasto, la devastación sistemática y gratuita que les ordena la teoría antisocial de que están imbuidos.

LIBRO IV

Los gobernados.

CAPITULO PRIMERO

Los oprimidos.—I. Extensión de la limpia revolucionaria. —Los cuatro procedimientos.—La expulsión por emigración forzosa y por prescripción legal.—Número de los expulsados. —La privación de la libertad física.—Los detenidos en su casa; los encarcelados.—Su número y su situación.—La muerte, previa formación de causa ó sin ella.—Indicios sobre el número de las otras vidas destruídas.—Necesidad y proyecto de una destrucción más amplia.—La expoliación.—Su extensión.—El despilfarro.—Ruina de los particulares y del Estado.—Los más oprimidos son los más notables.—II. Valor de los notables en una sociedad. —Los diversos grados y las diferentes especies de los notables en 1789.—El estado mayor social.—Las personas de sociedad.—Su saber vivir.—Su cultura intelectual.—Su humanidad y su filantropía.—Su temple moral.—Los hombres prácticos.—Su procedencia.—Su competencia.—Su bondad activa.—Su escasez y su mérito.—III. Las tres clases de notables.—La nobleza.—Su preparación física y moral en el oficio de las armas.—Espíritu militar.—Conducta de los oficiales de 1789 á 1792. —Para qué empleo era adecuada esa nobleza.—IV. El clero.—Atractivos de la profesión.—Independencia de los eclesiásticos.—Solidez de su mérito.—Su instrucción teórica y su información práctica.—Su distribución en el territorio.—Utilidad de su oficio.—Su conducta de 1789 á 1800.—Su valor.—Su capacidad de sacrificio.—V. La burguesía.—Diferencia del funcionario bajo el antiguo régimen y del funcionario moderno.—Propiedad de los cargos.—Corporaciones.—Independencia y seguridad del

funcionario.—Las ambiciones están limitadas y satisfechas.—Costumbres sedentarias, honradas y sobrias.—Aspiran á la consideración.—Cultura intelectual.—Ideas liberales.—Dignidad y celo público.—Conducta de la burguesía de 1789 á 1800.—VI. Los semi-notables.—Síndicos de pueblo y síndicos de oficio.—Competencia de sus electores.—Sus electores tienen interés en elegirlos bien.—Su capacidad y su dignidad.—Elección de los hombres bajo el antiguo régimen.—Condiciones de sostenimiento y de progreso para una familia.—Derecho hereditario y personal del notable á sus bienes y á su rango.—VII. Principios del socialismo igualitario.—Toda superioridad de condición es ilegítima.—Alcance de este principio.—Cómo las leyes revolucionarias alcanzan también á la clase inferior.—Poblaciones castigadas.—Proporción de las gentes del pueblo en las listas de proscriptos.—Cómo las leyes revolucionarias alcanzan con más rigor á los notables del pueblo.—VIII. El rigor aumenta con la elevación de la clase.—Los notables propiamente dichos son perseguidos en su calidad de notables.—IX. Dos caracteres de la clase superior: la fortuna y la educación.—Cada uno de estos caracteres es un delito.—Medidas contra las personas ricas ó acomodadas.—Son perseguidas en masa y por categorías.—Medidas contra las personas instruídas y corteses.—Peligro de la cultura y de la distinción.—Proscripción general de las «personas honradas».—X. Gobernados y gobernantes.—Los detenidos de la calle de Sèvres y el Comité revolucionario de la Cruz Roja.—El Delfín y su preceptor Simón.—Jueces y justiciables.—Trinchard y Coffinhal, Lavoisier y Andrés Chenier.

I

Ante todo, para el jacobino se trata de aniquilar á sus adversarios probados ó presuntos, probables ó positivos. Cuatro operaciones concurren, juntas ó separadas, á la destrucción física ó á la destrucción social de los franceses que no pertenecen ó han dejado de pertenecer á la secta y al partido.

La primera operación consiste en expulsarlos del

territorio. Desde 1789, con la emigración forzosa, los han echado afuera; entregados sin defensa y sin permiso de defenderse á las jaquerías del campo y á los motines de la ciudad, las tres cuartas partes no han salido de Francia sino para escapar de las brutalidades populares, contra las que no le protegían ya ni la ley ni la administración. Después del 10 de Agosto y del 2 de Septiembre, tuvieron que huir en masa; porque en adelante, si alguno de ellos se obstinaba en quedarse, era con la probabilidad casi segura de ir á la cárcel, en espera de la matanza ó de la guillotina. Por el mismo tiempo, á los fugitivos la ley ha añadido sus expulsados: todos los eclesiásticos no juramentados, una clase entera, cerca de cuarenta mil hombres. Calcúlase que al salir del Terror, la lista total de los fugitivos y de los desterrados contenía más de ciento cincuenta mil nombres. Hubiera habido más si la frontera no hubiese estado guardada por patrullas, si para cruzarla no hubiera sido preciso arriesgar la vida, y, sin embargo, para cruzarla muchos arriesgan la vida, disfrazados, errantes, por la noche, en pleno invierno, á través de los tiros de fusil, decididos á huir á toda costa, para ir á Suiza, á Italia, Alemania y hasta á Hungría, á buscar la seguridad y el derecho de rezar á Dios á su manera. Si alguno de los desterrados ó deportados se aventura á volver, le acosan como á una fiera; en cuanto le cogen, le guillotinan. M. de Choiseul y otros desdichados, arrojados por un naufragio en las costas de Normandía, no basta para protegerlos el derecho de gentes; los llevan ante un tribunal militar; salvados provisionalmente por el clamor de la piedad pública, permanecen encarcelados hasta que el primer cónsul interviene entre ellos y la ley homicida, y consiente, por gracia, en deportarlos á la

frontera de Holanda. Si están en armas contra la República, se les irradia de la humanidad: á un facineroso prisionero le tratan como á hombre; á un emigrado prisionero le tratan como á un lobo; le fusilan en el acto. A veces, hasta se prescinde de los breves formulismos legales. «Cuando tengo la suerte de atraparlos, escribe el general Vandamme, no doy al consejo de guerra el trabajo de juzgarlos; su proceso se hace al instante. Mi sable y mis pistolas lo terminan.»

La segunda operación consiste en privar de libertad á los sospechosos, y en esta privación hay varios grados, porque hay varios medios de poner mano en las personas. Unas veces el sospechoso es «emplazado», es decir, que la orden de prisión queda suspendida sobre su cabeza; que vive bajo una amenaza continua y generalmente seguida de efecto; que cada mañana puede esperar ir por la noche á la cárcel. Otras veces queda detenido en el recinto de su municipio. Otras veces es arrestado en su casa, con ó sin guardianes, y, en el primer caso, con la obligación de pagarlos. Otras veces, en fin, y este es el caso más frecuente, es sencillamente encarcelado. En París treinta y seis grandes cárceles y noventa y seis «violines» *(violons)* ó calabozos provisionales, que llenan incesantemente los comités revolucionarios, no bastan para el servicio, y se calcula, sin contar las cuarenta mil prisiones provisionales, que hay en Francia mil doscientas cárceles, cada una de las cuales contiene más de doscientos detenidos. En París, á pesar de las vidas que diariamente siega la guillotina, la cifra de los presos asciende, el 9 floreal del año II, á siete mil ochocientos cuarenta, y el 25 mesidor, no obstante las grandes hornadas de cincuenta y sesenta personas guillotinadas al día, es aún de siete mil quinientos dos. Lo mismo ocurre en los departamentos, y «algún tiempo antes de termidor, dice el representante Beaulieu, el número total de detenidos se elevaba á cerca de cuatrocientos mil; esto es lo que resulta de las listas y los registros que se llevaban en el Comité de Seguridad general».

Entre estos infelices hay niños, y no solamente en las cárceles de Nantes, en donde las batidas revolucionarias han amontonado toda la población de los campos; en las cárceles de Arras, y cito este caso entre otros, encuentro á un carbonero con su mujer y sus siete hijos, de diez y siete á doce años; una viuda con cuatro niños; otra con nueve, y seis muchachos de veintitrés á nueve años, huérfanos. En casi todas partes, á estos prisioneros de Estado los tratan como no tratarían á los ladrones y á los asesinos en el antiguo régimen. Para empezar los someten á un registro absoluto, es decir, que los desnudan, ó por lo menos los registran hasta debajo de la camisa y por todas partes; algunas mujeres se desmayan á consecuencia de esta operación, reservada en otro tiempo á los galeotes. «Los atormentan en todos sus afectos, y, por decirlo así, en todos los puntos de su sensibilidad.» Los abruman con toda suerte de malos tratos, como si se quisiera agotar su paciencia é impulsarlos á una rebelión, de la que se necesita para exterminarlos en masa, ó por lo menos para justificar la aceleración creciente de la guillotina. Con este régimen, que hasta el 9 termidor se agrava por días, la detención se convierte en un suplicio, á menudo mortal, más lento y doloroso que la guillotina, hasta el punto que, para sustraerse á él, Chamfort se abre las venas y Condorcet ingiere veneno.

Tercer expediente, la muerte, previo proceso ó sin él. Ciento setenta y ocho tribunales, de los que son

ambulantes cuarenta, pronuncian en todas las partes del territorio sentencias de muerte, que se ejecutan al instante. Del 16 de Abril de 1793 al 9 termidor del año II, el de París hace guillotinar á dos mil seiscientas veinticinco personas, y los jueces de provincias trabajan tanto como los de París. En Orange hacen guillotinar á trescientas treinta y una personas; en Arras, á doscientos noventa y nueve hombres y noventa y tres mujeres; en Nantes los tribunales revolucionarios y los consejos de guerra hacen guillotinar ó fusilar cien personas al día, por término medio: en total, mil novecientas setenta y una. En Lyon, el tribunal revolucionario confiesa mil seiscientas ochenta y cuatro ejecuciones, y un corresponsal de Robespierre, Caudillot, le anuncia seis mil. El registro de estas muertes no está completo; pero se han contado diez y siete mil, «las más realizadas sin formalidades ni pruebas», ni delito; entre otras, «la de más de mil doscientas mujeres, varias de ellas octogenarias y achacosas», especialmente la de sesenta mujeres condenadas á muerte, dicen las sentencias, por haber «asistido» á los oficios de un sacerdote no juramentado, ó por no haberlo hecho á los de un juramentado. «Centenares de juicios se celebraron en un minuto por cabeza. Júzgase á niños de siete, cinco y cuatro años. Se condenó al padre por el hijo, y al hijo por el padre. Se condenó á muerte á un perro. Un loro fué aducido como testigo. Muchos acusados, cuya condena no pudo escribirse, fueron ejecutados.»

Tanto en París como en provincias, el más ligero pretexto bastaba para constituir un crimen y para justificar una muerte. La hija del célebre pintor Joseph Vernet fué guillotinada como «sospechosa», por haber guardado en su casa cincuenta libras de bujías,

distribuidas á los empleados de la Muette por los liquidadores de la lista civil. Al joven Maillé, de diez y seis años, le guillotinaron como «conspirador», por haber «tirado á la cara de su carcelero un arenque podrido que le sirvieron». A falta de pretexto, inventábase una conspiración: entregaban á unos emisarios pagados listas en blanco; encargábanse éstos de ir á las diversas cárceles para elegir el número requerido de cabezas; inscribían los nombres á capricho, y esto constituía una hornada para la guillotina. «En cuanto á mí, decía el jurado Vilate, no estoy nunca perplejo; siempre estoy convencido. En revolución debe condenarse á cuantos comparecen ante el tribunal.» En Marsella, el tribunal Brutus, «que juzgaba sin fiscal ni jurados, hacía subir de la cárcel á los que quería enviar á la muerte. Después de preguntarles su nombre, su profesión y cuál había de ser su fortuna, los mandaban bajar para que los subiesen á una carreta que se encontraba ante el palacio de justicia; los jueces aparecían entonces en el balcón y pronunciaban la sentencia de muerte.» El mismo procedimiento se seguía en Cambrai, Arras, Nantes, el Manh, Burdeos, Nimes, Lyon, Strasburgo y otras partes. Evidentemente, el simulacro del juicio no es más que una fórmula; se emplea como un medio decente, entre otros menos decentes, para exterminar á las personas que no tienen las opiniones requeridas, ó que pertenecen á las medidas proscriptas; Samson en París y sus colegas de provincia, los pelotones de ejecución de Lyon y Nantes no son más que los colaboradores de los verdugos propiamente dichos, y las matanzas legales han sido imaginadas para completar las matanzas puras y simples.

A este último género pertenecen los fusilamientos

de Tolon, en que el número de fusilados pasa con mucho de mil; los grandes ahogamientos de Nantes, en que perecen cuatro mil ochocientos hombres, mujeres y niños; los innumerables asesinatos populares cometidos en Francia desde el 14 de Julio de 1789 hasta el 10 de Agosto de 1792; la matanza de los detenidos de París en Septiembre de 1792; el reguero de asesinatos que en Julio, Agosto y Septiembre de 1792 se extiende por todo el territorio; en fin, la muerte de los prisioneros fusilados ó sableados sin formación de causa en Lyon y en el Oeste.

Si se consideran el programa y los principios de la secta jacobina, todo esto es poco: hubiera debido haber más muertes. Les faltó el tiempo á los sectarios; en la corta duración de su reinado, con el instrumento que tenían en mano, hicieron lo que pudieron. Considérese esta máquina, su construcción gradual y lenta, las etapas sucesivas de su funcionamiento desde sus principios hasta el 9 termidor, y véase el corto período que le ha sido dable funcionar. Instituídos el 30 de Marzo y el 6 de Abril de 1793 los comités revolucionarios y el tribunal revolucionario, no han trabajado más que diez y siete meses. No han trabajado con toda su fuerza, sino después de la caída de los girondinos, y sobre todo, á partir de Septiembre de 1793, es decir, durante once meses. La máquina no ha concertado sus órganos incoherentes y no ha funcionado en conjunto, bajo el impulso del resorte central, sino á partir de Diciembre de 1793, es decir, durante ocho meses. Perfeccionada por la ley del 22 pradial, funciona durante los dos últimos meses más y mejor que antes, con una rapidez y una energía que aumentan de semana en semana. Por esa fecha, y aun antes de esa fecha, los teóricos del partido han medido el alcance

de su doctrina y las condiciones de su empresa. Siendo sectarios, tienen una fe; ahora bien: la ortodoxia no puede tolorar la herejía; y como la conversión de los herejes no ha sido sincera ni durable, hay que suprimir á los herejes, á fin de suprimir la herejía. «Unicamente los muertos no vuelven», decía Barère el 16 mesidor. El 2 y el 3 termidor, el Comité de Salud pública envía á Fouquier-Tinville una lista de cuatrocientos setenta y ocho acusados. Ya Baudot y Jeanbon, Saint-André, Carrier, Antonelle y Guffroy, habían calculado en varios millones el número de vidas que había que cortar; y según Collot d'Herbois, que tenía á veces la imaginación pintoresca, «la traspiración política debía ser lo bastante abundante para no detenerse sino hasta después de la destrucción de doce á quince millones de franceses».

En cambio, en la cuarta y última parte de su obra han ido casi hasta el fin: todo lo que podía hacerse para arruinar á los individuos, á las familias y hasta al Estado, lo han hecho; todo lo que podían tomar, lo han tomado. En este punto, la Constitución y la Legislativa empezaron la tarea con la abolición, sin indemnización, de los diezmos y de todos los derechos feudales, con la confiscación de toda la propiedad eclesiástica; los operadores jacobinos continúan y rematan esta tarea. Ni un capital mueble ni inmueble, ni una renta en dinero ó en especies, cualquiera que sea su fuente, hipoteca ó crédito particular, pensión ó título sobre los fondos públicos, beneficios de la industria, de la agricultura ó del comercio, frutos del ahorro ó del trabajo, nada escapa á sus dedos rapaces; en los campos se apoderan hasta de los grandes reservados para simientes; en Strasburgo y en el Alto Rhin, de todas las baterías de cocina; en Auvernia y otros lugares,

hasta de las marmitas de las pastas. Todo objeto de valor, aunque no tenga empleo público, cae bajo la requisición; por ejemplo: el comité revolucionario de Bayona se apodera de una cantidad de muselinas, «con pretexto de hacer pantalones para los defensores de la patria». Nótese que á menudo los objetos requeridos, incluso cuando son útiles, no se utilizan; entre la recogida y el empleo intervienen el despilfarro, el robo, la depreciación y el aniquilamiento. En Strasburgo, ante la invitación amenazadora de los representantes delegados, los habitantes han entregado en pocos días «seis mil ochocientos setenta y nueve trajes, cuatro mil setecientos sesenta y siete pares de medias, diez y seis mil novecientos veintiún pares de zapatos, ochocientos sesenta y tres pares de botas, veinte mil quinientas diez y ocho camisas, cuatro mil quinientos veinticuatro sombreros, dos mil seiscientas setenta y tres sábanas, novecientas mantas y un gran número de otros objetos. Pero casi todos han permanecido amontonados en los almacenes; una gran parte se ha podrido ó se la han comido las ratas; lo demás se ha entregado al primero que llegase. *El fin del despojo se había conseguido*». Pérdida absoluta para los particulares, beneficio nulo ó mínimo para el Estado: tal es el balance neto de cuentas del gobierno revolucionario. Después de haber puesto mano en las tres quintas partes de los bienes de tierras; después de haber arrancado á los municipios y á los particulares diez ó doce mil millones de valores muebles é inmuebles; después de haber hecho subir la deuda pública, que no era más que de cuatro mil millones en 1789, á más de cincuenta mil millones, no pudiendo ya pagar á sus empleados; reducido, para hacer que vivan sus ejércitos y vivir él, á las contribuciones forzosas que

impone á los pueblos conquistados, llega á la bancarrota; en sus manos, el Estado ha sufrido tanto como los particulares. De éstos, más de un millón doscientos mil han sufrido en sus personas; varios millones, todos los que poseían algo, grandes ó pequeños, han sufrido en sus bienes. Pero en esta multitud de oprimidos, los *notables* han sido castigados preferentemente, y son los que más han sufrido, tanto en sus personas como en sus bienes.

II

Cuando se valora un bosque, se empieza por dividir las plantas en dos clases: de un lado, el arbolado, las encinas, las hayas; del otro, el coto y las malezas. Igualmente, cuando se quiere valorar una sociedad hay que dividir los individuos en dos grupos: de un lado, los notables de todo género y todo grado; de otro, el común de las gentes. Si el bosque es antiguo y no ha sido mal administrado, casi todo lo adquirido de la vegetación secular se encuentra recogido en el arbolado: los cuantos miles de hermosos árboles, los tres ó cuatrocientos mil retoños, antiguos y nuevos, de la reserva, contienen mayor cantidad de madera útil y preciosa que los veinte ó treinta millones de arbustos, breñas y matorrales. De igual suerte, si la sociedad ha vivido largo tiempo bajo una administración regular, casi todo el valor de la civilización secular se encuentra concentrado en sus notables, y tal era el estado de la sociedad francesa en 1789.

Consideremos desde luego á los primeros personajes. A la verdad, muchas familias de la aristocracia, las más opulentas y las más visibles, habían dejado de

prestar servicios proporcionados á los gastos de su sostenimiento. Señores y damas de la corte, obispos y abates mundanos, parlamentarios de salón, los más no sabían otra cosa que solicitar con arte, figurar con gracia y gastar con exceso. Un cultivo mal entendido los había apartado de su empleo natural para hacer de ellos árboles de lujo y de adorno, á menudo huecos, débiles de savia, muy costosos, alimentados con una profusión de abono y gran esfuerzo de riego; y la jardinería que los rodeaba, los agrupaba, los alineaba en formas y bosquecillos artificiales, hacía abortar sus frutos para multiplicar sus flores. Pero las flores eran exquisitas, y aun á los ojos del moralista es algo una floración así. Del lado de la cortesía, del buen tono y del saber vivir, las costumbres y las maneras habían alcanzado entonces en el gran mundo un grado de perfección al que ni en Francia ni en parte alguna se había llegado antes ni se ha llegado después; y de todas las artes con las que los hombres se han desprendido de la brutalidad primitiva, la que les enseña los miramientos mutuos es tal vez la más preciosa. Cuando se la practica, no solamente en los salones, sino también en la familia, en los negocios y en la calle, con amigos, con parientes, con inferiores, con criados, con cualquiera, introduce tanta dignidad como dulzura en la vida humana; la observación delicada de todas las reglas de urbanidad se convierte en un hábito, un instinto, una segunda naturaleza; y esta naturaleza superpuesta es más bella, más grata que la primera, porque el código interior que gobierna entonces cada detalle de la acción y la palabra, prescribe la corrección y el respeto de uno mismo, así como las atenciones y el respeto para con los demás. A este mérito añádase la cultura del espíritu. Ninguna aristo-

cracia ha sido tan aficionada á las ideas generales y al lenguaje bello; hasta lo era demasiado: en ella las preocupaciones literarias y filosóficas excluían á las otras, positivas y prácticas; hablaba en vez de obrar. Pero sobresalía en el círculo limitado del razonamiento especulativo y de las letras puras; los escritos y la manera de escribir constituían el entretenimiento ordinario de la buena sociedad; todas las ideas de los pensadores se agitaban en los salones; con arreglo al gusto de los salones, los escritores formaban su talento y su estilo: Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Alambert, los enciclopedistas grandes y pequeños, Beaumarchais, Bernardino de Saint-Pierre, Chamfort, Rivaral, buscaban involuntariamente auditorio en esos salones; encontraban allí no solamente admiradores y huéspedes, sino amigos, protectores, patronos, bienhechores y fieles. Bajo la enseñanza de los maestros, los discípulos se habían hecho filántropos; además, la amenidad de las costumbres llevaba las almas á la compasión y á la benevolencia. «Lo que más temían los hombres opulentos era pasar por insensibles.» Se ocupaban de los pequeños, de los pobres, de los campesinos; se ingeniaban para aliviarlos; se usaba de celo contra toda opresión, y de piedad con todo infortunio. Los mismos que, por su oficio, estaban obligados á ser duros, templaban, con interpretaciones ó con flojedad, la dureza de su oficio. «Diez años antes de la Revolución, dice Rœderer, no se reunían ya en Francia los tribunales de lo criminal... Su antiguo espíritu había cambiado... Todos los magistrados jóvenes, puedo afirmarlo puesto que yo era uno de ellos, juzgaban más bien con arreglo á los principios de Beccaria que según las leyes.» En cuanto á los hombres revestidos de autoridad, administradores y jefes militares, era

imposible ser más pacientes, más contemporizadores: en este punto, también sus buenas cualidades se trocaban en defectos, puesto que, por exceso de humanidad, eran incapaces de mantener el orden público; se ha visto su actitud frente á los motines de 1789 á 1792. Hasta cuando disponían de la fuerza, en medio de los peores insultos y de peligros mortales, les repugnaba servirse de la fuerza; no podían resolverse á reprimir á los brutos, á los granujas y á los locos; á ejemplo de Luis XVI, se consideraban como los pastores del pueblo, y se dejaban picotear antes que hacer armas contra el rebaño. En el fondo, el corazón era noble, generoso y grande. En las asambleas de Marzo de 1789, mucho antes de la noche del 4 de Agosto, han renunciado espontáneamente á todos los privilegios pecuniarios; y bajo las más rudas pruebas, su valor, embellecido por el saber vivir, introduce la elegancia, el tacto, la alegría, hasta en su heroísmo. Los más mimados, un duque de Orleans, los más ligeros, un duque de Biron, mueren con desdenes y sangre fría de estoicos. Mujeres delicadas que se quejaban de una corriente de aire en su salón, no se quejan de encontrarse en un catre ó sobre un montón de paja en un calabozo negro, húmedo, en donde duermen vestidas para no despertarse paralizadas, y todas las mañanas bajan al patio de la Conserjería con su sonrisa habitual. Hombres y mujeres, en la cárcel se visten con el mismo esmero que antes, para ir á hablar con la misma gracia y el mismo ingenio á un corredor enrejado, á dos pasos del tribunal revolucionario y en vísperas del cadalso. Manifiestamente, el temple moral es de los más raros; si peca, es sobre todo por ser demasiado fino, malo para el uso, bueno para ornato.

Pero, en la clase superior, al lado de los dos ó tres

mil ociosos de la aristocracia frívola, había casi otros tantos hombres serios que, con la experiencia de los salones, tenían la experiencia de los negocios. De este número eran casi todos los que ocupaban ó habían ocupado cargos, embajadores, generales, ex ministros, desde el mariscal de Broglie hasta Machault y Malesherbes; los obispos residentes, como los de Durfort en Besançon; los vicarios generales que de hecho administraban las diócesis; los prelados que, en Provenza, Languedoc, Bretaña, tomaban asiento en los estados provinciales; los agentes y los representantes del clero en París, los jefes de órdenes y congregaciones, los comandantes primeros y segundos de los diez y siete gobiernos militares, los intendentes de cada generalidad, los primeros empleados de cada ministerio, los magistrados de cada parlamento, los arrendatarios generales, los recaudadores generales, y principalmente en cada provincia los dignatarios ó propietarios locales de los dos primeros órdenes, los grandes industriales, comerciantes, arrendadores, banqueros, burgueses importantes, en suma, lo selecto de la nobleza, del clero y del tercer estado que formaba en Francia el estado mayor social. No es que fuesen políticos superiores; no los había en aquel tiempo; apenas había algunos cientos de lumbreras competentes, casi todos especialistas. Pero en esas cuantas lumbreras residían casi toda la capacidad, el buen sentido político de Francia; fuera de ellos, en los otros veintiséis millones de cerebros, no había más que fórmulas peligrosas ó vacías; habiendo sido los únicos en mandar, negociar, deliberar, administrar, eran los únicos que conociesen aproximadamente á los hombres y las cosas; por lo tanto, los únicos que no fuesen completamente incapaces de manejarlas. En las asambleas provinciales se

les vió tomar la iniciativa y la dirección de las mejores reformas; trabajaron eficazmente, á conciencia, con tanta equidad y tanto patriotismo como inteligencia y aplicación; desde hacía más de veinte años, guiados por la filantropía y sostenidos por la opinión, la mayor parte de sus jefes y subjefes en los grandes servicios públicos ó particulares daban pruebas de bondad activa. Nada más valioso que semejantes lumbreras, porque son el alma de sus servicios, y no les puede reemplazar en masa, por gentes de mérito igual, de una plumada. En la diplomacia, en la hacienda, la judicatura y la administración, en los grandes negocios é industrias, no se fabrica de la noche á la mañana la capacidad directora y práctica; los asuntos son demasiado vastos y complicados; hay que atender á demasiados intereses; es preciso poseer los detalles técnicos, porque si no se aprecia mal el conjunto. Salvo en la guerra, en donde el aprendizaje es más rápido, se necesitan, para ser un buen gobernador de hombres y de capitales, diez años de prácticas sobre diez de educación previa; añádasele, contra las tentaciones del poder que son poderosas, la solidez del carácter afianzado por el honor profesional y, si es posible, por las tradiciones de familia. Después de haber gobernado la hacienda durante dos años, Cambau no sabe todavía que los arrendatarios generales de los impuestos indirectos y los recaudadores generales de los impuestos directos tienen funcionarios diferentes. He aquí el engaño: en que hay un intruso, aunque sea aplicado, cuando no es asesorado por los veteranos de un servicio. Así es que Cambau, á despecho de los jacobinos, conserva en sus oficinas todo lo que puede del personal antiguo. Si Carnot dirige hábilmente la guerra, es porque además de ser él un oficial instruído,

mantiene en sus puestos á MM. de Arçon, Obenheim, Montalembert, Morescot, lumbreras eminentes que le legó el antiguo régimen. Reducido antes del 9 termidor á la nulidad perfecta, el ministerio de Estado no volverá á ser utilidad y actividad sino cuando recobren sus influencias los diplomáticos de profesión; un diplomático de profesión, Barthelemy, es quien, después del 9 termidor, dirigirá de hecho la política exterior de la Convención y pactará la paz de Basilea.

III

Tres clases, la nobleza, el clero, la burguesía, formaban esa selección. Treinta mil gentilhombres, dispersados por las provincias, eran educados desde niños para el oficio de las armas; pobres, por lo general, vivían en sus fincas rurales sin lujo, ni comodidades, ni curiosidades, en compañía de guardabosques y guardas de casa, frugalmente, rústicamente, al aire libre, robusteciéndose. A los seis años montaban á un niño á caballo; seguía la caza, se curtía á la intemperie; después, en las academias, acoplaba sus miembros á todos los ejercicios, y adquiría la resistente salud que hay que tener para vivir en la tienda de campaña y guerrear. Desde su primera infancia estaba imbuído del espíritu militar; su padre y sus tíos no hablaban en la mesa sino de sus aventuras guerreras y de sus hechos de armas; su imaginación se inflamaba; acostumbraban á mirar su estado como el único digno de un hombre de corazón y de raza, y se lanzaba á él con una precocidad que no comprendemos nosotros. He leído una porción de hojas de servicio de gentilhombres asesinados, guillotinados ó emigrados; casi siem-

pre entraron en la carrera antes de los diez y seis años, á menudo á los catorce, á los trece, á los once años. M. des Echerolles, capitán en el regimiento de Poitou, llevó al ejército á su hijo único, de nueve años de edad, y á una docena de primitos de la misma edad; estos niños se batían como veteranos; á uno de ellos le rompieron una pierna de un balazo; á los doce años, el menor de los Echerolles recibió un sablazo que le cortó la cara desde la oreja hasta el labio superior, y tenía ya siete heridas cuando, muy joven todavía, ganó la cruz de San Luis. Servir al Estado, ir al combate, exponer la vida, esto les parecía una obligación de su rango, una deuda hereditaria; de los nueve ó diez mil oficiales que la pagaban, la mayor parte no pensaba más que en saldarla y no aspiraba á nada más. Sin fortuna y desprovistos de protección, habían renunciado á sus ascensos; sabían que los grados superiores eran para los herederos de las grandes familias, para los cortesanos de Versalles. Después de quince ó veinte años de servicio, volvían á sus casas con un nombramiento de capitán y la cruz de San Luis, á veces con una pequeña pensión, satisfechos de haber cumplido con su deber y de ser dignos á sus propios ojos. En vísperas de la Revolución, su antiguo honor, ilustrado por las nuevas ideas, se había convertido casi en virtud cívica: se ha visto su conducta de 1789 á 1792, su consideración, su longanimidad, sus sacrificios de amor propio, su abnegación y su impasibilidad estoicas, su repugnancia en castigar; la fuerza de alma con que persisten en recibir sus golpes sin devolverlos, á fin de mantener, si no el orden público, á lo menos el último simulacro del orden público. Patriotas tanto como militares, por nacimiento, educación y condición, formaban un vivero natural y especial, el que más importa

conservar, puesto que proporciona á la sociedad instrumentos de defensa en el interior contra los facinerosos y los brutos, en el exterior contra el enemigo; dan menos seriedad y más desocupación que la nobleza rural de Prusia, bajo una disciplina más relajada y entre costumbres más mundanas, pero con más dulzura, con una urbanidad más fina é ideas más liberales; las veintiséis mil familias nobles de Francia mantenían en sus hijos las tradiciones y los prejuicios, los hábitos y las aptitudes, las energías de cuerpo, de corazón y de espíritu, con que los aguiluchos prusianos han constituído el ejército prusiano, organizando el ejército alemán y hecho de Alemania la primera potencia de Europa.

IV

Igualmente en la Iglesia, casi todo el personal, todo el bajo y medio clero, párrocos, vicarios, canónigos y capellanes de colegiatas, profesores ó directores de escuela, colegio y seminario, más de sesenta y cinco mil eclesiásticos, constituían un cuerpo sano, bien conformado y que desempeñaba dignamente su empleo. «No sé, dice M. de Tocqueville, si, á pesar de los vicios de algunos de sus miembros, hubo nunca en el mundo un clero más notable que el clero católico de Francia en los momentos en que la sorprendió la Revolución, más ilustrado, más nacional, menos encerrado únicamente en las virtudes privadas, mejor provisto de las virtudes públicas y, al mismo tiempo, de más fe... Empecé el estudio de la antigua sociedad lleno de prejuicios contra aquél; he salido lleno de respeto.» Por de pronto, lo que es un gran dato, en las

parroquias de las ciudades, en las trescientas colegiatas, en los pequeños canonicatos de los capítulos catedrales, la mayor parte de los titulares pertenecían á mejores familias que hoy. Sus hijos eran entonces numerosos, no solamente en los campesinos, sino también en la nobleza menor y en la buena burguesía; por lo tanto, cada familia enviaba gustosa á uno de sus hijos á las órdenes, y para ello no había necesidad de violentarle. La profesión eclesiástica tenía entonces atractivos de que hoy carece, y no ofrecía los inconvenientes que hoy comporta. No se luchaba con la desconfianza y la hostilidad democráticas; un clérigo estaba seguro de ser saludado en la calle por el obrero, como en el campo por el campesino. Como la burguesía del lugar, se encontraba entre los suyos, casi en familia, y uno de los primeros. De otra parte, estaba menos sujeto que en nuestros días. Un sacerdote no era un funcionario asalariado por el Estado. Frente á sus superiores era respetuoso, pero independiente. El obispo no era en su diócesis lo que llegó á ser con el Concordato, un soberano absoluto que podía nombrar y destituir párrocos á su gusto. De cada cuatro vacantes en tres, á veces de cada quince en catorce, el nuevo titular era designado ya por el cabildo de la catedral, ya por una colegiata, ya por el señor cuyos antepasados fundaron ó dotaron la iglesia, en ciertos casos por el Papa, algunas veces por el rey ó el municipio. Con esta multiplicidad y entrecruzamiento, los poderes se limitaban. Además, una vez nombrado, el canónigo ó párroco tenía garantías; no se podía sustituirle arbitrariamente; en casi todos los casos, para sustituirle ó suspenderle nada más, necesitábase formarle expediente, según fórmulas prescriptas, con interrogatorio y debates, ante un tribunal competente. De hecho era inamovible, y, por lo general, su mérito hubiera bastado para nombrarle. Porque si los cargos muy elevados se daban al nacimiento ó al favor, los medianos se reservaban á la bondad y al saber; muchos canónigos y vicarios generales, casi todos los curas de aldea, eran doctores en teología, y los estudios eclesiásticos, muy serios, ocupaban ocho ó nueve años de su juventud. A la educación teórica uníase la práctica. Un párroco, con mayor razón, un canónigo, un archidiácono, un obispo, no era un extranjero pagado por el Estado, tan separado del siglo por su ministerio como por sus hábitos, confirmado en sus funciones espirituales; administraba los bienes de su dotación, reparaba, construía, se interesaba en la cosecha, en la construcción de un camino ó de un canal: en todo esto tenía tanta experiencia como un técnico. Además, como miembro de una corporación propietaria, el capítulo ó la fábrica, y de una gran corporación propietaria, la diócesis y la Iglesia de Francia, tenía parte, directa ó indirectamente, en grandes asuntos temporales, en asambleas, en deliberaciones, en gastos colectivos, en el establecimiento de un presupuesto local; por consiguiente, en materia de asuntos públicos y de administración, su competencia era análoga y casi igual á la de un alcalde ó de un subdelegado, de un arrendatario general ó de un intendente. Liberal además, nunca lo ha sido tanto el clero francés, desde los últimos párrocos hasta los primeros arzobispos. Nótese, en fin, su distribución en el territorio. En la menor de las cuarenta mil parroquias, había un cura ó un vicario; éste, en millares de aldeas apartadas y pobres, era la única persona que supiera leer y escribir corrientemente; en muchos municipios mayores, pero rurales, salvo el señor residente y algún hombre

de ley ó práctico de educación bastarda, nadie más que él era hombre de letras. Efectivamente, para que un hombre de estudios se aviniese, por seiscientos y hasta por trescientos francos al año, á vivir aislado, soltero, casi en la indigencia, se necesitaba que fuera sacerdote: la calidad de su ministerio le resignaba á las miserias de su puesto. Predicador del dogma, profesor de moral, ministro de caridad, guia y dispensador de la vida espiritual, enseñaba una teoría del mundo, á la vez consoladora y represiva, que hacía sensible un culto, y este culto era el único propio de su rebaño.

Y si se tiene en cuenta la debilidad humana, puede decirse que en ese clero la nobleza del carácter respondía á la nobleza de la profesión: por lo menos, nadie podría negarle la capacidad del sacrificio, pues que sufría voluntariamente por lo que juzgaba que era la verdad. Si muchos sacerdotes prestaron juramento, en 1792, á la Constitución civil del clero, fué con reservas, ó porque consideraban tácito el juramento; pero, después de la destitución de los obispos y la desaprobación del papa, muchos se retractaron, con peligro de su vida, para no incurrir en el cisma. Además, desde el principio, las dos terceras partes del clero no quisieron jurar, á pesar de tantas amenazas y tentaciones; en las altas jerarquías, entre los eclesiásticos mundanos cuyo escepticismo y cuya relajación eran notorios, el honor, á falta de la fe, mantuvo el mismo valor; casi todos, grandes y pequeños, subordinaron sus intereses, en seguridad, en vida, al celo de su dignidad ó á los escrúpulos de su conciencia. Se habían dejado despojar y dejábanse desterrar, encarcelar, matar, martirizar, como los cristianos de la Iglesia primitiva; con su invencible dulzura, iban, como los cristianos de la Iglesia primitiva, á causar el encarnizamiento de sus verdugos, á gustar la persecución, á transformar la opinión y hacer confesar, aun á los supervivientes del siglo XVIII, que eran hombres de fe, de mérito y de corazón.

V

Por bajo de la nobleza y del clero, una tercera clase de notables, casi toda concentrada en las ciudades, la burguesía, conspiraba; pero esos rangos superiores, con las dos primeras, y sus diversos grupos, escalonados desde el parlamentario hasta el comerciante y fabricante acomodados, comprendían el resto de los hombres más ó menos cultos; unas cien mil familias, formadas en las mismas condiciones que nuestra burguesía contemporánea: eran «los burgueses que vivían modestamente», es decir, de sus rentas; los grandes industriales ó comerciantes, los hombres de carreras liberales, procuradores, abogados, notarios, médicos, arquitectos, ingenieros, artistas, profesores y especialmente los funcionarios; pero estos muy numerosos, se diferenciaban de los otros en dos rasgos esenciales. De una parte, en oficina, como es hoy un estudio de notario ó un despacho de abogado, era una *propiedad particular*. Empleos de justicia y de hacienda, cargos de presidente, de consejero, de procurador del rey en los diversos tribunales civiles, administrativos y en lo criminal, puestos de tesorero, de investigador, de recaudador en los diversos ramos del impuesto, todos estos cargos y otros muchos todavía fueron, desde hacía más de un siglo, enajenados por el Estado contra dinero contante; desde entonces habían corrido en

manos de los particulares adquiridores; cada titular poseía el suyo con el mismo título que bienes raíces, y podía legalmente venderlo como lo había comprado. De otra parte, en cada ciudad, los diferentes grupos de funcionarios locales estaban constituídos en agrupaciones parecidas á nuestras cámaras de notarios y á nuestros sindicatos de agentes de cambio; la corporación tenía sus estatutos, sus asambleas, su caja, á menudo la capacidad civil, á veces la capacidad política y el derecho de elección en el consejo municipal; por lo tanto, además de sus intereses personales, cada miembro tenía intereses de cuerpo. Así, pues, su situación era diferente de la de hoy, y, por consiguiente, su carácter, sus costumbres, sus gustos eran otros. Por de pronto, era más independiente; no temía ser destituído ni trasladado, bruscamente, de improviso, por un informe del intendente, por una razón política, á fin de hacer sitio, como hoy, al candidato de un diputado ó al recomendado de un ministro. De hecho, en el antiguo régimen, un funcionario era casi inamovible, por lo que podía ejercer su cargo con seguridad y dignidad. En segundo lugar, su ambición era limitada y no soñaba incesantemente con subir un grado en la jerarquía, con pasar de una localidad á otra más importante; la operación hubiera sido harto onerosa y demasiado complicada. Establecido para toda su vida, exento de impuestos vejatorios, con algún desahogo, propietario por lo menos de su cargo, estaba por encima de las preocupaciones sórdidas y de las necesidades groseras. Habituado por las antiguas costumbres á la sencillez, á la sobriedad, al ahorro, no se veía atormentado por la desproporción entre sus gastos y sus ingresos, por las exigencias de la ostentación y del lujo, por la necesidad de ganar más cada año.

Pensaba menos en hacer fortuna que en conquistar la estimación; «pasaba una vida fácil y considerada en el ejercicio de su cargo, sin otra ambición que transmitirlo á sus hijos, con la herencia de una reputación intacta».

En los otros grupos de la burguesía hay los mismos hábitos sedentarios, la misma seguridad, la misma frugalidad, las mismas instituciones y las mismas costumbres, con sentimientos semejantes y con una cultura más que mediana. Como había tiempo, se leía; como no se veían acosados por los periódicos, leían libros dignos de ser leídos; en antiguas bibliotecas de provincia, en casa de los descendientes de un fabricante ó de un procurador de pueblo, he encontrado ediciones completas de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Buffon, Condillac; señales puestas en cada volumen prueban que antes de fines del siglo XVIII el volumen fué leído por alguno de la casa. En parte alguna, además, tuvo tan buena acogida lo que había de liberal y de razonable en la filosofía del siglo XVIII; en esta clase se reclutaron los patriotas de 1789; suministró no solamente la mayoría de la Asamblea constituyente, sino también todos aquellos honrados individuos que, desde Julio de 1789 hasta fines de 1791, administraron con desinterés, aplicación y celo, entre tantos disgustos, peligros y dificultades. Compuesta de fulgenses ó monárquicos, teniendo por tipos hombres como Huer de Troyes ó como Dietrich de Strasburgo, y por representantes, jefes como La Fayette y Bailly, esa burguesía comprendía los mejores talentos, los más dignos del tercer estado. Es que, con la nobleza y el clero, recogió casi todo el producto neto de la historia, la mayor parte del capital mental y moral acumulado no solamente por el siglo, sino también por los siglos precedentes.

VI

Como un foco iluminado en una altura, en un lugar obscuro y frío, la civilización, mantenida en las cumbres y con grandes esfuerzos en medio de la barbarie humana, no irradia sino debilitándose. A medida que llega á capas más apartadas y más profundas, su luz y su calor disminuyen. Sin embargo, ambos penetran lo bastante lejos y lo bastante bajo antes de amortiguarse por completo, y si se quiere calcular su fuerza en Francia á fines del siglo XVIII, hay que añadir á los notables los semi-notables, es decir, los hombres consagrados, como el pueblo, al trabajo manual, pero que sobresalían en el pueblo, quizás unas ciento cincuenta mil familias, pequeños propietarios rurales, colonos acomodados, tenderos, maestros de taller y de obras, síndicos de aldea y síndicos de oficio, gentes establecidas y poseedoras de algún capital, con su campo y su hogar, ó su fondo de comercio, sus instrumentos y su clientela, sin estar reducidas á vivir al día, y, por lo tanto, con un principio de independencia y hasta de autoridad; en suma, los contramaestres del taller social, los cabos y sargentos del ejército social. Tampoco estos individuos eran indignos de su grado. El síndico elegido por sus convecinos no era nombrado á ciegas, puesto que todos sus electores eran competentes en la materia. El hombre á quien el gremio elegía para el municipio era, por lo general, el más autorizado de su corporación; probablemente, uno de los que con su trabajo y su inteligencia, su probidad y su economía, prosperaron más; algún maestro de taller ó labrador instruído por largos años de práctica, más

interesado que cualquier otro en sostener los intereses de la comunidad y con más tiempo para atender á los asuntos comunes. Por la misma fuerza de las cosas, este hombre se imponía á la atención, á la confianza, á la deferencia de los suyos, y, por ser su representante natural, se convertía en su representante legal.

En suma, en esa antigua sociedad, si las posesiones estaban mal repartidas, si el equilibrio total era inestable, si las piezas de arriba pesaban demasiado sobre las pesas de abajo, por lo menos la relación que, en todo Estado cuidadoso, separa incesantemente el grano de la paja, se efectuaba casi bien; salvo en el centro y en la corte, en donde, desde hacía un siglo, la máquina de aechar funcionaba al azar y á veces al revés, la operación se hacía con regularidad, con más lentitud, pero tal vez con mayor precisión que en nuestra democracia contemporánea. Habría entonces más probabilidades para que el notable de derecho se convirtiese en notable de hecho; la dificultad era menor y la inclinación más fuerte para fundar, sostener, perpetuar una familia ó una obra. La institución real, reparto igual, el régimen de partición forzosa, la regla de partición en especies y las otras prescripciones de nuestro Código civil, no desmenuzaban las herencias y no demolían los hogares. El descuido de los padres y la negligencia de sus hijos no habían enervado aún la autoridad y abolido el respeto en la familia. No se veían las asociaciones útiles y naturales aplastadas en su germen ó detenidas en su desarrollo por la hostilidad sistemática de la ley. La facilidad y baratura de los transportes, la promiscuidad de las escuelas, el ardor de los concursos, el llamamiento de todos á todos los puestos, la exaltación creciente de las ambiciones y de los apetitos, no multiplicaban los descontentos y

los malhechores. En el orden político, la ineptitud, la codicia y la brutalidad no eran soberanas; el sufragio universal no excluía del poder á los hombres nacidos, educados y señalados para ejercerlo, y los innumerables empleos públicos no se ofrecían como presa al charlatanismo y á la intriga de sus politicastros. Francia no estaba en camino, como hoy, de convertirse en una vasta funda, entregada á administradores de aluvión, condenada á quiebras periódicas, poblada de habitantes anónimos, indiferentes unos á otros, sin lazo local, sin intereses ni afecciones de cuerpo, simples huéspedes de paso, numerados alrededor de una mesa igualitaria y vulgar, en la que cada cual no piensa sino en sí, se sirve cuanto antes y come todo lo que puede. Antes, en todas las clases y en todas las provincias había una porción de familias arraigadas, desde hacía más de ciento y doscientos años. No solamente en la nobleza, sino también en la burguesía y en el tercer estado, el heredero de una obra debía ser el continuador de ella. Pequeño ó grande, el individuo no pensaba únicamente en sí mismo; su pensamiento iba hacia lo porvenir y hacia lo pasado, del lado de sus ascendientes y del de sus descendientes, recorría la indefinida cadena de la que su propia vida no era más que un anillo; poseía tradiciones y debía ejemplos. Con estos dos títulos, su autoridad doméstica era indiscutible; todos los suyos seguían su dirección sin resistencia. Cuando, por virtud de esta disciplina interior, habíase mantenido una familia rectamente y respetada en el mismo lugar durante un siglo, podía fácilmente subir sin grado, introducir á uno de los suyos en la clase superior, pasar del arado ó de los oficios á empleos modestos, de los modestos empleos á los grandes y á las dignidades parlamentarias, de los cuatro mil

cargos que ennoblecían á la nobleza legal, de la nobleza reciente á la nobleza antigua. Salvo los dos ó tres mil zánganos dorados que pecoreaban la miel pública de Versalles; salvo los parásitos de corta y sus lacayos, como queda dicho, adquirieron y conservaron su puesto, su consideración y su fortuna los trescientos ó cuatrocientos mil notables y seminotables de Francia; por lo tanto, eran los legítimos poseedores. Así, pues, no solamente eran una selección, la parte más valiosa de la nación, la madera del bosque, sino que la madera de cada tronco pertenecía á este tronco; era obra de su vegetación. Por un doble atentado contra cada tronco humano y contra el bosque francés, toda esa madera fué la que cortaron los leñadores jacobinos. Su principio conduce á no dejar en pie ni un solo árbol de valor.

VII

No para aquí el destrozo; el alcance del principio es mucho más amplio. Regla fundamental: según las máximas jacobinas, toda superioridad de condición, todo beneficio público ó privado de que goce un ciudadano y del que no gocen otros ciudadanos, es ilegítimo. El 1º ventoso del año II, Henriot, comandante general, que había hecho una recogida de sospechosos, daba cuenta de su empresa en estos términos: «Han sido detenidos ciento treinta petimetres. Estos señores han sido llevados á los Petits-Pères. No son descamisados; están *gordos* y *bien cuidados.*» Henriot tenía razón: alimentarse bien no es cívico. Todo el que se provisiona es culpable, aun cuando haya ido muy lejos á buscar sus provisiones, aun cuando no haya qui-

tado una onza de la ración de sus vecinos; en cuanto le descubren, le castigan. «Un ciudadano hizo que le trajeran de seis leguas de París un lechoncillo, y le mató en seguida. A las tres horas unos comisarios le habían cogido el lechoncillo y distribuido al pueblo, sin que el propietario se quedase ni con un trozo. Por añadidura le metieron en la cárcel.» Acaparador: para el jacobino, para unos estómagos vacíos, no hay mayor crimen; su imaginación no descubre sino este delito para explicarse la prisión de Hebert, su favorito. «Dicen en el mercado que ha acaparado un compañero de San Antón y veinticinco libras de manteca de Bretaña»: esto basta; en seguida, «y por unanimidad, piden la guillotina para el Père Duchesne.» Así, pues, el más irritante de los privilegios es la posesión de los víveres. «Es preciso ahora que el que tenga sus platos dé uno al que no tiene»; todo hombre que se las arregla para comer más que otro, es un ladrón, porque, primeramente, roba á la comunidad, única propietaria legítima de los alimentos, y después roba, personalmente, á todos los que tienen menos que comer que él.

La misma regla se aplica respecto de las otras cosas cuya posesión es agradable y útil; en el socialismo igualitario, que es el régimen establecido, toda comodidad poseída por un individuo con exclusión de los demás, es un plato que sustrae de la mesa común y que se apropia con detrimento ajeno. En esto, los teóricos que gobiernan están acordes con los desarrapados que imperan. Aristócrata es el que tiene dos buenos trajes, porque muchos no tienen más que uno malo. Aristócrata, el que tiene buenos zapatos, porque muchos no tienen más que alpargatas ó van descalzos. Aristócrata, el propietario que cobra sus alquileres,

porque sus inquilinos, en vez de cobrar, pagan. Aristócrata, cualquiera que posea un capital, por modesto que sea, en dinero ó en especies, un campo y un techo, media docena de cubiertos de plata que le dieron sus padres cuando se casó, una media de lana en la que ha ido guardando, uno á uno, veinte ó treinta escudos, todas sus economías, alguna reserva ó algún ahorro, un pequeño surtido de subsistencias ó de géneros, su cosecha del año, sobre todo si muestra su descontento cuando, por la contribución revolucionaria, por la requisición, por la confiscación de los metales preciosos, se ve obligado á entregar sus ahorros gratis ó á mitad de precio. En el fondo, tres considerados como patriotas son los que no poseen nada y viven al día, tres indigentes, tres vagabundos; porque al trabajador más humilde, al más tosco, al menos desahogado, le tratan como á culpable por el mero hecho de suponerle algunos recursos; por más que enseñe sus manos callosas, no se librará de la expoliación, de la cárcel ni de la guillotina.

Pero va más allá la persecución; porque además del delito que consiste en no ser menesteroso, en poseer algo, en detentar los objetos necesarios para la vida, hay el delito de aristocracia propiamente dicho, es decir, la repugnancia, la falta de celo, ó incluso la indiferencia por el régimen establecido, el sentimiento del régimen suprimido, un parentesco ó amistad con algún emigrado, condenado ó preso de la clase superior, los servicios prestados á un proscripto, el trato con un sacerdote. Ahora bien; muchas pobres gentes, campesinos, artesanos, criados, han cometido ese delito; y en varias provincias, en varias grandes poblaciones, casi toda la población que trabaja con sus manos lo comete obstinadamente. En fin, á las

gentes del pueblo perseguidas por cuestiones públicas, añadid las gentes del pueblo perseguidas por motivos particulares; entre los habitantes del mismo pueblo, entre los obreros del mismo oficio, entre los tenderos del mismo barrio, hay siempre envidias, enemistades, rencores; los que por ser jacobinos se han convertido en bajaes, pueden satisfacer impunemente sus odios locales ó sus resentimientos personales, y no dejan de hacerlo.

Por esto es por lo que en las listas de los guillotinados, de los presos y de los emigrados, los hombres y las mujeres de condición superior figuran en un número inmenso, en mayor número que sus compañeros de la clase superior y de lá clase media juntas. Pero los notables del pueblo son los que más tienen que sufrir en esta persecución, y el carnicero jacobino cae principalmente sobre los veteranos del trabajo y del ahorro, sobre los grandes labradores que de padre á hijo conservan la misma casa de labor durante varias generaciones, sobre obreros y patronos que tienen un taller bien montado y una buena clientela, sobre los tenderos estimados, sobre los síndicos de gremio, porque todos estos llevan más profunda y visiblemente las cinco ó seis señales que atraen el hacha. Están más desahogados, mejor provistos de las cosas necesarias ó cómodas, y esto solo es un delito contra la igualdad. No se dejan desposeer gustosos de lo que tienen, y esto es un delito de egoismo. Siendo egoistas, se debe presumir que son hostiles al régimen de la fraternidad, ó por lo menos indiferentes, tibios respecto á la República, es decir, moderados, lo que es una falta enorme. Siendo los primeros de su clase, son orgullosos como los nobles y como los burgueses, y se creen superiores á un indigente, á un vagabundo, á un puro

descamisado, cuarto delito y el más imperdonable de todos. Además, por el hecho de su condición más elevada, han contraido relaciones y amistades con la clase proscripta: ahora bien; el pariente, el aliado, el amigo, el compañero de un sospechoso, es sospechoso á su vez. Ultimo signo decisivo antirrevolucionario: siendo hombres de costumbres regulares, habiendo prosperado ó habiéndose sostenido bajo el antiguo orden, respetan naturalmente las instituciones del antiguo régimen; guardan involuntariamente en su interior veneración por el rey y, sobre todo, por la religión: son católicos practicantes. Por lo tanto, ven con pena el cierre de las iglesias, la prohibición del culto, la persecución de los eclesiásticos; quisieran ir á misa, cumplir con Pascua, tener un cura ortodoxo que pudiera conferirles sacramentos valederos, un bautismo, una absolución, un matrimonio, una extremaunción de buena ley. Por todo esto son enemigos suyos los ganapanes del lugar, y, por todo esto, los persiguen; lo que constituia un mérito, los hace demarcar ahora. Así, pues, lo citado del pueblo es lo que en el pueblo suministra la hornada jacobina; contra la aristocracia caballeresca, contra los hombres más capaces de hacer y dirigir bien el trabajo manual, contra los trabajadores más recomendables por su actividad, su prodigalidad, sus buenas costumbres, es con quienes la Revolución, en sus rigores contra la clase inferior, se ha encarnizado más.

BIBLIOTECA

VIII

Por la misma razón, cuando se trata de los notables propiamente dichos, se encarniza más rudamente aún, no solamente con los nobles por antiguos privilegia-

dos, no solamente con los eclesiásticos por católicos insumisos, sino con los nobles, los eclesiásticos y los burgueses, en su calidad común de notables, es decir, de hombres superiores á la muchedumbre por la superioridad de su condición. A los ojos del verdadero jacobino, los notables del tercer grado no son menos culpables que los miembros de los dos primeros. «Los burgueses, los comerciantes, los grandes propietarios, escribe una Sociedad popular del Mediodía, tienen todas las pretensiones de los anteriores.»

Unas veces, con insultante ironía se les hace que prueben su civismo con dones forzosos. «Considerando, dice el representante Milhaud, que todos los ciudadanos y ciudadanas de Narbona han sido requeridos para la descarga y transporte de los forrajes; que esta mañana, habiendo el representante en persona inspeccionado la operación, no ha visto en el canal sino descamisados y algunas jóvenes ciudadanas; que no ha encontrado ningún petimetre; que las personas cuyas manos son, sin duda, demasiado delicadas para dedicarse, aun pasajeramente, á las gloriosas faenas de los robustos descamisados, tienen más recursos por su fortuna; queriendo proporcionar á los ricos de Narbona la satisfacción de ser útiles á la República, se decreta que los ciudadanos más ricos de Narbona harán en el término de veinticuatro horas un don patriótico de cien mil libras, de las que una mitad será entregada á los hospitales militares; la otra mitad, á designación de un comité de beneficencia, compuesto de tres descamisados bien revolucionarios, se distribuirá entre los pobres de la localidad; si algún rico egoísta se niega á aportar su contingente, será inmediatamente encarcelado.»

A veces, en una población, una gestión colectiva, un voto, una petición, proporciona la lista ya formada de los que han de ser perseguidos; basta con ese documento para conocer á todas las personas notables y dignas de la localidad: en estos casos, con pretexto de una represión política, los niveladores pueden desahogar su odio social. En Montargis, á los nueve días del atentado del 20 de Junio de 1792, doscientos veintiocho notables firmaron un mensaje para testimoniar al rey su respetuosa simpatía; veintiún meses después, con un golpe retroactivo, se les castiga, y con tanto mayor placer, cuanto que se castiga en ellos á las personas más consideradas de la población. Ya, «cuando la depuración de las autoridades constituídas de Montargis, el representante había retirado á los firmantes la confianza pública y les había quitado de todos los cargos». Pero esto no bastó; el castigo debe ser ejemplar. A cuatro de ellos, el ex alcalde, el ex recaudador, un administrador del distrito, un notable, son enviados al tribunal revolucionario de París para que los guillotinen con arreglo á los principios. Otros treinta y dos, antiguos oficiales, caballeros de San Luis, mosqueteros, nobles, sacerdotes, jueces, dos señoras, son recluídos, hasta la paz, en la cárcel de Montargis. Los otros ochenta y seis, hombres y mujeres, son enviados al templo de la Razón para que sufran allí, el 20 ventoso, á las tres de la tarde, la humillación de una penitencia pública. Llegados á la iglesia purificada por el culto jacobino, «en presencia de las autoridades constituídas, de la Sociedad popular y de los ciudadanos convocados en asamblea general, suben uno á uno, y comparecen en una tribuna de tres pies de altura, para que se les vea bien. Uno á uno, el agente nacional ó el alcalde les reprende en estos términos: «Tuviste la cobardía de firmar un mensaje de bajezas á

Luis XVI, que fué el más odioso y vil de los tiranos, un ogro del género humano, que no vivía más que de desenfrenos y de crímenes. Quedas censurado por el pueblo. Se te advierte además que al primer acto de incivismo y antirrevolucionario, los tribunales te juzgarán severamente, y la guillotina sabrá hacer una pronta y ejemplar justicia». Cada uno de ellos, llamado por su nombre, recibe á su vez la amonestación amenazadora, desciende de la tribuna en medio de silbidos y firma el acta. Pero á menudo la compunción les falta, y algunos no se muestran bastante arrepentidos. En consecuencia, una vez terminada la ceremonia, el agente nacional hace observar á la asamblea «el descaro manifestado por ciertos aristócratas»; y en seguida el Comité revolucionario, «en vista de la negligencia y de los actos de burla que acaban de manifestarse», decide que los siete delincuentes, cuatro mujeres y tres hombres, sean encarcelados. Además, la sentencia del agente nacional y el acta de la sesión se imprimirán á costa de los firmantes «más ricos y más sospechosos». La asamblea aplaude y entona el «himno nacional»; son las nueve de la noche; la penitencia pública ha durado seis horas, y los jacobinos de Montargis se retiran, satisfechos de su obra, habiendo castigado como atentado público un testimonio antiguo y legal de respeto hacia el magistrado público, habiendo enviado al cadalso ó á la cárcel, puesto una nota infamante á lo más selecto de la localidad, habiendo degradado á mujeres respetadas y hombres honrados que, por derecho, son los primeros en un régimen normal, y que, con el régimen revolucionario, son los últimos.

IX

Dos condiciones que se atraen una á otra, la fortuna y la educación, colocan á un hombre en la clase superior; por esto es por lo que una y otra, ó las dos juntas, designan á un hombre para la expoliación, el encarcelamiento y la muerte. En vano dará pruebas de jacobinismo, y de jacobinismo extremado, Herault de Sechelles, que ha votado la muerte del rey, que pertenece al comité de Salud pública, que en el Alto Rhin acaba de aplicar las graves leyes revolucionarias, pero que tiene la desgracia de ser rico y hombre de mundo, es conducido al cadalso, y los habituados de la guillotina se explican muy bien su condena: no era patriota; ¿cómo hubiera podido serlo, con doscientas mil libras de renta y habiendo sido fiscal? Con una de estas dos cosas bastaba. «La opulencia, escribe Saint-Just, es una infamia.» La fortuna inspira al que la posee sentimientos antirrevolucionarios. «Rico, antirrevolucionario y vicioso, según Robespierre, son una misma cosa»: por lo tanto, la posesión de lo superfluo es una señal infalible de aristocracia, un signo visible de incivismo. En otros términos, todo el que tenga un buen hogar y un buen traje, hombre ó mujer, ocioso ó trabajador, noble ó plebeyo, es carne de presidio y de guillotina. Por lo general, le persiguen por su sola cualidad de rico. A veces, la persecución se dirige contra una clase entera; no solamente contra los nobles y los sacerdotes, sino contra todos los miembros de una profesión burguesa ó hasta de un oficio casi manual. En Strasburgo, «considerando que la sed de oro ha guiado siempre á los cerveceros de la pobla-

ción, se les condena á veinticinco mil libras de multa, que han de pagar en un plazo de tres días, bajo pena de ser declarados rebeldes á la ley y de confiscarles sus bienes»; por un considerando semejante se tasa á los panaderos y harineros en trescientas mil libras. Además, escriben los representantes Milhaud y Guyardin: «Hemos ordenado el arresto de todos los banqueros, agentes de cambio y notarios... Todas sus riquezas están secuestradas; creemos que las sumas que se encuentran bajo sellos ascienden á dos ó tres millones en numerario, y quince ó diez y seis millones en asignados.» La misma redada se echa en París: por orden del procurador del departamento, Struillier, se ponen los sellos en casa de todos «los banqueros, agentes de cambio, agiotistas, etc.», y se les encierra en las Madelonnettes; á los pocos días los excarcelan para que puedan pagar sus letras, pero á condición de quedar arrestados en sus domicilios, bajo la custodia, cada uno de ellos, de dos buenos descamisados, á los que han de sostener por añadidura. Igualmente, en Nantes, Lyon, Marsella, Burdeos, las cárceles se llenan y la guillotina trabaja por categorías.

La segunda condición y el segundo delito de los notables, es la superioridad de la educación. «En todas las reuniones distinguidas, escribe un viajero holandés en 1795, puede asegurarse que la mitad de las personas presentes han estado encarceladas»; á los presentes añádanse los ausentes, es decir, los guillotinados, los proscriptos, los emigrados, los deportados, y nótese que, en la otra mitad favorecida, los que no estuvieron en la cárcel, sufrieron la angustia de poder estarlo. Cada cual esperaba diariamente recibir el mandamiento de prisión; «lo peor de los tiempos de Robespierre, me han dicho algunos ancianos, es que, por la

mañana, nadie estaba seguro de acostarse por la noche en su cama». No había un hombre bien educado que no viviese con ese temor. Hojead la lista de los sospechosos, de los detenidos, de los desterrados y de los ajusticiados en una población, en un distrito, en un departamento: se ve en seguida, por las cualidades y las profesiones, que estaban inscriptas las tres cuartas partes de las personas cultas, y que, por consiguiente, la cultura del espíritu era sospechosa por sí misma. «Se era igualmente culpable, escriben los administradores de Strasburgo, tanto por ser rico como por ser instruído... El municipio jacobino declaró la universidad federal; proscribió la instrucción pública, y mandó, en consecuencia, prender á los profesores, á los regentes, á los maestros de escuela y á todos los preceptores, tanto públicos como particulares, incluso á los que estaban provistos de un certificado de civismo... Han encarcelado á todos los ministros y profesores del culto protestante en el Bajo Rhin, con amenaza de llevarlos á la ciudadela de Besançon.» En los jacobinos de París, Fourcroy, para excusarse de ser hombre de ciencia, de dar cursos de química, de no emplear todo el tiempo en las charlas de la Convención y de los clubs, tuvo que declarar que era pobre, que vivía de su trabajo, que sostenía «al descamisado su padre y á las descamisadas sus hermanas». Aunque buen republicano, se libra á duras penas, y lo mismo les ocurre á sus iguales. «Perseguíase á todos los hombres instruídos, dice él, un mes después del 9 termidor: bastaba tener algunos conocimientos, ser hombre de letras, para ser detenido como aristócrata... Robespierre... con un arte atroz, desgarraba, calumniaba, abrumaba á disgustos y amarguras á todos los que se habían dedicado á grandes estudios, á todos

los que poseían conocimientos vastos... comprendía que los hombres instruidos no doblarían nunca la rodilla ante él... Se ha paralizado la instrucción, han querido quemar las bibliotecas... ¡Hay que decir que en las mismas actas de las sesiones se cometen faltas de ortografía! No se aprende ya ni á leer ni á escribir.»

En Nantes, Carrier se jactaba de «dispersador de las cámaras literarias», y en su nomenclatura de los mal intencionados, añade «á los negociantes y á los ricos», á «*los hombres de talento*». A veces, en los registros de las cárceles se lee que un tal está preso «por tener talento y medios de perjudicar»; un cuál «por haber dicho á los municipales: buenos dias, *señores*».

Es que la cortesía, como todas las otras muestras de una buena educacion, se han convertido en un estigma; la finura está considerada, no solamente como un resto del antiguo régimen, sino como una rebeldía contra las nuevas instituciones: es rebelarse contra el régimen establecido el que le repugnen á uno la familiaridad brutal, las blasfemias, las palabrotas, las groserías del obrero y del soldado. Es decir, que el jacobino, con sus doctrinas y con sus actos, con sus calabozos y sus verdugos, grita á la nación que está bajo su férula: «Sé grosera, para ser republicana; hasta salvaje, para mostrar la superioridad de tu genio; abandona los usos de un pueblo civilizado, para tomar las costumbres de los presidiarios; desfigura tu lenguaje, para elevarlo; habla como el populacho bajo pena de muerte. Los mendigos españoles se tratan con dignidad, respetan á la especie humana bajo los harapos. Nosotros, por el contrario, te invitamos á que tomes nuestros pingos, nuestra jerga, nuestro tuteo. Vístete á la carmañola, hazte rústico y bruto, y prueba tu civismo con la ausencia de toda educación.» Esto es absolutamente cierto. «La educación, dice otro contemporáneo; las cualidades amables, las maneras dulces, un rostro agraciado, un buen cuerpo, la cultura del espíritu, todos los dones de la naturaleza eran otras tantas causas de proscripción.» Denunciábase uno á sí mismo como aristócrata, cuando no se había hecho uno descamisado y proletario de costumbres, de modales, de tono, de lenguaje y de vestimenta. Por esto es por lo que, «por un género de hipocresía desconocido hasta entonces, hombres que no eran viciosos se creían obligados á parecerlo». Más aún: «se temía ser uno mismo, cambiábase de nombre, disfrazábase uno con trajes groseros y repugnantes, cada cual temía parecerse á sí mismo». Efectivamente, según el programa jacobino, todos los franceses debían refundirse en un solo molde uniforme; les cogerán de pequeños, les impondrán la misma educación, la educación de un artesano, de un campesino, de un chico de tropa, y ya los adultos, aleccionados por la guillotina, se reforman con arreglo al modelo prescripto. Nada de vasos de oro ó de cristal, costosos, elegantes ó delicados: los han roto y los rompen; en adelante no se toleran ni se encargan sino barros comunes, todos de la misma substancia, del mismo tamaño, del mismo color, fabricados á miles y al por mayor, en las fábricas públicas, para los usos rudos y sencillos de la vida rural y la vida militar; recházase toda forma original y superior. «Los amos del día, escribe Dannon, han dirigido preferentemente su espada sobre los talentos distinguidos, sobre los caracteres enérgicos; han segado, cuando han podido, en tan corto tiempo, la flor ó la esperanza de la nación.» El socialismo igualitario no quiere por ciudadanos sino autómatas, simples ins-

trumentos en manos del Estado, todos semejantes, de estructura rudimentaria, cómodo de manejar, sin conciencia, ideas, iniciativa, curiosidad ú honradez personal; todo el que se ha cultivado, reflexiona, piensa y quiere por sí mismo, sobrepasa el nivel y sacude el yugo; distinguirse, tener talento y honor, pertenecer á lo escogido, es ser antirrevolucionario. En la Sociedad popular de Bourg-en-Bresse, el representante Jarogues declaraba que «la República no podría establecerse sino sobre el cadáver del último de los hombres dignos».

X

He aquí, pues, de un lado, fuera del derecho común, en el destierro, en la cárcel, bajo las picas, en el cadalso, á lo selecto de Francia, casi todas las personas de raza, de rango, de fortuna, de mérito, á los notables de la inteligencia y de la cultura, del talento y de la virtud; y he ahí, del otro lado, por encima del derecho común, en las dignidades y en la omnipotencia, en la dictadura irresponsable, en los proconsulados arbitrarios, en la soberanía judicial, un conjunto de descalificados, los advenedizos de la infatuación, del charlatanismo, de la brutalidad y del crimen. Aun cuando, por el acoplamiento de los personajes, el contraste entre los gobernantes y los gobernados aparece con un relieve tan fuerte que se le creería buscado y querido, para representarle, haría falta, no ya palabras, sino colores físicos y las pinceladas de un pintor.

Al oeste de París, en la cárcel de la calle de Sèvres, los presos, amontonados, son los primeros personajes

del barrio de San Germán, prelados, oficiales, grandes señores, grandes damas, M. de Clermont-Tonnerre, M. de Crussol d'Amboise, M. de Kersaint, M. de Saint-Simon, el obispo de Agda, la condesa de Narbonne-Petet, la duquesa de Gramont, la princesa de Chimay, la condesa Raymond de Narbonne y su hija de diez años; en suma, la flor de aquella culta sociedad que Europa admiraba, imitaba, y que, por su exquisita perfección, igualaba ó aventajaba á lo más amable, más brillante y mas fino que produjera la civilización superior en Grecia, en Roma, en Italia. Mirad ahora á los árbitros de la vida y de la muerte de aquéllos, á los potentados del mismo barrio que decretaron contra ellos el mandamiento de prisión, que los encierran para explotarlos; son los miembros del comité revolucionario de la Cruz Roja, ex cocheros, porteros, zapateros remendones, mozos de cuerda, ventajistas, falsificadores, carne de presidio y de hospital. En el otro extremo de París, en la Torre del Temple, separado de su hermana, el pequeño Delfín vive todavía; nadie hay en Francia tan digno de piedad y de respeto, porque, si hay una Francia, es merced á sus treinta y cinco jefes militares ó reyes coronados, de los que es el último retoño directo. Sin sus diez siglos de política perseverante y de mando hereditario, los convencionales, que acaban de profanar sus tumbas en San Dionisio y de arrojar sus huesos á la fosa común, no serían franceses. En este momento, si los sufragios fuesen libres, la inmensa mayoría del pueblo, diez y nueve franceses por cada veinte, reconocerían por rey suyo al niño inocente y precioso, al heredero de la raza á la que deben ser una nación y tener una pátria; es un niño de ocho años, de rara precocidad, tan inteligente como bueno, de rostro dulce y encantador.

Mirad á su lado, con la injuria en la boca y el puño levantado, una cara patibularia y colorada de aguardiente: es su amo oficial, su preceptor, el zapatero remendón Simón, tan perverso como asqueroso, innoble de corazón y de maneras, que emborracha á la fuerza al niño, que le hace sufrir hambre, que le impide dormir, que le abruma á golpes, y que, por consigna, por instinto y por principios, pesa sobre él con toda la brutalidad de su corrupción, para desnaturalizarle, embrutecerle y depravarle.

Entre la Torre del Temple y la cárcel de la calle de Sèvres, en el Palacio de Justicia, un contraste casi igual pone todos los dias frente á frente los méritos y los deméritos, á los inocentes y á los bandidos; y hay dias en que el contraste, más enorme aún, sienta á los criminales en el estrado de los jueces, y á los jueces en el banquillo de los criminales. El 1.° y el 2 floreal, los antiguos depositarios del derecho público, los representantes y guardianes de la libertad en tiempos de la monarquía, veinticinco magistrados de los parlamentos de París y Tolosa, varios de una inteligencia eminente, de la más alta cultura y del más noble carácter, entre ellos los más ilustres nombres históricos de la magistratura francesa, M. Etienne Pasquier, M. Le Fevre d' Ormesson, M. Molé de Champlatreux, M. de Lamoignon de Malesherbes, son enviados á la guillotina por los jueces y jurados que ya conocemos, por asesinos ó idiotas que no se toman el trabajo ó que no son capaces de justificar ni aun en la apariencia sus fallos. M. de Malesherbes dijo, después de leer su acta de acusación: «¡Si por lo menos esto tuviera sentido común!» Efectivamente; los que pronuncian la sentencia son, por confesión propia, «jurados sólidos, buenos descamisados, *hombres de la naturaleza*»; ¡qué

naturaleza! Uno de ellos, Trinchard, carpintero, se pinta á sí mismo á lo vivo en este billete que antes de la audiencia dirige á su mujer: «Si no estás completamente sola, y está trabajando el compañero, puedes venir á verme juzgar á veinticuatro señores, todos ellos presidentes y consejeros que fueron en el parlamento de Paris y de Tolosa. Te invito á que traigas algún bocado, porque no acabaremos en tres horas. Te abrazo, mi querida amiga y esposa (1).» En el mismo tribunal, el fundador y organizador de la química, el gran inventor Lavoisier, condenado á muerte, pide un aplazamiento de quince días para terminar un experimento, y el presidente, Coffintral, le contesta: «La República no necesita sabios.» Tampoco necesita poetas y el primer poeta de la época, el artista delicado y superior que volvió á abrir las fuentes antiguas, que abre las fuentes modernas, André Chenier, es guillotinado; tenemos el original del acta manuscrita de su interrogatorio, verdadera obra maestra de guirigay y de barbarie: habría que transcribirla por entero con «sus atrocidades de sentido y de ortografía». Leedla, si queréis ver á un hombre de talento entregado á las bestias, á bestias groseras, coléricas y despóticas, que no escuchan nada, que no comprenden nada, que ni siquiera entienden las palabras usuales, que tropiezan en sus quidproquos y que, para simular inteligencia, rebosan de asnerías. El trastorno es completo: sometida al gobierno revolucionario, Francia parece una criatura humana á la que se obligase á andar de cabeza y á pensar con los pies.

(1) Esta carta está llena de faltas ortográficas en francés.—(N. DEL T.)

CAPÍTULO II

Las subsistencias.—I. Complejidad de la operación económica por la que los objetos de primera necesidad vienen á ponerse al alcance del consumidor.—Condiciones de la operación.—Los adelantos disponibles.—Casos en que los adelantos dejan de ser disponibles.—II. Efectos económicos de la política jacobina de 1789 á 1793.—Los atentados contra la propiedad.—Atentados directos.—Las jaquerías, las confiscaciones efectivas y la proclamación del dogma socialista.—Atentados indirectos.—Mala administración de la fortuna pública.—Transformación de los impuestos y nulidad de los ingresos.—Exageración de los gastos.—Presupuesto de la guerra y de las subsistencias á partir de 1793.—El papel moneda.—Exceso de las emisiones.—Descrédito de los asignados.—Ruina de los acreedores públicos y de todo acreedor.—Tasa del interés durante la Revolución.—Disminución del trabajo productivo.—Sólo el pequeño propietario rural trabaja útilmente.—Por qué rechaza los asignados.—Carestía de las subsistencias.—Llegan á los mercados difícilmente y en pequeña cantidad.—Aumento de la carestía y comienzo de la penuria.—Los precios durante el primer semestre de 1793.—III. Causa primera y general de la miseria.—Principio socialista del gobierno revolucionario.—Medidas complementarias contra la propiedad grande ó media.—Expropiación de los últimos organismos existentes.—Emisiones enormes de papel moneda, curso forzoso, empréstito forzoso, requisición de las especies acuñadas, impuestos revolucionarios, supresión de los órganos especiales del trabajo en grande.—Medidas contra la pequeña propiedad.—Máximum, requisición de las subsistencias y del trabajo.—Situación del tendero, del agricultor y del obrero.—Efectos de las medidas sobre el trabajo en pequeña escala.—IV. La penuria.—En pro-

vincias.—En París.—Calidad de las subsistencias.—La angustia y la tristeza.—V. Los remedios revolucionarios.—Rigores contra los indóciles.—Decretos y leyes para hacer al Estado único depositario y distribuidor de las subsistencias.—Tentativas para establecer el reclutamiento en el trabajo.—Desaliento del campesino.—Se niega á cultivar.—Decretos y leyes para obligarle á cosechar.—Su tenacidad.—Los labradores encarcelados á miles.—La Convención se ve obligada á ponerlos en libertad.—Circunstancias fortuítas que salvan á Francia de la extrema hambre.—VI. Suavización del régimen revolucionario de termidor.—Abolición del máximum.—Nueva situación del campesino.—Vuelve á cultivar.—Requisición de los granos por el Estado.—El labrador se indemniza con los particulares.—Multiplicación y baja crecientes de los asignados.—Clases sobre las que cae la carga.—La penuria y la miseria durante el año III y durante el primer semestre del año IV.—En los campos.—En las aldeas y en los pueblos.—En las poblaciones medianas y grandes.—VII. La penuria y la miseria en París.—Medidas del gobierno para aprovisionar la capital.—Lo que esto cuesta por mes al Tesoro.—El frío y la falta de comestibles en el invierno de 1794 á 1795.—Calidad del pan.—Disminución de la ración diaria.—El sufrimiento es sobre todo para la clase urbana.—Excesos del sufrimiento físico y de la desesperación.—Suicidios y defunciones por agotamiento en 1795.—Comidas y cenas de los gobernantes.—Número de vidas destruídas por la miseria.—Efectos del socialismo aplicado sobre el bienestar y la mortalidad.

I

Suponed una criatura humana á la que se le obligue á andar con los pies arriba y la cabeza abajo; mediante una coacción excesiva, se le podrá mantener algún tiempo en esa actitud malsana, y ciertamente se logrará lastimar, tal vez romper la cabeza; además, es muy probable que se obtengan de los pies varios movimientos convulsivos y terribles golpes. Pero es

seguro que si se continúa, el hombre, sobrecogido de una angustia indefinible, concluirá por desplomarse: la sangre dejará de circular, vendrá la sofocación, el tronco y las piernas padecerán tanto como la cabeza; los mismos pies se enfriarán y quedarán inertes. Tal es, poco más ó menos, la historia de Francia bajo sus pedagogos jacobinos. La teoría rígida y la brutalidad perseverante imponen á la nación una actitud contra naturaleza; por consiguiente, sufre, y cada día sufre más; la parálisis gana terreno; las funciones se desconciertan, luego se detienen, y la última, la principal, la más urgente, el mantenimiento físico y la alimentación diaria del individuo viviente, se hace tan mal, entre tantas dificultades, á través de tantas interrupciones, con tanta incertidumbre y tanta insuficiencia, que el paciente, reducido á vivir de privaciones crecientes, se pregunta todos los días si el siguiente no será peor que el anterior, y si su casi ayuno no va á acabar en ayuno completo.

Nada más sencillo en apariencia y nada más complicado en el fondo que la operación fisiológica por la cual, en el cuerpo organizado, el alimento apropiado y reparador llega á ofrecerse incesantemente, en el lugar y en el instante que hace falta, á las innumerables células, tan diversas y tan lejanas. Igualmente, nada más sencillo al primer golpe de vista y nada más complicado en realidad que la operación económica por la que, en el cuerpo social, las subsistencias y las otras causas de primera necesidad llegan por sí mismas, en todos los puntos del territorio, á ponerse al alcance de cada consumidor. Es que, tanto en el cuerpo social como en el cuerpo organizado, el acto terminal presupone otros muchos anteriores y coordinados, una serie de elaboraciones sin escalonamiento

de metamorfosis, una fila de eliminaciones, una sucesión de acarreos, la mayor parte invisibles ú obscuros, pero todos indispensables, todos ajustados por órganos infinitamente delicados, por órganos tan sensibles que, bajo la menor presión, se descomponen; tan dependientes el uno del otro, que la perturbación de uno solo de ellos altera el juego de los demás, y suprime ó estropea la obra final á la que, de cerca ó de lejos, concurren todos.

Considerad un instante estos preciosos órganos económicos y su manera de funcionar. En una sociedad un poco civilizada y que ha vivido, se encuentran, en primer término, los poseedores de la riqueza acumulada por el ahorro antiguo y reciente, es decir, los propietarios de valores grandes ó pequeños, en dinero, papel ó especies, cualquiera que sea su forma; tierras, casas, minas y canales, barcos, máquinas: animales y útiles, mercancías y provisiones de todo género, y véase el uso que de esto hacen. Cada cual, apartando la reserva que necesita para su consumo del momento, pone en alguna empresa su sobrante disponible: el capitalista, sus capitales líquidos; el propietario terrateniente, su tierra y sus casas de la finca; el labrador, sus ganados, sus simientes y sus instrumentos de labranza; el fabricante, su fábrica y sus materias primeras; el empresario de transportes, sus barcos, sus vehículos y sus caballos; el comerciante, sus almacenes y su aprovisionamiento del año; el detallista, su tienda y sus provisiones de la quincena; á lo que todos estos, el labrador, el comerciante, el industrial, tienen que añadir el dinero contante, el dinero que necesitan para pagar al final de cada mes los sueldos de sus empleados, y al final de cada semana el salario de sus obreros. Si no, es imposible cultivar, cons-

truir, fabricar, transportar, vender; cualquiera que sea la obra útil, no se puede ejecutarla, ni siquiera empezarla, sin fondos previos en dinero ó en especies: en toda empresa, la cosecha supone la labor y las simientes; si quiero hacer un agujero, necesito alquilar un azadón y un par de brazos: en otros términos, *hacer adelantos*. Pero los adelantos no se hacen más que con dos condiciones: es preciso primeramente que el que los tenga *pueda* hacerlos, es decir, que tenga un sobrante disponible; después que el que los tenga *quiera* hacerlos: por lo tanto, que encuentre en ello beneficios y no pérdidas. Si estoy arruinado ó casi arruinado, si mis inquilinos y mis colonos no me pagan, si mi tierra y mis géneros no valen ya en el mercado sino la mitad de precio, si lo que me queda de mis bienes se ve amenazado por la confiscación, no solamente, teniendo menos valores, tengo menos valores disponibles, sino que me preocupa el porvenir; por encima de mi consumo próximo, preveo á mi consumo lejano; aumento mis reservas, sobre todo en existencias y en numerario; guardo para mí y para los míos todos los valores que me quedan: ya no los tengo disponibles, ya no puedo prestar ni acometer empresas. Y de otra parte, si el préstamo ó la empresa, en vez de hacerme ganar, me hace perder; si, á los riesgos ordinarios, añade riesgos extraordinarios la impotencia ó la injusticia de la ley; si mi obra, una vez hecha, ha de convertirse en presa del gobierno, de los labradores y de quien quiera cogerla; si me obligan á entregar mis géneros ó mis mercancías por la mitad de lo que me cuestan; si no puedo producir, almacenar, transportar ó vender sino renunciando á todo beneficio y con la certeza de no poder cobrar mis adelantos, no quiero hacer nada ni prestar.

He aquí las disposiciones y la situación de todos los poseedores de sobrantes en tiempos de anarquía, cuando el Estado desfallece y no desempeña su misión habitual, cuando las propiedades dejan de estar protegidas eficazmente por la fuerza pública, cuando la jaquería se propaga en todos los campos y el motín en las poblaciones, cuando los castillos son saqueados, las fincas quemadas, las tiendas asaltadas, las subsistencias robadas y los transportes detenidos, cuando los alquileres y los arrendamientos dejan de pagarse, cuando los tribunales no se atreven á condenar, cuando los juzgados no se atreven á embargar, cuando la gendarmería se abstiene, cuando la policía falta, cuando la amnistía reiterada ampara á los ladrones y á los incendiarios, cuando una revolución lleva al poder local y central á unos aventureros sin fortuna, sin probidad y hostiles á los propietarios.

He aquí las disposiciones y la situación de todos los poseedores de sobrantes en tiempos de socialismo, cuando el Estado usurpador, en vez de proteger las propiedades particulares, las destruye ó se apodera de ellas, cuando se apropia los bienes de muchas grandes corporaciones, cuando suprime sin indemnización varias clases de créditos legales, cuando á fuerza de gastar se hace insolvente, cuando, con su papel moneda y el curso forzoso, anula el crédito en manos del acreedor y permite al deudor emanciparse casi gratis, cuando se apodera arbitrariamente de los capitales líquidos, cuando hace empréstitos forzosos, cuando requisiciona á la fuerza, cuando tasa los géneros por bajo del precio de coste, cuando obliga al fabricante á fabricar con pérdida y al comerciante á vender con pérdida, cuando sus principios, aplicados por sus actos, anuncian que, de la confiscación parcial, mar-

chan á la confiscación universal. Por una filiación segura, toda fase del mal engendra la fase siguiente: diríase que es un veneno cuyos efectos se propagan ó se repercuten; cada función, perturbada por la perturbación precedente, se desorganiza á su vez. El peligro, la mutilación y la supresión de la propiedad disminuyen cada vez más los valores disponibles y el valor de arriesgarlos, es decir, el medio y la voluntad de hacer adelantos; á falta de éstos, las empresas útiles languidecen, perecen ó no se hacen: por consiguiente, la producción, el acarreo, la salida á la venta de los objetos indispensables se retrasa, se interrumpe y se para. Hay menos jabón, menos azúcar y menos bujías en la tienda de ultramarinos, menos leña y carbón en la carbonería, menos bueyes y corderos en el mercado; menos carne en la carnicería, menos granos y harinas en los almacenes, menos pan en la panadería. Como las cosas de primera necesidad escasean, encarecen; como son disputadas, su carestía se exagera; el rico se arruina para lograrlas, el pobre no las consigue, y lo necesario falta para las primeras necesidades.

II

Tal es ya la penuria en Francia en los momentos en que se remata la conquista jacobina, y, de esta penuria, son autores los jacobinos; porque, desde hace cuatro años, han hecho á la propiedad una guerra sistemática. Han provocado, excusado, indultado, ó tolerado y autorizado contra la propiedad, todos los atentados populares, miles de motines, siete jaquerías consecutivas, algunas bastante amplias para cubrir

á la vez nueve ó diez departamentos, y la última extendida sobre Francia entera, es decir, el bandidaje universal y permanente, la arbitrariedad de los indigentes, de los vagabundos; todas las formas del robo, desde la negación de las rentas y arrendamientos, hasta el pillaje de los castillos, de las casas burguesas, de los mercados y de los graneros, la licencia plena de las partidas que, bajo un pretexto político, saqueaban á discreción á los sospechosos de todo género, no solamente al noble y al rico, sino al labrador tranquilo y al artesano acomodado; en suma, el regreso al estado salvaje, la soberanía de los apetitos y de las codicias, la vuelta del hombre á la selva primitiva. Recientemente, en el mes de Febrero de 1793, por consejo de Marat y en connivencia con el municipio jacobino, la canalla de París ha asaltado mil doscientas tiendas y se ha repartido gratis, ó al precio que ella ha fijado, el azúcar, el jabón, el aguardiente y el café.

Han emprendido, realizado y multiplicado contra la propiedad los peores atentados, despojos enormes y de todo género; supresión de rentas por centenas de millones y confiscación de capitales por miles de millones, abolición sin indemnización de los diezmos y de todos los derechos feudales, expropiación del clero, de los emigrados, de la Orden de Malta, de las asociaciones ó fundaciones de caridad, de piedad y de educación, incluso laicas; recogida de la plata, de los vasos sagrados, del mobiliario valioso de las iglesias. Y desde que están en el poder, por encima de los despojos consumados, prometen otros más vastos. Después del 10 de Agosto, sus periódicos de París y sus comisarios de los departamentos han predicado «la ley agraria, la promiscuidad de los bienes, la nivelación de las

fortunas, el derecho del soberano, para cada fracción», de proveerse á la fuerza á costa de los poseedores de sobrantes y de subsistencias, la casa de los ricos, la proscripción «de los propietarios, de los grandes comerciantes, de las personas de negocios y de todos quienes tengan lo superfluo». Desde los primeros meses de la Convención, el dogma de Rousseau, «que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie», se ha convertido en una máxima de Estado, y, en las deliberaciones de la Asamblea soberana, el socialismo toma ascendiente y después impera. Según Robespierre, «todo lo que es indispensable para conservar la vida, *es una propiedad común de la sociedad entera.* Unicamente el excedente es una propiedad individual que se abandona á la industria de los comerciantes»; más solemnemente todavía, en la Declaración de los Derechos, adoptada unánimemente por la todopoderosa Sociedad de los jacobinos para servir de piedra angular á las nuevas instituciones, el pontífice de la secta inscribe estas fórmulas, preñadas de consecuencias: «La sociedad tiene la obligación de proveer á la subsistencia de todos sus miembros. Los socorros que necesita la indigencia son una deuda del rico para con el pobre. El derecho de propiedad es limitado, y no se aplica sino á la porción de los bienes garantizada por la ley. Toda posesión, todo tráfico que perjudique á la existencia de nuestros semejantes, es necesariamente ilícito é inmoral.» Esto se entiende á maravilla: hace un momento, el populacho jacobino, habiendo juzgado que la posesión y el tráfico de las especerías perjudicaban á su existencia, ha deducido que el monopolio de esos tenderos era inmoral é ilícito; en consecuencia, ha robado todas las tiendas. Bajo la dominación de la plebe y de la montaña, la Convención aplica la

teoría, se apodera de todo capital que encuentra, y, en su nombre, se declara á los pobres «que encontrarán en las carteras de los ricos con que subvenir á sus necesidades».

Más allá de estos atentados ruidosos y directos, un atentado indirecto y sordo, pero más profundo todavía, minaba lentamente por su base toda propiedad presente y futura. Los asuntos del Estado son los asuntos de todo el mundo, y cuando el Estado se arruina, todo el mundo se arruina de rechazo. Porque él es el mayor deudor y el mayor acreedor del país; y no hay deudor tan inabordable ni acreedor tan absorbente, puesto que, haciendo la ley y teniendo la fuerza, puede siempre primeramente negar su deuda y despedir al rentista con las manos vacías, y después aumentar el impuesto y sacar de los bolsillos del contribuyente hasta el último escudo. Nada más amenazador para las fortunas particulares que la mala administración de la fortuna pública. Ahora bien; bajo la presión de los principios jacobinos y de la facción jacobina, los curadores de Francia han administrado como si, deliberadamente, quisieran arruinar á su pupila; han empleado todos los medios conocidos para aniquilar una fortuna. En primer lugar, la han despojado de las tres cuartas partes de su renta. Para complacer al pueblo y aplicar la teoría, los impuestos de consumo, gabela, puertas, derechos sobre la sal, las bebidas, la carne, el tabaco, los huevos y la pólvora, han sido abolidos, y los nuevos tributos con que se han sustituído los antiguos impuestos, lentamente establecidos, incompletamente repartidos, difícilmente percibidos, no ingresan: en 1.° de Febrero de 1793, de la contribución mueble é inmueble de 1791, en vez de trescientos millones, el Tesoro no ha recaudado más que ciento

cincuenta; de la contribución de 1792, no ha cobrado nada. En esta fecha y en los cuatro años de la Revolución, el atraso total del contribuyente ascendía á seiscientos treinta y dos millones; mal crédito, casi incobrable, y de hecho reducido ya á una mitad, porque, aun cuando el deudor hubiera podido y querido pagar, habría pagado con asignados, y por esa fecha los asignados perdían el cincuenta por ciento. En segundo lugar, los nuevos administradores habrían cuadruplicado los gastos públicos. Equipo y paseos de los guardias nacionales, federaciones, fiestas y paradas patrióticas, escritos, impresos y publicaciones inmemorables, reembolso de las oficinas suprimidas, instalación de las nuevas administraciones, socorros á los indigentes, talleres de caridad, compras de granos, indemnización á los panaderos y harineros: había sido preciso atender á los gastos de la demolición y de la reconstrucción universales. Ahora bien; la mayor parte de estos gastos la había pagado el Estado. A fines de Abril de 1793, había ya hecho solamente á París ciento diez millones de adelantos, y el Municipio insolvente le sacaba incesantemente nuevos millones. Al lado de este abismo, los jacobinos habían abierto otro más amplio, el de la guerra: durante el primer semestre de 1793, arrojaban á él ciento cuarenta millones al mes, después ciento sesenta, luego ciento noventa; en el segundo semestre de 1793, la guerra y las subsistencias consumían cerca de trescientos millones mensuales, y cuanto más se echaba á los dos abismos, más se ahondaban.

Naturalmente, cuando se deja de percibir las rentas y se exageran los gastos, hay que tomar á préstamo sobre el capital, el cual va desapareciendo poco á poco. Naturalmente, cuando no se encuentra dinero

contante en el mercado, se firman pagarés, se trata de hacerlos circular, se paga á sus poseedores con promesas escritas de pagos futuros, y se concluye el crédito. He aquí el papel moneda y los asignados: es el tercer medio, el medio más eficaz para destruir una fortuna, y los jacobinos no han dejado de aplicarle en grande. Bajo la Constituyente, por un resto de buen sentido y de buena fe, se había tratado de asegurar el reembolso de los billetes suscriptos; los portadores de asignados estaban casi seguros; les habían dado sobre los bienes nacionales una *primera hipoteca;* les habían prometido no emitir más asignados. Pero no les han cumplido la palabra: la hipoteca se ha frustrado. Después, el 27 de Abril de 1792, á petición de Cambon, empieza la emisión ilimitada: según los financieros jacobinos, para hacer frente á la guerra no hay más que dar vueltas á la máquina de hacer promesas; en Junio de 1793 ha fabricado por valor de cuatro mil trescientos veinte millones de asignados, y todos ven que el jugo de aquélla se acelera forzosamente y se precipita la catástrofe. En París, el asignado de cien francos no vale ya en numerario, en Junio de 1791, sino ochenta y cinco francos; en el mes de Enero de 1792, sesenta y seis francos; en Marzo de 1792, cincuenta y tres; en alza, á fines de la legislativa, por las nuevas confiscaciones, vuelve á bajar á cincuenta y cinco francos en Enero de 1793, á cuarenta y siete en Abril, á cuarenta en Junio, á treinta y cinco en Julio. He aquí á los acreedores del Estado con una pérdida de un tercio, de una mitad, de dos tercios de su crédito, y no solamente á los acreedores del Estado, sino á todos los acreedores, puesto que todo deudor está en su derecho al pagar en asignados.

En semejante situación, ¿cómo hacer para empezar

á sostener una empresa? ¿Quién se atreverá á arriesgarse, sobre todo en las empresas en que los desembolsos son grandes y la remuneración remota? ¿Quién se atreverá á prestar á largo plazo? Si alguien presta todavía, no lo hace por año, sino por meses, y el interés, que era de seis, cinco y hasta de cuatro por ciento *al año* antes de la Revolución, es ahora de dos por ciento *al mes*, y con prendas de garantía; subirá más todavía no tardando, y en París, en Strasburgo, llegará, como en la India y en los Estados berberiscos, al cuatro, al cinco, al seis y hasta al siete por ciento mensual. ¿Qué poseedor de materias primeras ó de materias trabajadas se atreverá á hacer sus entregas como de ordinario, y conceder á sus clientes el indispensable crédito de tres meses? ¿Qué gran industrial querrá fabricar, qué comerciante en grande que expedir, qué propietario rico ó acomodado querrá construir ó meterse en ninguna empresa, con la fundada certeza de no reembolsarse sino tarde y á medias, con la certeza creciente de no reembolsarse nada? De año en año, las grandes casas se vienen abajo: con la ruina de la nobleza y la marcha de los extranjeros opulentos, todas las industrias de lujo que en París y en Lyon daban el tono á Europa, las fábricas de telas, de muebles, de objetos de arte, de elegancia y de moda; con la jaquería negra de Santo Domingo y las revueltas de las Antillas, el gran comercio nacional, la magnífica prosperidad de Nantes y de Burdeos, las industrias que producían, transportaban y distribuían el algodón, el azúcar y el café; con la declaración de la guerra á Inglaterra, todo el comercio marítimo; con la declaración de guerra á Europa, todo el comercio continental. Quiebras sobre quiebras, desastre universal, ruina del trabajo en grande, organizado y

ampliamente fructífero: en el puesto de las industrias productivas, no vió más que industrias destructoras. Entre los millones de hombres que dejan de trabajar, únicamente trabaja y fructuosamente el pequeño labrador; descargado del impuesto, de los diezmos y de los tributos, comprador á bajo precio, ó sin aflojar la bolsa, de un pedazo de terreno, tiene ganas de trabajar; ha calculado que en adelante lo que recoja no se verá ya mermado por los derechos del señor, del diezmero y del rey, que será todo para él, y que cuanta mayor necesidad haya en las poblaciones, tanto más caro podrá vender él. Por esto es por lo que ha labrado y más rudamente que antes. Tal vez habrá penuria de los otros objetos de consumo; puede ser que, por la ruina de las otras industrias, los paños, los zapatos, el azúcar, el jabón, el aceite y las bujías, el vino y aguardiente, falten; puede ser que, por la torpe transformación de la agricultura, los géneros de segunda necesidad, la carne, el vino, los licores, la manteca y los huevos, escaseen. Pero á lo menos, el alimento francés por excelencia está allí, en pie en los campos ó en haces en las granjas: en 1792, en 1793 y hasta en 1794, hay bastantes granos en Francia para proporcionar el pan diario á cada francés.

Pero esto no basta; porque, para que cada francés obtenga diariamente su pedazo de pan, es preciso que los granos lleguen á los mercados en cantidad suficiente, y que todos los días los panaderos tengan la suficiente harina para cocer el suficiente pan; es preciso, además, que el pan expuesto en las panaderías no exceda del precio que la mayoría de los consumidores pueda pagar. Ahora bien; en realidad, por una consecuencia forzosa del nuevo régimen, ninguna de estas dos condiciones se llena. En primer lugar, el tri-

go, y, por consiguiente, el pan, están demasiado caros. Aun al antiguo precio serían todavía demasiado caros para las innumerables bolsas vacias ó semi-vacías tras tantos golpes asestados á la propiedad, á la industria y al comercio, ahora que tantos obreros y empleados están sin trabajo, que tantos propietarios y burgueses no cobran sus rentas, que los ingresos, los beneficios, los sueldos y los salarios se han secado por cientos de millones. Pero el trigo, y, por consiguiente, el pan, no están al precio de antes. En vez de cincuenta francos, el saco de trigo vale en París, en Febrero de 1793, sesenta y cinco francos; en Mayo de 1793, cien francos; luego, ciento cincuenta: por lo tanto, en los primeros meses de 1793, en París, el pan, en vez de tres suses la libra, cuesta seis; en varios departamentos del Mediodía, siete y ocho suses, y al poco tiempo, en muchos lugares, diez y doce. Es que, desde el 10 de Agosto de 1791, después de la caída del rey y del arrancamiento de la antigua llave de bóveda que mantenía aún en su puesto las piedras conmovidas del edificio social, el campesino, alarmado, no ha querido desprenderse; está resuelto á rechazar los asignados, á no entregar sus granos sino por dinero sonante. Cambiar trigo bueno por malos pedazos de papel, le parece un engaño, y con harta razón, puesto que los comerciantes de la ciudad le dan cada vez menos géneros por esos papeles. Guardador y desconfiado como es, necesita escudos de buena ley, con la antigua efigie, para meterlos en su puchero ó en su media de lana; dadle numerario ó se queda con su trigo. Porque no se encuentra, como antes, obligado á deshacerse de él en seguida de la recolección, para pagar sus impuestos ó su arrendamiento: nadie le obliga á ello; en esos tiempos de desorden y de demagogia

con autoridades impotentes ó parciales, ni el acreedor público ni el acreedor particular tienen fuerza para hacerse pagar, y los aguijones, que antes azuzaban al labrador hacia el mercado próximo, se han embotado ó roto. Por lo tanto, se abstiene de llevarlo, y tiene, además, excelentes razones para abstenerse. En el camino y á la entrada de las poblaciones, los vagabundos y los hambrientos detienen y roban los carros llenos; en el mercado y en la plaza, las mujeres abren los sacos con tijeras, ó el municipio, obligado por el populacho, tasa los granos á precio reducido. Cuanto mayor es una población, tanto más trabajo la cuesta proveer su mercado, porque ha de traer de más lejos sus subsistencias; cada departamento, cada cantón, cada pueblo, retiene para sí sus granos, por la requisición legal ó por la fuerza bruta; los grandes tratantes en trigo no pueden realizar sus negocios; les llaman acaparadores; la muchedumbre invade sus almacenes; á ellos son á quienes ahorca con preferencia. El mismo gobierno ha proclamado que las especulaciones de aquéllos son «crímenes»; pone su comercio en entredicho; los sustituye. Pero, con esta sustitución, va á aumentar la penuria: las ciudades, con hacer colectas, con imponer á los ricos, con levantar empréstitos, con endeudarse más allá de todos sus recursos, no consiguen sino empeorar el mal. Cuando el municipio de París gasta mil doscientos francos diarios para vender á bajo precio la harina en sus almacenes, concluye con los harineros que no pueden venderla á aquel precio; para las seiscientas mil bocas de París no hay suficiente harina en los mercados. Cuando gasta setenta y cinco mil francos al día en indemnizar á los panaderos, atrae á las panaderías á todos los habitantes de las afueras, que acuden á París á

buscar el pan más barato; para las setecientas mil bocas de París y de sus afueras, no hay ya bastante pan en las panaderías. Quien llega demasiado tarde se encuentra con la tienda vacía: en consecuencia, cada cual llega temprano, muy temprano, al amanecer, antes de ser de día, cinco ó seis horas antes de clarear. En Febrero de 1793, hay ya colas matinales á la puerta de las panaderías, aumentan en Abril y se hacen enormes en Junio. Como es natural, á falta de pan se lanzan sobre los otros alimentos, que encarecen; así, pues, aunque se come, cada vez cuesta más el comer. Añadid á esto las diversas aplicaciones de la política jacobina, que vienen á aumentar la carestía de las subsistencias de todo género y también de todos los objetos necesarios. El desastroso estado de las carreteras y de los caminos, hace los transportes más lentos y más costosos; la prohibición de exportar el numerario, y, por lo tanto, de aprovisionarse en el extranjero; el derecho que obliga á toda compañía industrial ó comercial, presente ó futura, «á entregar anualmente en el Tesoro nacional la cuarta parte del importe de sus dividendos»; la sublevación de la Vendée, que priva á París de seiscientos bueyes por semana; el consumo de los ejércitos, que se comen la mitad de los bueyes llevados al mercado de Poissy; el cierre del mar y del continente, que remata la ruina de las fábricas y del alto comercio; la insurrección de Burdeos, de Marsella y del Mediodía, que exagera aún los precios de las especies, azúcar, jabón, aceite, velas, vinos y aguardientes. Por término medio, en los primeros meses de 1793, la libra de carne de vaca vale en Francia, en vez de seis suses, veinte; en Mayo, en París, el aguardiente, que seis meses antes costaba treinta y cinco suses, cuesta noventa y cuatro; en Julio, la libra de ternera, en vez de cinco suses, cuesta veintidós. De veinte suses, el azúcar sube á cuatro francos y diez suses; una vela cuesta siete suses. Empujada por los jacobinos, Francia ha entrado en la miseria negra, en el primer círculo del infierno; después del primer círculo, hay otros, cada vez más profundos, estrechos y sombríos: ¿va á caer en el último empujada por los jacobinos?

III

Evidentemente, si, en el cuerpo social, la nutrición languidece por todas partes y se interrumpe en algunas, es que está enferma alguna fibra íntima del aparato económico. Evidentemente, esta fibra es el sentimiento por el que el hombre ama su propiedad, teme aventurarla, se niega á disminuirla y trata de acrecentarla. Evidentemente, en el hombre real, tal como está constituído, este sentimiento intenso, tenaz, siempre vibrante y activo, es el almacén de fuerza interna que suministra los tres cuartos y casi la totalidad del esfuerzo sostenido, de la atención calculadora, de la voluntad perseverante por la cual el individuo se priva, se ingenia, se afana, trabaja fructuosamente con sus manos, con su inteligencia, con sus capitales; produce, ahorra y crea, tanto para sí como para los demás, recursos y bienestar. Hasta aquí este sentimiento no ha sufrido sino á medias, y ha sufrido sobre todo en la clase acomodada ó rica; por lo tanto, no se ha destruído más que la mitad de su energía útil, y se ha prescindido de los servicios que presta la clase rica ó acomodada; no se ha suprimido más que el trabajo del capitalista, del propietario y del contra-

tista, el trabajo en grande, previsor, combinado, y sus productos, que son los objetos de lujo, los objetos de comodidad, y la presencia universal, la repartición fácil, la distribución espontánea de los géneros indispensables. Resta por aplastar las porciones supervivientes de la fibra laboriosa y productora; por destruir lo que queda de su energía útil; por extirparlo aun entre el pueblo; por suprimir, hasta donde se pueda, el trabajo en pequeño, manual, grosero, y sus productos rudimentarios, para desalentar al tendero ínfimo, al artesano, al labrador. Todo esto van á hacerlo los jacobinos; porque todo esto es el efecto infalible de la teoría que han proclamado y que aplican. Según esta teoría, el instinto, el instinto poderoso y profundo por el que el individuo se obstina en conservar para él y los suyos su haber y sus productos, es precisamente la fibra malsana que hay que matar ó paralizar á toda costa; su verdadero nombre es «el egoísmo, el incivismo», y sus operaciones son atentados contra la comunidad, sólo propietaria legítima de los bienes y de las obras; más todavía, de las personas y de los servicios. Cuerpos y almas, todo pertenece al Estado, nada á los particulares, y, en caso de necesidad, el Estado tiene el derecho, no solamente de apoderarse de las tierras y de los capitales, sino también de requerir y tasar, al precio que le plazca, los granos y el ganado, los coches y los animales de tiro; de acaparar y tasar, al precio que le plazca, el trabajo del zapatero, del sastre, del carretero, del labrador.

Contra la propiedad grande ó media, le basta ampliar y agravar los derechos anteriores. Expoliación de los últimos organismos existentes: confiscar los bienes de los hospitales, de los municipios, de todas las sociedades científicas ó literarias. Expoliación de

los acreedores del Estado y de todo género de acreedores. Expoliación de los particulares, empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos, requisición de la moneda acuñada á cambio de asignados á la par, recogida á domicilio de la plata y las joyas, impuestos revolucionarios prodigados sin tasa, reversión al Estado de todas las posesiones del dominio público entregadas á particulares desde hace tres siglos: ¿cuántos años de trabajo se necesitarán ahora para rehacer los capitales disponibles, para reconstruir en Francia y llenar de nuevo esos depósitos privados que acumulan el ahorro y lo hacen circular como una corriente del motor por la rueda principal de cada empresa? Contad además las empresas destruídas directamente y por completo con las ejecuciones revolucionarias; los fabricantes y comerciantes de Lyon, de Marsella y de Burdeos proscriptos en masa, guillotinados, en la cárcel ó huídos; sus fábricas paradas, sus almacenes secuestrados; y lo mismo en Nantes, en Strasburgo y en otras partes.

Ahora les ha llegado la vez á los pequeños. Prohíbese á los labradores que vendan, salvo en el mercado, con la obligación de aportar su parte alícuota, tantos sacos por semana, y expediciones militares para obligarlos á entregar su parte alícuota; orden á los tenderos «de poner diariamente á la venta los géneros de primera necesidad», estableciendo su precio regulador. Crimen de acaparamiento y pena capital para el que guarde más de lo que consuma; multas enormes, encarcelamiento, la picota para quien venda á precio más alto que el fijado. Tales son los expedientes directos y sencillos del gobierno revolucionario, y he aquí su procedimiento, semejante al del salvaje que derriba el árbol para coger las frutas. Porque, con la pri-

mera aplicación del máximum, el comerciante no puede continuar su comercio; habiendo vendido sus géneros por una mitad de lo que le costaron, no tiene fondos para renovar su artículo. Igualmente, con la aplicación del máximum, el campesino se niega á llevar sus géneros al mercado, y el ejército revolucionario no se encuentra en todas partes para quitárselos á la fuerza. A su alrededor, sabe cuáles son los particulares que tienen todavía buena moneda y los surte. Sabrá todo, disimula en abundancia, y, como antes, se hace el miserable. Se entiende con las autoridades locales, con el alcalde ó el agente nacional, tan interesados como él en eludir la ley. Finalmente, se deja perseguir y prender, va á la cárcel y causa con su obstinación la insistencia administrativa. Por esto es por lo que cada semana llegan menos géneros al mercado, y por lo tanto, escasean en los comercios.

Habiendo así paralizado los pequeños órganos de la oferta y la demanda, á los jacobinos no les queda más que paralizar el trabajo mismo, paralizar las manos hábiles, los brazos poderosos y robustos. Para esto, basta con reemplazar los libres talleres particulares con el taller nacional obligatorio, el trabajo á destajo con el trabajo á la jornada; la atención enérgica del obrero que se contrata mediante condiciones discutidas y se aplica por ganar más, con la negligencia del obrero ajustado á la fuerza, poco pagado, y pagado aunque sea vago. Esto es lo que hacen los jacobinos al requerir á los obreros de toda especie, «á todos los que contribuyan á la manipulación, al transporte y á la venta de los artículos de primera necesidad». En todos los puntos del organismo social, se aplica el mismo principio con el mismo objeto. Sustituid en todas partes el estimulante interno, natural y vivificante, por la creación externa, artificial y mecánica, y no obtendréis sino la atrofia universal; quitad á las gentes sus productos, mejor aún, obligadles por el temor á producir; confiscadles su tiempo, su trabajo y sus personas; reducidles á la condición de fellahs, y no tendréis sino un trabajo y un producto de fellahs, es decir, un mínimum de producto y de trabajo; por lo tanto, un producto insuficiente para alimentar una población muy densa que, multiplicada por una civilización superior y productiva, no podrá subsistir largo tiempo bajo un régimen bárbaro, inferior, improductivo. Al cabo de la expropiacion sistemática y completa, se percibe el efecto final del sistema, no ya la penuria, sino el hambre, el hambre en grande y el aniquilamiento de las vidas á millones. Entre los jacobinos, algunos furiosos, lúcidos á fuerza de jurar, Geoffroy, Antonelle, Jeanbon Saint-André, Collot d'Herbois, ven la consecuencia y la aceptan con el principio; los otros, que se niegan á ver la consecuencia, se obstinan más todavía en aplicar el principio, y todos juntos, con los ojos cerrados ó con los ojos abiertos, trabajan con toda su fuerza en agravar la miseria, cuyo lamentable espectáculo aparece en vano ante sus ojos.

IV

Collot d'Herbois escribía desde Lyon, el 6 de Noviembre de 1793: «No hay aquí víveres para dos días.» Y al día siguiente: «La población actual de Lyon es de ciento treinta mil almas por lo menos: no hay subsistencias para tres días.» Al otro día: «Nuestra situación en lo que concierne á las subsistencias es desesperada.» Al otro día: «Va á declararse el hambre.» Cer-

COLEGIO MAYOR DE NTRA. S.

ca de allí, en el distrito de Montbrison, en Febrero de 1794, «no quedan alimentos para el pueblo». En Marsella «falta todo: ni los pescadores salen á la mar, y hasta el socorro de la pesca falta». En Cahors, á pesar de las múltiples requisiciones, el directorio del Lot y el representante Tailleper declaran que «los habitantes están reducidos desde hace ocho días á no comer más que pan de centeno». En Grenoble, «los panaderos no amasan, los campesinos no aportan trigo, los comerciantes esconden sus géneros ó los exportan». En todas partes los habitantes de las ciudades están á ración, una ración tan exigua que no sirve sino para impedir que se mueran de hambre. «Desde que estoy en Tarbes, escribe un agente, los individuos están tasados á media libra de pan al día.» Lo mismo ocurre en Evreux; pero todavía están peor en Rouen y en Burdeos: en Rouen, en brumario, los habitantes no tienen más que un cuarterón de pan al día por individuo; en Burdeos, «desde hace tres meses, dice el agente, la población duerme á la puerta de las panaderías, para pagar muy caro un mal pan, que á veces no obtiene. Los días en que falta, se distribuyen habas, castañas, arroz, pero en muy pequeña cantidad»: cuatro onzas de pan, cinco onzas de arroz ó de castañas. «Yo he comido ya ocho ó diez veces sin pan, al que renunciaría gustoso, si pudiera reemplazarle con patatas; pero también éstas faltan.» Durante cinco meses, sigue el ayuno, y se prolonga hasta después del Terror, no solamente en la ciudad, sino en todo el departamento. El mismo espectáculo ofrecen todos los países que producen pocos granos, ó cuyos graneros están vacíos por la *razzia* revolucionaria. «En varios distritos del Indra, escribe el representante delegado, las subsistencias faltan en absoluto; en algunos municipios, varios habitantes se han visto en la espantosa necesidad de mantenerse con bellotas y otras substancias malsanas...» En particular, «los distritos de la Chatre y de Argenton están condenados á perecer de hambre si no se les socorre prontamente... El cultivo de las tierras está abandonado, la mayor parte de los administrados recorren los departamentos vecinos para buscar su subsistencia». Y es dudoso que la encuentren. Todos estos y otros desgraciados como ellos no se sublevan, sin embargo; suplican solamente y tienden la mano «con lágrimas en los ojos». Tal es la angustia y la sumisión del estómago en provincias. París es menos paciente: por esto le sacrifican los demás, no solamente la fortuna pública, el Tesoro que le da uno ó dos millones á la semana, sino también regiones enteras, veintiséis departamentos que tienen que proporcionarle granos, con la perspectiva de la cárcel y el cadalso en caso de negarse, bajo las bayonetas ambulantes del ejército revolucionario; ante todo, hay que atender á la capital. Veamos, con este régimen de favor, cómo se vive y lo que se come en París.

«Agrupamientos espantosos» á las puertas de las panaderías, después á las puertas de las carnicerías y de las tiendas de comestibles, luego en los mercados, para la manteca, los huevos, el pescado y las legumbres; después en el puerto y en el muelle para el vino, la leña y el carbón: he aquí la cantilena incesante de todos los partes de la policía. Y esto se sucede sin interrupción durante los catorce meses del gobierno revolucionario. Colas para el pan, colas para la carne, colas para el aceite, el jabón y las velas, «colas para la leche, colas para la manteca, colas para la leña, colas para el carbón, colas en todas partes». «Hubo

una que empezaba en la puerta de una tienda de comestibles del Petit Carreau y llegaba hasta la mitad de la calle Montorgueil.» Se forman desde las tres de la mañana, desde la una, desde las doce de la noche, y van aún engrosando de hora en hora. Figuraos la fila de esos miserables, hombres y mujeres, echados en el suelo cuando hace buen tiempo, si no en pie, con las piernas rígidas, en invierno sobre todo, «bajo la lluvia» y con los pies en la nieve, durante largas horas, en las calles negras, infectas, apenas alumbradas, llenas de inmundicias; porque, á falta de aceite, han apagado la mitad de los faroles, y, á falta de dinero, no se recomponen los pavimentos ni se barre. La muchedumbre se enfanga, y, tanto en lo moral como en lo físico, todos aquellos desarrapados que se codean acaban por mancharse los unos á los otros. La promiscuidad, el contacto, la espera y la noche, dan rienda suelta á los instintos groseros; en verano, sobre todo, la bestialidad humana y la crápula parisiense campan por sus respetos. «Las prostitutas» ejercen su oficio; varias que han traído sus colchones «se tumban y cometen mil horrores». Excelente ejemplo para las hijas ó mujeres de obreros dignos, para las sirvientes honradas que ven y oyen. «Algunos hombres, recorriendo la fila, eligen á su Dulcinea; otros, más desvergonzados, se lanzan como toros sobre las mujeres, á las que abrazan una tras otra.» ¿No son éstos los besos fraternales del patriotismo jacobino? ¿No van á dárselos, en los clubs, á los descamisados ebrios, la hija y la mujer del alcalde Pache? ¿Y qué puede hacer la guardia? Bastante tiene con reprimir el otro instinto animal, ciego y sordo, exasperado como está por el sufrimiento, por la esperanza y por la decepción.

Al acercarse á las carnicerías, antes de abrirse, «los que vienen cargados con mitades de bueyes, corren para que no les asalte la multitud que los acosa y parece devorar con los ojos la carne cruda». Se abren paso, entran por la trastienda y se cree que va á empezar la distribución; los gendarmes, poniendo sus caballos al galope, dispersan los grupos demasiado compactos; «foragidos á sueldo del municipio, hacen que las mujeres formen fila, y, tiritando en el frío amanecer de Diciembre, esperan que les llegue el turno». Pero antes, en virtud de la ley, el carnicero separa la parte de los hospitales, de las mujeres embarazadas, de las parturientas, de las nodrizas, y, además, á despecho de la ley, separa otra parte para el comité revolucionario de su sección, para el comisario, para los bajaes del barrio, en fin, para los parroquianos ricos que le dan un sobreprecio. A este efecto, «unos mozos, formando con sus anchas espaldas una muralla impenetrable ante la tienda, se llevan vacas enteras»; servidos ellos, las mujeres encuentran la tienda desprovista, y muchas, «después de haber padecido durante cuatro horas», tienen que volverse con las manos vacías. Ante semejante perspectiva, los grupos diarios se alarman y se hacen tumultuosos; nadie, salvo los primeros, está seguro de alcanzar algo; el que está detrás mira con envidia, con una sorda cólera, al que está delante. Hay gritos, injurias, riñas; las mujeres luchan con los hombres en palabrotas y empujones. De repente la cola se rompe; cada cual avanza á empellones; los más robustos y los más brutales ocupan los primeros puestos: para lograrlos, no hay más que arrollar á los flojos.

Hay puñetazos todos los días: cuando una cola permanece tranquila, los observadores lo comentan. De

ordinario, «se pegan, se arrancan el pan de las manos; los que no lo tienen, obligan al que lleva uno de cuatro libras á que lo reparta en varios pedazos... Los niños enviados por sus padres, son golpeados»; á los débiles los echan al arroyo. En la distribución de los menores géneros, la fuerza es la que decide, la fuerza de los riñones y de los brazos; «varias mujeres, esta mañana, escribe el agente, han estado á punto de perder la vida por conseguir un cuarterón de manteca»; más temibles ó más violentas que los hombres, «no entienden ó no quieren entender ninguna razón; caen como fieras sobre los carros que llegan al mercado, pegan á los conductores, derraman por el suelo la manteca y las legumbres, se caen por la impetuosidad de su asalto; á varias, pisoteadas, casi aplastadas, se las llevan medio muertas». Cada cual para sí; los estómagos vacíos comprenden que para ser servidos, hay que servirse á sí mismo, adelantarse á los demás, sin esperar la distribución, la descarga ni aun la llegada de las subsistencias. «Habiéndose señalado el arribo de un barco con vinos, la multitud se ha precipitado para saquearle, y el barco ha zozobrado», probablemente con muchos de los invasores. En las puertas detienen los vehículos de los campesinos y se apoderan de los géneros antes de que lleguen á los mercados. Más allá de las puertas, niños y mujeres tiran piedras á las lecheras para obligarles á descargar y servir allí mismo. Más allá todavía, á una ó dos leguas en los caminos, bandas parisienses van de noche á interceptar y apoderarse del aprovisionamiento de París. «Esta mañana, dice un vigilante, el barrio de San Antonio se ha dispersado por el camino de Vincennes y ha robado cuanto venía á la capital: los unos pagaban, los otros se llevaban géneros sin pagar

nada... Los campesinos, desolados, juran no volver á traer nada», y la penuria crece por el esfuerzo de cada cual para preservarse de ella.

En vano el gobierno requisiciona para París, como para una plaza en estado de sitio, y fija en el papel la cantidad de granos que cada departamento, cada distrito, cada cantón, cada municipio debe enviar á la capital. Naturalmente, cada departamento, distrito, cantón ó municipio se esfuerza en guardar sus subsistencias: la caridad bien ordenada empieza por uno mismo. En los pueblos, sobre todo, el alcalde y los miembros del municipio, que son labradores, muestran tibieza cuando se trata de apurar al municipio en provecho de la capital; declaran, en el censo, menos granos de los que hay; alegan razones y pretextos, engañan ó sobornan al emisario de las subsistencias, que es extranjero, incompetente y necesitado; le dan de beber y de comer, le proveen de dinero, y hace la vista gorda sobre cuanto ocurre.

Tal es el efecto del sistema: no solamente el aprovisionamiento de París es escaso ó malo, sino que los consumidores vulgares, las gentes de la cola no obtienen más que una porción, y la peor; un inspector que ha ido al mercado de trigo en busca de una muestra de harina, dice que «aquello no se puede llamar harina». «Todos se quejan de la mala calidad del pan, que enferma á muchas personas; ocasiona insoportables dolores de vientre, acompañados de fiebre.»

En ventoso, «la escasez es extrema», sobre todo en carnes. Unas mujeres, en la plaza Maubert, pasan seis horas en la cola sin obtener un cuarterón; en varios barrios falta por completo. No hay ni una onza para hacer caldo para los enfermos; los obreros no pueden tomar una sopa: viven de pan y arenques sa-

lados. Muchas personas se lamentan de no haber probado la carne en quince días; unas mujeres dicen que llevan un mes sin poner puchero. Mientras tanto, «las legumbres son rarísimas y de un precio excesivo»: de dos mil mujeres que esperan en el mercado una distribución de judías, únicamente seiscientas las consiguen; las patatas alcanzan precios fabulosos. Los huevos, sobre todo, son «venerados como divinidades invisibles», y de la manteca, «ausente, se hace un Dios». «Si esto sigue, dicen unos obreros, tendremos que comernos los unos á los otros, porque ya no hay nada para vivir.» «Unas mujeres enfermas, unos niños de pecho, aparecen en el mismo centro de París, tendidos sobre la nieve, y así permanecen hasta muy entrada la noche, para solicitar la limosna del que pasa...» «A cada momento se ve uno acosado por mendigos, hombres y mujeres, casi todos sanos y robustos», y que dicen que mendigan por falta de trabajo. Sin contar los débiles y los enfermos que no pueden afrontar la cola, á los que no se ve sufrir, que mueren lenta y silenciosamente en sus casas, «no se encuentra por todas partes sino una multitud de figuras hambrientas, alocadas; una multitud inmensa de ciudadanos que corren, se precipitan los unos sobre los otros, dan gritos, derraman lágrimas y ofrecen la imagen de la desesperación».

V

Si la penuria es tan grande, dicen los jacobinos, es porque los decretos contra el acaparamiento y contra la venta superior al máximum de la tasa no se han ejecutado al pie de la letra; es porque el egoísmo del

labrador y la codicia del traficante no están contenidos por el miedo; es porque los delincuentes escapan harto á menudo á la pena legal. Apliquemos esta pena con todo rigor; agravémosla contra aquéllos; apretemos el tornillo de la máquina coaccionadora. Nuevo é inspeccionado inventario de las subsistencias, pesquisiciones á domicilio, recogida de las provisiones particulares que se calculen demasiado amplias, racionamiento estricto de cada consumidor, rancho uniforme obligatorio para todos los presos, pan de igualdad, moreno, para todas las bocas, prohibición de fabricar otro, responsabilidad «individual» y personal de todo administrador cuyos administrados se resistan ó se sustraigan á los suministros exigidos, secuestro de sus bienes y de su persona, multas, encarcelamientos, guillotina para apresurar las requisiciones ó reprimir el comercio libre; todos los instrumentos de terror funcionan sin tregua, especialmente contra los labradores.

A partir de Abril de 1794, los labradores llegan por rebaños á las cárceles; no comprenden qué es lo que ocurre. En vano se les explica que «su cosecha es una propiedad nacional, y que ellos no son más que los depositarios»; el nuevo principio ni ha entrado ni entrará nunca en su cerebro endurecido. Evitémosles la tentación; quitemos de sus manos y apoderémonos de toda su cosecha; que el Estado sea en Francia el único depositario y distribuidor de los granos; que sea el único en comprar y vender todos los granos al precio señalado. En consecuencia, en París, el comité de Salud pública empieza á poner «en requisición todas las avenas existentes en la República... en un plazo de ocho días, todo poseedor de avena tendrá que depositarla en el almacén que le designe la administración

del distrito, al precio marcado, so pena de ser declarado sospechoso y castigado como tal». Mientras tanto, en provincias, con un decreto más preciso todavía, Pagaud en el Tarn, Dartigoeyte en el Gers y en el Alto Garona, hacen que cada municipio establezca en su local los graneros públicos, con orden «á todos los ciudadanos de entregar allí sus provisiones al precio señalado»; nadie podrá guardar en su casa arriba de la provisión de un mes, cincuenta libras de harina ó trigo por persona: de esta manera, el Estado, que tiene la llave de los almacenes, «podrá realizar la nivelación saludable de las subsistencias», de departamento en departamento, de distrito en distrito, de municipio en municipio, de individuo en individuo; un guarda-almacén cuidará de cada uno de esos graneros de abundancia; el municipio mismo entregará las raciones; además, «tomará las medidas adecuadas para que las habas y legumbres, á medida de su madurez, se distribuyan económicamente bajo su inspección», tanto por cabeza y siempre al precio marcado. En caso de infracción, destitución, encarcelamiento y comparecencia «ante el tribunal de lo criminal extraordinario».

Hecho esto, y repartidos los fondos del trabajo, no queda más por repartir que el trabajo mismo. A este efecto, Maignet, en Vaucluse y en las Bocas del Ródano, ordena á cada municipio que forme dos listas, una de sus jornaleros y otra de sus propietarios: «cuando un propietario necesite jornaleros, irá á pedirlos al municipio y éste le proporcionará un número dado, con arreglo al orden del cuadro», con una tarjeta para él y unos números para los trabajadores designados.

Pero el campesino no entiende la teoría y entiende los negocios: calcula de cerca, y los hechos con arreglo á los que razona, positivos todos ellos, le conducen á opinar de distinta manera que el gobierno. «En mesidor me han cogido toda mi avena á catorce francos en asignados, y en termidor me la cogerán á once: á este precio no quiero sembrar; prefiero dejar mis tierras en barbecho; no sembraré sino un poco para mí. Si esto sigue seis meses, nos moriremos de hambre; más vale cruzarse de brazos y que nos lleven á la cárcel; allí por lo menos nos alimentarán de balde.» Efectivamente, se dejan encarcelar á miles, y Lindet, presidente de la comisión de subsistencias, se entera con espanto de que ya no se cultiven las tierras, de que no se críen ganados, de que en el año próximo ya no habrá que comer en Francia, cosa que tal vez ocurra este mismo año.

Porque se ha producido un acontecimiento extraordinario, inaudito en Europa, casi increíble para quien conozca al campesino francés y su afición al trabajo. En ese campo que ha labrado y cultivado con tanto trabajo, se encuentra ya madura la cosecha y nadie quiere recogerla: sería trabajar para el gobierno; puesto que éste ha de beneficiarse, que se encargue de hacer él la recolección. Los representantes delegados claman al cielo. «Muchos labradores, escribe Dartigoeyte, se muestran inconcebiblemente indiferentes ante esta magnífica cosecha; los trigos desaparecen sofocados por la hierba... Hay que castigar como mal ciudadano á todo hombre que se niegue al trabajo, con excepción de los días feriados.» «Generosos amigos de la naturaleza, escribe Ferry, perpetúan el uso de los trabajos y empiezan por esta recolección. No perdonéis á esas ociosas y á esos ociosos, parásitos de la sociedad, de los que indudablemente habrá algunos entre vosotros; no podemos tolerar á los perezosos. Por el

presente decreto, los funcionarios municipales de cada ayuntamiento convocarán á las ciudadanas en el templo del Eterno, y las conjurarán, en nombre de la ley, á que se entreguen al trabajo de la recolección. Las mujeres que falten á este deber patriótico serán excluídas de las asambleas, de las fiestas nacionales, y las buenas ciudadanas no las recibirán en sus casas. Se invita á las buenas ciudadanas á que den á esta fiesta campestre *el carácter sentimental* que le conviene.» Y el programa se ejecuta, ya en forma de idilio, ya en forma de coacción. En Avignon, el general, los batallones de voluntarios, los patriotas y las mujeres y las hijas de los patriotas se inscriben como segadores. En Arlés, el municipio obliga á trabajar á todos los habitantes, y los soldados hacen que todos, abandonando sus otras ocupaciones, se dediquen á la recolección. Por su parte, la Convención ordena poner en libertad provisionalmente «á los labradores, mozos de labranza, segadores y artesanos de los campos, pueblos y ayuntamientos cuya población sea inferior á mil doscientos habitantes, y que estén presos como sospechosos». En otros términos, la necesidad física ha impuesto silencio á la teoría inepta: ante todo, era preciso recoger la cosecha, devolver al trabajo los brazos indispensables. Los gobernantes de Francia se han visto obligados, aunque no sea más que por un momento, ante el abismo del hambre próxima y presente. Francia resbalaba hacia él, y si no se hundió fué por milagro. Cuatro circunstancias casuales la mantuvieron suspendida. Por extraordinaria suerte, el invierno ha sido muy benigno: las legumbres, que suplen la escasez del pan y de la carne, proporcionan alimentos desde Abril y Mayo, y la cosecha, excelente, casi espontánea, se ha adelantado tres semanas. En segundo lugar, el gran

convoy de América, ciento diez y seis barcas cargadas de granos, llega á Brest el 8 de Junio de 1794, á pesar de los buques ingleses, y gracias al sacrificio de la flota que le amparó, y la cual pereció por él. Otro tercer golpe de fortuna es la entrada de los ejércitos victoriosos en los países enemigos, puesto que se proveen en Bélgica, en el Palatinado y en las provincias fronterizas de Italia y de España. En fin, por suprema dicha, Robespierre, Saint-Just, Couthon, el municipio de París, los jacobinos empedernidos son guillotinados el 28 de Julio, y con ellos cae el socialismo autoritario; en adelante, el edificio jacobino comienza á derrumbarse. Á fines de Diciembre de 1794, la Convención decreta abolido el precio máximo: los labradores venden como desean y á dos precios, según que les paguen en asignados ó en dinero; han recobrado la esperanza, la confianza y el valor; en Octubre y Noviembre de 1794 siembran y laboran, y en 1795 harán más desahogadamente la recolección.

Pero por el desaliento en que les sumió el sistema durante cuatro meses, puede juzgarse del abatimiento en que hubiesen caído de haberse mantenido el sistema indefinidamente. Lo más probable es que al cabo de un año, en la mitad del territorio, hubiera desaparecido todo cultivo. Ya, á pesar de los ruegos y las amenazas, el campesino permanecía sordo é insensible, como una bestia de carga derrengada, la cual no se menea por más palos que la den. Es evidente que el campesino no se hubiera meneado tampoco de seguir los procedimientos mencionados; hubiérase visto á qué se reduce el trabajo, y lo poco que produce cuando es ejecutado por obreros del Estado, por maniquíes administrativos, por autómatas humanitarios. Semejante experimento se hizo en China en el siglo XI, sobre los

hombres más laboriosos y más sabios del mundo, y esos hombres murieron á millares como moscas. Si los franceses, á fines de 1794 y durante los años siguientes, no murieron como moscas, fué porque el régimen jacobino se aflojó demasiado pronto.

VI

Pero si el régimen jacobino, á despecho de sus fundadores supervivientes, se aflojó gradualmente á partir de termidor; si el principal lazo que sujetaba al hombre por el cuello se ha roto en el momento en que el hombre se ahogaba, los otros lazos siguen tirando; y algunos penetran todavía más en la carne. En primer lugar, las requisiciones continúan, puesto que no hay otro medio de aprovisionar á los ejércitos y á las poblaciones; el gendarme sigue en sus persecuciones para que cada pueblo entregue su contingente de granos al precio legal. Á los recalcitrantes les imponen confiscaciones, multas y encarcelamientos. Ciertamente, la situación de los labradores no es grata, y la autoridad pública, servida por la fuerza pública, los despoja de cuanto puede y á los precios que quiere; además, los va á exigir no tardando la mitad de las contribuciones en especies, y téngase en cuenta que en aquel tiempo solamente las contribuciones directas se llevan de doce á trece suses por franco de ingreso. Sin embargo, bajo esta situación, que es la de los labradores en país musulmán, el campesino francés, al igual del campesino sirio ó tunecino, puede subsistir, porque, con la abolición del máximo, las transacciones particulares han vuelto á ser libres, y por este lado se indemniza; como vende á los particulares é incluso

á las poblaciones directamente, las vende todo lo caro que puede, tanto más caro cuanto que las requisiciones legales han vaciado las granjas en su mitad, y hay menos sacas para más compradores; por lo tanto, lo que pierde con el gobierno lo gana con los particulares, de suerte que siempre encuentra un beneficio, y por esto persiste en cultivar.

Pero todo el peso de que se descarga recae sobre el abrumado comprador, y por otro efecto de la institución revolucionaria, ese peso, ya enorme, se centuplica. En efecto; la única moneda que los particulares tienen en sus manos desaparece por sí misma. En cuanto la guillotina ha dejado de funcionar, el asignado, despojado de su valor ficticio, ha descendido á su valor real. En Agosto de 1794, pierde el sesenta y seis por ciento; en Octubre, setenta y dos; en Diciembre, setenta y ocho; en Enero de 1794, ochenta y uno por ciento; y á partir de esta fecha, las emisiones incesantes, monstruosas, quinientos millones, después mil, luego un millar y medio, en fin, dos millones *al mes*, precipitan la baja. Cuanto más depreciados son los asignados, tanto más se ve el gobierno obligado á emitir para hacer frente á sus gastos, de suerte que la baja acrece la emisión que hace aumentar la baja, y así sucesivamente, hasta que el asignado se reduce á la nada. El 11 de Marzo de 1795, el luis de oro se vende en asignados á doscientos cinco francos; el 11 de Mayo, á cuatrocientos; el 12 de Junio, á mil; en el mes de Octubre, á mil setecientos; el 13 de Noviembre, á dos mil ochocientos cincuenta; el 21 de Noviembre, á tres mil, y á los seis meses, á diecinueve mil. Por lo tanto, el asignado de los cien francos vale, en Junio de 1795, cuatro francos; en Agosto, tres; en Noviembre, quince suses; luego, cinco suses. Como es natural,

todos los géneros han subido en proporción: el 2 de Enero de 1796, en París, la libra de pan cuesta cincuenta francos en asignados; la libra de carne, sesenta francos; la de velas, ciento ochenta; una botella de vino, cien francos. Con esto puede imaginarse la angustia de los desgraciados que, para vivir, no tienen más que un puñado de asignados.

Inmediatamente después de la abolición del máximo, el grito del hambre ha redoblado; de mes en mes, se hace más doloroso y más fuerte á medida que las subsistencias se ponen más caras, sobre todo en el verano de 1795, al acercarse la cosecha, cuando los graneros, llenos por la recolección de 1794, acaban de vaciarse. Y los hambrientos que gritan son millones, porque varios departamentos de Francia no producen suficientes granos para su consumo; lo mismo ocurre en varios distritos de los departamentos fértiles en trigo: tal es el caso para todas las ciudades, grandes y pequeñas, y en todos los pueblos son muchos los campesinos que ayunan, porque no tienen tierras para sacar de ellas el sustento, ó porque les faltan la fuerza y la salud, el trabajo y el salario. «Desde hace más de quince días, escribe un municipio de Seine-et-Marne, por lo menos doscientos ciudadanos de este lugar se encuentran sin pan, sin trigo y sin harina; su alimento no se compone más que de salvado y legumbres. Tenemos el dolor de ver á niños de pecho sin alimentación, porque las nodrizas exhaustas no tienen leche; de ver á ancianos que desfallecen de inanición, á jóvenes que van á los campos y no pueden trabajar de debilidad...» Y los otros municipios del distrito se encuentran «en una situación casi igual». El mismo espectáculo se ofrece en toda la isla de Francia, en toda la Normandía, en toda la Picardía. Alrededor de

Dieppe, en el campo, «pueblos enteros se alimentan de hierba y de salvado»... «Ciudadanos representantes, escriben los administradores, no podemos más; nuestros conciudadanos nos acusan de haberles despojado de todos los granos en provecho de las grandes poblaciones.» «Todos nuestros medios de subsistencia están agotados, escribe el distrito de Louvière. Considerad que tenemos setenta y un mil administrados que en estos momentos son presa de los mayores horrores de la miseria; que ya ha perecido un gran número, los unos de hambre, los otros de enfermedades ocasionadas por los malos alimentos que toman.» En Picardía, escribe el distrito de Beauvais, «los habitantes de los ayuntamientos rurales recorren los bosques en busca de setas, de bayas, de frutas silvestres». «Tiénese uno por dichoso, dice el distrito de Bapaume, si se puede compartir la comida de los animales.» «En muchos pueblos, anuncia el distrito de Vareins, los habitantes están reducidos á no vivir más que de hierbajos.» «Muchísimas familias, pueblos enteros, dice el comisario del distrito de Laon, se hallan, desde hace dos y tres meses, sin pan, y no viven más que de salvado ó de hierbas... A menudo, madres de familia, niños, ancianos, mujeres en cinta, que acuden á pedir pan al directorio, caen desfallecidos en sus brazos.»

Sin embargo, por grande que sea la miseria en los campos, es peor en las ciudades; y la prueba está en que los hambrientos de las ciudades se esparcen por los campos para buscar cualquiera clase de alimentos, y por lo general en vano. «La mayor parte de nuestros conciudadanos, escribe el municipio de Rozoy, se ven obligados á dejar sus trabajos y á vagar por los campos en demanda de pan á los labradores, por dinero, pero con más ruegos que los que emplean los indigen-

tes, y cansados regresan con lágrimas en los ojos, sin haber podido encontrar ni una libra de pan.» «Ayer, escribe el ayuntamiento de Montreuil-sur-Mer, han salido más de doscientos ciudadanos á mendigar por los campos»; y si no les dan, lo roban. «Cuadrillas de bandoleros ejercen el pillaje en todas las viviendas un poco alejadas... Grano, harinas, pan, ganados, aves, todo les parece buena presa; nuestros pastores, asustados, nos abandonan.» «Estos últimos días, escribe el procurador síndico de San Germán, el cadáver de un padre de familia encontrado en los campos, con la boca todavía llena de hierba que se había esforzado en comer, exaspera y subleva el alma de los desgraciados á quienes espera una muerte análoga.»

¿Cómo, pues, se las componen para subsistir en las poblaciones? En los pueblos ó lugares, cada municipio, con los gendarmes que tiene, ejerce en los alrededores las requisiciones legales, y á veces el ayuntamiento obtiene del gobierno una limosna en trigo, avena, arroz ó asignados. Pero la cantidad de granos que recibe es tan pequeña, que se pregunta uno cómo, después de dos meses, seis meses, un año de semejante régimen, no está en el cementerio la mitad de sus habitantes; supongo que muchos de ellos viven de su huerta, de su pequeña propiedad rural, y que á otros les ayudan sus parientes, sus vecinos ó sus compañeros; de todos modos, es evidente que la máquina humana es muy resistente y que con unos cuantos bocados al día puede sostenerse largo tiempo. En Croy, en el Aube, «no se ha llevado un solo grano de trigo á los dos últimos mercados». «De los mil seiscientos sesenta habitantes de Brionne, mil trescientos sesenta están reducidos á la pequeña porción de trigo que se les da en el depósito, y que, desde hace desgraciadamente mucho

tiempo, no es más que de ocho, siete, seis ó cinco, cuatro, tres onzas de trigo por individuo cada ocho días.» Desde hace tres meses, en Seine-et-Marne, «el ayuntamiento de Meaux, los de la Ferté, Lagnoy, Dammarsin y otros no tienen por individuo y día sino media libra de pan malo». En Seine-et-Oise, «ciudadanos de los alrededores de París y hasta de Versalles, dicen que están reducidos á un cuarterón de pan». En Saint-Denis, que tiene seis mil almas, muchísimos habitantes, extenuados de necesidad, acuden á las casas de socorro; los obreros, sobre todo, no pueden dedicarse á sus trabajos por falta de nutrición; varias mujeres, madres, nodrizas, han sido encontradas en sus casas sin conocimiento ni señales de vida, «y varias han muerto con sus niños al pecho». Hasta en una población mayor y menos abandonada, en San Germán, la miseria supera á cuanto se piense: «media libra de harina por habitante, no cada día, sino de tarde en tarde; el pan á quince y diez y seis francos la libra; todos sus otros géneros en proporción; un pueblo que languidece, se desespera y perece: ayer, en la fiesta del 9 termidor, no hubo signo alguno de alegría; al contrario, los síntomas de un abatimiento general y profundo; espectros vacilantes por las calles; acentos dolorosos arrancados por el hambre devoradora ó gritos de rabia; entregados á los últimos accesos del dolor, casi todos desean la muerte como un bien». Tal es en todas partes el aspecto de esas grandes aglomeraciones artificiales, en donde la tierra, esterilizada por la edificación, no ofrece más que piedras, y en donde veinte, treinta, cincuenta, cien mil estómagos doloridos han de traer de afuera, de diez, veinte y treinta leguas, su primero y último bocado de alimento. Diariamente, largas filas de borregos humanos se agolpan balando en torno de pesebres casi vacíos, y

con esfuerzos extraordinarios les procuran un poco de alimento sus pastores. Solicitado á grandes gritos, el gobierno central extiende ó precisa el círculo de sus requisiciones; les autoriza á levantar empréstitos é imponer tributos; les presta ó les da millones en asignados; á veces, en casos de extrema necesidad, les concede granos ó arroz para una semana.

Pero, en realidad, vivir así no es vivir; es solamente no morirse. Porque para subsistir la mitad, más de la mitad de los habitantes no tiene más que la ración de pan obtenida formando cola. ¡Qué ración y qué pan! «Parece, escribe el municipio de Troyes, que hay un anatema lanzado en los campos contra las ciudades. Antes el grano mejor es el que llegaba; el que tenía algún defecto, se quedaba el labrador con él y se consumía en su casa. Actualmente ocurre lo contrario, y peor todavía: no nos manda más que cebada fermentada y centeno envergado; no nos envía trigo.» Media libra por día y por individuo, en pluvioso, á los trece ó catorce mil indigentes de Troyes; después un cuarto de libra, y, por último, dos onzas, con un poco de arroz ó algunas legumbres secas; «y este pobre recurso va á faltar». Media libra, en pluvioso, á los veinte mil necesitados de Amiens; y esta ración no es más que nominal, porque «ocurre á menudo que no dan á cada individuo más que cuatro onzas; en varias ocasiones, la distribución ha faltado tres días seguidos», y esto continúa; seis meses después, el 7 fructidor, Amiens no tiene en su almacén más que sesenta y nueve quintales de harina, «cantidad insuficiente para la distribución de este mismo día; mañana será imposible hacer la menor distribución; pasado mañana, los menesterosos no tendrán absolutamente nada». La desesperación es profunda: hay ya «varios suicidios». Otras veces, el furor domina y el motín estalla. Motín en Evreux, el 21 germinal, porque no dan más que dos libras de harina por cabeza para una semana, y porque tres días antes no han entregado más que libra y media. Motín en Dieppe, el 14 y 15 pradial, «porque el pueblo está reducido á tres ó cuatro onzas de pan». Motín en Vervins, el 9 pradial, porque el municipio, al que la libra de pan cuesta siete y ocho francos, ha elevado el precio de veinticinco á cincuenta suses. Motín en Lille, el 4 mesidor, porque el municipio, al que cuesta el pan nueve francos la libra, no puede darlo á los indigentes sino por veinte ó treinta suses. Lyon, en nivoso, ha estado sin pan «durante cinco días enteros». El 15 termidor, en Chartres, no se distribuye desde hace un mes sino ocho onzas de pan al día. El 25 fructidor, la Rochela escribe que «sus distribuciones públicas, reducidas á siete onzas de pan, están á punto de faltar por completo». Desde hace cuatro meses, en Paimbœuf, la ración no es más que de un cuarterón de pan. En Nantes, que tiene ochenta y dos mil habitantes, «la distribución no ha excedido nunca de cuatro onzas al día, desde hace un año». En Rouen la distribución ha faltado tres veces en una quincena, y las personas acomodadas sufren tal vez más que los indigentes, porque no tienen parte en las distribuciones comunales, y «todos los recursos para aprovisionarse les están, por decirlo así, prohibidos». «El pueblo, en Caen, vive de pan de salvado y sangre de vaca... En todas las casas se ven las huellas del hambre. Es imposible esperar hasta la nueva recolección, hasta fines de fructidor.» Y este grito es universal: se trata, en efecto, de franquear el último desfiladero, el más estrecho, el más terrible; quince días de dieta absoluta producirían la muerte en cientos de miles. En estos

momentos, el gobierno entreabre la puerta de sus almacenes; presta algunos sacos con promesa de reintegro; adelanta á Cherburgo algunos cientos de quintales de avena; con pan de avena, los pobres subsistirán hasta la cosecha. Pero, sobre todo, dobla la guardia y enseña las bayonetas. En Nancy, un viajero ve «á más de tres mil personas solicitar en vano algunas libras de harina»: las dispersan á culatazos. Culatazos á los campesinos para enseñarles el patriotismo; culatazos á los ciudadanos para enseñarles la paciencia; coacción física ejercida sobre todos en nombre de todos; el socialismo autoritario no ha encontrado nunca otro procedimiento para repartir sus víveres y disciplinar el hambre.

VII

Todo lo que un gobierno absoluto puede hacer con la coacción física, lo hace ó lo intenta éste para abastecer la capital; es que se encuentra en ella y se vendría abajo con un poco más que apriete la penuria en París. Todas las semanas, al leer los partes diarios de sus agentes, comprende que está á punto de caer; dos veces, en germinal y pradial del año III, se encuentra caído durante unas cuantas horas á consecuencia de una explosión popular, y si se sostiene es á condición de dar á los necesitados un pedazo de pan ó la esperanza de un pedazo de pan. A este efecto, adopta las siguientes medidas: puestos militares escalonados alrededor de París; patrullas permanentes, y en correspondencia recíproca, para apresurar á los carreteros y embargar caballos de repuesto; escoltas enviadas de París al encuentro de los convoyes; orden á todos

los ayuntamientos cruzados por una carretera de arreglar los pasos difíciles y echar en todo el recorrido una capa de tierra; orden á los agentes nacionales de requerir el número de obreros necesarios para romper el hielo en los molinos de agua; requisición de «toda la cebada cosechada en toda la república»; orden de utilizarla «mediante amalgama para la fabricación de pan»; prohibición á los cerveceros de emplearla para hacer cerveza, y á los almidoneros de convertir la patata en fécula; pena de muerte contra los infractores como destructores de géneros alimenticios; cierre hasta nueva orden de todas las fábricas de cerveza y de almidón. París necesita granos, de cualquier especie que sean, á cualquier precio, no para la semana próxima, ni para pasado mañana, ni para mañana, sino para hoy, porque el hambre no admite espera. Una vez obtenidos los géneros, hay que ponerlos al alcance de los bolsillos: ahora bien; entre el precio líquido y el de venta, la diferencia es enorme; va en aumento á medida que el asignado baja, y el gobierno es el que la paga. «Dais el pan á tres suses, decía Dubois de Crauce el 16 floreal del año III, y os cuesta cuatro francos; á ocho mil quintales de trigo que París consume al día, este solo gasto sería de mil doscientos millones *al año*.» A los siete meses de esto, cuando el saco de harina cuesta trece mil francos, el mismo gasto se eleva á quinientos cuarenta y seis millones *al mes*. Bajo el antiguo régimen, París, aunque demasiado robusto, era un órgano útil; absorbía mucho, pero elaboraba más; su producción compensaba con creces su consumo; anualmente, en vez de tomar del Tesoro público, entregaba setenta y siete millones. El nuevo régimen ha hecho de él un chancro monstruoso aplicado sobre el corazón de Francia; un pará-

sito devorador que, con seiscientos mil chupadores, seca sus alrededores en cuarenta leguas á la redonda; se come en un mes el ingreso anual del Estado, y sigue flaco, á pesar de los sacrificios del Tesoro que agota, á pesar de esquilmar á las provincias de que se nutre.

Siempre el mismo régimen alimenticio, la cola desde la aurora y desde antes en todos los barrios de París, la espera nocturna, prolongada, á menudo frustrada, entre las brutalidades de la fuerza y los escándalos de la licencia. El 9 termidor, hace ya diez y siete meses que dura este estado de cosas, y después del 9 termidor va á continuar sin interrupción durante veintidós meses, con desórdenes peores, porque el terror y la sumisión son menores, con privaciones mayores, porque los géneros de comercio libre están más caros; porque cada familia, habiéndose comido sus recursos privados, no tiene ya nada con que suplir la insuficiencia de la limosna pública. Para colmo, hace tanto frío durante el invierno de 1794 á 1795, que el Sena se hiela y puede atravesarse á pie; los convoyes flotantes no llegan; para tener fuego hay que cortar leña en los bosques de Bolonia, de Vincennes, de Verrières, de Saint-Cloud, de Meudon... Algunos necesitados hacen leña de sus camas de madera para cocer sus alimentos y no morirse de frío. Cuando los convoyes flotantes empiezan á llegar entre témpanos de hielo, «la madera se vende á medida que los obreros la sacan del río, y hay que permanecer tres noches en el puerto para obtenerla, por turno». «El 3 pluvioso hay por lo menos dos mil personas en el puerto Louviers, cada una con un volante que le promete cuatro troncos de leña por quince suses: á consecuencia de esto hay escándalos, tumultos, atropellos; los vendedores, asustados, huyen; los inspectores y el comisario de policía, á punto de ser asesinados, se ponen en salvo, y el público se sirve por sí mismo.» Al día siguiente se realiza también un saqueo abominable; los gendarmes y los artilleros, enviados para mantener el orden, hacen causa común con la multitud y se apoderan de la madera. Téngase en cuenta que aquel día el frío es de 14 grados bajo cero; que otros miles de individuos lo sufren también, formando cola á la puerta de las panaderías y carnicerías, y que lo han de sufrir durante más de un mes; no hay palabras para expresar lo que hubieron de padecer aquellos cuerpos inmóviles durante cinco y seis horas, de noche, al amanecer, transidos de frío. Empieza ventoso, y la ración de pan se reduce á libra y media. A fines de ventoso la ración baja á una libra, y son muchas las personas que no reciben más que media. En germinal, el comité de Salud pública, que ve vaciarse sus almacenes, limita todas las raciones á un cuarto de libra. Con este motivo, el 12 germinal hay un gran motín de hombres y mujeres: invaden la Convención y tiene que intervenir la fuerza armada; declárase en París el estado de sitio, y el gobierno aprieta los tornillos. En adelante, no se repartirá más que un cuarterón de carne cada cinco ó seis días, cuatro onzas de pan al día y á veces nada, y el pan es cada vez de peor calidad. Las personas acomodadas viven de patatas, que están á quince francos la fanega, á fines de germinal á veinte, á fines de mesidor á cuarenta y cinco, en los primeros meses del directorio á ciento ochenta, después á doscientos veinticuatro, y los otros géneros suben en proporción. El mal no procede ahora de la falta de víveres, sino de su carestía; las tiendas están surtidas, pero únicamente pueden comprar los muy ricos que llegan

á gastar en sus comidas de cuatrocientos á cinco mil francos. Ahora los que sufren son los empleados, los obreros, la plebe, el pueblo bajo de París, que vive al día, que es jacobino de corazón, que ha hecho la revolución para encontrarse mejor y se encuentra peor, que se subleva el 1 pradial, que asalta las Tullerías gritando: *¡Pan y la Constitución del 93!*, que se instala como soberano en la Convención, que da muerte al representante Teraud, que decreta la vuelta del terror, pero que, reprimido por la guardia nacional, desarmado, reducido á la obediencia definitiva, no le queda otro recurso que sufrir las consecuencias de los atentados que ha cometido, del socialismo que ha instituído y del régimen económico que ha creado.

Porque los obreros de París que fueron usurpadores y tiranos, son ahora mendigos. Porque arruinaron á los propietarios y á los capitalistas, los particulares no pueden darles ahora trabajo; porque arruinaron al Tesoro, el Estado no puede hacerles más que un simulacro de limosna. Por esto es por lo que todos ayunan, muchos mueren y varios se matan. El 6 germinal, en la sección del observatorio, «cuarenta y una personas se han quedado sin pan; varias mujeres en cinta desearon dar á luz en el acto para matar á sus hijos; otras pidieron armas para suicidarse». El 24 germinal, «el comisario de policía de la sección del arsenal dice que muchas personas caen enfermas por falta de alimento, y que son numerosas las que sucumben». El 26 germinal, «las mujeres dicen que á causa del hambre y de la necesidad, experimentan tales momentos de rabia y de desesperación, que infaliblemente llegarán á cometer algo grave... En la sección de los amigos de la Patria, la mitad de los individuos carece de pan». El 5 floreal, «diez y ocho inspectores

han oído decir que la paciencia ha llegado á su límite y que ya no se puede aguantar más». El 14 floreal, «la distribución se sigue haciendo malísimamente á razón de un cuarterón; las dos terceras partes de los ciudadanos se han quedado sin él. Una mujer, á la vista de su marido exaltado y de sus cuatro hijos, que carecen de pan desde hace dos días, ha salido á la calle golpeándose la cabeza contra las piedras y arrancándose el pelo, dirigiéndose después desalentada hacia el río». El 20 floreal, «todos dicen que no se puede vivir con tres onzas de un pan malísimo. Las madres que están criando y las mujeres embarazadas, sucumben de inanición». El 21 floreal, «los inspectores declaran que son muchas las personas que caen desfallecidas en las calles». El 23 floreal, «una ciudadana que no tenía pan que dar á su hijo, se ha tirado con él al agua. Ayer, por la mañana, un individuo llamado Mottez, desesperado por la necesidad, se ha cortado el cuello». El 25 floreal, «varios individuos, desprovistos de todo medio de subsistencia, se abandonan á su fatal suerte y caen desfallecidos... En la sección de Gravillers, dos hombres han muerto de inanición... Los jueces municipales registran varios casos de suicidios y muertes por hambre». El 28 floreal, «son muchos los individuos que sucumben por falta de alimentos». El 24 pradial, «el inspector Laignier declara que los indigentes se ven precisados á registrar los montones de basura para buscar algo que comer». El 11 mesidor, «corre el rumor de que son tantas las personas que se tiran al río, que las redes de Saint-Cloud son insuficientes para sacar los cadáveres». El día del aniversario de la toma de la Bastilla, «dice un obrero: No he comido en todo el día.—Otro le contesta: Yo no he ido á casa porque no sé qué dar á mi mujer y mis

hijos, que se mueren de hambre». Con la misma fecha, á un amigo de Mallet du Pan, le escriben «que es diariamente testigo de la muerte de gentes del pueblo que sucumben de inanición en las calles; principalmente, las mujeres no se alimentan más que de inmundicias, de tronchos de legumbres podridas, de la sangre que corre en las carnicerías. Los obreros han tenido que disminuir sus horas de trabajo, porque carecen de fuerza por la falta de alimentos; están agotados». Así es como concluye el gobierno de la Convención. ¡Bien ha administrado los intereses del pobre pueblo! Contra él, según sus propios inspectores, «los estómagos vacíos gritan por todas partes venganza y tocan á rebato... Los individuos, pasando revista á los sacrificios que hacen todos los días para poder subsistir, declaran que no les queda más esperanza que la muerte».

¿Les aliviará el nuevo gobierno que la Convención les impone á cañonazos? El 23 brumario, «la mayor parte de los obreros del Temple y de Gravilliers no han trabajado por falta de pan». El 24 brumario, «los ciudadanos todos se niegan á hacer el servicio de guardia por no tener subsistencias». El 25 brumario, «unas mujeres dicen que han vendido cuanto poseían; otras, del barrio de San Antonio, declaran que preferirían que las pusieran en la boca de un cañón». El 30 brumario, «una mujer furiosa ha ido á decir á un panadero que va á matar á sus hijas porque no tiene con qué sostenerlas». El 7 frimario, los inspectores declaran «que pronto va á faltar sitio en los hospitales para tantos enfermos y desgraciados como hay». El 14 frimario, dicen los administradores «que por todas partes repercuten gritos de desesperación; la gente está alocada; parece que reina un vértigo universal; frecuentemente se ve por las calles á individuos que van hablando y gesticulando solos». «¡Cuántas veces, escribe un viajero suizo que vive en París durante los últimos meses de 1795; cuántas veces me he encontrado con hombres que se caían de inanición, que se sostenían trabajosamente contra una esquina ó que yacían en tierra sin fuerzas para levantarse!» Este periodista dice haber visto «en el espacio de diez minutos, á lo largo de una calle, caer muertos de hambre á siete desgraciados: fallecer un niño sobre el seno de su madre, cuya leche se había agotado, y á una mujer luchar con un perro cerca de una alcantarilla para arrebatarle un hueso». Meinner no sale de su fonda sin llenarse los bolsillos de pan nacional. «Este pan, dice, que antes hubiera desdeñado un pobre, le veía aceptado á menudo con expresión de la más viva gratitud, y por personas de buena educación...» La señorita que disputaba al perro su hueso era «una ex monja, sin parientes, sin amigos, rechazada en todas partes». «Todavía escucho estremecido, dice Meinner, la voz débil y sombría de una mujer bastante bien vestida que me detuvo en la calle del Bac, para decirme con acento de vergüenza y desesperación: ¡Ah! señor, socórrame usted: no soy una cualquiera; soy artista; puede usted haber visto cuadros míos en el Palais; pero hace dos días que no tengo que comer y me muero de hambre.» Todavía en Junio de 1796, los inspectores declaran que la desesperación ha llegado al colmo, que la miseria reina en todas partes, que todos los rostros están pálidos y demacrados, que cada día ofrece un cariz más triste y doloroso que el día anterior. Y en varias ocasiones resumen ellos mismos sus diversas observaciones con una exposición de conjunto: «Un silencio sombrío; una angustia retratada en todos los

rostros; el odio más manifiesto hacia el gobierno en general, expresado en todas las conversaciones; un desprecio hacia todo lo que constituye la autoridad actual; un lujo insolente, insultante para la miseria de los que se mueren de hambre y de frío, y no tienen ya el valor de ir á la tesorería para que les den con qué prolongar sus sufrimientos de algunos días; el honrado padre de familia eligiendo cada día la prenda que ha de vender para suplir el sueldo, con el que ya no puede procurarse media libra de pan; los géneros de toda especie aumentando de precio sesenta veces por hora; los intrigantes de todos los partidos acosándose unos á otros para obtener colocaciones; el militar ebrio de orgullo por los servicios que ha prestado y los que puede prestar, entregándose sin pudor á la crápula y desenfreno; las casas de comercio convertidas en cavernas de ladrones; los bandidos convertidos en comerciantes, y los comerciantes en bandidos; la codicia más sórdida, el egoísmo más brutal: he aquí el cuadro de París.»

Falta un grupo en este cuadro, el de los gobernantes que administran toda esta miseria, y este grupo está en el fondo del lienzo; se diría que está dibujado expresamente, intencionadamente compuesto por el gran artista aficionado á contrastes y lógico inexorable, cuya invisible mano traza incesantemente figuras humanas, y cuya lúgubre ironía pone de relieve lo grotesco de la farsa y lo trágico de la muerte. ¿Cuántos han muerto de miseria? Probablemente muchos más de un millón; tratad de abarcar de una ojeada el espectáculo extraordinario que se ofrece en las veintiséis mil leguas cuadradas del territorio; la multitud inmensa de famélicos en las poblaciones y en los campos; tal ciudad de veinte mil almas, en donde en veintitrés meses muere en el hospital la vigésima parte de la población; las bandadas de indigentes á la puerta de cada casa de socorro; la fila de camillas que entran, la fila de los féretros que salen; los hospicios despojados de sus bienes, sobrecargados de enfermos, sin poder alimentar á su rebaño de niños abandonados, esos niños secos en su cuna desde las primeras semanas, pálidos y con la cara arrugada como la de los viejos; la enfermedad del hambre, que agrava todas las demás; las largas angustias de la vida tenaz, que persiste á través del dolor y se obstina en no extinguirse; la agonía final en un jergón ó en el arroyo. Después mirad el pequeño círculo de los jacobinos supervivientes y triunfantes, que, habiendo sabido colocarse en buen lugar, pretenden permanecer en él á toda costa. A las diez de la mañana, en el pabellón de la Igualdad, en la sala del comité de Salud pública se ve llegar á Cambacères, presidente: es aquel hombre gordo, circunspecto y fino que, más adelante archicanciller del Imperio, será célebre por sus invenciones de *gourmet* y sus otros gustos singulares, tomados de la antigüedad. En cuanto se sienta, manda poner en el lugar de la chimenea un gran puchero, y en la mesa «buen vino, excelente pan blanco; tres cosas, dice un convidado, que no se encuentran en ningún otro sitio de París». Desde las doce hasta las dos de la tarde, sus colegas van llegando, toman un caldo, comen un trozo de carne, beben un trago, y se van á sus despachos á servir á los suyos, á cuidar de sus negocios; negocios públicos no los hay desde los últimos tiempos de la Convención; todos son de interés particular, personales.

Mientras tanto, el diputado que preside la Comisión de subsistencias, Roux de la Haute-Marne, benedictino

renegado, terrorista de provincias, futuro protegido y empleado de Fouché, en compañía del cual será echado de la policía, hace frente á las mujeres que diariamente acuden á las Tullerías á implorar pan. Gordinflón, decorativo y provisto de pulmones infatigables, está bien elegido para semejante oficio; y ha elegido bien su oficina, en los altos del palacio, al final de una escalera estrecha y empinada, en donde la cola ascendente, apretada entre dos paredes, se amontona y se inmoviliza; salvo las dos ó tres de primera fila, nadie tiene las manos libres para coger al arengador por la garganta y cerrar el torrente oratorio. Impunemente, indefinidamente, puede desarrollar sus discursos; un día su homilía ha corrido, de arriba abajo de la escalera, sin interrupción, desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde; bajo esta ducha continua, los oyentes se cansan y concluyen por marcharse. A las nueve ó diez de la noche, el comité de Salud pública se reúne de nuevo, no para deliberar sobre los asuntos importantes: La Revellière y Dannon predican en vano; cada cual es demasiado egoísta y se encuentra harto fatigado; dan á Cambacères plenos poderes. El preferiría no tener que hacer nada; pero hay dos cosas á las que tiene que proveer, bajo pena de muerte. «No bastará la noche, dice en tono quejumbroso, para imprimir los asignados que nos son indispensables para el servicio de mañana. Si esto sigue, corremos el riesgo de que nos cuelguen... Vete al gabinete de Hovrier-Eloy; dile que, puesto que está encargado de la hacienda, le suplicamos que nos haga vivir todavía quince ó diez y ocho días; para entonces vendrá el Directorio ejecutivo, que se las compondrá como pueda.—¿Pero y las subsistencias? ¿Tendremos para mañana?—¡Ah! no sé nada; pero voy á hacer que

venga nuestro compañero Roux, que nos enterará del asunto.» Entra Roux, el parlanchín oficial, el domador de la jauría popular. «¿Qué hay, Roux? ¿Cómo estamos de subsistencias en París?—Siempre la misma abundancia, ciudadano presidente; siempre dos onzas de pan por cabeza, á lo menos en la mayor parte de las secciones.—¡Vete al diablo! Vas á hacer que nos corten el pescuezo con tu abundancia.» Hay un silencio; probablemente los asistentes piensan en ese posible desenlace. Luego dice uno de ellos: «Presidente, ¿nos has hecho preparar algo en la cantina? Con jornadas tan peligrosas hay necesidad de reparar las fuerzas.—Sí: hay carne, pescado y pasteles, y alguna otra cosa por el estilo.» Pónense alegres, las mandíbulas trabajan, beben champaña, se muestran ingeniosos. A las once ó las doce de la noche llegan los miembros de los otros comités; firman sus sentencias sin leerlas; todos se sientan á la mesa, y el cónclave de los vientres soberanos digiere, sin pensar ya en los millones de estómagos vacíos.

LIBRO V

Final del gobierno revolucionario.

CAPITULO PRIMERO

I. La Convención después del 9 termidor.—Reacción contra los terroristas.—Aversión general hacia los convencionales.—Peligros que corren si caen del poder.—II. Decretos para la reelección de los dos tercios.—Número escaso de votantes.—Manejos para impedir que los electores voten sobre los decretos.—Fraudes en el censo de votantes.—Mantenimiento de los decretos por la fuerza.—Empleo de la tropa y de la artillería.—El 13 vendimiario.—III. El directorio elegido entre los regicidas.—Elige sus agentes entre sus compinches.—Los principales antijacobinos son privados de sus derechos cívicos.—Los terroristas son reintegrados en sus derechos cívicos.—Muestra en Blois del nuevo personal administrativo.—IV. Resistencia de la opinión.—Las elecciones del año IV en París y en provincias.—El directorio amenazado por los ultrajacobinos.—V. Las elecciones del año V.—Calidad y sentimientos de los elegidos.—La nueva mayoría en el Cuerpo legislativo: sus principios y su programa.—Peligro y ansiedad de la minoría jacobina.—Indecisión, división, escrúpulos y debilidad del partido moderado.—Decisión, carencia de escrúpulos, fuerza, procedimientos en la fracción jacobina.—El 18 fructidor.—VI. Dictadura del directorio.—Sus nuevas prerrogativas.—Depuración del Cuerpo legislativo.—Depuración de las autoridades administrativas y judiciales.—Las comisiones militares en provincias.—Supresión de sus periódicos.—Arbitrariedad del directorio.—Restauración del terror.—La guillotina sustituída por la deportación.—Tratamiento de los deportados durante el camino.—Restauración del feudalismo jacobino.—

VII. Aplicación y agravación de las leyes del terror.—Medidas para imponer la religión cívica.—Prisión, deportación, ejecución de sacerdotes.—Proyecto de ostracismo contra toda la clase antijacobina.—Los nobles ó ennoblecidos no emigrados, son declarados extranjeros.—Decretos contra los emigrados de todo género.—Bancarrota, empréstito forzoso, ley de los rehenes.—VIII. Política de propaganda y de conquista en el extranjero.—Proximidad y beneficios de la paz.—Motivo de los fructidorianos para romper las negociaciones con Inglaterra y para invadir las comarcas vecinas.—Cómo fundan nuevas repúblicas.—Cómo las rigen una vez fundadas.—Cálculo de sus rapiñas en el extranjero.—Número de vidas francesas perdidas en la guerra.—IX. Antipatía de la nación por el régimen establecido.—Parálisis del Estado.—Discordia intestina del partido jacobino.—El golpe de Estado del 22 floreal del año VI.—El golpe de Estado del 30 pradial del año VII.—Imposibilidad de establecer un gobierno viable.—Proyectos de Barras y de Sieyes.—X. Carácter antisocial de la secta y de la fracción.—Contraste entre la Francia civil y la Francia militar.—Elementos de reorganización en las instituciones, los hábitos y los sentimientos militares.—Carácter del régimen instituído por el 18 brumario del año VIII.

I

Por consiguiente, también los soberanos encumbrados tienen una preocupación, una preocupación grave, y se acaba de ver cuál es: trátase, para ellos, de permanecer en sus puestos para conservar la vida, y en adelante únicamente esto les preocupa. Hasta el 9 termidor, un buen jacobino podía, tapándose los ojos, creer en su dogma; después del 9 termidor, á menos de ser ciego de nacimiento, como Soubrany, Ramme, Goupen, ó fanático de órganos intelectuales tan rígidos como los miembros de un fakir, nadie en la Convención puede creer en el contrato social, en el socialismo igualitario y autoritario, en los méritos del Te-

rror, en el derecho divino de los pares. Porque ha sido preciso, para librarse de la guillotina de los puros, guillotinar á los más puros, Saint-Just, Couthan, Robespierre, el gran sacerdote de la secta: ese día los montañeses, al abandonar á su doctor, han abandonado su principio, y ya no hay principio ni hombre á que la Convención pueda agarrarse: en efecto; antes de guillotinar á Robespierre y consortes como ortodoxos, ha guillotinado á los girondinos, á Hebert y Danton como heréticos. Ahora, «la existencia de los ídolos populares y de los charlatanes en jefe ha terminado irrevocablemente». En el templo ensangrentado, ante el santuario vacío, se sigue recitando el símbolo convenido, y se canta á plena voz la antífona acostumbrada; pero la fe ha perecido, y para salmodiar el oficio revolucionario, no quedan más que los acólitos, antiguos turiferarios y portacolas, carniceros subalternos que, de una manotada, han llegado á pontífices, es decir, servidores de iglesia que se han apropiado del báculo y de la mitra de sus amos después de haberlos asesinado.

De mes en mes, bajo la presión de la opinión pública, se separan del culto que han servido: en efecto; por falseada y paralizada que esté su ciencia, no pueden menos de confesar que el jacobinismo, tal como lo han practicado, era la religión del robo y del asesinato. Antes de termidor, una fraseología oficial sofocaba con su rumor doctrinal el grito de la verdad viviente, y cada sacristán ó bedel de la Convención, encerrado en su capilla, no se representaba netamente sino los sacrificios humanos, en los que tomó parte con sus propias manos. Después de termidor, los parientes y los amigos de los muertos, los innumerables oprimidos, hablan, y aquél se ve forzado á reconocer el conjunto

y los detalles de todos los crímenes en los que, de cerca ó de lejos, ha colaborado con su asentimiento ó con sus votos: es como un servidor de Huichilobos, en Méjico, al que pasearan entre los seiscientos mil cráneos amontonados en los subterráneos de su templo. Durante todo el año III, la verdad se manifiesta con la libertad de la prensa y con los grandes debates públicos. Primeramente, la historia lamentable de los ciento treinta y dos nanteses llevados de Nantes á París, á pie, y los detalles de su mortuorio viaje; se aplaude con entusiasmo la absolución de los noventa y cuatro que han sobrevivido. Vienen después los procesos de los más notables exterminadores, el proceso de Carrier y del comité revolucionario de Nantes, el proceso de Fouquier-Tinville y del tribunal revolucionario de París, el proceso de José Lebon: durante treinta ó cuarenta sesiones consecutivas, cientos de declaraciones circunstanciadas y justificadas dan la prueba cierta. Mientras tanto, en la tribuna de la Convención, las revelaciones se multiplican: son las cartas de los nuevos representantes delegados y las denuncias de las poblaciones contra sus tiranos desposeídos, contra Maignet, Dartigoeyte, Piochefer Bernard, Levasseur, Crassous, Javogues, Lequinio, Lefiot, Piorry, Pinet, Monestier, Fouché, Laplanche, Le Carpentier y tantos otros; son los informes de las comisiones encargadas de examinar la conducta de sus antiguos dictadores, Collot d'Herbois, Billaud-Varennes, Barere, Aurar, Voulland, Vadier y David; son los informes de los representantes encargados de una investigación sobre algún capítulo del régimen abolido; el de Gregorio, sobre el vandalismo revolucionario; el de Cambon, sobre los impuestos revolucionarios; el de Courtois, sobre los papeles de Robespierre. Todos estos rayos de luz se juntan en una claridad terrible y que se impone incluso á los ojos que de ella se apartan: está harto de manifiesto ahora que, durante catorce meses, Francia ha sido saqueada por una cuadrilla de malhechores; todo lo que se puede decir para acusar á los menos perversos y á los menos viles, es que nacieron estúpidos ó que se volvieron locos. La mayoría de la Convención no puede sustraerse á esta evidencia creciente, y los montañeses le causan horror, tanto más cuanto que guarda rencores: los setenta y tres detenidos y los diez y seis proscriptos que han recobrado sus puestos, los cuatrocientos mudos que vivieron durante tanto tiempo bajo la amenaza del cuchillo, se acuerdan de la opresión sufrida, y se alzan primeramente contra los foragidos más declarados, después contra los miembros de los antiguos comités. Ante esto, según su costumbre, la montaña, en los motines de germinal y pradial del año III, lanza ó apoya á su clientela ordinaria, el populacho hambriento, la canalla jacobina, y proclama la restauración del terror: de nuevo la Convención se siente bajo el hacha. Salvada por los jóvenes y la guardia nacional, adquiere al fin valor á fuerza de miedo, y á su vez aterraría á los terroristas; el barrio de San Antonino es desarmado; diez mil jacobinos son presos; más de sesenta montañeses son procesados; decídese que Collot d'Herbois, Barere, Billaud-Varennes y Varlier, sean deportados; otros nueve miembros de los antiguos comités son encarcelados; los últimos de los verdaderos fanáticos, Romme, Goujon, Soubrang, Duquesnoy, Bourbotte y Du Roy, son condenados á muerte; inmediatamente después de la sentencia, en la escalera del tribunal, cinco de ellos se clavan sus puñales; dos heridos que sobreviven son llevados al cadalso y guillotinados con

el sexto; otros dos montañeses del mismo temple, Ruh y Maure, se matan antes de la sentencia. En adelante, la Convención depurada se cree pura; sus rigores finales han expiado sus antiguas cobardías, y, en la sangre culpable que derrama, se lava de la sangre inocente que ha derramado.

Por desgracia, al condenar á los terroristas, se condena á sí misma, porque ha autorizado y sancionado todos sus crímenes. En esos bancos y en esas comisiones, á veces en el sillón de la presidencia y á la cabeza del partido director, figuran aún varios miembros del gobierno revolucionario, muchos franco-terroristas como Baurdon del Oise, Delmas, Bentabole y Renbell, presidentes del municipio de Septiembre, como José María Chenier; ejecutores del 31 de Mayo como Legendre; el autor del decreto que hizo en Francia seiscientos mil sospechosos, Merlin de Douai; verdugos de provincias, y los más brutales, los más feroces, los más ladrones, los más cínicos, André Dumont, Freron, Tallien, Barrás. Ellos mismos, los cuatrocientos mudos «del vientre», fueron, con Robespierre, los ponentes, los votantes, los aplaudidores, los agentes de los peores decretos contra la religión, la propiedad y las personas. Todos los cimientos del Terror fueron puestos por los setenta y tres recluídos antes de su reclusión y por los diez y seis proscriptos antes de su proscripción. Salvo diez ó doce que se abstuvieron, la Convención unánime procesó al rey y le declaró culpable; más de la mitad de la Convención, con los girondinos á la cabeza, votaron su muerte. No hay en la sala cincuenta hombres honorables en quienes el carácter haya sostenido á la conciencia, y que, como Lampinais, tengan el derecho de llevar alta la frente. En ninguno de sus decretos, buenos ó malos, los setecientos otros no tuvieron por móvil primero el interés de sus comitentes. En todos sus decretos, buenos ó malos, los setecientos otros tuvieron por móvil primero su interés personal, mientras que los atentados de la Montaña y de la plebe no alcanzaron más que al público, los aprobaron, glorificaron y ejecutaron; si por fin se han rebelado contra la Montaña y la plebe, ha sido en los momentos supremos, únicamente para salvar sus propias vidas. Antes como después del 9 termidor, antes como después del 1 pradial, opresores pusilánimes ó libertadores involuntarios, la bajeza y el egoísmo, han sido los grandes resortes de su conducta. Por esto «son despreciados y tenidos en horror universalmente; solamente los jacobinos pueden ser más odiosos». Si todavía se soporta á esos mandatarios infieles, es porque se espera verlos pronto caídos. Ante la noticia prematura de que la Convención va á disolverse, los transeuntes se abordan en las calles, gritando: «¡Ya estamos libres, se van los bandidos!... Las gentes saltan y brincan, como incapaces de contener su satisfacción; no se habla más que del pequeño (Luis XVII, encerrado en el Temple) y de las elecciones; todo el mundo está de acuerdo para excluir á los actuales diputados... Discútense menos ahora los crímenes de cada uno que la insignificancia de todo el conjunto, y los epitetos de *manchados*, *corrompidos*, han sustituído casi á los de *canallas* y *bandidos*.» En el mismo París, durante los últimos meses de su reinado, apenas se atreven á presentarse en público. «Con el traje más sucio y más descuidado, traje que la banda tricolor con franjas de oro hace resaltar más todavía, tratan de sustraerse á la multitud, y, á pesar de esta modestia, no siempre se libran de los insultos, menos todavía de las maldiciones de los transeuntes.» En sus casas,

en provincias, estarían peor; peligrarían sus vidas; por lo menos los echarían al arroyo, y lo saben. «Salvo unos veinte», todos los que no logren entrar en el nuevo Cuerpo legislativo intrigarán para obtener una colocación en París, y serán «mensajeros de Estado, empleados de oficinas, ujieres en los Ministerios»; á falta de otro empleo, aceptarían el de «mozo de limpieza». Todos los refugios les parecen buenos contra la reprobación pública que sube y ya los sumerge bajo sus oleadas.

II

No hay más amparo para ellos que el poder supremo, y ningún otro medio para mantenerse en él que la arbitrariedad, la deslealtad y la violencia. En la constitución que fabrican, quieren seguir siendo los soberanos de Francia, y por de pronto decretan que Francia, quieras que no, tomará entre ellos los dos tercios de sus nuevos representantes; para que elija bien, es prudente imponerle sus elecciones.

Cierto es que simulan consultarla sobre los decretos especiales que le restringen su derecho de elegir; pero, como en 1792 y 1793, le fabrican la respuesta. En primer lugar, se ha contado con que la mayoría de los electores se abstendrán de contestar. En efecto; la experiencia dice que, desde hace mucho tiempo, la masa está hastiada de las comedias plebiscitarias; además, el terror prolongado ha expresado en ella el sentimiento del interés público: cada cual no piensa más que en sí. Desde termidor, en los pueblos y aldeas cuesta mucho trabajo encontrar alcaldes, funcionarios municipales, incluso electores de primero y se-

gundo grado; las gentes se han enterado de que era inútil y peligroso hacer actos de ciudadano; se han apartado de las funciones públicas. Un extranjero, Meissner, escribe: después de haber atravesado Francia desde Bourg en Bresse hasta París: «De cada cien veces que he preguntado:—Ciudadano, ¿qué tal ha sido la asamblea primaria de su cantón?—me han contestado noventa:—Yo, ciudadano, ¿qué iba á hacer allí?—ó bien:—¿qué quiere usted? Allí éramos una pequeña minoría. Las personas honradas se quedaban en su casa.» El hecho es que de seis millones de electores, cinco millones por lo menos faltan al llamamiento, y no hay que preocuparse de sus votos, puesto que no votan.

En segundo lugar, se han tomado precauciones para quitar á los que acuden á votar sobre la Constitución la idea de votar sobre los decretos. Ningún artículo de la Constitución ni ningún decreto los invita á ello; apenas si se les llama, en estilo vago, mediante una interrogación oratoria, en un documento tardío. Además, en las hojas impresas que les envían desde París, no hallan más que tres columnas: una para indicar el número de los votos que aceptan la Constitución; otra, para indicar el número de votos que la rechazan; la tercera, para escribir «las observaciones», si las hay. De este modo, muchos electores ignorantes ó medianamente informados pueden creer que se les ha convocado para votar la Constitución solamente, y no los decretos; cosa que ocurre especialmente en los departamentos alejados y en las asambleas rurales. Además, más cerca de París, y en las ciudades, muchas asambleas entienden que si la Convención las consulta, es por fórmula; contestar *no*, sería inútil y hasta peligroso; más vale el silencio; muy prudente-

mente, en cuanto se menciona á los decretos, reclaman «por unanimidad» la orden del día. Por esto, por término medio, de cada cinco asambleas primarias que voten en pro ó en contra de la Constitución, no hay más que una que vote en pro ó en contra de los decretos. Tal es el procedimiento leal que se emplea para saber la opinión de la nación. En la apariencia, la invitan á hablar; en realidad, se consigue que calle.

Ultimo expediente y el más ingenioso de todos: cuando una asamblea primaria habla demasiado alto, se la da por callada. En París, en donde los electores son más ilustrados y más decididos que en provincias, en diez y ocho departamentos conocidos y tal vez en otros varios, los electores que han votado acerca de los decretos, lo han hecho en contra casi todos; en muchos, su acta dice que han votado en contra «por unanimidad»; pero en este acta se omite decir la cifra exacta de los *no*, y estos *no* dejan de figurar en el cómputo total de los *no* hostiles á los decretos; mediante este escamoteo, la Convención disminuye en cincuenta mil el número de los oposicionistas, é igualmente en provincias, á la manera de un administrador venal que, obligado á rendir cuentas, suprime cifras y sustituye las adiciones por sustracciones. De esta manera es cómo, sobre la cuestión de los decretos, de trescientos mil votantes que adiciona, puede anunciar que doscientos mil han votado en pro y cien mil en contra, y proclamar que el pueblo soberano, su señor, después de haberle absuelto en absoluto y provisto de un certificado de integridad y de capacidad, le otorga de nuevo su confianza y le renueva expresamente su mandato.

Queda ahora el conservar por la fuerza ese poder

usurpado por el fraude. Inmediatamente después de la represión de los motines jacobinos, la Convención, amenazada por la derecha, se vuelve hacia la izquierda: necesitaba aliados, gentes de acción; los toma en donde los encuentra, en la facción que la diezmó antes de termidor y á la que, después de termidor, diezma ella. En consecuencia, sus comités directores suspenden sus procedimientos contra los principales montañeses; muchos terroristas, los ex presidentes de sección, «los homicidas de barrio», presos en 1.° pradial, recobran al mes su libertad; son brazos excelentes, habituados á pegar fuerte y sin prevenir antes, sobre todo cuando se trata de acometer á las personas honradas. Cuanto más se pronuncia contra el gobierno la opinión pública, tanto más se alía el gobierno con las gentes de garrote y pica, contra los individuos descalificados, «expulsados de las asambleas primarias», héroes del 2 de Septiembre y del 31 de Mayo, nómadas sin empleo, sicarios peligrosos. Por último, el 11 vendimiario del año III reúne á mil quinientos ó mil ochocientos de esos tales, los arma y los organiza en batallones: son tan bandidos, que al día siguiente, Menon, «general en jefe del ejército del interior y comandante de la fuerza armada de París, va, con varios oficiales de su Estado mayor, á decir á la Comisión de los Cinco que no quiere semejantes bandidos en su ejército y bajo sus órdenes». «No marcharé, dice, con una cuadrilla de bandoleros y de asesinos organizados en batallón», con el nombre de «patriotas del 89». En efecto; del otro lado es donde se encuentran los verdaderos patriotas del 89, los constitucionales de 1791, los liberales sinceros, «cuarenta mil propietarios y comerciantes», la flor y la nata del pueblo parisiense, «la mayoría de los hombres verda-

deramente interesados en la cosa pública». Y en estos momentos, su único objeto es la salvación común. República ó monarquía, esto no es para ellos sino una cuestión secundaria; nadie piensa en la restauración del antiguo régimen; pocos se preocupan del establecimiento de una monarquía limitada. Cuando se pregunta á los más exaltados qué gobierno quieren poner en el puesto de la Convención, contestan: «No queremos la Convención; queremos la república y hombres honrados para gobernarnos.» Nada más: su sublevación no es una insurrección política contra la forma del gobierno establecido, sino una insurrección moral contra los criminales reinantes. Por esto, cuando ven que la Convención arma contra ellos á sus antiguos verdugos, á sus tigres del Terror, á los malhechores conocidos, no se contienen ya. «Ese día, dice Meissner, vi en varios lugares públicos la expresión de la desesperación más violenta, del furor y de la rabia... Sin ese desgraciado decreto, probablemente la insurrección no hubiera estallado»: si empuñan las armas, es porque se sienten puestos de nuevo bajo las picas de los septembristas y el hacha de Robespierre. Pero no son más que guardias nacionales; la mayor parte no tiene fusiles; les falta la pólvora; los mejores provistos no tienen más que cinco ó seis cartuchos; la inmensa mayoría no piensa ir á la lucha; se imagina que se trata solamente de apoyar una petición con su presencia; no hay artillería, no hay verdadero jefe: todo es arrebato, desorden, precipitación, falsas maniobras. Por el contrario, del lado de la Convención, con los antiguos sicarios de Henriot, hay ocho ó nueve mil soldados del ejército regular y Bonaparte; sus cañones, que enfilan la calle Saint-Honoré y el muelle Voltaire, tumban á quinientos ó seiscientos reaccionarios; los demás se dispersan, y en adelante los parisienses castigados no volverán á tomar las armas contra la facción jacobina, haga ésta lo que quiera.

III

He aquí la autoridad suprema en manos del partido revolucionario. Con arreglo á sus decretos de fructidor, obliga á los electores á que tomen en la Convención los dos tercios de los nuevos representantes, y cómo, á pesar de los decretos, las asambleas electorales no han reelegido bastantes convencionales, nombra por sí misma, por una lista confeccionada por su comité de Salud pública, los ciento cuatro que faltan; de esta manera, tanto en el Consejo de los Quinientos, como en el Consejo de los Ancianos, en las dos cámaras del Cuerpo legislativo, se forma una mayoría segura. En el poder ejecutivo, en el Directorio, se asegura la unanimidad, porque impone sus candidatos, Barrás, La Revellière, Reubell, Letourneur, Sieyes, y luego, por renuncia del último, Carnot, todos regicidas y, por este terrible título, comprometidos con su cabeza á mantener en el poder la facción regicida. Como es natural, este Directorio elige hombres de confianza para agentes suyos, ministros y empleados de los ministerios; son embajadores, cónsules, oficiales de todos los grados, recaudadores de contribuciones, administradores de bienes nacionales, comisarios afectos á los tribunales civiles y correccionales, comisarios afectos á las administraciones departamentales y municipales. Además, usa de su derecho de suspender y destituir las administraciones elegidas, y por añadidura los terroristas recurren á sus antiguos pro-

cedimientos de violencia brutal. En cuanto han recobrado el apoyo del gobierno, han vuelto á alzar la cabeza; ahora son los favoritos oficiales. La Convención les ha devuelto los derechos cívicos qué quita á sus adversarios: «todo decreto de procesamiento ó de prisión formulado contra aquéllos, todo procedimiento empezado, todo fallo á propósito de sus actos revolucionarios, queda abolido». Los más furibundos montañeses, los procónsules más ensangrentados y más deshonrados, Dartigoeyte, Piochefer Bernard, Darthé, el secretario de Lebon, Rossignol, el exterminador de Septiembre, los presidentes de los antiguos comités revolucionarios, «los patriotas del robo», los asesinos, se pasean, con la frente levantada, por las calles de París. El mismo Barère, que, condenado á la deportación, ha caminado por Francia á través de la execración universal, y que en todas partes por donde ha pasado, en Orleans, Tours, Poitiers, Niort, ha corrido el riesgo de ser despedazado por el pueblo, Barère no es enviado á la Guyena; le dejan escapar, se esconde y vive tranquilo en Burdeos. Más aún: convencionales de la peor especie, como Monestier y Fossseduire, vuelven á su departamento natal, para gobernar allí en calidad de comisarios del gobierno.

Considerad el efecto de estos indultos y de estos nombramientos en una población que, como Blois, ha visto á los asesinos en faena, y que desde hace dos meses sigue su proceso. Siete de ellos, miembros de los comités revolucionarios, comandantes de la fuerza armada, miembros del distrito ó del departamento, agentes nacionales en el Indre-et-Loire, encargados de conducir ó recibir una columna de ochocientos labradores, campesinos, sacerdotes y sospechosos, han hecho fusilar, sablear ó ahogar en el camino á cerca

de seiscientos, no para defenderse contra ellos ó para impedirles huir, porque aquellas pobres gentes, atadas dos á dos, marchaban como corderos sin proferir un murmullo, sino para dar un bello ejemplo revolucionario, para mantener á sus administrados en el terror, para proveerse los bolsillos. Una minuciosa información ha presentado ante los jueces, los jurados y el público de Blois la serie solemne de testimonios auténticos y comprobados; ocho días de debates han puesto el asunto absolutamente en claro, y va á dictarse la sentencia. Súbitamente, dos semanas antes del 13 vendimiario, un decreto anula el procedimiento, que ha costado ya seiscientas mil libras, y ordena que vuelva al estado de sumario. Después, el representante Sevestre llega á Blois, y su primer cuidado es poner en libertad á los asesinos. Unos treinta granujas han reinado en Blois durante el Terror, extraños al país todos ellos, excepto cuatro ó cinco, «todos más ó menos mancillados de crímenes»: primeramente los principales asesinos, Hezine, Gidouin y sus cómplices de los distritos próximos, Simon y Bonneau; con ellos el ex alcalde de Blois, Besard, en otro tiempo soldado, concusionario convicto, ladrón de bodegas, que ponía bajo secuestro; Berger, ex cordelero, luego dragón, quien, con la pistola en mano, obligó al superior del antiguo convento á entregarle el tesoro de la comunidad; Giot, que fué funcionario palatino, luego juez en las matanzas de Septiembre, después comisario en el ejército de los Pirineos y ladrón en España, luego secretario del tribunal de Malun, cuya caja robó; otros más, nómadas y descalificados del mismo jaez, la mayor parte bebedores y orgiastras, un ex maestro de escuela, un ex peluquero de mujeres; todos estos personajes son los que el gobierno elige para agentes, y,

con nuevos títulos, recobran sus antiguos puestos. A la cabeza de la fuerza armada está el general Bonnard, que lleva consigo á una prostituta y pasa el tiempo en orgías, granuja tan descarado que, á los tres meses, será condenado á seis años de presidio; desde su llegada ha organizado en Blois «una guardia, formada por los jacobinos más probados». Lo mismo que aquí, en otras partes lo que vuelve á entrar en funciones es el personal del Terror, los pequeños potentados desposeídos en termidor, la bohemia política, y parece que, el 13 vendimiario, la facción jacobina ha conquistado á Francia por segunda vez.

IV

Pero el jacobinismo, aunque ha recobrado la autoridad, no ha recobrado la dictadura. En vano Barras y Tallien, Dubois de Crancé, Merlin de Douai y M. J. Chenier, Delmas, Louvet, Sieyes y, en secreto, los grandes podridos, los habituados al poder, los teóricos despóticos y sin escrúpulos, han tratado de aplazar indefinidamente la apertura del Cuerpo legislativo, de anular las elecciones, de purgar la Convención; ésta ha tomado miedo de sí misma; el golpe ha fallado; la Constitución ha sido puesta en juego; el régimen de la ley ha sustituído al régimen de la arbitrariedad. La nación vuelve á estar en condiciones de defenderse, y se defiende; recobra poco á poco el terreno perdido, incluso en el centro. En París, el cuerpo electoral, que se ve obligado á tomar de la Convención los dos tercios de sus diputados, no elige á ninguno de la diputación regicida; todos los que nombra, Languinais, Lariviare, Deferman, Saladin,

Boissy de Anglas, quisieron salvar al rey, y casi todos fueron proscriptos después del 31 de Mayo. El mismo espíritu se observa en los departamentos; los miembros de la Convención, por los que las provincias muestran decidida preferencia, son precisamente los más notables de los antijacobinos. En cuanto á los otros, los de la nueva tercera parte, son liberales de 1789 ó moderados de 1791, en su mayoría hombres dignos, varios instruídos y de verdadero mérito. Ahora bien; antes del 13 vendimiario, doscientos miembros de la Convención estaban ya de corazón al lado de los electores parisienses contra los terroristas; de suerte que en el Cuerpo legislativo hay una gran minoría de oposición, á la que el Directorio se ve obligado á tratar con miramientos, y, por lo tanto, á respetar, si no el espíritu, por lo menos el texto de la ley, y á no ejercer en las elecciones locales una coacción demasiado descarada. Por esto la mayor parte de las elecciones locales se realizan casi con libertad. En consecuencia, casi todos los nuevos administradores son, como los que componen la nueva tercera parte de la Convención, hombres estirados, limpios de excesos, que conservaron sus esperanzas del 89, pero preservados desde el principio ó curados muy pronto de la piedra revolucionaria.

Y de otra parte, el gobierno que empuña la espada jacobina no se atreve á clavarla como el comité de Salud pública, y en su propio campo hay furibundos dispuestos á quitársela. Tiene que defenderse contra los clubs renacientes; contra Babeuf y sus cómplices; contra los desesperados que, con un golpe de mano, tratan de sublevar el campamento de Grenoble; contra los antiguos convencionales que no han podido hacerse reelegir; contra los sectarios de Robespierre ó de

Marat; contra los discípulos de Saint-Just, Bertrand de Lyon, Antonelle, Rossignol; contra los bandidos de la calle; contra los septembristas sin empleo; en suma, contra los residuos del terrorismo: semejantes aliados no son cómodos. Sin duda, el gobierno, que los considera como á sus hijos perdidos, de los que puede necesitar en los momentos críticos, procura contemporizar con ellos; pero, no obstante, por su propio bien, ha ido separándose de los jacobinos furiosos y aproximándose á los ciudadanos pacíficos.

Por esta discordia interna de la facción reinante, los hombres honrados se mantienen en los puestos que ocuparon cuando las elecciones del año IV, y tanto en el Cuerpo legislativo, como en las administraciones y los tribunales, piensan obtener nuevos puestos en las elecciones del año V.

V

«Mucho tiempo hacía, escribe un comerciante de Evreux, que no se había visto tanta gente en las elecciones... Todo el mundo acudió á votar para no dejar que saliese ninguno de los terroristas.» Lo mismo hacen en todas partes los electores, y su propósito es bien claro: están por la Constitución contra la Revolución, por el poder limitado contra el poder discrecional, por la propiedad contra el robo, por las personas honradas contra los bandidos. Los mismos gobernantes confiesan que, con un año más, no habrá un convencional ni un jacobino en el Cuerpo legislativo; por lo tanto, según los revolucionarios, en el año VI la contrarrevolución estará hecha.

Esto significa que en el año VI la revolución habrá

concluído, y el régimen pacífico de la ley sustituirá al régimen brutal de la fuerza. En realidad, la gran mayoría de los representantes y la casi totalidad de los franceses no tienen otro objeto; quieren desembarazarse del régimen social y civil que sufren desde el 10 de Agosto de 1792: nada más. No se encontrarían en los dos Cuerpos veinte monárquicos convencidos ó decididos; únicamente cinco ó seis: Imbert-Colomés, Pichegreu, Willot, Delarne, están en correspondencia con Luis XVIII y dispuestos á enarbolar la bandera blanca. Aun en las secretas esperanzas de los otros cinco, la restauración del rey legítimo, el establecimiento de una monarquía cualquiera, no viene sino en segundo término; no lo perciben sino á distancia, como un complemento posible, como una consecuencia incierta y futura de su empresa presente. De todos modos, no aceptarían más que «la monarquía atenuada», la que deseaban los liberales de 1788, la que reclamaba Monnier después de las jornadas del 5 y del 6 de Octubre, la que sostenía Barnave después del regreso de Varennnes, la que Malouet, Gouverneur Morris, Mallet du Pan, los buenos observadores y los verdaderos conocedores de Francia han recomendado siempre. Ninguno de ellos se propone proclamar el derecho divino y restaurar el feudalismo nobiliario; todos se proponen derogar el derecho revolucionario y destruir el feudalismo jacobino. Lo que condenan en principio es la teoría anárquica y despótica; es el contrato social aplicado; es la dictadura establecida por golpes de Estado, ejercida por la arbitrariedad, sostenida por el terror; es la continuidad sistemática y dogmática de los atentados contra las personas, las propiedades y las conciencias; es la usurpación de la minoría fanática é indigna. Lo que les repugna es el Directorio y

los suyos; es Barras, con su corte de mujeres entretenidas; es Renbell, con su acompañamiento de concusionarios, su empaque de advenedizo y sus maneras de tabernero; es La Revellière de Lepeaux, con su vanidad de jiboso, sus pretensiones de filósofo, su intolerancia de sectario y su estupidez de pedante. Lo que reclaman es la depuración administrativa, la represión del fraude y el fin de las persecuciones.

En la Constitución, en la distribución de los poderes públicos, en la manera de nombrar las autoridades centrales ó locales, nadie piensa en innovaciones. Casi hasta el último momento se confinan estrictamente en su derecho legal, y cuando, al final, se les ocurre salirse de él, es para defenderse contra el sable ya levantado sobre sus cabezas. Son los hombres más estimables y más capaces de la República; los únicos representantes del sufragio libre, de la opinión madura y de la experiencia adquirida; los únicos en cuyas manos la República, reconciliada con el orden y la justicia, tenga probabilidades de hacerse viable, y *los únicos liberales de hecho*. Y he aquí por qué los republicanos de nombre quieren aplastarlos.

En efecto; bajo un gobierno que reprueba los atentados contra las personas y las propiedades públicas ó particulares, no solamente no puede subsistir la teoría jacobina, sino que la práctica jacobina queda anulada. Ahora bien; los jacobinos, aun cuando hayan abjurado de sus principios, se acuerdan de sus actos. Desde la llegada del primer tercio, en Octubre de 1795, han cobrado miedo. «Los convencionales, escribe uno de los nuevos diputados, no verán en nosotros sino hombres llamados á entregarles un día á la justicia.» Después de la entrada del segundo tercio, en Mayo de 1797, su espanto ha redoblado; los regicidas, sobre

todo, sienten «que no hay salvación para ellos sino en la dominación exclusiva y absoluta». Un día Treilhard, uno de sus notables, á solas con Mateo Dumas, antiguo amigo de La Fayette, moderado y de reconocida lealtad, le dijo: «Son ustedes personas honradísimas, de gran capacidad, y creo que quieren ustedes sinceramente apoyar al gobierno, porque no hay ningún medio hábil, ni para ustedes ni para nosotros, de sustituirle con otro. Pero los convencionales no podemos dejarles hacer á ustedes: que quieran ó no, nos llevan ustedes suavemente á nuestra pérdida segura; nada hay de común entre nosotros.—¿Qué garantía necesitan?—Una sola, con la que haremos cuanto ustedes quieran. Dennos esa garantía y les seguiremos ciegamente.—¿Cuál?—Suban á la tribuna y declaren que, si hubieran sido miembros de la Convención, hubieran votado, como nosotros, la muerte de Luis XVI.—Exige usted lo imposible, lo que no haría usted en nuestro lugar; sacrifican ustedes á Francia á varios terrores. —No: la partida no es igual; nuestras cabezas están en juego.»

Sus cabezas tal vez; pero seguramente su poder, sus dignidades, su fortuna, su lujo y sus placeres, todo por lo que, á sus ojos, vale la pena de vivir. ¿Y cómo renunciar á esto, tanto más cuanto que solamente esto les interesa? Los principios abstractos, la soberanía del pueblo, la voluntad general, el bien público, todo esto les tiene sin cuidado. Por confesión propia, no es la República lo que les preocupa; según Sieyes, ya no se trata más que de salvar á los revolucionarios. De esta suerte, libres de escrúpulos, sabiendo que se juegan la última carta, resueltos, como sus amigos del 10 de Agosto, del 2 de Septiembre, del 31 de Mayo, como el comité de Salud pública, á ganar la partida por

cualquier medio, van, como sus amigos dichosos, á ganarla.

Porque, también esta vez, los moderados no quieren comprender que la guerra está declarada y que es la guerra á arma blanca. No se ponen de acuerdo, contemporizan, vacilan, se encierran en las formas constitucionales, no obran. Las medidas enérgicas, que proponen los ochenta diputados enérgicos y lúcidos, son contrariadas ó suspendidas por los reparos de los otros trescientos imprevisores, vacilantes ó perezosos. Ni siquiera se atreven á emplear sus armas legales. En el Directorio, no tienen más que aliados pasivos ó neutros: Barthelemy, que prefiere ser asesinado que homicida; Carnot, servidor de su consigna legal, que teme comprometer la República y que además se acuerda de que ha votado la muerte del rey. En los quinientos y en los antigüos, Thibaudeau y Trenson de Coudray contienen el brazo de Pichegre y de los hombres enérgicos, les impiden herir, no permiten sino parar los golpes, y siempre demasiado tarde. Tres días antes del 12 fructidor, cuando, á sabiendas de todo el mundo, está preparado el golpe final, los ochenta diputados que no duermen en sus casas para que no los prendan en sus camas, no pueden todavía resolverse á tomar la ofensiva. Aquel día, un testigo ocular va á contar á Mateo Dumas que la víspera por la noche, en casa de Barras, se ha deliberado el matar ó deportar á Cayena á unos cuarenta miembros de los dos Cuerpos, y que el segundo partido ha prevalecido; por la noche, un comandante de la guardia nacional lleva á Dumas por la noche al jardín de las Tullerías; le enseña sus hombres escondidos detrás de los árboles, armados y dispuestos á marchar á la primera señal; se encarga de apoderarse al instante del Luxemburgo

mal guardado, y concluir con Barras y Renbell: en la guerra se mata para no ser muerto, y, cuando el enemigo le apunta á uno, se está en el derecho de tirar sin esperar. «Solamente, dice el comandante, prométame usted decir en la tribuna que usted ha ordenado este ataque, y deme de ello su palabra de honor.» Dumas se niega, precisamente porque es hombre de honor. «Fué usted un imbécil, le dirá Napoleón á este propósito; no entiende usted las revoluciones.» Efectivamente, el honor, la lealtad, el horror de la sangre, el respeto á la ley, tal es el punto débil del partido.

Ahora bien; los sentimientos contrarios son lo fuerte del partido contrario. Del lado de los triunviros, ninguno conoce las trabas de la conciencia: ni Barras, un condotiero entendido en los golpes de fuerza, y que está de venta al mejor postor; ni Renbell, especie de loro que se ciega y ve rojo; ni Merlin de Douai, el legislador, el inquisidor laico, el verdugo de gabinete. En seguida, según costumbre jacobina, han desenvainado y blandido el sable. Con menoscabo de la Constitución, han provocado á los ejércitos á deliberar, y dicho al Cuerpo legislativo que, si no cedía, le echarían afuera las bayonetas. Le asaltan, «como en los buenos tiempos», con su canalla ejecutiva, y guarnecen los pasillos y las tribunas con «sus bandidos de ambos sexos». A falta de Hoche tienen á Augereau, llegado expresamente de Italia, y que dice al público: «Soy enviado para matar realistas.» Imposible es encontrar un sicario más brutal y más imbécil; el mismo Renbell, al verle, no pudo menos de exclamar: «¡Qué bandido más grande!»

El 18 fructidor, el sableador oficial, con ocho ó diez mil hombres de tropa, cerca é invade las Tullerías; los representantes son detenidos en sus despachos ó

en sus domicilios, ó buscados, perseguidos y acosados, así como los otros oposicionistas notables, oficiales, jefes de secciones, periodistas, ex ministros, directores, Barthelemy y el mismo Carnot. Así purgados, los dos Consejos acaban de purgarse á sí mismos: anulan en cuarenta y nueve departamentos la elección de sus colegas; con este decreto, con la deportación, con las dimisiones forzosas ó voluntarias, doscientos catorce representantes quedan eliminados del Cuerpo legislativo, y otros ciento ochenta, por miedo ó repugnancia, dejan de asistir á las sesiones. De los dos Consejos, como del Parlamento inglés con Cromwell, no queda más que una «rabadilla», y esta rabadilla opera bajo las espadas desnudas. En el Consejo de los Ancianos, que delibera el 18 fructidor por la noche, la soldadesca y la chusma toman parte con sus amenazas en la discusión. Tales elementos son los que apoyan la calumniosa historia inventada por el Directorio; los votantes tienen necesidad de tales argumentos para creer en la gran conspiración que aquél denuncia, y en la que pone como comprometidos á Barthelemy, Carnot, Simeon, Barbé-Marbois, Baissy d'Anglas, Mateo Dumas, Pastoret, Trouseau du Condray, en unión de otros conspiradores subalternos. Los engloban á todos deliberadamente; los condenan en masa, sin pruebas ni formas de procedimiento. Se vota el decreto de deportación, que es aprobado por catorce ó quince contra siete; los demás se abstienen. Cuatro años antes, para expulsar á los girondinos, un decreto análogo se había aprobado de análoga manera, salvo que la Montaña entonces empleaba á la plebe y hoy emplea al ejército.

VI

Así se reanuda el régimen de 1793, la concentración de todos los poderes públicos en manos de una oligarquía, la dictadura ejercida por un centenar de hombres agrupados en torno de cinco ó seis directores. Más independiente, más autócrata y menos provisional que el comité de Salud pública, el directorio se ha hecho atribuir el derecho legal de poner un municipio en estado de sitio y de hacer intervenir las tropas en el recinto constitucional, de suerte que en adelante puede á discreción hacer coacción en París y en el Cuerpo legislativo. Sobre las autoridades subordinadas, su ascendiente es todavía más absoluto. En cuarenta y nueve departamentos, todos los administradores del departamento, de los cantones y de los municipios, todos los alcaldes, todos los jueces, todos los elegidos por el sufragio popular son destituídos en masa, y en el resto de Francia la limpia es casi tan amplia. Notad sobre todo la más amenazadora de las usurpaciones, la manera con que el gobierno pone mano en la justicia, el derecho de vida y muerte que se confiere sobre los particulares: no solamente destituye y recompone á su antojo los tribunales ordinarios; no solamente renueva y elige entre los más puros jacobinos á los jueces del Tribunal de Casación, sino que en cada distrito militar instituye un Tribunal de excepción expeditivo sin apelación, compuesto de oficiales, suboficiales y soldados dóciles, el cual tiene la misión de condenar y fusilar en veinticuatro horas á todo el que desagrade á la fracción reinante. Para los millones de súbditos que acaba de adquirir no hay re-

fugio; les está prohibido incluso quejarse. Se han suprimido todos los periódicos de oposición ó sospechosos, y los propietarios, editores, redactores y colaboradores, entre ellos Laharpe, Fontannes, Fierée, Michaud, Lacretelle, los cuatrocientos ó quinientos hombres que forman el estado mayor de la prensa, son condenados á la deportación ó á la cárcel; los prenden ó se escapan, se esconden y se callan; nadie habla ya en Francia sino los portavoces del gobierno.

Naturalmente, la facultad de votar queda tan restringida como la facultad de escribir, y los vencedores de fructidor, con el derecho de hablar, acaparan el derecho de elegir. Desde el primer día, el gobierno ha renovado el decreto que la Convención expirante promulgó contra los amigos ó parientes de los emigrados; por añadidura, ha excluído á todos esos parientes y amigos de las asambleas primarias. En adelante, las gentes probas ó simplemente pacíficas se tienen por advertidas, se quedan en sus casas; votar es un acto de soberano, y, por lo tanto, un privilegio de los nuevos soberanos; así es como lo entienden soberanos y súbditos: «una minoría republicana que obra legalmente debe triunfar de una mayoría influída por el realismo». En suma: instituciones, leyes, derecho público, derecho privado, todo está por el suelo, y nación, cuerpos y bienes vuelven á ser, como con Robespierre, la propiedad de sus gobernantes.

También éstos se sostienen por el terror; pero en su calidad de hipócritas, no quieren hacer ostensiblemente su oficio de verdugos. Heredero de la Convención, el directorio afecta repudiar su herencia. «¡Desgraciado, dice Baulay de la Meurthe, del que quiera restablecer los cadalsos!» Nada de guillotina: ha desacreditado demasiado á sus proveedores; se ve el charco rojo demasiado cerca; más vale emplear la muerte á distancia, lenta, espontánea, sin efusión de sangre humana, menos chocante que la otra, pero más dolorosa y no menos segura: será la internación en las marismas de Rochefort, ó mejor todavía la deportación entre las fiebres de la Guyena; entre el procedimiento de la Convención y el del directorio, no hay otra diferencia que «la que separa *matar* de *hacer morir*». Además, agotan en el camino todas las brutalidades imaginables con los proscriptos. Para el primer convoy, en el que van, con otros trece, Barthelemy, negociador del tratado de Basilea; Pichegru, el conquistador de Holanda; Laffon de Ladebat, el presidente del Consejo de los quinientos; Barbé-Marbois, el presidente del Consejo de los Ancianos, se habían preparado unas berlinas; una orden del directorio las sustituye con el furgón de los presidiarios, una jaula de hierro con una sola puerta cerrada por cadenas y barras, y unas claraboyas por las que entra la lluvia á torrentes: el armatoste rueda al trote de los caballos por caminos llenos de baches, y á cada sacudida los encerrados dan contra el techo ó las paredes; uno de ellos, al llegar á Blois, muestra las heridas que ha recibido. El jefe de la escolta es un bruto que fué condenado por robo en la guerra de la Vendée. En Palais pasa la noche en orgía, echa pestes contra Mme. Barbé-Marbois, que ha llegado á despedir á su marido; y al ver las atenciones, el respeto que todos los habitantes, incluso los funcionarios, demuestran á los prisioneros, exclama: «¡Cuánta monada con unas gentes que tal vez no estarán vivas dentro de cuatro días!» En el barco que los transporta, y todavía á la vista de la Rochela, ven un bote que avanza á fuerza de remos, y oyen gritar: «Soy el hijo de Laffon de Ladebat; con-

cededme la gracia de abrazar á mi padre.» Y desde el barco le contestan: «¡Largo, ó hacemos fuego contra el bote!» Los camarotes son mefíticos, la ración es mala y escasa, les falta el agua ó no es potable; de los diez y seis que llevan á Linnamary, sobreviven dos.

Para los deportados del año siguiente, sacerdotes, religiosos, diputados, periodistas, artesanos acusados de emigración, la cosa va peor: por todos los caminos que conducen á Rochefort, se ven lamentables amontonamientos en carretas, ó en filas á pie, como son las antiguas cuerdas de presidiarios. Después, en el entrepuente de la *Décade* y de la *Bayonnaise*, los desdichados, sofocados por la falta de aire y el calor tórrido, maltratados, se mueren de hambre y de asfixia, y la Guyana rematará la obra de la travesía: de los ciento noventa y tres llevados por la *Décade*, quedan treinta y nueve al cabo de veintidós meses; de los ciento veinte de la *Bayonnaise*, no queda más que uno. Mientras tanto, en Francia, en las casamatas de las islas de Ré y de Oloron, más de mil doscientos sacerdotes se ahogan ó se consumen, y por todas partes, en los departamentos, las comisiones militares fusilan á discreción. En París y sus alrededores, en Marsella, Lyon, Burdeos, Rennes y en la mayor parte de las grandes ciudades, las detenciones y encarcelamientos se multiplican. Definitivamente, con este tercer regreso ofensivo, la conquista jacobina se ha rematado, y el partido conquistador, el nuevo feudalismo, se instala á perpetuidad. Vuelven á sus feudos los aguiluchos del Terror, los asesinos y ladrones de mérito. Y como es natural, con los puros jacobinos reaparece el puro jacobinismo, el socialismo igualitario y anticristiano, el programa del año fúnebre.



VII

En primer término figura la idea favorita y fija del filosofismo, la de fundar una religión laica, imponer á veintiséis millones de franceses las observancias y los dogmas de la teoría, y, por tanto, extirpar el cristianismo, su culto y su clero. Con una persistencia y una minuciosidad extraordinarias, los inquisidores en funciones multiplican las prescripciones y los rigores para convertir por la fuerza á la nación y para sustituir los hábitos del corazón, sostenidos por una práctica de dieciocho siglos, por los improvisados ritos que la lógica abstracta ha fabricado mecánicamente en su gabinete. Jamás la imaginación mezquina del literato de tercer orden y del poetastro clásico; jamás la solemnidad grotesca del pedante, orgulloso de sus frases; jamás la rudeza del político limitado y testarudo se han mostrado con tanto énfasis sentimental y tanta ignorancia administrativa como en los decretos del Cuerpo legislativo, en las disposiciones del directorio, en las instrucciones de los ministros Sotin, Letourneur, Lambrechts, Duval y Francisco de Neufchateau. Guerra al domingo, al antiguo calendario y á las vigilias; descanso obligatorio del decadí, bajo pena de multa y cárcel; fiestas obligatorias en los aniversarios del 21 de Enero y del 18 fructidor; participación obligatoria de todos los funcionarios y de sus familias en el nuevo culto; asistencia obligatoria de todos los profesores públicos ó particulares, con sus discípulos de ambos sexos, á las ceremonias cívicas; liturgia obligatoria; catecismos y programas enviados de París: ante todo esto, no habría más que encogerse de hom-

bros si, tras el apóstol que compone alegorías morales, no se viera al perseguidor que encarcela, tortura y mata.

Con el decreto del 19 fructidor no solamente vuelven á estar vigentes todas las leyes del Terror contra los sacerdotes no juramentados y sus fieles, sino que el directorio se atribuye el derecho de deportar «por denuncia individual motivada» á todo eclesiástico «que turbe la tranquilidad pública», es decir, que ejerza su ministerio y predique su fe, y, además, el derecho de fusilar, dentro de veinticuatro horas, á todo sacerdote que, expulsado por las leyes de 1792 y 1793, se haya quedado ó vuelto á Francia. La proscripción se efectúa en masa y menudean los fusilamientos.

Queda por consolidar, con el culto de la Razón, el reinado de la Igualdad: éste es el segundo artículo del credo jacobino. Trátase de segar las cabezas que pasan del nivel común, y ahora no una á una, sino por clases. El mismo Saint-Just no había propuesto, sino con palabras encubiertas, una operación tan amplia; más decididos y más francos, Sieyes, Merlin de Douai, Renbell, Chazal, M. J. Chenier, Boulay de la Meurthe, insisten por la amputación radical. Según ellos, «hay que regularizar el ostracismo»; deportar «á todos aquellos cuyos prejuicios, pretensiones, cuya existencia inerme, en una palabra, es incompatible con el gobierno republicano»; es decir, no solamente los sacerdotes, sino también los nobles, los ennoblecidos, los parlamentarios, la burguesía acomodada y los antiguos notables, más doscientos mil propietarios, hombres y mujeres, en suma, lo que todavía queda de la selección oprimida y arruinada por la Revolución. Rechazada por el ex noble Barras y por el clamor público «de los comerciantes y de los mismos obreros»,

la proscripción es reemplazada por la degradación física. En adelante, todo noble, aunque no haya jamás salido del territorio, aunque haya constante y puntualmente obedecido las leyes revolucionarias, aunque no sea amigo ó pariente de ningún emigrado, se encuentra desposeído de su calidad de francés. En cuanto á los ciento cincuenta mil gentilhombres, burgueses, artesanos y labradores que emigraron ó que son sospechosos de querer emigrar, si han vuelto ó se han quedado, saldrán, en un plazo de veinticuatro horas, de París y de las poblaciones de más de veinte mil almas, y dentro de los quince días saldrán de Francia, bajo pena de ser juzgados por los tribunales militares y fusilados en el acto. Así, pues, todos los amenazados se apresuran á emigrar.

Contra los propietarios que quedan, el directorio agrava las medidas de la Convención: la ruína, no ya disimulada, sino franca; deducción á trescientos ochenta y seis mil rentistas de los dos tercios de su fortuna, empréstito de cien millones, forzoso, progresivo «sobre la clase acomodada»; por último, ley de rehenes, atroz, concebida con el espíritu de Septiembre de 1792, sugerida por las célebres mociones de Collot d'Herbois contra los detenidos y de Billaud-Varennes contra el pequeño Luis XVII, pero ampliada, precisada, formulada con sangre fría de legista y precisión de administrador, aplicable en grande, y aplicada. Los contemporáneos calculan que los efectos de esta ley alcanzan á doscientas mil personas; el directorio, durante los tres meses que le quedan de vida, lo aplica en diez y siete departamentos; miles de mujeres y de ancianos son presos, arruinados; muchos enviados á Cayena: esto se llama el respeto á los derechos del hombre.

VIII

Por el régimen que los fructidorianos establecen en Francia, puede juzgarse del régimen que importan al extranjero: siempre el mismo contraste entre el nombre y la cosa, las mismas frases para encubrir los mismos atentados, y, bajo proclamas de libertad, la institución del latrocinio. Sin duda, en tal provincia invadida que pasa así de un despotismo antiguo á un despotismo nuevo, las palabras bellas bien espetadas hacen al principio su efecto; pero, al cabo de algunas semanas ó algunos meses, los habitantes se dan cuenta de que el derecho revolucionario es todavía más opresivo y más rapaz que el derecho divino.

Es el derecho del más fuerte; los jacobinos reinantes no conocen otro, y lo emplean sin contemplación alguna. Subordinan Francia á sus dogmas, y, con los cortos alcances, el orgullo, la arrogancia del sectario, tienen su intolerancia, sus ansias de dominio, sus instintos de propaganda y de invasión. Ahora, una vez realizado el golpe del 18 fructidor, Barthelemy deportado y Carnot huído, esa política va á explayarse.

Nunca había estado tan próxima la paz; la habían tenido en la mano. El último enemigo y el más tenaz, Inglaterra, desarmaba; no solamente aceptaba todas las conquistas de Francia, la adquisición de Bélgica y de la orilla izquierda del Rhin, las anexiones disimuladas y las anexiones declaradas, la autoridad de la República patrona sobre las repúblicas clientes, sobre Holanda, Génova y la Cisalpina, sino que restituía sus propias conquistas, todas las colonias francesas, todas las colonias holandesas (salvo Trinquemal), todas las

colonias españolas (salvo la Trinidad); obteníase cuanto podía reclamar el amor propio, se obtenía más de lo que podía desear la prudencia; no había en Francia un hombre de Estado competente y patriota que no hubiese firmado con una alegría profunda. Pero los motivos que, antes de fructidor, afectaban á Carnot y Barthelemy; los motivos que, después de fructidor, afectan á Colchen y Marat, no afectan á los fructidorianos. Poco les importa Francia; no se preocupan más que de su facción, de su poder y de sus personas. Por vanagloria, La Revellière, presidente del directorio, quisiera firmar la paz; pero es arrastrado por Barras, que necesita la guerra para pescar en agua turbia, y, sobre todo, por Renbell, verdadero jacobino de temperamento y de cerebro, ignorante, grosero y violento. El instinto animal de conservación impulsa á los jacobinos en su pendiente, y, desde hace mucho tiempo, sus hombres perspicaces, entre otros Sieyes, su pensador y su oráculo, les repiten que «si hacen la paz, están perdidos». Para excusar sus violencias en el interior, necesitan peligros en el exterior. Suponed hecha la paz: ¿podrá sostenerse este gobierno odiado y despreciado? ¿Consentirán en vivir á medio sueldo y sometidos tantos generales? ¿Es que Hoche, tan ardiente y tan absoluto; es que Bonaparte, que medita ya su golpe de Estado, querrían constituirse en guardias de corps de cuatro abogadillos y malos literatos, de un Barras, general de calle, que nunca ha visto una batalla campal? ¿Cómo se ha de nutrir, aunque sea provisionalmente, á un numeroso ejército que, desde hace diez años, no subsiste sino devorando las naciones vecinas? Solamente la guerra puede sostener á la facción reinante. Y he aquí por qué rompen, por medio de un ultimatum brusco, con Inglaterra; por

medio de repetidas exigencias, con Austria y el Imperio; por medio de atentados premeditados, con Suiza, Piamonte, Toscana, Nápoles, Malta, Rusia, incluso con la Puerta. Por fin, aparece á las claras el carácter de la secta. Aparece ésta como lo que es, una partida de piratas que, habiéndose comido á Francia, quiere tragarse á Europa.

¿Para qué relatar la tragicomedia que representan y hacen representar en el extranjero? Es una representación en el extranjero de la obra que hacen en París desde hace ocho años; una traducción improvisada en flamenco, en holandés, en alemán, en italiano; una adaptación local con variantes, cortes, pero con el mismo final, que es una granizada de sablazos y culatazos sobre todos los propietarios, comunidades y particulares para obligarles á entregar la bolsa y todos los efectos de algún valor. Regla general: después de hacer tabla rasa, instalan en la región conquistada el gobierno de la Razón; á este efecto, nombran los nuevos magistrados. Si permiten que sean elegidos, los electores serán los partidarios de los invasores; esto constituye una República sujeta, con el nombre de aliada, bajo la férula de comisarios enviados de París: no toleran en ella sino lacayos; incorporan sus ejércitos al ejército francés; hacen en Suiza una leva de veinte mil suizos para combatir contra Suiza y los enemigos de Suiza; someten á conscripción á Bélgica; hieren el sentimiento nacional y religioso, hasta suscitar insurrecciones religiosas y nacionales, y para reprimirlas incendian, saquean y fusilan. En este punto, toda frase sería débil; habría que dar cifras, y yo no puedo dar más que dos.

Una es la cifra de los robos cometidos en el extranjero, sin que entren en ella las rapiñas públicas ejecutadas por orden, ni las particulares, ejecutadas en orden, por los oficiales, los generales, los soldados, los comisarios, que son mermas, pero escapan al cálculo. El total aproximativo del botín realizado por el pirata jacobino hasta Diciembre de 1798, es el siguiente: contribuciones en numerario impuestas por derechos en Bélgica, en Holanda, en Alemania, en Italia, seiscientos cincuenta y cinco millones; captura de materias de oro y plata, joyas, objetos de arte y otros efectos preciosos, trescientos cinco millones; requisiciones en especies, trescientos sesenta y un millones; confiscación de los bienes muebles é inmuebles de los soberanos desposeídos, del clero regular y secular, de las corporaciones y comunidades incluso laicas, de los propietarios ausentes ó fugitivos, setecientos millones: total en tres años, dos mil millones. Como es natural, para realizar tal bandolerismo, se necesitan operaciones militares, «mangos de sable» en cantidad suficiente. Ahora bien; á fuerza de golpear, se rompen muchos sables y hay que reemplazarlos cuando se han roto: en Octubre de 1798 se necesitan doscientos mil nuevos, y los jóvenes llamados para este oficio faltan al llamamiento, se escapan y hasta se resisten á mano armada. Para hacerlos ir á filas hay que cazarlos; si se escapan, poner guardia constante en casa de sus padres; si el fugitivo se ha refugiado en país extranjero, aunque sea en país aliado como España, le inscriben en la lista de los emigrados, y, por consiguiente, si vuelve, le fusilan; mientras tanto, secuestran sus bienes y también los de «sus padres, madres y ascendientes». Tal es el admirable cálculo del directorio: si pierde un soldado, gana un patrimonio, y si le falta el patrimonio, tiene un soldado. De todas maneras llena sus arcas y sus filas, y la facción, bien provista de hombres, puede continuar su

explotación de Europa y gastar en esta operación tantas vidas francesas como necesite. Necesita más de cien mil al año, que, con las que ha gastado la operación, resultará un total en ocho meses de cerca de novecientas mil. No creo que una nación civilizada haya sido nunca sacrificada de esta manera para semejante tarea y por semejantes gobernantes.

IX

Una vez más el jacobinismo triunfante ha manifestado su naturaleza antisocial, su facultad de destruir, su impotencia para construir. Vencida y descorazonada, la nación no le resiste ya; pero si le sufre, es como la peste, y sus deportaciones, sus depuraciones administrativas, sus decretos, sus violencias no hacen más que exasperar la callada antipatía. «Se ha hecho todo, dice un jacobino de buena fe, Briot, para apartar de la Revolución y de la República á la inmensa mayoría de los ciudadanos, incluso á los que cooperaron á la caída de la monarquía...»

Y no solamente la dominación de los jacobinos, en lugar de vivificar el Estado, le paraliza, sino que, con sus propias manos, destruyen el orden que han establecido. Legal ó extralegal, cualquiera que sea, poco importa; reinando ellos, ninguna constitución, ni hecha á su antojo, ningún gobierno, ni el de sus jefes, puede subsistir. Una vez dueños de Francia, se la disputan entre sí, y cada cual reclama toda la presa. Los que ocupan los puestos quieren conservarlos; los que no los ocupan quieren poseerlos. Fórmanse así dos partidos en la secta, y cada uno de ellos, á su vez, perpetra contra el otro el golpe de Estado que dieran

juntos contra la nación. Según la fracción gobernante, sus adversarios no son sino «anarquistas», antiguos septembristas, partidarios de Robespierre, cómplices de Babeuf, eternos conspiradores. Ahora bien; como en el año VI los cinco regentes tienen todavía sólidamente empuñado el sable, pueden hacer que el Cuerpo legislativo vote lo que ellos quieran: el 22 floreal, en cuarenta y nueve departamentos, el gobierno anula, en todo ó en parte, las nuevas elecciones; después destituye las administraciones terroristas. Según la fracción gobernada, el directorio y sus agentes no son sino falsos patriotas, usurpadores, opresores, dilapidadores y políticos ineptos; como todo esto es cierto, y, en el año VII, el directorio, gastado por sus veintiún meses de omnipotencia, desacreditado por sus reveses, despreciado por los generales, odiado por el ejército, derrotado y sin paga, no se atreve ya á levantar el sable; los ultrajacobinos reanudan la ofensiva, se hacen elegir, reconquistan la mayoría en el Cuerpo legislativo, y, á su vez, el 30 pradial purgan el directorio. Expulsan á Treilhard, Merlin de Douai y La Revellière de Lepeaux, y ponen en sus puestos á fanáticos como Gohier, Moulins, Roger Ducos. Vuelven los fantasmas del Terror, Lindet en Hacienda, Fouché en la policía. Los jacobinos abren de nuevo su club; dos directores y ciento cincuenta miembros del Cuerpo legislativo fraternizan allí «con lo más vil y lo más repugnante de la hez del pueblo». Se hace el elogio de Robespierre y del mismo Babeuf; se pide el levantamiento en masa y el desarme de todos los sospechosos. Desde la tribuna, en los Quinientos, la canalla ruge y amenaza como en 1793.

¿Es que va á implantarse en Francia el régimen de 1793? No. Inmediatamente después de la victoria,

los vencedores del 30 pradial se han separado en dos campos enemigos, que se acechan con las armas en la mano, se atrincheran y hacen salidas el uno contra el otro: de un lado, los simplemente bandidos, la escoria de moral, los monomaníacos incorregibles, los orgullosos empedernidos á quienes el amor propio liga á sus crímenes; del otro, los hombres que todavía tienen sentido común, que saben á lo que conduce el gobierno de las picas y de los clubs, que temen por sí mismos; de un lado, los miembros del directorio, la minoría de los Ancianos, la mayoría de los Quinientos y lo más bajo de la plebe parisiense; del otro, la mayoría de los Ancianos, la minoría de los Quinientos y tres miembros del directorio, servidos éstos por su personal ejecutivo. ¿Cuál de los dos bandos aplastará al otro? Nadie lo sabe, porque los más están prontos á pasarse de un campo al otro, según las probabilidades de triunfo. ¿En dónde estará mañana la mayoría? ¿De qué lado vendrá el próximo golpe de Estado? ¿Quién lo dará? Triunfen los jacobinos furibundos ó los jacobinos moderados, ¿habrá un gobierno estable?

Sieyes sabe bien que no; es previsor en sus actos, aunque quimérico en sus teorías. Comprende que los republicanos de los dos bandos están en un callejón sin salida. Barras opina lo mismo y toma la delantera, se vuelve á la derecha, promete á Luis XVIII cooperar á la restauración de la monarquía legítima; á cambio, recibe por cartas patentes su pleno indulto y la promesa de doce millones. Más perspicaz, Sieyes busca la fuerza en donde se encuentra, en el ejército; prepara á Joubert, tantea á Mareau, piensa en Jourdan, en Bernadotte, en Macdonald, antes de entregarse á Bonaparte: «necesita una espada». Baulay de la Meurthe, comparando en un folleto la revolución de Inglaterra y la revolución francesa, anuncia y provoca el establecimiento de un protectorado militar. Todavía vive la República jacobina, y ya sus servidores hablan en voz alta de su entierro, como extraños, como herederos en el cuarto de un moribundo que ha perdido el conocimiento, como los familiares de Tiberio agonizante en su palacio de Misena, como relata Tácito. Si el moribundo tarda demasiado en morir, alguno le ayudará.

X

Si la República jacobina muere, no es solamente porque está decrépita y porque la matan, sino porque además no nació viable; desde su principio tenía en sí un principio de disolución, un veneno íntimo y mortal, no solamente para los demás, sino para ella misma. Lo que mantiene á una sociedad política *es el mutuo respeto de sus miembros*, en particular el respeto de los gobernados á los gobernantes y de los gobernantes á los gobernados. Solamente así concurren todos á la obra común y hay paz interior, y, por lo tanto, estabilidad, seguridad, bienestar y fuerza. Sin esta disposición íntima y persistente de los espíritus y de los corazones, falta el lazo entre los hombres. Constituye el sentimiento nacional por excelencia; puede decirse que es el alma cuyo cuerpo es el Estado.

Ahora bien; en el Estado jacobino este alma ha perecido: ha perecido, no por un accidente imprevisto, sino por un efecto obligado del sistema, por una consecuencia práctica de la teoría especulativa. En nombre del pueblo ideal que declaran soberano y no existe, los jacobinos han usurpado violentamente todos los pode-

res, han abolido brutalmente todos los derechos, han tratado al pueblo real como una bestia de carga. Desde este momento han quedado rotos todos los lazos entre ellos y la nación: despojarla, sangrarla, reconquistarla cuando se escapaba, encadenarla, amordazarla, han podido hacerlo; pero reconciliarla con su gobierno, jamás. Tampoco entre ellos mismos ha podido subsistir lazo ninguno: cada bando, habiéndose formado en pueblo ideal según su lógica y sus necesidades, ha reivindicado para sí, con los privilegios de la ortodoxia, el monopolio de la soberanía. Todavía pueden dar manifiestos, publicar decretos, hacer revoluciones; pero ya no pueden en modo alguno ponerse de acuerdo y subordinarse gustosos al ascendiente justificado, á la autoridad reconocida de ninguno de ellos. Después de esos años de atentados recíprocos, no hay uno entre los tres mil legisladores que han pertenecido á las asambleas soberanas que pueda contar con la deferencia y la fidelidad de cien franceses. El cuerpo social está disuelto. La Francia civil no puede reconstruirse por sí misma: tan imposible le es esto, como construir una Nuestra Señora de París ó un San Pedro de Roma con el lodo de las calles y el polvo de los caminos.

Otra cosa ocurre en la Francia militar. Aquí, los hombres han probado su temple, se han consagrado unos á otros, los subordinados á los jefes, los jefes á los subordinados, y todos juntos, á una obra común. Los sentimientos fuertes y sanos que ligan las voluntades en un haz, simpatía mutua, confianza, estimación, admiración, abundan, y el franco compañerismo todavía subsistente del inferior y del superior, la familiaridad franca y expansiva, tan grata á los franceses, ligan el haz con otro nudo. En este mundo, preser-

vado de las tachas políticas y ennoblecido por el hábito de la abnegación, hay todo lo que constituye una sociedad organizada y viable, una jerarquía moral é íntima, una subordinación aceptada, derechos y deberes impresos en las conciencias, en suma, lo que siempre ha faltado á las instituciones revolucionarias, *la disciplina de los corazones*. Dad á esos hombres una consigna, no la discutirán; con tal de que sea legal ó parezca serlo, la aceptarán, no solamente contra extranjeros, sino contra franceses; así fué como ya, el 13 vendimiario, ametrallaron á los parisienses, y el 18 fructidor purgaron el Cuerpo legislativo. Llega un general ilustre; con tal que guarde las formas, le seguirán y reanudarán la depuración.

Y llega uno que desde hace tres años no piensa en otra cosa, pero que esta vez no quiere hacer la operación sino en provecho suyo; es el más ilustre de todos, y precisamente el constructor ó promotor de las dos primeras, el que, en persona, realizó el 13 vendimiario, y por mano de su lugarteniente Augereau, el 18 fructidor. Que se autorice con un simulacro de derecho, y se haga nombrar, por la minoría de uno de los Consejos, comandante general de la fuerza armada: la fuerza armada marchará tras él. Que lance las proclamas de rigor, que apele á «sus compañeros» para salvar la República y hacer evacuar la sala de los Quinientos: sus granaderos entrarán en la sala, caladas las bayonetas, y hasta se reirán al ver á los diputados, vestidos como en la ópera, saltar precipitadamente por las ventanas. Que cuide las transiciones, que evite el nombre malsonante de dictador, que lance un título modesto, y, sin embargo, clásico, romano, revolucionario, que sea simple cónsul con otros dos: los militares que no tienen tiempo de ser publicistas y

que no son republicanos sino de corteza, no pedirán más; les parecerá muy bueno para el pueblo francés su propio régimen, el régimen autoritario sin el cual no hay ejército; el mando absoluto en manos de uno solo. Que reprima á los jacobinos furibundos; que revoque los recientes decretos sobre los rehenes y el empréstito forzoso; que devuelva á las personas, á las propiedades, á las conciencias la seguridad; que restablezca el orden, la economía y la eficacia en las administraciones; que atienda á los servicios públicos, hospitales, caminos, escuelas: toda la Francia civil aclamará á su libertador, á su protector, á su reparador. Según sus propias palabras, el régimen que aporta es «la alianza de la filosofía y del sable». Lo que se entiende entonces por filosofía es la aplicación de los principios abstractos á la política, la construcción lógica del Estado con arreglo á algunas nociones generales y simples, un plan social uniforme y rectilíneo; ahora, como se ha visto, la teoría comporta dos de estos planos, el uno anárquico, el otro despótico. Naturalmente, el segundo es el que adopta el amo, y como hombre práctico, construye un edificio sólido, habitable, bien adecuado á su objeto. Todas las masas de la obra, Código civil, universidad, concordato, administración prefectoral y centralizada, todos los detalles concurren á un efecto de conjunto, que es la omnipotencia del Estado, la omnipresencia del gobierno, la abolición de la iniciativa local y particular, la supresión de la asociación voluntaria y libre, la dispersión gradual de las pequeñas agrupaciones espontáneas, la prohibición preventiva de las largas obras hereditarias, la extinción de los sentimientos por los que el individuo vive más allá de sí mismo en lo pasado y en lo porvenir. Nunca se ha construído

un cuartel más hermoso, más simétrico y más decorativo de aspecto; más satisfactorio para la razón superficial, más aceptable para el buen sentido vulgar, más cómodo para el egoísmo limitado, mejor cuidado y más limpio; mejor acondicionado para disciplinar la parte mediana y baja de la naturaleza humana, para debilitar ó dañar la parte elevada de la naturaleza humana.

En este cuartel filosófico vivimos desde hace ochenta años.

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

El establecimiento del gobierno revolucionario.

CAPITULO PRIMERO

Páginas.

I. Debilidad de los gobiernos anteriores.—Energía del nuevo gobierno.—Dogmas é instintos absolutistas del jacobino.—II. Contraste entre sus palabras y sus actos.—La Constitución de Junio de 1793.—Promesas de libertad.—III. Las asambleas primarias.—Proporción de los ausentes.—Unanimidad de los votantes.—Sus motivos para aceptar la Constitución.—Presión ejercida sobre los votos.—Elección de los delegados.—IV. Llegan á París.—Precauciones contra ellos.—Coacción y seducción.—V. Hacen profesión de fe jacobina.—Su papel en la fiesta del 10 de Agosto.—Su exaltación.—VI. Manejos de la Montagne.—La velada del 11 de Agosto en los jacobinos.—La sesión del 12 de Agosto en la Convención.—Los delegados toman la iniciativa del Terror.—Consagración popular de la dictadura jacobina.—VII. Efecto de esta maniobra.—Extensión y manifiesto de la insurrección departamental.—Número reducido de los girondinos.—Tibieza de sus partidarios.—Escrúpulos de los diputados fugitivos y de las administraciones insurrectas.—No erigen gobierno central.—Dejan en manos de la Convención la autoridad militar.—Progreso fatal de sus concesiones.—Los departa-

Páginas.

mentos se retractan uno á uno.—Palinodia de las autoridades comprometidas.—Efecto de los hábitos administrativos.—Desfallecimientos é ilusiones de los moderados.—Carácter opuesto de los jacobinos.—VIII. Las últimas resistencias locales.—Ortodoxia política de las ciudades insurrectas.—Para someterse no estipulan más que una condición.—Razones de Estado para concederla.—Razones de partido para rechazarla.—IX. Castigo de las ciudades rebeldes.—Burdeos.—Marsella.—Lyon.—Tolón.—X. Aniquilamiento del partido girondino.—Proscripción de los diputados de la derecha.—Prisión de los 73.—Ejecución de los 21.—Suplicio, suicidio ó fuga de los otros.—XI. Institución del gobierno revolucionario.—Su principio, su objeto, sus procedimientos, sus instrumentos, su mecanismo.—El Comité de Salud pública.—Subordinación de la Convención y del ministerio.—Empleo del Comité de Seguridad general y del Tribunal revolucionario.—Centralización administrativa.—Representantes en misión, agentes nacionales y comités revolucionarios.—Ley de lesa majestad.—Restauración y agravación de las instituciones de la antigua monarquía. 1

LIBRO SEGUNDO

El programa jacobino.

CAPITULO PRIMERO

I. Programa del partido jacobino.—II. Concepción de la sociedad.—El contrato social.—El Estado propietario de las cosas.—Confiscaciones y secuestros.—El Estado propietario de los individuos.—Requisición de personas para el servicio civil y para el servicio militar.—El Estado filántropo, pedagogo, teólogo, moralista, censor, director de ideas y sentimientos íntimos.—III. Objeto del Estado: la regeneración del hombre.—Restauración del hombre natural.—Formación del hombre social.—Magni-

Páginas.

tud de la empresa.—Para ejecutarla, el empleo de la fuerza es un derecho y un deber.—IV. Las dos deformaciones del hombre natural.—La religión positiva.—Proscripción del culto ortodoxo.—Medidas contra el rey y los nobles.—V. La desigualdad social.—VI. Condiciones requeridas para la formación del ciudadano.—Proyecto para suprimir la indigencia.—VII. Represión del egoísmo.—VIII. Formación de los espíritus y de las almas.—La religión civil.—La educación nacional.—Refundición y reducción de la naturaleza humana con arreglo al tipo jacobino.......................... 55

CAPITULO II

I. Concepción retrógrada del Estado.—Analogía de
esta idea y de la idea antigua.—Diferencia del mun-
do antiguo y del mundo moderno.—Cambio en las
circunstancias.—II. Cambio en las almas.—La con-
ciencia y sus orígenes cristianos.—El honor y sus
orígenes feudales.—El individuo se niega hoy darse
por entero.—Sus motivos.—Carácter de elección y
cualidad del mandatario.—III. Origen y naturale-
za del Estado moderno.—Sus funciones, sus dere-
chos, sus límites.—IV. Siente tentaciones de predo-
minar.—Precedentes y razones que alega.—V. El
interés común directo.—Dos razones en favor de la
libertad.—Carácter individual del hombre en gene-
ral.—Complicación adquirida del hombre moder-
no.—VI. El interés común indirecto.—Consiste en
el empleo más económico y más productivo de las
fuerzas espontáneas.—Diferencia entre el trabajo
voluntario y el trabajo impuesto.—Las fuentes es-
pontáneas de la acción humana.—Motivos para de-
jarlas en manos de sus propietarios.—Extensión
del dominio privado.—Los particulares pueden ex-
tenderle á voluntad.—El dominio del Estado es la
porción á la que renuncian.—Funciones obligato-
rias del Estado.—Funciones facultativas del Esta-
do.—VII. La fabricación de los útiles sociales.—
Aplicación del mismo principio.—Cómo se forman
en todo género los trabajadores útiles.—La condi-

Páginas.

ción necesaria y suficiente en el respeto de las fuerzas espontáneas.—Obligación para el Estado de respetarlas.—Fin del patriotismo.—Fin de las otras voluntades generosas.—Efecto destructor del sistema jacobino.—VIII. Comparación entre éste y otros despotismos.—Felipe II y Luis XIV.—Cronwell y Federico II.—Pedro el Grande y los sultanes.—Proporción de la masa que levantan y de las fuerzas de que disponen.—Desproporción de la masa que los jacobinos quieren levantar y de las fuerzas de que disponen.—Inepcia de su empresa.—Carácter de su gobierno.—Carácter requerido en sus jefes.. 89

LIBRO TERCERO

Los gobernantes.

CAPITULO PRIMERO

Psicología de los jefes jacobinos.—I. Marat.—Desproporción entre sus facultades y sus pretensiones.—El loco.—El delirio ambicioso.—La manía persecutoria.—La pesadilla fija.—La monomanía homicida.—II. Danton.—Amplitud de sus facultades.—Desproporción entre su condición y sus instintos.—El bárbaro.—Su obra.—Su desfallecimiento.—III. Robespierre.—Medianía de sus facultades.—Ausencia de ideas.—Estudio de frases.—Su amor propio.—Su infatuación.—Sus actitudes de víctima.—Sus novelas negras.—En qué se hace semejante á Marat.—En qué difiere.—El hipócrita convencido de su sinceridad.—La fiesta del Ser Supremo y la ley del 22 pradial.—Los exteriores y el interior de Robespierre y de la Revolución.......... 127

CAPITULO II

Los gobernantes.—I. La Convención.—El Llano.—La Montaña.—Rebajamiento de las almas.—Farsas que sufre la Convención.—II. Farsas que ejecuta.—Su servidumbre y su servilismo.—Su parte en los

Páginas.

númenes.—III. El Comité de Salud pública.—Los hombres de negocios.—Carnot, Prieur de la Côte d'Or, Jeanbon-Saint-André.—Roberto Lindet.—IV. Los hombres de Estado.—Billaud-Varennes, Collot d'Herbois, Robespierre, Couthon y Saint-Just.—En qué condiciones reinan.—Sus peligros.—Sus disensiones.—Presión del miedo y de la teoría.—V. Sus órganos oficiales.—Informes de Saint-Just y de Barere.—Calidad de los informadores y de los informes.—VI. Los representantes en misión.—Su omnipotencia.—Sus peligros y su terror.—Efecto de esta situación.—VII. La erupción de los instintos brutales.—Duquesnoy en Metz.—Dumont en Amiens.—Los borrachos.—Cusset, Baurbothe, Monestier, Bourdon de l'Oise, Dartigoazte.—VIII. La proximidad de la locura.—La pérdida del sentido común.—Fabre, Gaston, Guiter en el ejército de los Pirineos orientales.—Baudot, Lebas, Saint-Just, sus antecesores y sus sucesores en el ejército del Rhin.—La sobreexcitación furiosa.—Lebon en Arras y Carrier en Nantes.—IX. El progreso de los vicios.—La vanidad y la necesidad de gozar.—Collot d'Herbois, Isabeau, Tallien.—Los ladrones.—Tallien, Javogues, Rovere, Fouche.—Dos clases de crueldad.—La necesidad de probar la fuerza.—Saint-Just en el Paso de Calais y en Alsacia.—Collot d'Herbois en Lyon.—Presión de los representantes sobre los tribunales.—El placer de ver sufrir y morir.—Monestier, Fouche, Collot d'Herbois, Lebon y Carrier.......... 170

CAPITULO III

Los gobernantes (continuación).—I. El personal administrativo en París.—Composición del grupo en el cual se recluta.—Depuración en las asambleas de sección.—Depuración en las asambleas populares.—Presión del gobierno.—II. Calidad de los agitadores subalternos.—Cómo reinan en las asambleas de sección.—Cómo acaparan los puestos.—III. Un ministro de Estado.—Un comandante general.—El Municipio de París.—Un Comité revolucionario.—IV. El personal administrativo en provincias.—El jacobinismo menor en las ciudades departamentales que en París.—El jacobinismo menor en los campos que en las ciudades.—Nada de Comités revolucionarios en los pequeños Ayuntamientos.—Tibieza de los Municipios en las aldeas.—Los jacobinos son poco numerosos en las aldeas y pequeñas poblaciones.—Agentes dudosos y obligados en el personal de las poblaciones medias ó grandes.—Insuficiencia del personal reclutado en el lugar.—V. Importación de un personal de afuera.—Los jacobinos de París son enviados á provincias.—Los jacobinos de las poblaciones exaltadas van á las moderadas.—Resistencia de la opinión.—Diseminación y número ínfimo de los agentes verdaderamente jacobinos.—VI. Calidad del personal así formado.—Condición social de los agentes.—Su inepcia y mala conducta.—Embriaguez y rapiñas.—Los Comités y los Municipios en la Costa de Oro.—Dilapidaciones y concusiones.—Los comerciantes de gracias en Burdeos.—Los rompedores de sellos en Lyon.—Los adquiridores de bienes nacionales.—Las ventas de objetos muebles.—Fraudes.—Un acta en casa del alcalde de Strasburgo.—Las ventas de inmuebles.—El personal administrativo y las sociedades de compradores en Provenza.—El Comité revolucionario de Nantes.—VII. La fuerza armada, guardia nacional y gendarmería.—Su depuración y su composición.—Los ejércitos revolucionarios en París y en los departamentos.—Calidad de las levas.—Su empleo.—Sus expediciones á los campos y á las ciudades.—Sus hazañas en los alrededores de París y en Lyon.—La compañía de los Marats, los húsares americanos y la legión germánica en Nantes.—Carácter general del gobierno revolucionario y del personal del Terror.......... 212

Páginas.

LIBRO IV

Los gobernados.

CAPITULO PRIMERO

Páginas.

Los oprimidos.—I. Extensión de la limpia revolucionaria.—Los cuatro procedimientos.—La expulsión por emigración forzosa y por prescripción legal.—Número de los expulsados.—La privación de la libertad física.—Los detenidos en su casa; los encarcelados.—Su número y su situación.—La muerte, previa formación de causa ó sin ella.—Indicios sobre el número de las otras vidas destruídas.—Necesidad y proyecto de una destrucción más amplia.—La expoliación.—Su extensión.—El despilfarro.—Ruina de los particulares y del Estado.—Los más oprimidos son los más notables.—II. Valor de los notables en una sociedad.—Los diversos grados y las diferentes especies de los notables en 1789.—El estado mayor social.—Las personas de sociedad.—Su saber vivir.—Su cultura intelectual.—Su humanidad y su filantropía.—Su temple moral.—Los hombres prácticos.—Su procedencia.—Su competencia.—Su bondad activa.—Su escasez y su mérito.—III. Las tres clases de notables.—La nobleza.—Su preparación física y moral en el oficio de las armas.—Espíritu militar.—Conducta de los oficiales de 1789 á 1792.—Para qué empleo era adecuada esa nobleza.—IV. El clero.—Atractivos de la profesión.—Independencia de los eclesiásticos.—Solidez de su mérito.—Su instrucción teórica y su información práctica.—Su distribución en el territorio.—Utilidad de su oficio.—Su conducta de 1789 á 1800.—Su valor.—Su capacidad de sacrificio.—V. La burguesía.—Diferencia del funcionario bajo el antiguo régimen y del funcionario moderno.—Propiedad de los cargos.—Corporaciones.—Independencia y seguridad del funcionario.—Las ambiciones están limitadas y satisfechas.—Costumbres sedentarias, honradas y sobrias.—Aspiran á la consideración.—

Páginas.

Cultura intelectual.—Ideas liberales.—Dignidad y celo público.—Conducta de la burguesía de 1789 á 1800.—VI. Los semi-notables.—Síndicos de pueblo y síndicos de oficio.—Competencia de sus electores.—Sus electores tienen interés en elegirlos bien.—Su capacidad y sn dignidad.—Elección de los hombres bajo el antiguo régimen.—Condiciones de sostenimiento y de progreso para una familia.—Derecho hereditario y personal del notable á sus bienes y á su rango.—VII. Principios del socialismo igualitario.—Toda superioridad de condición es ilegítima.—Alcance de este principio.—Cómo las leyes revolucionarias alcanzan también á la clase inferior.—Poblaciones castigadas.—Proporción de las gentes del pueblo en las listas de proscriptos.—Cómo las leyes revolucionarias alcanzan con más rigor á los notables del pueblo.—VIII. El rigor aumenta con la elevación de la clase.—Los notables propiamente dichos son perseguidos en su calidad de notables.—IX. Dos caracteres de la clase superior: la fortuna y la educación.—Cada uno de estos caracteres es un delito.—Medidas contra las personas ricas ó acomodadas.—Son perseguidas en masa y por categorías.—Medidas contra las personas instruídas y corteses.—Peligro de la cultura y de la distinción.—Proscripción general de las «personas honradas».—X. Gobernados y gobernantes.—Los detenidos de la calle de Sèvres y el Comité revolucionario de la Cruz Roja.—El Delfín y su preceptor Simón.—Jueces y justiciables.—Trinchard y Coffinhal, Lavoisier y Andrés Chenier................ 259

CAPITULO II

Las subsistencias.—I. Complejidad de la operación económica por la que los objetos de primera necesidad vienen á ponerse al alcance del consumidor.—Condiciones de la operación.—Los adelantos disponibles.—Casos en que los adelantos dejan de ser disponibles.—II. Efectos económicos de la política jacobina de 1789 á 1793.—Los atentados contra la propiedad.—Atentados directos.—Las jaquerías,

Páginas.

las confiscaciones efectivas y la proclamación del dogma socialista.—Atentados indirectos.—Mala administración de la fortuna pública.—Transformación de los impuestos y nulidad de los ingresos.—Exageración de los gastos.—Presupuesto de la guerra y de las subsistencias á partir de 1793.—El papel moneda.—Exceso de las emisiones.—Descrédito de los asignados.—Ruina de los acreedores públicos y de todo acreedor.—Tasa del interés durante la Revolución.—Disminución del trabajo productivo.—Sólo el pequeño propietario rural trabaja útilmente.—Por qué rechaza los asignados.—Carestía de las subsistencias.—Llegan á los mercados difícilmente y en pequeña cantidad.—Aumento de la carestía y comienzo de la penuria.—Los precios durante el primer semestre de 1793.—III. Causa primera y general de la miseria.—Principio socialista del gobierno revolucionario.—Medidas complementarias contra la propiedad grande ó media.—Expropiación de los últimos organismos existentes.—Emisiones enormes de papel moneda, curso forzoso, empréstito forzoso, requisición de las especies acuñadas, impuestos revolucionarios, supresión de los órganos especiales del trabajo en grande.—Medidas contra la pequeña propiedad.—Máximum, requisición de las subsistencias y del trabajo.—Situación del tendero, del agricultor y del obrero.—Efectos de las medidas sobre el trabajo en pequeña escala.—IV. La penuria.—En provincias.—En París.—Calidad de las subsistencias.—La angustia y la tristeza.—V. Los remedios revolucionarios.—Rigores contra los indóciles.—Decretos y leyes para hacer al Estado único depositario y distribuidor de las subsistencias.—Tentativas para establecer el reclutamiento en el trabajo. Desaliento del campesino.—Se niega á cultivar.—Decretos y leyes para obligarle á cosechar.—Su tenacidad.—Los labradores encarcelados á miles.—La Convención se ve obligada á ponerlos en libertad.—Circunstancias fortuítas que salvan á Francia de la extrema hambre.—VI. Suavización del régimen revolucionario de termidor.—Abolición del máximum.—Nueva situación del campesino.—

Páginas.

Vuelve á cultivar.—Requisición de los granos por el Estado.—El labrador se indemniza con los particulares.—Multiplicación y baja crecientes de los asignados.—Clases sobre las que cae la carga.—La penuria y la miseria durante el año III y durante el primer semestre del año IV.—En los campos.—En las aldeas y en los pueblos.—En las poblaciones medianas y grandes.—VII. La penuria y la miseria en París.—Medidas del gobierno para aprovisionar la capital.—Lo que esto cuesta por mes al Tesoro.—El frío y la falta de comestibles en el invierno de 1794 á 1795.—Calidad del pan.—Disminución de la ración diaria.—El sufrimiento es sobre todo para la clase urbana.—Excesos del sufrimiento físico y de la desesperación.—Suicidios y defunciones por agotamiento en 1795.—Comidas y cenas de los gobernantes.—Número de vidas destruídas por la miseria.—Efectos del socialismo aplicado sobre el bienestar y la mortalidad. 304

LIBRO V

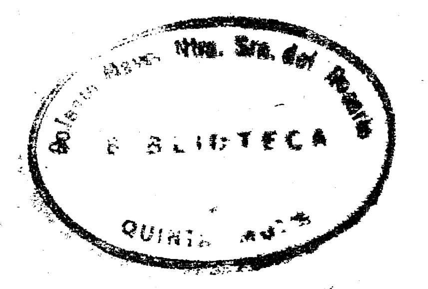
Final del gobierno revolucionario.

CAPITULO PRIMERO

I. La Convención después del 9 termidor.—Reacción contra los terroristas.—Aversión general hacia los convencionales.—Peligros que corren si caen del poder.—II. Decretos para la reelección de los dos tercios.—Número escaso de votantes.—Manejos para impedir que los electores voten sobre los decretos.—Fraudes en el censo de votantes.—Mantenimiento de los decretos por la fuerza.—Empleo de la tropa y de la artillería.—El 13 vendimiario.—III. El directorio elegido entre los regicidas.—Elige sus agentes entre sus compinches.—Los principales antijacobinos son privados de sus derechos cívicos.—Los terroristas son reintegrados en sus derechos cívicos.—Muestra en Blois del nuevo personal administrativo.—IV. Resistencia de la opinión.—Las elecciones del año IV en París y en provincias.—El direc-

Páginas.

torio amenazado por los ultrajacobinos.—V. Las elecciones del año V.—Calidad y sentimientos de los elegidos.—La nueva mayoría en el Cuerpo legislativo: sus principios y su programa.—Peligro y ansiedad de la minoría jacobina.—Indecisión, división, escrúpulos y debilidad del partido moderado. —Decisión, carencia de escrúpulos, fuerza, procedimientos en la fracción jacobina.—El 18 fructidor.—VI. Dictadura del directorio.—Sus nuevas prerrogativas.—Depuración del Cuerpo legislativo.—Depuración de las autoridades administrativas y judiciales.—Las comisiones militares en provincias.—Supresión de sus periódicos.—Arbitrariedad del directorio.—Restauración del terror.—La guillotina sustituída por la deportación.—Tratamiento de los deportados durante el camino.—Restauración del feudalismo jacobino.—VII. Aplicación y agravación de las leyes del terror.—Medidas para imponer la religión cívica.—Prisión, deportación, ejecución de sacerdotes.—Proyecto de ostracismo contra toda la clase antijacobina.—Los nobles ó ennoblecidos no emigrados, son declarados extranjeros.—Decretos contra los emigrados de todo género.—Bancarrota, empréstito forzoso, ley de los rehenes.—VIII. Política de propaganda y de conquista en el extranjero.—Proximidad y beneficios de la paz.—Motivo de los fructidorianos para romper las negociaciones con Inglaterra y para invadir las comarcas vecinas.—Cómo fundan nuevas repúblicas.—Cómo las rigen una vez fundadas.—Cálculo de sus rapiñas en el extranjero.—Número de vidas francesas perdidas en la guerra.—IX. Antipatía de la nación por el régimen establecido.—Parálisis del Estado.—Discordia intestina del partido jacobino.—El golpe de Estado del 22 floreal del año VI.—El golpe de Estado del 30 pradial del año VII.—Imposibilidad de establecer un gobierno viable.—Proyectos de Barras y de Sieges.—X. Carácter antisocial de la secta y de la fracción.—Contraste entre la Francia civil y la Francia militar.—Elementos de reorganización en las instituciones, los hábitos y los sentimientos militares.—Carácter del régimen instituído por el 18 brumario del año VIII........ 359


BIBLIOTECA
QUINTA